

BRIGITTE RIEBE

LAS HIJAS DE LA GUERRA

Tres hermanas en Berlín.

Unas galerías de moda.

Una promesa de futuro.



Las hijas de la guerra

BRIGITTE RIEBE

Traducción de Susana Andrés



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks

@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Sé sensato y atente a los milagros.

MASCHA KALÉKO

Prólogo

Berlín, junio de 1932

¡Lo más hermoso nunca visto!

Impresionada, Rike coge la mano de su padre. Por unos instantes esto la hace sentirse incómoda porque ella es la Primogénita y ya hace mucho que no es un bebé como sus hermanos pequeños. Pero los traviesos gemelos llevan tiempo persiguiéndose por la escalera mecánica, como siempre, Oskar delante y Silvie tras él. Cuando mamá lo regaña ni se le pasa por la cabeza obedecer. ¿Para qué si él es el príncipe heredero de la familia? Papá está convencido de que un día será su sucesor, naturalmente. Por eso Oskar se toma ahora más libertades que sus dos hermanas juntas. Incluso en el coche ha armado jaleo cuando papá les ha pedido a todos que durante el viaje a la Ku'damm se taparan los ojos con una venda negra para que la sorpresa fuera mayor.

Rike ha llegado al vestíbulo, echa la cabeza atrás y mira hacia arriba, pero los almacenes Thalheim & Weisgerber han cambiado tanto que ya no los reconoce. Desde ahí, la planta baja, le parecen mucho más espaciosos y también más altos y, sin embargo, siguen teniendo tres pisos, igual que antes.

Pero ¡qué enorme es ese techo de vidrio a través del cual asoma el cielo blanquiazul del verano!

Luminoso, tan radiante que casi la deslumbra.

Colores, nada más que colores.

Una fuente de mármol en la planta baja, justo a su lado, cuyos surtidores arrojan agua teñida con luces de colores.

Las nuevas escaleras mecánicas que se deslizan sin ruido arriba y abajo sustituyendo la fatigosa escalera.

Unos probadores amplios con cortinas blancas.

Unas discretas brisas perfumadas que fluyen periódicamente por los sistemas de ventilación.

Todo incita al consumo..., aunque solo a quienes se lo pueden permitir.

Las perchas con vestidos, abrigos, pantalones, blusas y chaquetas están por doquier; detrás de ellas, un sinnúmero de estantes y, delante, unos tentadores mostradores sobre los que se apilan camisas, medias, guantes y cinturones, justo todo lo que la dama y el caballero modernos necesitan para vivir. En medio se yerguen unos maniqués elegantemente equipados y tan realistas que se diría que de un momento a otro van a salir corriendo o a empezar a hablar. Rike acaricia disimuladamente los nobles tejidos al pasar por su lado, así nota el tacto del lino, la lana y la seda. Ama todo aquello

que esté tejido, ya sea un género de punto ya sea un hilado. Se interesa por el corte y el tallaje, las formas de los cuellos y los diversos tipos de mangas le importan mucho más que las cordilleras de Europa o esos interminables vocablos ingleses que le quieren meter a la fuerza en la cabeza ya en el segundo curso del instituto del Westend. Por el contrario, las matemáticas y todo lo que tenga que ver con números le gustan, aunque haya quien hace gestos de desaprobación porque es una chica.

—Un reino encantado —susurra, deslizando la mirada hechizada por todos los tesoros expuestos mientras un grupo de trece personas sube por la escalera mecánica al primer piso—. ¡Y tú eres el mago, papá!

—¿Te gusta? —le oye preguntar.

Rike asiente fascinada, pero de repente cae en la cuenta de que la pregunta no va dirigida a ella. Es a su madre a quien pregunta ansioso, a su hermosa madre de cabello oscuro y ojos de un azul tormenta, para quien parece hecha a la medida esa nueva moda con las hombreras pronunciadas, la falda larga hasta la pantorrilla y la cintura bien entallada. Ese día, Alma Thalheim lleva un vestido de seda azul con lunares de color blanco crema y un bolero a juego que le dan un aspecto espléndido. Pero incluso vestida sencillamente con una falda y un conjunto de chaqueta y jersey consigue sin el menor esfuerzo eclipsar a las demás mujeres.

Rike quiere tanto a su madre que a veces hasta casi le duele, pese a que desde que nacieron los gemelos ya no le pertenece solo a ella. Antes de que el vientre de mamá se redondease tanto que ella temía que fuera a estallar, ambas formaban una unidad que nada ni nadie podía separar.

Mamá-Rike.

Rike-mamá.

Sin embargo, ese idilio se rompió de golpe cuando llegaron, tres años después que ella, los dos gritones. Ahora mamá siempre está cansada y como abatida, ha de descansar con frecuencia y ya no le queda tiempo para la mayor. Al principio Rike lloró mucho, pero a partir de un momento dado decidió hacer de tripas corazón porque ya no se podía cambiar nada. Con el tiempo ha aprendido a mostrarse valiente, aunque en realidad todavía no le resulta fácil compartir a su mamá con los gemelos

—¿De verdad estás hablando en serio, Fritz? —La voz ronca de su madre suena más irritada que satisfecha mientras inspecciona el despliegue del primer piso—. ¿Todo este fausto carísimo? Justamente ahora que todavía hay tanta gente sin trabajo.

—Debo dar la razón a mi tan inteligente como encantadora cuñada —interviene tío Carl, que hoy no parece tan relajado como es habitual—. Deberíais ser más prudentes, Fritz. Los nacionalsocialistas no son partidarios de los templos del consumo que amenazan al comercio al detalle ario. Y menos aún si la mitad de ellos está en manos de judíos. Esto podría tener consecuencias sumamente desagradables. Hazme caso, por desgracia sé perfectamente de qué estoy

hablando.

Ya es bastante raro que el hermano menor de papá se digne a entrar en los almacenes. Moda y masa de gente le repugnan en igual medida. Pero hoy hasta ha traído a su esposa Lydia, así como a sus hijos Gregor y Paul. Carl lleva el cabello color arena revuelto, como si no le hubiese apetecido peinarse, algo que no es precisamente lo que se espera de un abogado serio. Además, fuma demasiado y encima parece sentir debilidad por la vida nocturna, si bien Rike solo llega a sospechar qué significa esto.

Incluso la abuela Frida, que suele encontrar bien cualquier idea que se le ocurra a su primogénito, tiene una expresión pensativa. Mucho más que las peleas entre sus dos hijos, odia la incertidumbre y los riesgos financieros demasiado grandes. Todos los miembros de la familia saben cuánto llora todavía a su marido: Wilhelm Albert Thalheim, que sentó las bases del bienestar y el ascenso social de la familia con su tienda de botones y accesorios cerca de la Potsdamer Platz, murió poco antes del nacimiento de los gemelos.

—Markus está bautizado —contesta papá con voz firme, y su rostro enrojece, signo infalible de que empieza a enfadarse. De golpe la camisa, de un blanco immaculado al lado de la corbata azul, parece habersele vuelto demasiado estrecha, pues tira nervioso del cuello hacia uno y otro lado—. Así que es tan protestante como tú y como yo. ¡Este es el momento ideal, Carl! La gente por fin está recobrando fuerzas y eso mismo hacemos nosotros. Además, a la larga los nazis no aguantarán. Y por si vuelves a enumerar otra vez todos los parlamentos regionales en los que ahora ocupan un lugar, te diré que lo único que cuenta para mí son las futuras elecciones federales. ¡Y en ellas fracasarán estrepitosamente!

—¿Y si no es así? —pregunta mamá. Al decirlo no mira a papá sino al socio de este, al que los niños de la familia llaman «tío» aunque no es propiamente su tío. Hasta ahora Markus Weisgerber no ha pronunciado palabra, sino que ha estado todo el tiempo sonriendo significativamente para sí. Mamá no le devuelve la sonrisa—. ¿No habría sido más inteligente esperar a ver cómo evolucionaba la situación política antes de arriesgarse a hacer una inversión tan inmensa? —Su delicada mano con el anillo de serpientes que nunca se quita en el dedo meñique revolotea en el aire y vuelve a descender para posarse en su vientre plano.

Markus Weisgerber la mira en silencio a su vez, por unos segundos el aire que hay entre los dos parece inflamarse. Desde hace un tiempo, mamá siempre se pone tensa cuando él se le aproxima. Antes reían mucho juntos, pero ahora, cuando se encuentran, es como si estuviera a punto de producirse una explosión.

—Se mire como se mire, estaréis pagando deudas hasta el día del juicio final. Y las antiguas no están ni mucho menos liquidadas, cualquiera que sepa cuánto hacen dos más dos puede calcularlo. —

Tía Lydia jadea y su sombrero azul cielo con esos anticuados lazos se balancea arriba y abajo, indignado—. Siempre a lo grande, sí, ¡esto es lo que os va, caminar al borde del abismo! Algo que yo no calificaría de audaz, sino de ilimitadamente insensato, porque todo esto de aquí —su regordete brazo, envuelto en un *tweed* color pastel, describe un amplio círculo— no se recupera en una vida entera, aunque se oiga el tintineo de las cajas de la mañana a la noche. ¡Y sospecho que ni siquiera tú conseguirás volver a casarte con una mujer rica, querido Fritz!

—Si vuestra aventura fracasa, mi generoso padre perderá de un día para otro su bonita fábrica de zapatos. —La breve risa de mamá tiene un deje amargo—. Pues seguramente le habréis pedido un préstamo a él además de al banco, ¿o me equivoco?

Rike odia que los adultos hablen de este modo entre sí, cínicamente, sin sentimientos. «Acabad de una vez con esto —le gustaría gritar—, así solo os hacéis daño.» Pero ¿quién le hace caso a una niña de once años y medio?

—A tu estimado padre, querida Alma, le será devuelto hasta el último céntimo —asegura Markus, quien, con su traje de franela gris claro y la camisa inglesa de rayas, tiene un aspecto fresco y dinámico. A su lado papá, vestido de un sobrio tono antracita, parece mayor, pero también más serio—. Y todavía más, pues como es natural ingresará también los intereses de rigor. La propuesta de apoyarnos económicamente durante un tiempo salió, por lo demás, de él. Y nadie sabe mejor que tú que es un sagaz hombre de negocios. Así que, por favor, ¡no te preocupes!

—¿Cómo es que no está hoy aquí? —pregunta mamá, cáustica—. ¡Habría sido un mínimo gesto de cortesía!

—Porque ayer ya organizamos para él, así como para el señor director Hallewein y sus colegas de la junta directiva del Banco del Comercio, una visita especial a los nuevos almacenes —contesta papá—. Hazme caso, cariño, ¡sabemos cómo tratar a nuestros honorables inversores!

Markus sonrío más amablemente. Sus rizos castaños, el hoyito de la barbilla, esos dientes blancos y de por sí insolentes... Rike siempre ha suspirado por él. Pero nunca le había gustado tanto como hoy, que parece como si el lujo de los recién renovados almacenes le prestara a él también un nuevo brillo.

—Pero bueno, dejaos de una vez de tantas nimiedades —dice animado—. ¡Y alegraos con nosotros! Mi amigo Fritz, un ejército de artesanos, todo nuestro personal y mi modesta persona hemos estado casi sin dormir ni comer las últimas semanas, y en cambio nos hemos deslomado trabajando desde la madrugada hasta la noche. ¡Y todo eso para dejaros completamente pasmados de admiración! ¿Y qué pasa ahora? ¿Son aplausos o vituperios lo que oigo?

Resuena un cariñoso, aunque no impresionante, aplauso.

—El señor Weisgerber tiene razón —interviene Ruth Sternberg, la jefa del departamento de confección a medida del tercer piso, quien, según afirma papá, tiene unas manitas de plata. De todos

los empleados, ella es la única a la que papá ha pedido que asista a esta reunión, lo que significa que la considera casi como de la familia. Ha traído a su hijita Miri, que, intimidada, permanece junto a su temperamental madre, una mujer de cabello oscuro—. Por supuesto no somos unos grandes almacenes como Karstadt, ni mucho menos un KaDeWe, pero tampoco aspiramos a ello. Nosotros nos dedicamos a la moda, a la moda y solo a la moda: prendas elegantes y con un toque especial asequibles a un público burgués. ¡Somos y seguiremos siendo Thalheim & Weisgerber, los almacenes familiares de la Ku'damm, con buen gusto y corazón!

Dos muchachas jóvenes con delantal y cofia blancos entran con unos carritos llenos de cubiteras, copas, platos y bandejas cubiertas de canapés en el vestíbulo al que todos han vuelto. Los adultos brindan y mamá se desprende demasiado deprisa del ardiente abrazo de papá. Los niños tienen permiso para beber gaseosa y comer tantos canapés de ensalada, jamón y queso como quieran. ¡Y todos esos dulces! La tarta de pisos, las lionesas, las tartaletas de frutas, el pastel de queso; si hasta hay torta Malakoff... Parece el paraíso. Sobre todo Gregor y Paul, a quienes en casa se los mantiene a raya con las golosinas, se abalanzan sobre los dulces como si llevaran días muertos de hambre.

Rike todavía está tan entusiasmada por lo que ha visto y admirado que apenas si puede probar bocado, pero como es la mayor de todos los niños y no quiere ser una aguafiestas, juguetea al menos con una lionesa y el tenedor de postre de plata.

—Qué vestido más bonito llevas —dice en voz baja Miri, que hace rato que mira con insistencia a la Primogénita y por fin se atreve a hablar con ella—. Seguro que es de tu mamá, ¿no? —Va un poco inclinada porque tiene problemas de espalda. Cuando era pequeña tuvo que pasar meses en cama escayolada para que las vértebras se le fijaran bien y pudiera llegar a caminar con normalidad. Por eso no puede ir correteando como los demás niños sino que ha de tener siempre cuidado—. Yo ya sé coser bastante bien. Me ha enseñado mi madre.

Rike asiente, porque no quiere parecer descortés, aunque no se encuentra a gusto envuelta en ese terciopelo rojo chillón. Además, el vestido le aprieta por debajo de las axilas y se tensa por encima del pecho. La culpa es de esas montañitas que tanto picor le producen y que le salieron de repente hace poco. Por las mañanas, Rike las mira con desconfianza en el baño y a veces entrecierra los ojos con la esperanza de que vuelvan a desaparecer. Sí, de acuerdo, quiere crecer y tener pechos como las mujeres de verdad, pero todavía no.

Los gemelos van de azul marino, Oskar con un caro traje de marinero de la firma Bleyde con pantalones hasta la rodilla y el color blanco resaltando el cuello, y Silvie con el vestidito a juego. A mamá le encanta vestirlos igual, lo que en un principio ellos aceptaban sin rechistar, pero contra lo cual ahora han empezado a protestar.

—¡Yo no quiero parecerme a ese guarro! —se queja ahora Silvie cuando se trata de ropa porque,

antes o después, Oskar acaba destrozando cualquier prenda que se ponga.

También hoy se ha manchado el traje y lleva un largo rasgón en la pernera derecha. Para distinguirse de él, Silvie ha insistido en dejarse crecer el cabello, mientras que cuando eran pequeños casi no se diferenciaban el uno del otro con sus primorosos pelitos cortos. Todavía no ha crecido tanto como para lucir unos bonitos rodetes trenzados a los lados de la cabeza como los que lleva con orgullo Rike, pero Silvie es una niña de ojos grandes, rubia, alegre y ágil, enteramente distinta de su hermana mayor, de cabello oscuro y un poco desgarbada, que suele parecer muy seria e introvertida.

—¡Ni yo a una niña! —exclama Oskar en un tono de voz que expresa todo el asco que es capaz de sentir. Sin embargo, adora a Silvie, y cuatro de cada cinco noches se desliza en su cama para no dormir solo, algo de lo que ella disfruta tanto como él.

Aunque a veces se pelean mucho, los dos no solo han heredado los ojos azul eléctrico de los Thalheim, sino que además están unidos por algo que excluye al resto del mundo; Rike ya se dio cuenta de ello cuando echó el primer vistazo al cochecito doble. En cuanto Silvie lloraba, también Oskar se ponía a berrear, y al revés, y, claro, los dos siempre enfermaban al mismo tiempo cuando eran pequeños. Por mucho que lo intente es imposible combatir esa simbiosis. Pese a ello, Rike se siente responsable de todo lo que hacen los dos y, de hecho, en alguna ocasión ha podido evitar lo peor. Para ello, sin embargo, debe estar tremendamente atenta, de modo que ahora no deja de controlar la escalera mecánica de la izquierda, donde Oskar lleva un rato haciendo monerías.

Al principio salta a la pata coja la mar de contento, pero es evidente que acaba resultándole demasiado aburrido porque no recibe el esperado aplauso de los adultos. Así que luego se le ocurre la absurda idea de probar justo ahí el salto que desde hace semanas insiste en practicar por todas partes. El salto más o menos le sale, lo que no logra es calcular bien la velocidad de las escaleras en movimiento. Aterriza inclinado, resbala, se cae boca arriba. Sus finos cabellos rubios se quedan atrapados en las ranuras de los escalones. Estos van tirando de él cada vez más y no consigue levantarse por sí mismo, conque empieza a chillar como un loco.

Mamá grita horrorizada.

Rike se queda muda de espanto.

Silvie berrea como si también ella estuviera gravemente herida.

Papá corre hacia las escaleras y las detiene. A Oskar hay que cortarle el pelo al cero con las tijeras de costura de Ruth Sternberg en algunos lugares para que pueda quedar libre. Mientras gimotea débilmente, y al final parece un pajarito flaco y desgredado que ha caído del nido.

Le atraviesa la frente una ancha brecha que sangra.

El tío Carl se lo lleva al hospital de la Charité en el coche de papá para que lo atienda un profesional.

Los demás se quedan en los almacenes profundamente consternados.

De repente mamá y papá se sientan muy cerca el uno del otro, cosa que no hacían desde hace tiempo. Rike se siente culpable porque no ha prestado suficiente atención. Silvie llora, no quiere que nadie la consuele. Ha desaparecido de repente la magia de la inauguración. Ya nadie tiene ganas de beber o de comer.

Solo hay un tema de conversación: Oskar y sus arriesgadas hazañas. Hasta que dos horas más tarde regresa del brazo del tío Carl. Han cerrado la herida con muchos puntos, lleva el pelo cortado a tijeretazos y el cuero cabelludo todavía cubierto de costras de sangre, pero su sonrisa vuelve a resplandecer como la de un vencedor...

Berlín, mayo de 1945

En el refugio del sótano no penetraba ningún ruido del exterior, ningún silbido de lanzacohetes, ningún zumbido de avión, ningún disparo entrecortado de cañón antiaéreo ni ningún ahogado retumbar de un tanque. La modesta habitación estaba en penumbra, el aire, enrarecido, pues la pequeña ventana había permanecido cerrada toda la noche, y sumida en el silencio. Rike deslizó la mirada cansina por el pequeño grupo que había buscado protección y que yacía sobre el duro suelo, sin apenas probar bocado durante semanas, exhausto y sucio porque solo salía agua de la bomba que estaba un par de calles más allá y era demasiado preciada para lavarse con ella. Era la única que no dormía porque estaba haciendo la última guardia nocturna.

Hacía días que le habían perdido el rastro a su padre.

Como un último recurso del Volkssturm, el ejército de civiles de entre dieciséis y sesenta años a falta de soldados, armaron con un fusil y una caja de lanzagranadas a un Friedrich Thalheim de cincuenta y cinco años y a continuación se lo llevaron con otro par de hombres de edad avanzada y un grupo de jóvenes hitlerianos a defender el puente de Spandau. Pero entretanto los rusos ya habían tomado el puente, así como todo Berlín.

Alemania había capitulado. Hitler estaba muerto y esa guerra cruenta por fin había terminado.

Entonces ¿por qué su padre no regresaba a casa? ¿Lo habían cogido prisionero los rusos?

¿Había muerto?

Una idea insoportable, ya que tampoco sabían nada de Oskar. El abuelo Schubert, el padre de su madre, vivía en Suiza y no había mantenido ningún contacto con la familia desde hacía años. La abuela por vía paterna, Frida, muy olvidadiza a esas alturas, había tenido que dejar su acogedora vivienda en la Bleibtreustrasse porque ya no se podía desenvolver sola y se había mudado a casa de la tía Lydia, en Potsdam, en la Französische Strasse. Precisamente en ese distrito de la vieja ciudad guarnición que con el bombardeo británico, dos semanas atrás, había sido el más perjudicado.

¿Habrían sobrevivido las dos a la catástrofe?

¿Y habrían sido pasto de las llamas las últimas existencias de telas que Rike y su padre habían conseguido con gran esfuerzo poner bajo cubierto en una antigua tejeduría del suburbio de Nauen? Era tanto lo que dependía de ello, para Rike, todo el futuro, y no podía contárselo a nadie.

Reinaba un absoluto e inquietante silencio.

No era extraño, pues la mayoría de las líneas telefónicas estaban cortadas, no circulaban ni trenes

ni ferrocarriles, hasta el tráfico fluvial entre Berlín y Potsdam se había suspendido. Tampoco se sabía nada del tío Carl. Ya hacía años que por razones de conciencia había abandonado su cargo de fiscal para trabajar primero como vigilante nocturno en el hotel Zum Einsiedler de Potsdam y luego con el mismo cargo en la UFA, el estudio cinematográfico de Babelsberg. Gracias a la herida en la pierna se había librado de que lo reclutaran de nuevo. Pero sus hijos Gregor y Paul habían luchado en el frente de las Ardenas y seguramente se encontraban, si todavía estaban con vida, en algún lugar en el oeste, en algún campo de prisioneros de guerra de los aliados.

¿Regresarían los dos a casa?

En ese momento, nadie estaba en situación de contestar a esa pregunta.

Ni un solo varón Thalheim a la vista. A Claire, la segunda esposa de su padre, no se la consideraba representante de la familia. Bastante ocupada estaba preocupándose por Friedrich. Al principio, Rike observaba con sumo escepticismo a esa pelirroja medio francesa, sobre todo cuando al cabo de unas pocas semanas no solo llevaba una alianza de oro en el dedo, sino que se había quedado embarazada en un abrir y cerrar de ojos. Pero con el transcurso de los años, Claire, con su amable y algo recargada cordialidad, se había ido ganando su afecto. Naturalmente nunca ocuparía el lugar de su madre. Florentine, la hija que le había regalado a Friedrich justo nueve meses después de la boda y que entretanto ya había cumplido los doce años, adoraba a su *maman*, mientras que Rike veía en Claire a una persona de confianza, y en los buenos tiempos, a una especie de amiga. Sin embargo, aún ahora afloraba de vez en cuando su descontento con respecto a ese matrimonio que, para ella, se había constituido demasiado precipitadamente.

¿Cómo había podido Friedrich sustituir tan pronto por otra mujer a su Alma, a su tan ardientemente amada madre?

Rike todavía sentía su muerte como una herida que quizá nunca se cerraría. Aquel funesto día, doce años atrás, su niñez había concluido de repente. La madre bañada en sangre, yaciendo en la Ku'damm entre coches que tocaban la bocina, constituía una imagen sobrecogedora que todavía ahora le producía pesadillas. A Rike le costó un esfuerzo enorme volver a subir a un coche y se sintió aliviada cuando la mayor parte de los vehículos fueron incautados a causa de la economía de guerra.

Y ahora era posible que le hubiera tocado el turno a su padre, ese hombre ambicioso, con grandes proyectos, que había dirigido hábilmente la empresa en tiempos extremadamente difíciles, hasta aquella noche terrorífica, en noviembre de 1943, cuando las bombas británicas derribaron la iglesia memorial Káiser Wilhelm y también destruyeron los almacenes que había cerca de ella en la Kurfürstendamm, la avenida que todos llamaban Ku'damm.

Él siempre había sido su modelo, su sostén, su ser más querido, sobre todo tras el fallecimiento de la madre. Después de acabar el bachillerato, para seguir sus pasos, se había matriculado en la

Universidad Friedrich-Wilhelm, en Administración de Empresas. Estaba segura de que haría tiempo que tendría el título en el bolsillo si no hubiera estallado esa maldita guerra que había destrozado el alma de las personas tanto como las calles y casas berlinesas.

¡A su padre no podía haberle pasado nada malo!

En ese momento, Rike desearía poder rezar, pero los horrores vividos en los últimos años la habían despojado de todo sentimiento religioso.

Contempló a Flori, que dormía, excepcionalmente, sin un lápiz en la mano, aunque no cabía duda de que empezaría de nuevo a dibujar en cuanto abriera los ojos. Junto a ella y Claire se había acurrucado Eva Brusig con sus hijas de cinco años, huidas de una Dresde en llamas. Se habían conocido por casualidad junto a la bomba de agua, pero Silvie enseguida había insistido en acoger a la familia de refugiadas porque Grete y Hanni eran gemelas. Por desgracia habían perdido todos sus documentos por el camino y no podían registrarse oficialmente como inquilinas de la casa, y en consecuencia no les correspondían los cupones de racionamiento para comestibles. Así que los Thalheim tenían que dar de comer a tres bocas más.

—¿Y qué? ¡Lo hacemos por Oskar! —había dicho con los ojos humedecidos Silvie cuando Rike se había atrevido a protestar porque lo que tenían para ellas ya era muy poco—. A lo mejor encuentra un alma caritativa que lo acoja esté donde esté. Además, me gusta tanto oír hablar a las pequeñas... Es como escuchar el gorjeo de los pájaros.

Silvie..., ¡con su fe inalterable en la bondad! Ni siquiera el fuerte descenso del suministro de calorías había podido afectar en nada su belleza. Rike estaba casi con la carne pegada a los huesos, como la mayoría de los que la rodeaban, y sus ojos oscuros parecían desproporcionadamente grandes en el rostro chupado. La única que se lamentaba de que ahí abajo no hubiera un espejo era Silvie. Por supuesto, también estaba más delgada que antes, pero todavía exhibía esos pechos exuberantes que atraían las miradas de los hombres, así como las largas y perfectamente torneadas piernas que ahora, de todos modos, ocultaba un mono de trabajo manchado de aceite. Claire había tenido la idea de equiparse de ese modo, tanto ella como las chicas, para intentar protegerse contra el odio y la insaciable avidez del Ejército Rojo, que por lo visto amenazaba a todas las mujeres del territorio alemán.

¿Serviría de algo?

Flori, la más joven de las tres hermanas, no parecía haber comprendido todavía del todo la gravedad de la situación. El raído mono azul se bamboleaba en torno a sus delicadas extremidades y ella, aunque ya era casi tan alta como su esbelta madre, se veía un poco perdida allí dentro. Pero los últimos meses también la habían cambiado. Ya no era aquella niña tímida que vivía en su mundo de ensueño, de ello daban muestra los dibujos que iba dejando en cualquier papel imaginable. En lugar

de los bocetos de animales o de personajes de cuento coloreados con esmero, ahora eran figuras hechas con unos pocos trazos que arrastraban sacos, empujaban carretillas o se acuclillaban detrás de muros derruidos.

Rike se alegraba de que Flori se hubiera dormido de agotamiento. Así la Peque no estaría mendigando comida constantemente y enervando a todo el mundo con sus interminables preguntas de si los rusos también harían daño a los niños.

¿Acaso los soldados del Ejército Rojo no habían venido a liberar Berlín? Entonces ¿por qué corrían unas noticias tan horrorosas acerca de los estragos que causaban en la ciudad derrotada? ¿Era su venganza por los crímenes que la Wehrmacht había cometido en el este, pese a que los noticiarios siempre habían presentado a los soldados de las fuerzas armadas de la Alemania nazi como unos resplandecientes héroes que con honor y valentía combatían por la patria?

Rike tampoco tenía la respuesta.

Pensándolo bien, no sabía prácticamente nada: veinticinco años, huérfana de madre, soltera y sin hijos, sin formación profesional ni título académico y, sobre todo, sin ilusiones, así se podía resumir su nada estimulante currículum. Su mundo de ayer estaba enterrado bajo toneladas de escombros y con él, casi todo aquello en lo que había creído. Al principio también a ella la había arrastrado la ola general de fascinación por Hitler, pero no había sido más que una llama que enseguida se había apagado. A Rike muy pronto se le quitaron las ganas de sentirse parte de esa juventud entusiasta y fanática del Führer en la que los nacionalsocialistas habían puesto tantas esperanzas. De ello se había encargado sobre todo el tío Carl, el hermano menor de su padre, quien no se cansó de plantearle a su sobrina las preguntas apropiadas durante las largas conversaciones que ambos mantuvieron. Más tarde sus dudas aumentaron gracias a Walter Groop, ese sensible y joven soldado de Colonia, con quien ella quería casarse..., hasta que su hermana pequeña se lo quitó, pues esa era la otra cara de la aparentemente ingenua Silvie.

Justo en ese momento esta cambiaba de postura mientras dormía. Al hacerlo resbaló el viejo chal con el que se había envuelto la cabeza y se le soltaron un par de mechones, aunque nada vaporosos, sí todavía definitivamente muy rubios. Seguía abrigando sentimientos contradictorios respecto a su hermana. Si bien ahora conseguía volver a ver en ella a la querida hermana pequeña de antes, bastaba una palabra inconveniente o una mirada insolente para que volvieran a abrirse las antiguas heridas.

Aunque Walter no regresaría.

Había caído en Stalingrado a finales del 42. Desde entonces también su hermano se consideraba desaparecido. Hacía más de dos años que no recibían noticias de Oskar, de modo que Rike lo daba por muerto y se esforzaba en pensar una y otra vez en lo que, en realidad, era impensable con la esperanza de llegar a acostumbrarse a ello.

Silvie, sin embargo, creía firme y decididamente en lo contrario.

—Si ya no estuviera vivo, yo lo sentiría —replicaba siempre furiosa—. A los gemelos les pasa. Pero no siento nada. *Rien de rien*. Los rusos lo han cogido preso. Hay miles de soldados alemanes en sus campos de concentración, que tienen que trabajar en las minas o en las canteras siberianas en lamentables condiciones. Nuestro hermano es uno de ellos.

—Entonces ¿por qué no nos llega ninguna noticia de él? ¡Una carta, un par de miserables líneas!

—¡Pues porque no le dejan enviarla, atontada! Pero Oskar nos escribirá. Seguro que lo hará pronto. ¡Ya sabes lo listo que es! Y un día quedará libre de nuevo. Entonces volverá a casa. Lo sé perfectamente...

A Rike la ponía enferma oírle hablar así, pues cada vez se encendía en ella una diminuta chispa de esperanza que todavía hacía más dolorosa la añoranza por el hermano ausente. ¡Qué despreocupado y lanzado había sido el Oskar de antaño, un rayo de sol que los hacía reír a todos! Nadie lograba enfadarse con él por muy audaces que pudieran parecer sus travesuras y caprichos. La velocidad lo enloquecía y en la infancia ya había sufrido numerosos accidentes con todo y en todo lo que tenía ruedas. Cuanto mayor se hacía, más grande era su sed de aventuras. Por supuesto había aprobado a duras penas el Notabitur, el bachillerato especial en tiempos de guerra, lo que él calificaba riendo de bagatela. Pues ¿qué importancia tenían las notas cuando a él lo aguardaba una brillante carrera como piloto de avión o al menos de carreras? Aceptaba encogiéndose de hombros el proyecto de su padre, que deseaba que lo sucediera en la dirección de los almacenes.

Algún día. ¿Por qué no?

Pero cuando ya hubiera vivido mucho.

En realidad, Rike nunca había conseguido imaginarse a Oskar como soldado y le costó asumirlo el día que lo tuvo ante ella, con un uniforme gris, durante un breve permiso en que fue a visitar a la familia. Su padre debía de temerse lo peor cuando su hijo se marchó a la guerra, pues le había dado como talismán la alianza de su fallecida madre, que Oskar llevaba desde entonces colgada al cuello con una sólida cadena. Tuvo que prometerle a cada uno que se la devolvería, pero Rike había percibido lo poco convencido que estaba de ello.

—¿Cómo te va? —le había preguntado—. ¡La verdad, por favor! Doy por sentado que en el frente todo sucede distinto a como la propaganda nos quiere hacer creer. ¿Es soportable?

—¡Mejor no preguntes, hermanita! —Intentó esbozar una sonrisa que se desvaneció al instante. De repente, Oskar tenía el rostro de un anciano y la antigua cicatriz de la frente pareció ponerse al rojo vivo.

—Pero ¡tengo que saberlo! —había insistido ella—. Cuéntamelo.

—¿Todavía lees tanto a tu admirado Dante?

Rike asintió.

Los versos del famoso poeta florentino eran una de sus lecturas favoritas. Antes de la guerra había estudiado italiano con una anciana señora de Perugia que vivía a un par de calles de distancia, y desde entonces soñaba con explorar al detalle su hermoso país. Roma, Venecia, Florencia, Milán, todos esos nombres eran para ella piedras preciosas que en el duermevela dejaba resbalar entre sus manos. Tal vez más tarde fuera posible viajar, cuando por fin aquellos tiempos oscuros hubieran pasado. Ella lo único que ansiaba era la paz. Era lo que hacían todos aquellos que todavía no se habían olvidado de pensar, incluso si arriesgaban la vida expresándolo en voz alta.

—Pues entonces imagínatelo como aproximadamente el último nivel de su Infierno, en el que no hay la menor escapatoria. No, ¡todavía es peor! Esta masacre te confronta con lo más perverso que hay en ti. ¿Y a quién le gusta internarse en su propia ciénaga espiritual?

Silvie se removió en sueños y la arrancó de sus pensamientos. Qué no daría por que él pudiera estar ahora con ellas. ¡Ingenioso, intrépido, siempre dispuesto a bromear! Pero ya hacía mucho tiempo que Oskar era inalcanzable, así que no le había quedado otro remedio que asumir ella todas las responsabilidades.

Tenían que comer para sobrevivir y Rike, como todas las que se habían reunido en el sótano, estaba harta del sucedáneo de salchicha y del asqueroso pan de harina de bellota que lo dejaba a uno sin dientes al morderlo. Lo que se obtenía con las cartillas de racionamiento no solo era demasiado poco sino que a menudo era incomible, estaba aguado, no valía nada y no calmaba el estómago más que por un tiempo muy breve. Nada de mantequilla ni de carne, en el mejor de los casos huevo en polvo, cebada perlada en lugar de harina, miel artificial en vez de azúcar. Las verduras se habían convertido en unas raras exquisiteces. Incluso el sucedáneo de café que hacía tiempo había reemplazado al café en grano estaba estrictamente dosificado. Si no hubieran podido recurrir a un pequeño resto de las conservas que guardaban de tiempos mejores todavía habría sido peor. Fuera, en el jardín, habían construido un hornillo con ladrillos amontonados que calentaban con leña y sobre el que al menos se podía preparar una sopa, aunque la dura cebada tardara una eternidad en hacerse. Dolía que para ello tuvieran que servirse de las ramas del viejo cerezo, bajo el cual Rike tanto había disfrutado leyendo de niña, después de que ya hubieran sacrificado al querido manzano. Ambos árboles, en el pasado tan exuberantes, tendían como monumentos conmemorativos sus secas ramas al cielo azul de primavera. Pero la madera escaseaba tanto en Berlín que había que aprovechar lo que había.

El estómago vacío empezó a protestar, iracundo, y a las demás les sucedería lo mismo en cuanto se despertaran. ¿Se atreverían a dejar el refugio sin saber si los rusos andaban por ahí cerca?

Un sonido en el exterior llamó la atención de Rike, y no solo la de ella.

Flori abrió los ojos y escuchó con atención.

—Taps —dijo con una sonrisa radiante—. Rike, ¡mi amorcito está de vuelta! Seguro que ha notado la de veces que lo he dibujado.

—Podría ser un perro cualquiera —contestó Rike con una aspereza deliberada porque se temía que si la Peque se equivocaba pasaría horas lamentándose—. Tu westie lleva semanas desaparecido, así que, por favor, no te hagas ilusiones.

De nuevo resonaron unos ladridos, esta vez algo más fuertes.

—Pero es que es Taps —insistió Flori—. Y ahora está mucho más cerca, ¿no lo oyes? —Se había levantado de un salto—. Debe de estar buscándonos, porque le da miedo estar ahí fuera tan solo. ¡Tengo que ir a recogerlo ahora mismo!

—¡De eso ni hablar! —Rike, que entretanto también se había puesto en pie, la cogió fuertemente, pero Flori se resistió y empezó a llorar.

—¿Qué pasa, *ma puce*? —preguntó somnolienta Claire, quien ni en tiempos de guerra se había olvidado de las expresiones francesas—. ¡Haced el favor de no armar tanto jaleo, niñas!

Mientras se habían despertado las otras mujeres del refugio: Silvie, Eva Brusig y las gemelas, que enseguida empezaron a gorjear.

—Nos quedamos todas donde estamos. —A Rike le temblaba un poco la voz de lo tensa que estaba, pero tenía que imponer su autoridad. Si a un miembro de ese pequeño grupo le sucedía algo, ella no se lo perdonaría—. ¡Por mucho que Taps no deje de ladrar ahí fuera!

—¿Cómo puedes ser tan dura de corazón? —Silvie estrechó firmemente contra sí a la hermana pequeña—. Nuestra hermanita ya ha sufrido demasiado. Además, Taps es un miembro de la familia. —Sacó un pañuelo sucio del bolsillo interior y secó las lágrimas de Flori—. Voy a ver. Y si de verdad es tu gamberrete, me lo traigo, ¿de acuerdo?

La delgada carita infantil se iluminó de felicidad. Ahora que estaba tan pálida todavía resaltaban más sus incontables pecas. Como una Vía Láctea de un delicado tono pardo, le salpicaban la frente, la nariz y las mejillas formando con sus rizos cobrizos una encantadora combinación que ya en el cochecito infantil atraía a los transeúntes curiosos. Con el paso de los años, Florentine Thalheim se había ido haciendo más hermosa y ahora, en el umbral de la juventud, poseía una delicadeza casi élfica.

Si esa joven belleza caía en manos de los rusos...

De repente, Rike casi no podía tragar saliva.

—¿Puedo ir con ella? —suplicó Flori—. ¡Por favor!

—De aquí no sale nadie —sentenció Rike—. Ni tú ni Silvie. ¡Os lo prohíbo!

—¡Y tanto que salgo! —replicó Silvie, tozuda—. La felicidad de nuestra hermana pequeña me

importa mucho más. Yo no tengo miedo. De nadie. ¡A mí no me prohíbe nadie nada, y mucho menos tú!

Se dirigió decidida a la puerta, giró la llave y salió. Sus pasos resonaron en la vieja escalera de hierro que ascendía al jardín.

Todos se quedaron mirando hacia donde había salido.

—Qué valiente es —dijo admirada Eva Brusig—. Casi como un chico. Bueno, ¡yo ahora no me atrevería a salir sola afuera!

—O terca —musitó Rike—. Por no decir que imprudente. ¿Realmente hay que empeñarse en desafiar al destino?

Para tranquilizarse agarró la labor de punto que tenía al lado. Siempre había odiado los trabajos manuales, pero a esas alturas y por necesidad había empezado a deshacer viejos jerséis y chaquetas para hacer prendas nuevas con ellos. Aun así, Rike nunca estaba satisfecha de los resultados. La lana vieja seguía siendo vieja, daba igual lo que se tejiera con ella. Podía proteger del frío, sí, pero, de todos modos, no encontraba bonita ninguna de aquellas cosas hechas a mano. Llena de melancolía pensó en los elegantes trajes y vestidos que había llevado antes de la guerra.

En aquel entonces, vestir siempre a la última moda había sido algo totalmente natural para toda la familia. Después de cada temporada se habían desprendido generosamente de unas prendas que en la actualidad serían un auténtico lujo. Sin embargo, en las tres maletas que Rike había preparado para un caso de necesidad todavía se conservaba una pizca de aquel esplendor de antaño. Estaban en la antigua habitación de Oskar, detrás de la mampara en la que en la época del colegio su hermano se había desfogado artísticamente con audaces pinceladas. Ahora los almacenes Thalheim no eran más que escombros. Tras el bombardeo, la cubierta de cristal del edificio se había hecho añicos, y la mayoría de los muros o bien habían sido arrasados por el fuego o bien se habían derrumbado. Al verlos, Rike se había quedado demasiado impresionada para llorar, pero desde entonces, en la familia nadie dejaba de pensar en la catástrofe. Daba la casualidad de que, gracias a Dios, dos días antes había llevado a arreglar dos máquinas de coser Singer. Estas habían quedado intactas como garantes de un nuevo comienzo y constituían su más preciado tesoro junto con la reserva de tejidos del almacén secreto de Potsdam.

No se había atrevido a enterrar las máquinas de coser en el jardín, como había hecho con la bandeja de plata, un juego de antiguos candelabros y las joyas de mamá, por miedo a que se oxidaran con la humedad de la tierra. Las había llevado con Silvie al cobertizo de las herramientas y escondido bajo montañas de harapos y cachivaches. Había que hurgar hasta el fondo de todo para descubrirlas. Por último, a falta de una mejor idea, habían metido también las dos bicicletas que hoy, cuando todos los demás transportes estaban paralizados, eran más valiosas que nunca. No era el escondite ideal, como bien sabía Rike, pero, sencillamente, eran demasiado grandes para camuflarlas

como correspondía.

Claire, por el contrario, había insistido en llevar encima sus queridas joyas, metidas en una discreta bolsita. Se había quitado la alianza, pero todavía hasta el día anterior había resaltado en su muñeca el reloj de oro que Friedrich Thalheim le había regalado con motivo del nacimiento de la hija de ambos.

—Nuestros libertadores te asaltarán o incluso te harán algo peor para apropiarse de él —no había cesado de advertirle Rike, hasta que Claire por fin se lo quitó. No desvelaba dónde lo había escondido, aunque no podía andar muy lejos porque no había abandonado el sótano desde entonces.

—¿Dónde estará Silvie? —La voz de Flori se deslizó entre los pensamientos de Rike cuando de repente la puerta del sótano se abrió de par en par con un fuerte crujido.

Un hombre alto y robusto en uniforme color tierra entró empujando a Silvie, seguido de un segundo hombre más joven que sostenía al pequeño terrier por la nuca. Media docena de soldados más se sumó a ellos hasta llenar la habitación. Claire apretó a Flori contra sí con tanta fuerza que pareció que nunca más fuera a soltarla.

—*Saldat?* —farfulló el primero.

—Ningún soldado —respondió enseguida Rike, que sentía en el cuello los latidos de su corazón. ¡No debía decir nada inoportuno!—. En ningún lugar. No hay hombres. Solo civiles. Madres e hijos.

Habían colgado una bandera blanca de la ventana y quemado todo lo que pudiera evocar al Tercer Reich, entre ello, el carnet de afiliado de su padre, quien, por la fuerte presión de la Cámara de Industria y Comercio, había tenido que ingresar en el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, el NSDAP. Silvie había aceptado deshacerse de los viejos trofeos de las Juventudes Hitlerianas de Oskar, así como de sus numerosas condecoraciones deportivas, que al principio había querido conservar como recuerdos. Al menos Rike esperaba que efectivamente lo hubiera hecho.

¿Por qué no había controlado a su hermana? Silvie se comportaba a veces de forma tan espontánea e irreflexiva...

Rike empezó a sudar. ¿La había entendido el hombre de Rusia? Desde sus ojos rasgados y negros la observaba con una penetrante mirada.

Taps se removía como un loco para liberarse de esa incómoda sujeción, hasta que al fin se volvió con rapidez hacia la izquierda y mordió la mano de su torturador con sus afilados dientes. El soldado lo dejó caer soltando un grito de dolor y luego levantó la bota para propinarle una patada.

—¡No! —Flori se desprendió de su madre—. ¡No lo hagas! Solo quería...

El joven se detuvo en medio del movimiento y se giró hacia ella. Entonces empezó a sonreír. Parecía haberse olvidado del dolor.

—Señora —dijo, y chasqueó invitador la lengua—. ¡Ven, *yénshina!*

Taps se apretó contra las piernas de Flori buscando protección. Ella no se movía de su sitio.

—Es una niña —respondió Claire con un hilo de voz—. *Un enfant. A little girl. Merde*, no sé ni una palabra en ruso, pero, señor mío, soy capaz de matarlo en caso de que se atreva a hacerle algo. ¡Hágame el favor de no poner las manos sobre mi inocente hija!

—Señora —repitió el soldado, ahora con más impaciencia. No parecía contar más de veinte años, si no contaba menos todavía. Tenía la frente y las mejillas llenas de purulentos granos de acné—.

Siudá!

—Nada de *siudá* —contestó indignada Silvie—. ¡No con nuestra hermana pequeña! Ni tampoco con ninguna de nosotras, ¿entendido?

Él se sacó con mucha calma un cuchillo del cinturón.

—¡Señora! —ordenó amenazador—. *Seichás-ye!*

Claire y las dos hermanas intercambiaron unas miradas aterradas. De Eva Brusig y sus gemelas, que se habían apretujado en un rincón, no salía, excepcionalmente, ningún sonido.

—Lo dice en serio —susurró Rike—. Muy en serio, lo oigo aunque no he entendido ni una palabra. ¿Qué hacemos?

—¿Partirle la cara de un bofetón, tal vez? —siseó Silvie como respuesta—. Cuánto disfrutaría yo. Y luego al gordo que me ha arrastrado tan brutalmente por la calle. ¡Me ha retorcido medio brazo!

—¿Para que sus colegas nos maten? Ya están moviendo los pies impacientes. Además, ese tipo pesa tres veces más que tú. ¡No saldremos vivas de esta!

—Les doy mis joyas —anunció Claire, abatida—. ¿De qué me sirven todas esas maravillas si mi hija ha de sufrir?

Antes de que las demás pudieran evitarlo, se arrancó la cadena que llevaba alrededor del cuello.

Cayó al suelo una bolsa marrón.

—¡Toma! —señaló—. Cógela. ¡Oro! ¡Todo auténtico!

El joven se había agachado a toda prisa para recoger la bolsa y la había abierto.

—*Sólota* —dijo atónito después de mirar dentro—. *Chisi. Uhri!*

El valioso reloj de muñeca de Claire desapareció en el bolsillo de su pantalón. Rio un momento, se ató la bolsa al cinturón y luego agarró con un gesto posesivo a Flori por el brazo.

—Señora —repitió con insistencia, como si estuviera harto de esa demora involuntaria—. *Davai!*

En ese instante volvió a abrirse la puerta. Entró una mujer delgada en uniforme verde oscuro. Llevaba en la cabeza una gorra del ejército del mismo color con una estrella roja. Antes de que pronunciara una palabra, los presentes se pusieron firmes y el joven soldado soltó el brazo de Flori de forma tan repentina como si se hubiera quemado.

—Capitana Natalia Petrova —se presentó la mujer en un alemán duro, pero sin errores—. Quinta

división acorazada. Esta casa queda incautada.

Berlín, mayo de 1945

El jardín huele y florece como antes, cuando el señor Gruhlke, con una paciencia de santo, todavía se encargaba de él. Rike camina lentamente por la hierba, con la sensación de que bajo sus pies descalzos se extiende una alfombra impregnada de rocío. Los árboles frutales están llenos de flores y cerca de la casa el gran magnolio despliega generoso su rosado esplendor.

Pero ¿no suele florecer más tarde?

Da igual, ahora a ella solo le interesa sentir y gozar.

Su vestido blanco de seda ondea alrededor de sus piernas con cada movimiento que realiza. Lleva suelto el cabello moreno, ondulado y suave. El hambre no la tortura y por un instante sus preocupaciones parecen haber caído en el olvido. La invade un sentimiento de felicidad que no experimentaba desde hacía tiempo. Se ve libre, ligera y fuerte, mucho más audaz de lo que jamás hubiera pensado ser. Sigue caminando y caminando, pues de repente el jardín es enorme, y con cada paso que da Rike está más alegre. Junto a la puerta del jardín distingue a una mujer, alta y delgada, con esa elegancia natural que solo una persona en el mundo posee.

Mamá.

Sus labios dibujan primero la palabra en silencio, Rike la susurra a continuación. Y luego la grita.

—¡Mamá!

La silueta levanta la mano como si fuera a saludarla, pero cuando Rike corre hacia ella se va difuminando hasta disolverse completamente...

—¡Despierta, Rike! —Silvie se inclinó sobre ella, preocupada.

—¿Qué ocurre? —murmuró Rike, somnolienta.

—Gritabas en sueños —respondió Silvie—. Debe de haber sido otra de tus pesadillas. No he podido entender nada, pero has dado un grito tan angustiado... Por eso he preferido despertarte.

—Gracias.

Tenía los labios agrietados de tan secos y arrugó la frente, asqueada, pues del cubo, en el rincón al fondo del sótano, emanaba un fuerte olor a excrementos. Por un momento se sintió demasiado débil para ponerse en pie, pero lentamente las piernas fueron adquiriendo la suficiente fortaleza para conseguir moverse.

«Tenemos que salir de aquí —pensó Rike—, o nos pondremos todas enfermas. Y también necesitamos comida. Ahora hasta quieren quitarnos el techo bajo el que nos refugiamos. Pero si nos vamos de casa, ¿la perderemos para siempre? ¿Y a qué otras amenazas nos enfrentaremos en las calles bombardeadas de Berlín?»

Se sentó, se pasó los dedos por el cabello revuelto y observó mientras tanto al abatido grupo tendido en el sótano.

«Voy a hablar con esa rusa —reflexionó—. Alguien ha de hacerlo. Y peor de lo que estamos ahora es difícil que estemos.»

De repente, la decisión estaba tan clara que no admitía dilación. Rike se puso en pie y se dirigió a la puerta que conducía a la casa.

—¿No pretenderás subir a ver a esos... bárbaros? —preguntó aterrorizada Claire.

—Sí —respondió Rike, con algo más de optimismo del que en realidad sentía—. Exactamente eso es lo que voy a hacer. Y en concreto a la capitana Petrova. Esperadme aquí mientras tanto.

No solo Silvie podía ser valiente. Rike demostraría a todo el mundo que no le iba en zaga a su hermana menor.

—Taps también tiene que salir —intervino Flori—. ¿No ves que está a punto de hacerse pipí? Podría sacarlo un momentito al jardín.

¡Otra vez el perro! Rike, al igual que el resto de la familia, le tenía cariño a ese divertido personajillo, pero en la situación en que se hallaban era un engorro tener que ocuparse también de él.

—Bien. Entonces Silvie y yo nos encargaremos de que haga sus necesidades arriba. —Se esforzó cuanto pudo por parecer tranquila y razonable—. Mientras, tú te quedas con Claire.

—Pero...

—No hay peros que valgan —la interrumpió Rike—. De lo contrario será imposible que Taps siga con nosotras. ¿Es eso lo que quieres?

Flori se mordisqueó el labio, aunque al menos no replicó.

Rike y Silvie se apoyaron contra la pared de la casa y contemplaron cómo Taps daba complacido un par de vueltas por el jardín lleno de maleza; de repente ya no tenía prisa por orinar. Inmersa en sus pensamientos, Rike contempló lo que quedaba del que fuera un exuberante jardín. Antes disfrutaba ayudando al señor Gruhlke en sus labores de jardinería, sembraba nuevas plantas y se alegraba cuando empezaban a florecer. Había puesto un cuidado especial en el rosal contiguo a la soleada terraza, que un verano tras otro la había complacido con su perfume y que ahora estaba del todo abandonado. Pero el señor Gruhlke había muerto en Rusia. ¿Y cuál de ellas se había sentido en condiciones para pensar siquiera en podar las rosas o encargarse de los setos mientras en cualquier momento podía caer una bomba justo al lado?

—¿Por qué eres tan dura con ella? —preguntó Silvie—. Flori no se lo merece.

—No lo soy —se defendió Rike—. Solo soy sensata porque aquí cualquier cosa puede destrozarnos. Por cierto, me gustaría que a este respecto me apoyaras en lugar de atacarme por la espalda siempre que puedes.

Su protesta surtió efecto. Silvie se quedó pensativa.

—¿Y de verdad quieres hablar con esa rusa autoritaria? —inquirió a continuación en un tono de voz más suave.

—¿Tienes una propuesta mejor? —replicó al instante Rike.

—No. Por desgracia, no. ¿Te acompaño?

—No, es mejor que te quedes abajo y te ocupes de las otras —contestó la mayor—. La vieja campanilla de alarma junto al interruptor de la luz todavía está intacta, la probé hace poco. En caso de que los rusos pretendan haceros algo, la tocas. Así la oiré desde arriba y podré reaccionar enseguida.

Metieron a Taps de nuevo en el sótano y Rike se puso en marcha. Pero ya en la escalera se sintió mal y tuvo que detenerse a medio camino.

¿Qué sucedería si la oficial estaba ausente e iba a parar en medio de los soldados rusos?

Y qué más daba.

No podía permitirse dar marcha atrás porque necesitaban urgentemente una solución para poder seguir más o menos viviendo.

Soltó aire y subió los últimos escalones.

Llegada a la planta baja de la villa, echó un prudente vistazo a la cocina, donde se encontró con un espectáculo espantoso. ¡Con qué saña habían destruido los soldados rusos el que fuera el antiguo santuario de Erna Kolovski! Durante casi veinte años la silesiana había mimado a «su» familia Thalheim con especialidades de su tierra, hasta que tras los primeros bombardeos fuertes regresó con su familia. Rike ni siquiera sabía si seguía con vida, pues el intercambio epistolar, en un principio tan intenso, había ido languideciendo progresivamente.

Y en caso de que estuviera viva, probablemente habría sufrido un colapso ante esa visión. Habían arrancado las puertas de la mayoría de los armarios altos, y el suelo de baldosas blancas y negras estaba repleto de trozos de porcelana y de cristal. Sobre el hornillo de gas había unas grandes ollas que hedían a col y mantequilla rancia, comoquiera que los soldados lo hubieran conseguido encender, pues los conductos del gas no funcionaban desde hacía semanas.

Rike se obligó a retirar la vista.

«Solo son cosas —pensó—, que pueden arreglarse o sustituirse. Ahora se trata de nosotras, de seres humanos.»

Su miedo aumentó, pero a pesar de ello siguió adelante y entreabrió la puerta de la sala de estar. El salón, como a Claire le gustaba llamar a esa amplia habitación, parecía un campamento militar: por todos sitios se veían prendas de uniforme, mantas militares, botas, fusiles, escudillas de comida y botellas vacías o medio vacías. Por suerte las alfombras persas de seda estaban a buen recaudo. Rike y su padre las habían enrollado hacía unos meses y las habían llevado al almacén de telas, en Potsdam, con un cargamento de leña para tía Lydia y la abuela Frida. Unos en el sofá azul noche y otros en el suelo, se repanchingaban unos soldados dormidos. Apestaba a licor y tabaco, y, por supuesto, había colillas por todas partes. Pero los sillones parecían tan intactos como las pesadas cortinas de tafetán, las sillas de la Bauhaus de patas altas y la mesa de comedor extensible para hasta dieciséis personas. Sin embargo, la pared de la que colgaba la acuarela de Venecia estaba vacía y la caja fuerte que se escondía detrás del cuadro, abierta. La tapicería de piel negra de la tumbona de Le Corbusier estaba rajada. ¿Y de verdad habían sido capaces de encender una hoguera delante de la puerta de la terraza, sobre el parquet de roble hasta entonces immaculado?

«Otros han sido bombardeados —se reprendió Rike antes de que una nueva oleada de nostalgia se apoderase de ella—, han tenido que huir, si no es que han muerto.»

¡Mejor no mirar con tanta atención! Además, ahí no podían encontrar lo más importante de todo.

Se retiró con prudencia y subió las escaleras lo más silenciosamente posible. Lo único que no debía hacer era despertarlos. Con su peso mosca actual, no tendría la menor posibilidad de salir airoso luchando contra cualquiera de aquellos rusos.

¿Dónde se habría metido la capitana Petrova?

En cualquier caso, no estaba en el dormitorio de Claire y Friedrich. Tampoco en el «cuchitril» de Silvie, como ella se contentaba con llamar a sus cuatro paredes. También la antigua habitación de Oskar estaba vacía. Lo mismo podía decirse del gabinete de Flori, con la pequeña torrecilla, que antes había sido la habitación ideal, en rosa y blanco, para una niña y que ahora ofrecía un aspecto bastante descuidado.

Rike siguió subiendo y en el segundo piso fue abriendo una puerta tras otra. Ahí los techos eran más bajos y las habitaciones más pequeñas y con muebles más sencillos, puesto que estaban pensadas para alojar al personal de servicio, salvo el muy amplio apartamento para invitados, cuyo balcón se situaba sobre el dormitorio de los padres, en el que antes se instalaban amigos y conocidos de la familia cuando estaban de visita en Berlín.

Ahora solo quedaba el espacioso ático: el reino de Rike. Justo al comienzo de la guerra, su padre había decidido adoptar esta costosa medida con objeto de evitar que su hija mayor abandonase la casa familiar al alcanzar la mayoría de edad para, según sus intenciones, compartir vivienda con sus amigas Elsa y Lou. Entonces ya había resultado difícil encontrar los materiales de construcción

adecuados, pero Friedrich Thalheim había utilizado todos sus contactos para retener a su hija en casa.

—De lo contrario me preocuparé demasiado por ti —había afirmado, si bien Rike ya sabía ahora que su presencia en casa había constituido sobre todo un descanso para él.

Su padre había construido una espaciosa vivienda de dos habitaciones, conscientemente amueblada con sobriedad, con un pequeño baño y un nicho para la cocina. Ella se había sentido a gusto allí, incluso a pesar de que esta solución significara, al menos en un principio, despedirse de la vida autónoma con la que ya soñaba en el instituto. Tras la decepción que había sufrido con Walter, siguió siendo lo que siempre había sido: la sensata primogénita de papá que pensaba antes en él que en sí misma.

¿Había sido esa tal vez la razón por la que Walter se había decidido de repente por la más divertida Silvie, que vivía y amaba como le apetecía? ¿O acaso lo habían cautivado las excitantes curvas y la risa cristalina de su hermana menor? ¡Maldita sea, esos horribles pensamientos no la dejaban en paz!

Rike se había detenido involuntariamente.

—¡Manos arriba! —La áspera voz de la rusa la hizo estremecerse. La oficial estaba de pie junto a la puerta abierta, pistola del ejército en mano, apuntando al pecho de Rike.

—¡Disculpe! —Rike enseguida había obedecido la seca orden—. Solo quería...

—¿Qué?

—Hablar con usted, capitana Petrova —contestó—. Vengo sin armas y en son de paz.

—Es lo que creyó la gente en Rusia cuando entraron en nuestro país los primeros tanques alemanes —observó—. Todo el mundo saludó de corazón a los soldados extranjeros y les regalaron flores... antes de que los ejecutaran.

—Yo no soy un soldado —dijo Rike con un hilo de voz—, jamás he hecho daño a nadie ni en Rusia ni en ningún otro lugar. Lo mismo es válido para las mujeres y las niñas del sótano. Tenemos que salir de ese agujero insalubre, de lo contrario enfermaremos de tifus o disentería. Y estoy segura de que no es eso lo que usted quiere.

—La casa está confiscada —rezongó la capitana Petrova sin bajar la pistola.

De cerca parecía mayor de lo que Rike había pensado en un principio. Alrededor de los ojos se le dibujaba una fina corona de arruguitas y otras líneas le surcaban la piel alrededor de la nariz y la boca. Pero lo más desconcertante eran esos incisivos de oro que brillaban cuando hablaba.

¿Qué de cosas habría vivido y sufrido esa mujer?

Seguramente nada que hubiese fomentado su simpatía hacia los alemanes, pues sus ojos hundidos obraban en Rike el efecto de dos lagos de hielo azul pálido; sin embargo, su alemán era perfecto.

—Lo sé —respondió Rike—. Pero ¿puedo bajar los brazos a pesar de ello?

Breve asentimiento.

Rike carraspeó varias veces. Tenía la garganta reseca. En el jardín había un pequeño refugio y quería pedir a la rusa que les permitiera ocuparlo. Al principio, Erna había vivido allí, si bien llevaba años vacío. El pequeño edificio era difícil de calentar y estaba un poco destartado, pero en la situación en que se hallaban, a Rike le parecía el paraíso.

—Se trata de la casita del jardín —explicó—. Dos habitaciones con baño y ducha, si es que alguna vez vuelve a haber agua en las cañerías. ¿Podríamos alojarnos allí? —Espiró una gran bocanada de aire—. Y también necesitamos algo de comida —añadió—. Sobre todo para los niños.

—Venga —le pidió la rusa, moviendo la pistola para subrayar sus palabras—. Entre.

Rike la siguió angustiada.

Una vieja maleta, una chaqueta de uniforme abandonada, un par de vasos usados, media rebanada de pan, sobre un paño abierto un trozo de tocino que desprendía un tentador olor. ¡Qué cosas tan ricas se podían preparar con ellos!

Se forzó a respirar lo más superficialmente posible para no estimular los fluidos estomacales y miró con disimulo a su alrededor. No parecía que hubieran ensuciado o dañado el mobiliario. Una sensación de alivio se extendió en su interior. Natalia Petrova se había instalado en su apartamento, pero por lo visto le gustaba el orden tanto como a Rike, lo que hacía esa idea más soportable. Sobre el escritorio, un modelo especial de madera de abedul que su padre le había regalado al comenzar la carrera, se apilaban unos mapas, los que estaban en lo alto marcados con distintas líneas en rojo y azul, que la rusa se apresuró a cubrir.

Era evidente que no estaban hechos para ojos enemigos.

—¿Quién es? —La capitana Petrova había dejado el arma y le tendió una acuarela enmarcada que había acompañado a Rike durante toda su vida: el retrato de su padre en uniforme. Las fatigas de la guerra saltaban a la vista en el rostro delgado, pero los ojos brillaban y toda la actitud de ese hombre joven mostraba determinación y un inquebrantable deseo de vivir—. Tu marido... ¿fascista?

—Mi padre —contestó Rike, sin entrar en detalles respecto a la peligrosa segunda pregunta—. En Francia, en 1918, tras la Gran Guerra. El cuadro lo pintó su mejor amigo, un judío.

—Está... —El rápido gesto de pasarse transversalmente la mano por el cuello era claro.

—No —respondió inmediatamente Rike—. Markus Weisgerber y su esposa pudieron abandonar Alemania a tiempo. Que yo sepa, viven en Estados Unidos. Todos lo echamos mucho de menos.

Enronquecía de nuevo y carraspeó. Pronunciar ese nombre volvía a conjurar el accidente mortal con todas sus consecuencias. ¿Por qué tenía ya de pequeña los ojos y los oídos abiertos a todo? Si ese día no hubiera seguido a escondidas a su madre...

—¿Fascista? —Por unos instantes, Rike se había sumergido tan profundamente en sus dolorosos

recuerdos que había dejado de escuchar—. ¿Fascista? —repitió con mayor insistencia la rusa.

Por lo visto, había hurgado a fondo en el álbum rojo de Rike. La foto que había despegado de las esquinas blancas mostraba a Oskar y a Walter, ambos en uniforme y con expresión grave delante de un tanque de la Wehrmacht. En realidad, había querido romper en mil pedazos la imagen después del irreflexivo compromiso de Walter con Silvie, pero salvo por una instantánea movida en la que no se reconocía nada, era lo único que poseía de él, y por ello la había conservado intacta.

—Un amigo de la familia —contestó Rike, tensa, señalando a Walter—. Murió en Stalingrado a finales de 1942. El que está a su lado es mi hermano, desaparecido desde entonces.

El rostro de la capitana Petrova no mostró ninguna emoción.

—¿Dónde está el padre? —siguió preguntando—. ¿También en Rusia? En el sótano no había ningún hombre.

—Lamentablemente, no lo sabemos.

—¿Por qué?

—Era demasiado mayor para ingresar en la Wehrmacht. Además, después de la Gran Guerra había jurado no volver a coger un arma. A pesar de ello tuvo que entrar en el Volkssturm, o lo habrían fusilado. Al final no condescendieron ni con los ancianos ni con los niños. —Tuvo que tragar saliva—. Me pregunto dónde estará. Hace mucho que no sabemos nada de él.

—Fascistas, ¡todo un pueblo de fascistas! —Por un momento pareció como si la rusa fuera a escupir, pero después se controló—. A lo mejor está muerto, a lo mejor los soldados de la victoriosa Armada Roja lo han cogido prisionero. Pagará por sus crímenes... ¡Todos vosotros pagaréis por ellos!

A Rike se le puso la piel de gallina pese a que era un cálido día de primavera. ¿Debía suplicarle que tuviera piedad? Ante la mirada gélida de Petrova optó por renunciar a ello y adoptar claramente una posición.

—Esta no es una casa en la que se venerase a Hitler —explicó—. Mi hermano nunca quiso ser soldado; mi tío Carl, fiscal del Estado, se convirtió voluntariamente en vigilante nocturno para no tener que estar al servicio de la injusticia. No todos los alemanes son malos. En este país también hay personas con honor y escrúpulos.

Había montado en cólera al hablar y de repente se asustó. ¿Lo habría echado todo a perder a causa de su atrevimiento?

La capitana Petrova la miraba con atención.

¿Estaba Rike equivocada o era cierto que la rusa tenía una expresión algo más relajada?

—¿Hay dinero en la casa? —preguntó de repente—. La caja fuerte estaba vacía. ¿Hay otros escondites?

Rike negó con la cabeza.

—Estalló la guerra —contestó en voz baja, evitando el contacto visual directo—. Bombardearon nuestra tienda. Lo hemos perdido todo.

—Ocho días —dijo al final la rusa—. Luego os vais. El general Bersarin y su Estado Mayor necesitan unos alojamientos aceptables. Aunque tendría razones para hacerlo, no dejará que vosotros, los alemanes vencidos, os muráis de hambre. Se están imprimiendo nuevas cartillas de racionamiento. Tendréis que aguantar hasta entonces.

Rike la miró inquisitiva.

—Un nombre que deberéis retener. —Ahora había un deje de orgullo en la voz de la capitana—. Nikolai Erastovich Bersarin. Así se llama el comandante de Berlín.

La pequeña comitiva que abandonó por la tarde la villa de la Branitzer Platz estaba compuesta por cuatro mujeres y Taps, que como una luminosa estatua de porcelana dominaba en lo alto de la carretilla. Eva Brusig se había despedido llorando copiosamente para marcharse con sus gemelas al bosque del Spree, donde unos parientes lejanos tenían una pequeña fábrica de pepinillos en Lübbenau. Ya ahora todas añoraban el gorjeo de las niñas, pero ¿dónde alojar a esa familia ajena cuando ni ellas mismas tendrían suficiente sitio donde vivir en el futuro? Ninguna, ni siquiera Flori, que sollozaba quedamente, volvió la vista atrás, tal como Rike les había repetido. Ella apretaba los dientes con tanta fuerza que la mandíbula empezaba a hacerle daño. Al mismo tiempo, el corazón le dolía tanto que temía que en cualquier momento fuera a rompersele en mil pedazos.

La primera vez que había visto la villa tenía tres años y su padre la llevaba en brazos porque su madre, ya en los últimos meses del embarazo, no podía con ella. Excitada, Rike se había apretujado contra él. Todo era tan diáfano y tan grande. Todavía no estaba del todo equipada, pero ya había algunos muebles que le daban un aire acogedor. Un espléndido palacio, así le había parecido entonces. Lentamente había recorrido con su padre habitación tras habitación. «Este es ahora nuestro hogar, Rike. —Todavía oía su cálida voz—. Tuyo, de mamá, de tus nuevos hermanos y mío. Todo lo que ves aquí nos pertenece. Y nadie en el mundo entero nos lo podrá quitar...»

Lo que ahora tenían que abandonar era mucho más que una casa, era todo un mundo. Ahí habían crecido juntas las hermanas, habían estudiado durante la época escolar y habían celebrado sus primeras fiestas. Habían velado el cadáver de su madre en esa sala de estar, la misma donde papá, apenas unos meses después, había celebrado su segundo enlace en un reducido círculo familiar. Ahí la había besado Walter y luego engañado tranquilamente con Silvie. Ahí había abrazado a Oskar por última vez antes de que él tuviera que volver a Rusia. Cada estancia rezumaba historias de la familia, en cada habitación se escondía un secreto más o menos grande.

Rike se obligó a no apartar la vista del frente mientras iban dejando a sus espaldas la Branitzer Platz. Estaban vivas y hasta cierto punto sanas. Podían ocuparse las unas de las otras. En algún momento papá volvería con ellas, se aferraba firmemente a esa idea.

En cualquier caso, ese día habían tenido una suerte enorme, pues la borrachera de los rusos ya había empezado a primera hora de la tarde, después de que un Kübelwagen, un todoterreno ligero, les suministrara la ración de licor necesaria. Cuando los cantos y el griterío empezaron a salir por las ventanas abiertas, Rike y Silvie corrieron al amparo de la incipiente penumbra hacia la casita del jardín para ir a buscar las máquinas de coser escondidas. En cuanto sus manos, húmedas de sudor, tocaron el metal, ambas casi gritaron de alivio. Claire permanecía fuera vigilando, mientras ellas escondían en unos viejos sacos de carbón aquellos pesados monstruos y los cargaban en la carretilla que ya contenía sus demás pertenencias.

Exceptuando los dos valiosísimos objetos, no era mucho más lo que arrastraban por las calles destruidas por las bombas. No podían perder tiempo, pues el estricto toque de queda para los alemanes entraba en vigor a las diez de la noche. Qué alentador habría sido tener una bicicleta, pero las suyas habían sido lo primero sobre lo que se habían arrojado los ocupantes rusos para dar torpes paseos riendo a carcajadas por las silenciosas calles del Westend. También los relojes, las máquinas de fotografiar y los radios se habían confiscado, solo les quedaban las maletas que habían recogido de la habitación de Oskar, sus viejas mochilas, algunos cubos de hojalata, un par de mantas y un puñado de cubiertos y platos, así como dos cazuelas, algunas lámparas de petróleo y un poco de comida que todavía conservaban.

—¿Y de verdad que la vieja casa de la abuela todavía está intacta? —preguntó Silvie en medio del profundo silencio.

—Así es —confirmó Rike, sin desvelar cuánto valor le había exigido hacer la salida de control a Charlottenburg dos semanas atrás. La había sobresaltado el más leve ruido de motor, y había bajado la cabeza y se había encogido sin querer a la vista de cualquier uniforme ruso. Pero no había sufrido ningún percance ni a la ida ni a la vuelta—. Aunque la casa de los vecinos está medio en ruinas. Y parece que al lado también ardió el tejado, pero por lo visto se pudo apagar el fuego. Aunque lo mejor de todo es que los Fischer, nuestros inquilinos, se han esfumado y no tenemos que echarlos.

Se detuvo.

—Mirad, una bomba de agua. Vamos a llenar un par de cubos por si acaso. Quién sabe dónde encontraremos la próxima.

Aunque con los dos cubos llenos la carretilla todavía era más difícil de manejar, ellas prosiguieron imperturbables su camino.

—Esos Fischer eran unos nazis de la peor calaña. —La voz de Claire resonaba con una dureza

poco habitual—. El hombre ocupaba un cargo secundario en la cancillería del Reich, aunque él se presentaba como ayudante personal del Führer. Según cuentan, que pusieran de patitas en la calle a todos los judíos del edificio le causó un auténtico éxtasis, en cambio a mi suegra le provocó una depresión. Ya se lo dije entonces a Friedrich, cuando cerró el contrato de alquiler. ¿Y sabéis lo que me contestó vuestro padre? «Entonces al menos pagarán puntualmente. En estos tiempos hasta el último céntimo cuenta.»

—Seguro que no lo decía con esa intención —señaló Silvie.

—Pues sí —replicó Claire—. ¿Y sabes cómo me llamó delante de ellos? ¡Clara! Como si de golpe se avergonzara de mis orígenes.

—Los franceses son y siguen siendo nuestros enemigos jurados —recitó Flori—. Esto es lo que nos enseñaba la señora Gunsch en clase. Por eso me estuvo incordiando desde el primer día. «Floren-tine. ¡Ninguna señorita alemana como Dios manda se llama así!», me decía con desprecio, y después me endilgaba más deberes de castigo. —Exhaló un profundo suspiro—. ¡Qué contenta estoy de que hayan cerrado ese viejo colegio!

—Espero de corazón que no tengas que aguantar más a Gunsch y compañía —afirmó Rike—. ¡Ya es hora de que soplen en Berlín aires nuevos y de que por fin aprendáis algo sensato!

Entretanto habían avanzado un buen tramo de los aproximadamente cinco kilómetros que las separaban de su nuevo domicilio en la Bleibtreustrasse. Rike se alegraba de haber distraído a las demás, pues a izquierda y derecha se extendía un deprimente paisaje de escombros: ruinas, carretillas quemadas, cráteres originados por las bombas. El pavimento de las calles estaba abierto en muchos sitios, y en las aceras, antes tan bien adoquinadas, abundaban ahora los obstáculos sobre los que avanzaba traqueteando la pesada carretilla. Ni siquiera el tibio aire de mayo olía como ella recordaba; sino que flotaba en él un penetrante olor a goma quemada y el tufo dulzón de los cadáveres putrefactos de animales de los cuales nadie se sentía responsable. Las pocas personas que se cruzaron en su camino parecían ir con prisa; casi todos arrastraban o tiraban de algo, la mirada fija en una meta desconocida.

—Pero yo no quiero volver al instituto —se lamentó Flori—. De todos modos, voy a ser pintora. Y las pintoras no tienen que saber ni matemáticas ni latín.

—Estás completamente equivocada, *ma puce* —objetó Claire—. Querrás vender tus cuadros. Y para ello deberás saber contar. Además, sin tener una formación clásica no se puede entender el arte, por no hablar de cultivarlo tú misma.

—Yo quiero pintar. Dibujar y pintar desde la mañana hasta bien entrada la noche, y nada más. Y deja de ponerme esos nombres tan infantiles, ¡ya hace tiempo que no soy una pulga! —protestó Flori, rebelde.

—¿Y qué pasa con la comida? —intervino Silvie—. A la larga, incluso los artistas son incapaces

de pasarse sin ella. De lo contrario, están tan débiles que se les cae el lápiz de la mano.

—Sois horribles. —Las mejillas de Flori se habían sonrojado, saltaba a la vista que eso era herencia de su padre, un hombre fácilmente irritable y que se salía de sus casillas en cuanto algo lo contradecía—. Siempre tenéis que saber más. A veces se diría que tengo tres madres, ¡y eso que con una hay más que suficiente!

Todas se echaron a reír, lo que en medio de ese páramo desolador les sentó de maravilla, y por un par de minutos incluso la carretilla, que las adultas se turnaban en ir tirando de dos en dos, pareció más liviana. Taps, que todo el tiempo había estado ovillado, se sentó y empezó a ladrar.

—Seguro que vuelve a tener hambre —observó la marisabidilla Flori—. Ese pan horrible no le quita el hambre a nadie.

—A ver qué le damos —musitó Claire—. Sé lo mucho que lo quieres, pero estoy segura de que en las nuevas cartillas de racionamiento no está prevista la comida para perros.

—Pues entonces le daré mi comida y yo solo beberé agua. —La clara voz infantil amenazaba con quebrarse—. Mirad, ¡aquí hay otra bomba de agua! De sed seguro que no me muero.

—Ya encontraremos algo que darle de comer a ese enanito —apaciguó Silvie a las dos—. Por fin reina la paz, las cosas solo pueden ir a mejor. Trabajaremos y ganaremos dinero...

—¿Y haciendo qué, si puedo preguntar? ¡Ninguna de nosotras tiene un auténtico oficio! Nos han echado de la villa y nuestros preciosos almacenes han ardido. Si además le ha sucedido algo malo a mi querido Friedrich... —Las lágrimas empezaron a resbalar sin freno por las mejillas de Claire.

Habían llegado a la Ku'damm. La noche sin luna era demasiado cerrada para distinguir un objeto que estuviera alejado. Aun así, Claire inevitablemente deslizó la mirada hacia la izquierda, hacia la dirección, pues, en que antes se habían erigido los almacenes.

—No mires hacia allí —dijo Rike, conmovida—. Y deja esa llorera o empezaré a llorar yo también. Más vale que intentemos llegar a la casa de la abuela. Estoy tan cansada que se me cierran los párpados mientras camino.

Un poco más tarde se encontraban delante de la ligeramente rehundida puerta del número 33. Las hermanas siempre habían considerado que la cabeza femenina situada en el arco superior era una especie de afable guardián. Ese día, sin embargo, miraba cubierta de hollín y tenía un aspecto más aterrador que hospitalario. Antes de la guerra, todos los niños Thalheim se habían peleado por pasar unas agradables tardes en casa de la abuela Frida, que dominaba todos los juegos de naipes y preparaba las mejores creps del mundo. ¡Qué delicia morder esa mullida torta azucarada con mermelada de albaricoque hecha en casa! Oskar podía zamparse una docena de ellas sin el menor problema, aunque más tarde tuviera que pagar su gula con un dolor de barriga. Pero lo que hacía que los nietos quisieran tanto a su abuela no eran solo esas exquisiteces culinarias, en absoluto, sino su

pícaro afabilidad y su sentido del humor, que todavía chispeaba de repente cuando ya iba perdiendo paulatinamente la memoria. Un día, sin embargo, se encontraron comiendo mostaza picante en lugar de mermelada y todos rieron pensando que se trataba de una broma. Solo Rike había visto a la abuela llorar más tarde a escondidas en la cocina.

Era extraño estar subiendo las tan familiares escaleras que conducían al primer piso. Los Fischer ignoraban que Friedrich Thalheim contaba con una copia del juego de llaves, que Rike había cuidado como a la niña de sus ojos hasta ese día. En ese momento, su mano tembló unos segundos antes de encontrar el ojo de la cerradura.

Pero, finalmente, la puerta se abrió.

Un largo pasillo, del que partían las habitaciones —dormitorio, sala de estar, una amplia cocina comedor que era el lugar preferido por todos antes para pasar el rato, retrete y baño—, todo limpio y ordenado en los tiempos de la abuela Frida, y decorado con muchos de sus queridos recuerdos. Rike incluso se alegró de que no hubiera corriente eléctrica y que la oscuridad, compasiva, lo cubriera todo, pues tal como había visto en su primera visita a la casa, los Fischer habían garabateado las paredes de la cocina y el pasillo llevados por la rabia y la decepción ante el indeseado desenlace de la guerra. Durante un tiempo deberían convivir con esas odiosas consignas, pues la pintura de paredes para ocultarlas escaseaba tanto como todo lo demás. Pero al menos estaban, en principio, en un lugar seguro. Por un instante sintió en la nariz el suave perfume a lavanda que siempre emanaba de los armarios y cajones de la abuela Frida, aunque, en realidad, eso no podía ser más que una ilusión sentimental.

Carraspeó.

—Flori, lo mejor es que te quedes en la cocina con Taps. Las demás subiremos nuestro modesto ajuar, en primer lugar las máquinas de coser, por supuesto. De la carretilla nos encargaremos al final...

—¿Pretendes cargar también con ese trasto pesado y sucio escaleras arriba? —La voz de Claire tenía un deje de indignación—. ¡No lo dirás en serio!

—Pues claro que sí. ¿O no querrás que mañana, por cada gota que queramos beber, tengamos que ir cien veces a buscar agua a la Kantstrasse porque nos han robado la carretilla?

Nadie replicó.

Entre jadeos y con mucho esfuerzo, por fin consiguieron subir todos los bultos al piso. Al salir precipitadamente, los Fischer habían dejado algunas cosas, dos sillas tambaleantes y dos taburetes junto a la mesa de la cocina, así como los tres viejos armazones de cama con unos ajados colchones sobre los que ellas colocaron sus mantas.

—Qué poco apetece meterse a dormir en estas viejas camas nazis —farfulló Silvie—. A saber lo que habrán hecho en ellas...

—Mejor esto que el duro suelo —contestó Rike—. Al final, lo mismo tenemos que quedarnos aquí más tiempo.

—¿Crees que algún día podremos volver a la villa? —preguntó Claire.

—Eso ya se verá. Al menos tenemos un techo bajo el que cobijarnos, y con ello estamos sumamente mejor que mucha otra gente de la ciudad.

Con una luz mortecina se comieron sus escasas provisiones, salvo el último resto de pan y dos dedos de melaza para un desayuno frugal; Taps tuvo que conformarse con dos cuencos de agua y un par de cortezas de pan. A la mañana siguiente, Rike, que era la que mejor se desenvolvía con los números de la familia, saldría a buscar las nuevas cartillas de racionamiento. Pero antes dormirían, tranquilamente y, cosa que llevaban mucho tiempo sin hacer, en camas de verdad, aunque en ellas se hubiesen acostado unos fanáticos nazis.

A la mañana siguiente, cuando Rike se despertó, la casa estaba muy silenciosa. Lo primero que hizo fue ir a la cocina y servirse un vaso de agua del cubo. La puerta de la antigua sala de estar, que habían preparado para dormir y dejado a Flori y su madre, estaba entreabierta. La Peque se había acurrucado bajo la manta. Solo asomaba un rizo rojizo.

Ni rastro de Claire ni de Taps.

Rike sospechaba dónde encontrarlos. Tras hacer sus necesidades en uno de los cubos, algo a lo que nunca se acostumbraría, volvió a lavarse lo mejor que pudo las manos, guardó una rebanada de pan como provisión, se puso la mochila y salió de la casa, aunque no sin detenerse un momento junto a la chapa de cobre con los nombres de los inquilinos al lado de los timbres.

Liepmann, Fraenkel, Buschmann, Wunsch, Abrahamson; ya no quedaba ninguno de aquellos conocidos nombres de antes, sino que ahora estaban los de los Hermann, Wolter, Eisenhardt y otros que no significaban nada para ella. Habían transportado a los antiguos inquilinos a otro lugar en 1943 a más tardar, cuando Berlín tuvo que verse «libre de judíos». La abuela Frida había apreciado mucho a sus vecinos judíos y había lamentado profundamente que fueran desapareciendo poco a poco. Fue tras esa noche del horror en que arrastraron y se llevaron brutalmente a los últimos en un camión cuando se volvió rara, como solía decir la familia hasta que fue reconociendo toda la dimensión de su enfermedad.

¿Habrían muerto todos los vecinos?

Rike se estremeció ante esta idea y apretó el paso. Cuando llegó a la Ku'damm tuvo que tragar saliva. La mayoría de las vitrinas de las aceras destrozadas bloqueaban el camino. Muchos de los escaparates estaban astillados y, en el mejor de los casos, cegados con tablas de madera. No

quedaba ninguna huella del esplendor de antaño en la avenida berlinesa por la que ella tanto había disfrutado paseando con Elsa y Lou. Hacía una eternidad que no se veían, pero, siendo comadrona, Lou había estado constantemente activa también durante la guerra y Elsa había huido con los bombardeos a casa de unos parientes, en los montes Metálicos.

A esas alturas, Rike tenía unas punzadas en el costado y redujo la velocidad, pero quería reunirse lo más rápidamente posible con Claire, antes de que esta, desalentada, hiciera una tontería. Pasó por delante de Wachtel. La que fuera tienda de trajes de confección y antigua competidora había pertenecido a dos hermanos judíos y tuvo que cerrar ya en 1938. Por delante del café Reimann, punto de reunión en el pasado de artistas e intelectuales, que, como refugio de homosexuales y lesbianas, se había convertido en objetivo de los «hombres superiores arios» que pretendían aniquilar todo lo que encontraban fuera de sus normas. Más adelante prefirió no mirar hacia el café Kranzler, una ruina carbonizada junto a la que se deslizó para no sentirse todavía más desgraciada.

—¿Claire? —llamó antes siquiera de llegar al lugar donde los almacenes Thalheim habían atraído a la clientela con sus primorosamente decorados escaparates y hoy solo se alzaba un montón de escombros llenos de hollín—. Claire, ¿estás por aquí? ¡Soy yo, Rike!

Ninguna respuesta, lo que aún aumentó más la inquietud de Rike. Habría apostado cualquier cosa a que la encontraría ahí, pero por lo visto se había equivocado. Al final, unos ladridos excitados desviaron su mirada hacia el lado opuesto, la ruina de la iglesia memorial Káiser Wilhelm.

—Ni siquiera esta iglesia ha sobrevivido —señaló Claire con voz ronca, después de que Rike cruzara la deteriorada calzada y se reuniera con ella. No había forma de tranquilizar a Taps, que seguía ladrando como si percibiera perfectamente que algo no funcionaba—. Y, sin embargo, era grande e imponente... ¿Cómo vamos a persistir nosotros, débiles seres humanos? Mi Friedrich, si es que todavía vive; nuestra hija, que debe crecer como es debido; Silvie y tú, por no hablar de mí. ¿Cómo voy a superar todo esto? ¡Ya no me quedan fuerzas, Rike, así de simple! A veces lo único que deseo es acostarme y no volver a despertar nunca más, solo eso.

Parpadeó. Había hablado de un modo tan confuso que Rike apenas la entendió. Halló la explicación en una botella de vodka medio vacía que rodaba por el suelo a su lado.

—No ha sido más que un traguito —se defendió Claire—. Estaba por ahí tirada, como esperándome. Al principio me ha ido bien, pero ahora todavía me siento peor...

—Estás cansada y muerta de hambre. —Rike, protectora, le pasó el brazo por encima de los huesudos hombros—. Esto basta para que cualquiera se sienta vulnerable. Pero ahora hay paz, Claire, paz, pese a que todavía no lo hemos asimilado bien. El «Reich milenario» está muerto, en cambio nosotras estamos vivas. Todo puede volver a ser bonito. Lo único que debemos hacer es confiar en ello.

—Pero ¿cómo? ¿Dónde vamos a vivir? ¿Qué vamos a comer? Y ¿cómo vamos a ganar dinero?

Claire la miraba buscando ayuda.

—¡Así! ¿Lo ves? —Rike señaló un camión abierto cargado de un grupo de risueñas mujeres con cubos y palas que seguía a otro camión más grande—. Lo que ellas hacen también podemos hacerlo nosotras. Ayudaremos a reconstruir la ciudad destruida. De este modo subiremos al instante de nivel en las cartillas de racionamiento, ya no estaremos tan abajo. Nada de raciones con las que uno se muere de hambre, Claire. ¡Por fin saciadas!

—¿Vamos a convertirnos en obreras de la construcción sin tener los más mínimos conocimientos?

—Limpiaremos de escombros la ciudad, seremos Trümmerfrauen —la corrigió Rike—. Y eso significa tener más pan, más mantequilla e incluso un poco más de carne. Dejaremos de andar esqueléticas de un sitio a otro. ¡Y, a fin de cuentas, cargar con un cubo lleno de cascotes tampoco puede ser tan difícil!

—¿Y crees que yo también lo conseguiré? —Claire todavía parecía muy escéptica.

—¡Por supuesto! —le aseguró Rike—. Eres mucho más fuerte de lo que te piensas. ¿Te las habrías apañado si no durante tantos años con nuestro complicado padre?

Asomó la sombra de una sonrisa, diminuta, pero algo era algo.

—Yo no soy ni mucho menos tan eficiente como tú...

—¡Tonterías! Eres capaz de mucho más de lo que te imaginas. Y por las noches estarás demasiado cansada para darle vueltas a la cabeza, eso te lo aseguro —dijo Rike—. En lugar de estar cavilando absurdamente, dormirás como un tronco hasta la mañana siguiente. Ahora mismo iré al Ayuntamiento de Charlottenburg y nos inscribiremos, tú, Silvie y yo, para desescombrar la ciudad. A lo mejor podemos empezar enseguida.

—¿Y la Peque? ¿Qué haremos con Flori?

—Llevarla a la escuela, ¿qué si no? De Flori tiene que salir algo sensato. Y hasta que vuelvan a abrirla, seguro que encontramos una solución.

Rike se alegró de que Claire asintiera y lograra dibujar otra pequeña sonrisa.

Recorrió el trayecto hasta el ayuntamiento sin dificultades, exceptuando las protestas de su estómago, al que la rebanada de pan, en vez de apaciguarlo, lo había estimulado. La magnitud de los daños causados por las bombas a derecha e izquierda de su recorrido, sin embargo, cada vez la afectaba más. Pasó junto a campos de escombros y cascotes, vio montones de cables arrancados y cañerías destrozadas saliendo de la tierra como vísceras despedazadas de seres primitivos. El imponente edificio de la Berliner Strasse estaba terriblemente destruido. De forma automática, Rike recordó aquel día en que su padre la llevó a la magnífica sala conmemorativa de la guerra, con sus figuras de escayola y sus elaboradas ventanas de cristal, de la que tan orgullosos estaban muchos de los residentes en Charlottenburg.

«¡Nunca más otra guerra, Rike! —Todavía hoy resonaba en sus oídos esa advertencia, que entonces, con apenas diez años, tanto la impresionó—. Esas muertes absurdas no comportan para los seres humanos más que dolor y carencias. Luego construyen pomposos monumentos, pero esto no devuelve la vida a ningún muerto.»

Y ahora hasta el ayuntamiento estaba medio en ruinas...

Después de explorar un poco, Rike descubrió en un ala lateral que había quedado en pie un despacho provisional. Después de mostrar los tres documentos básicos de identidad, recibió la confirmación de que a la mañana siguiente ya podían empezar a trabajar en los alrededores de la Ku'damm.

Intentó ignorar el hambre que la atormentaba y siguió caminando por la Sybelstrasse. Su buen humor desapareció en el acto al ver la cola casi interminable de personas que esperaban delante del edificio, que antes de la guerra había sido un instituto femenino de renombre y luego se rehabilitó como hospital, tal como mostraban los vapores de alcanfor que fluían hacia fuera en cuanto la puerta se abría. Ahora habían instalado allí la oficina de distribución de cartillas de racionamiento de Charlottenburg.

—Esto va para largo, señorita —refunfuñó con un marcado acento berlinés el calvo que tenía delante cuando ella, pasando su peso de una pierna a otra, impaciente, lo había rozado con el codo sin querer—. Y no es cuestión de colarse. Todos tenemos un hambre de mil demonios.

Ella se contentó con un resignado asentimiento, lo que por lo visto animó al individuo.

—Los bombardeos también la han dejado sin nada, ¿a que sí? —preguntó con el mismo cerrado acento, aunque ahora más amistosamente.

—Más bien no —contestó lacónica Rike.

—Pero yo por aquí no la he visto nunca...

Se estaba empezando a hartar.

—Escuche, por desgracia ahora no estoy en absoluto de humor...

La joven con el cabello rubio y corte al estilo paje que aguardaba delante del calvo dio media vuelta de golpe. A Rike se le cortó la respiración. Le pareció que era más alta de lo que la recordaba, pero tal vez se debía a que se había adelgazado mucho. Salvo por eso, lo demás le resultaba familiar: los ojos oscuros, la frente alta, una nariz prominente, los labios finos bien dibujados. Llevaba un vestido rojo con rayas blancas al que creía reconocer y la miraba como si estuviera viendo una aparición.

—¿Rike? —preguntó incrédula—. ¿Ulrike Thalheim?

—¿Miriam? Caramba, Miri Sternberg de rubia platino, ¡no me lo puedo creer!

Y ya se habían arrojado la una en brazos de la otra llorando y riendo al mismo tiempo. Los que

esperaban en la fila se las quedaron mirando, pero a ellas les daba igual

—Pensaba que no volvería a verte nunca más —confesó Rike—. Después de que se llevaran a tu madre, tú también desapareciste de repente. Papá lo intentó todo para conseguir un permiso de salida para las dos. ¡Apreciaba muchísimo a tu madre y su trabajo! Lamentablemente, era demasiado tarde. Deberíais haberos ido de Alemania mucho antes.

El rostro de Miriam se endureció.

—Sí, deberíamos haberlo hecho, Rike. Pero ¿qué país nos habría acogido, a una modista judía con unos pocos ahorros y una niña ilegítima? Mamá ya se había dado por vencida, casi no comía nada, solo rezaba y lloraba. No sobrevivió más que un par de semanas en el campo de concentración de Buchenwald. Antes o después también me iban a deportar a mí. Entonces decidí convertirme en U-Boot, y en una U-Boot rubia porque llamaba menos la atención.

—No te entiendo...

—U-Boots, «submarinos», así se llaman los judíos que se sumergieron, que pasaron a la clandestinidad hasta que concluyó la guerra.

—¿Te quedaste todo el tiempo en Berlín? Pero ¿dónde te escondiste?

Miriam se encogió de hombros.

—Por todas partes y en ningún sitio. Durante el día en cafés, cines y tiendas, por las noches en bares, en casa de gente amable o en portales con corriente de aire. Conservaba un par de modelos antiguos de mi madre que me fueron de gran ayuda. Rubia, joven, vestida a la moda... Al menos al principio no me faltaron galanes maduros dispuestos a invitarme. Después, cuando caían tantas bombas, fue más difícil. Por supuesto, yo siempre estaba alerta y a veces también me vi en situaciones verdaderamente delicadas. Con frecuencia pasé hambre y un frío de muerte, pero siempre estuve decidida a sobrevivir costase lo que costase.

—Y lo has conseguido. —Rike volvió a abrazarla—. ¡Qué alivio tan grande he sentido al volver a verte, Miri! ¿Vives en Charlottenburg?

—Yo..., el problema es que no tengo un domicilio propiamente dicho. No voy de ninguna de las maneras a meterme en uno de esos campamentos para judíos dispersos. Solo de pensarlo vuelvo a sentir claustrofobia, incluso sin haber tenido nunca la experiencia de estar encerrada en un campo de concentración. Hay una anciana que me deja dormir un par de noches en su casa, pero en cuanto vuelva su hija de Leipzig, se acabó. —Se notaba lo mucho que le costaba dar una respuesta—. ¿Y buscar algo nuevo? —preguntó, adoptando el dialecto berlinés como solía hacer de pequeña cuando algo le desagradaba—. ¡Ni pensarlo! Todo está en ruinas y hasta que se vuelva a reconstruir...

—No —dijo Rike—. A partir de hoy tienes casa. Te vienes con nosotras, a la Bleibtreustrasse. Tuvimos que marcharnos de la villa, ahora están allí instalados los rusos, pero todavía conservamos el viejo apartamento de la abuela. Estaremos un poco estrechas, pero a pesar de todo nos

apañaremos. Ahora mismo te registro en nuestro libro de presupuesto doméstico. De este modo no habrá problemas con los cupones de racionamiento.

—¿Con vosotras? ¿Lo dices de verdad? —Los ojos de Miriam brillaban desconfiados.

—¿Acaso tengo pinta de estar hablando en broma? —Rike hizo una mueca exagerada—. Silvie dará un bote de alegría cuando te vea. Y estoy segura de que Claire te pedirá un vestido nuevo en cuanto se le pase la sorpresa del principio y haya una cortina que la inspire...

Las dos se echaron a reír.

—Pero ¿y tu padre? ¿Qué dirá el señor Thalheim cuando aparezca yo tan de repente y me quede a vivir con vosotras?

Rike enseguida volvió a ponerse seria.

—Por el momento está desaparecido. Todas esperamos que aún viva y que regrese pronto, y a ser posible en buen estado de salud, pero lamentablemente no sabemos nada de él.

Entretanto, la fila que tenían delante había avanzado visiblemente.

—Además, las Thalheim comienzan a trabajar a partir de mañana como mujeres de los escombros —informó Rike—. Salvo Flori, claro, ella todavía es muy joven para eso. ¿Oyes ese borboteo desesperado de mis intestinos? Ya es hora de que desaparezca. Quitando escombros con las palas se obtiene mucha más comida.

—Me gustaría poder trabajar yo también —susurró Miri—. Pero ya sabes, la espalda, lo de siempre... No puedo levantar nada que pese, si lo hago tengo que volver a pasar meses escayolada en cama.

—No puedes levantar nada —dijo Rike—, esto es obvio. Tampoco puedes cargar. Pero coser sí puedes, ¿no?

—Con hilo y aguja, en cualquier momento.

—¿Y qué tal con una Singer que funcione o, para ser más exacta, con dos?

—¿En serio? —Miriam empezó a resplandecer—. Pensaba que las habían fundido todas para convertirlas en armas.

—¡Muy en serio! Te quedas en casa y cuidas de Flori hasta que vuelvan a abrirse las escuelas. Después, ya veremos.

Miriam se inclinó hacia la raída cartera que había junto a ella.

—Mi más preciado equipaje de U-Boot —dijo significativamente—, del que no me he separado nunca durante años: las afiladas tijeras de costura de mamá y varios patrones fantásticos.

Regresaron a la Bleibtreustrasse a toda velocidad, y todavía corrieron más después de llenar la

mochila de Rike con unos cuantos comestibles de la pequeña tienda de la esquina.

—Tres niveles dos —exclamó alegre Rike—. Esto significa seiscientos gramos de pan, cien gramos de salchicha, treinta gramos de mantequilla y veinticinco gramos de azúcar por persona. ¡Nos espera un auténtico banquete!

—Pero con el nivel cinco a Flori y a mí nos corresponde apenas la mitad —dijo Miriam compungida—. La Peque es vuestra hermana, y claro que le daréis una parte. Mientras que a mí, no siendo de la familia...

—Te arriesgas a que te dé un cachete si sigues diciendo tonterías —advirtió Rike de buen humor—. Vas a cuidar de nuestra Peque, y eso es tan digno de respeto como cargar piedras. Claire te estará sumamente agradecida cuando se entere de que su pulguita estará en buenas manos. —Se detuvo—. Pero, en realidad, ¿no deberías disfrutar de más privilegios? —añadió pensativa—. Después de todo lo que has pasado...

—Ni hablar —objetó Miri—. ¿Tienes idea de lo mucho que he odiado esa estrella amarilla que nos ha convertido en leprosos? ¡No quiero un trato especial nunca más en mi vida! Soy una berlinesa como otra cualquiera, en nada distinta de ti. Somos iguales a vosotros, solo que judíos.

Subieron por la escalera hasta el apartamento y llamaron a la puerta porque el timbre seguía sin funcionar. Silvie abrió y soltó un agudo chillido al reconocer a quién traía Rike.

—¿Miri? Pero pensaba que estabas...

—Resucitada de entre los muertos —concluyó escuetamente Rike—, y a partir de ahora mismo, nuestra nueva compañera de piso. —Miró a su hermana—. ¿Por qué pones esa cara de angustia? Pensaba que ibas a saltar de alegría al verla.

—Entrad primero —dijo Silvie—. Entonces veréis lo que ocurre.

El hombre de cabello rubio oscuro, que se sentaba algo encorvado a la mesa de la cocina, tenía más canas de lo que ella recordaba. Pero la postura de la cabeza... y los gestos con que se tocaba la cara...

—¿Papá? —susurró Rike.

—Por desgracia no.

Antes de que el hombre empezara a hablar, ella supo que se había equivocado. Pero cuanto más envejecían, más parecidos eran los hermanos Thalheim.

—Solo soy yo, Carl.

—¡Tío Carl, por fin! —Se arrojó a su cuello, lo que a él pareció complacerle—. ¿Cómo nos has encontrado?

—No ha sido muy difícil —respondió—. Esperaba que estuvierais aquí. Y os veo sanas y salvas, esto es lo más importante. También Lydia y la abuela Frida están más o menos bien. Han bombardeado la casa de Potsdam, aunque pudieron salvar algunas pertenencias. Les estoy buscando

otro lugar apropiado donde alojarse. Aquí ya estáis demasiado apretujadas, y en donde ellas se han refugiado por el momento no podrán quedarse a la larga.

Fue en ese momento cuando Rike se percató del rostro lloroso de Claire, también Flori tenía los ojos enrojecidos. Desconcertada, miró a Carl.

—¡No será por papá! —Le temblaba la voz—. No habrás venido para decirnos que él...

—Vive. —Claire empezó a llorar de nuevo—. Vuestro padre, mi Friedrich, vive. Pero dónde... y cómo...

—Los rusos lo han internado —explicó Carl—. Actualmente, Fritz está en prisión preventiva en la Lindenstrasse de Potsdam.

—Pero no tendrá que quedarse allí... —A Rike la voz estaba a punto de quebrársele.

—Los capitalistas como él, que además han participado activamente en la lucha contra el Ejército Rojo, no pueden esperar nada bueno de los soviéticos —respondió Carl—. Debemos ser realistas. En el peor de los casos incluso es probable que lo destinen a un campamento especial.

—¿Siberia? —preguntaron al mismo tiempo Silvie y Rike.

—Eso no. Se están poniendo en funcionamiento campos de este tipo en los alrededores de Berlín. Lo llevarían a uno de ellos. Aunque no tiene que ser de inmediato.

—¿Y de dónde has sacado toda esta información tan precisa? —preguntó Silvie, que se había puesto muy pálida. Claire, por su parte, era incapaz de pronunciar palabra.

—Digámoslo así: tengo mis fuentes.

—¿Entre los ocupantes rusos? —insistió Silvie.

—Sí, de hecho estoy en contacto con algunos de ellos —contestó Carl, comedido.

Pero Silvie todavía no había satisfecho su curiosidad.

—¿Cómo lo has conseguido? A nosotras solo nos han tratado con rudeza y luego nos han echado de casa.

—El número de supervivientes contrarios a los nazis en Potsdam es bastante reducido. Por eso, algo así sucede casi a la fuerza. —Esta fue la calmada respuesta de Carl.

—Pero ¡papá no sobrevivirá en un campo de ese tipo! Ya sabes, el estómago y además... —Rike se dejó caer sin fuerzas en una silla—. Tú sacrificaste tu carrera por tus convicciones, incluso las perspectivas de obtener una magistratura, tienes que decírselo a los rusos. Papá no era un militante comprometido con el nazismo, solo era un simpatizante sin importancia que no le habría hecho daño ni a una mosca. Además, nuestros almacenes dieron de comer durante largo tiempo a mucha gente. Sí, él era el jefe, pero nunca fue un explotador avaricioso que timara a los proveedores o que hiciera la vida imposible a sus empleados. Estos lloraron cuando los almacenes Thalheim se incendiaron porque para muchos eran como su hogar. No quería volver a coger un arma nunca más, pero no tuvo

elección. Y de no ser por tu pierna, también a ti te habrían forzado al final a ingresar en el Volkssturm. ¡Por favor, sácalo de ahí! Tienes que hacerlo, tío Carl. A fin de cuentas tú eres su único hermano.

Carl le dirigió una mirada penetrante.

—¿Crees que podría olvidarme de ello? —preguntó en voz baja.

Berlín, junio/julio de 1945

Claire era la que mejor hacía ese trabajo inusualmente duro, y ella misma era la que más se sorprendía de eso. Al cabo de un par de semanas se movía tan ágil y segura entre las montañas de escombros que parecía como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida. ¡Nada que ver con la esposa mimada que servía sobre todo para la representación! Trabajaba con tal ahínco que las demás mujeres del grupo tenían que forzarse para seguir más o menos su ritmo. Además, gracias a sus sugerencias, el trabajo se simplificó y al mismo tiempo ganó eficiencia. Se habían colocado unos raíles provisionales a lo largo de las calles destruidas por los que circulaban unas vagonetas que transportaban los escombros a los lugares de recogida, donde se cargaban en los camiones que se los llevaban.

—La cadena que va desde la primera mujer hasta la vagoneta no ha de tener agujeros, de lo contrario se reduce la eficacia. Trabajemos todas juntas como los culis, y al menos así sacaremos rendimiento —decía Claire, quitándose enérgicamente de la frente el pañuelo doblado en triángulo antes de dar otra paletada. Sus largos bucles de un rubio cobrizo, que antes solía llevar en lo alto de la cabeza recogidos en un moño, ya eran parte del pasado. A petición suya, Miriam se los había cortado a la altura de la barbilla con las tijeras de costura, y, además de rejuvenecerla, el corte le quedaba inesperadamente bien—. Al fin y al cabo, Friedrich tiene que sentirse orgulloso de mí cuando regrese.

A esas alturas ya podía volver a pronunciar el nombre de su marido sin echarse a llorar, algo que asombraba a Rike, a quien se le ponía un nudo en la garganta con tan solo pensar en su padre. Durante el día se lo impedía el fatigoso agacharse y cargar escombros, pues, aunque ya habían pasado semanas, dar paladas para desescombrar seguía sin resultarle nada liviano. Aun así, por las noches padecía unas horribles pesadillas. Además le dolía la espalda, sentía los brazos y las piernas como si estuvieran cargados de pesas de plomo y prefería no mirarse las manos de lo envejecidas y llagadas que las tenía. Silvie había encontrado en algún sitio un poco de bálsamo de caballo, que se aplicaba concienzudamente, y, por supuesto, también tenía un método contra esas feas y negras uñas: guardaba en un pequeño tarro piedra pómez en polvo, y añadiéndole agua la convertía en una especie de barro que al secarse en los dedos adquiría un color gris claro y que, después de quitársela frotando, dejaba como por arte de magia las uñas limpiísimas.

Con ello Silvie no se ganó necesariamente las simpatías de las demás mujeres, ni tampoco con su

manera de coquetear abiertamente con los hombres presentes. Por muy buena voluntad que pusieran, las mujeres de los escombros no podían realizar con las palas y los cubos las tareas duras, si bien Usch, Pauline, Hilde, Gretel y las Thalheim, así como una buena docena de mujeres más, se habían puesto de acuerdo para formar un equipo eficaz salvando todas sus diferencias. De las labores más duras eran responsables las empresas de construcción berlinesas, que con sus camiones y excavadoras experimentaban ahora su renacer en la destrozada ciudad. En este caso, la de Erwin Brose, quien había dirigido un pequeño negocio antes de 1939 y que al ser mutilado de guerra se había librado de que lo reclutaran de nuevo. Durante el gobierno nazi se le habían asignado algunos individuos, la mayoría de Polonia, destinados a efectuar trabajos forzados, a los que por lo visto había tratado de un modo tan correcto que algunos se quedaron voluntariamente a trabajar para él después de la guerra.

Entre ellos se encontraban Antek y Dariusz, el primero un oso rubio y bonachón con unas manos enormes, y el segundo un atractivo joven de cabello moreno que había tocado el clarinete en Cracovia antes de tener que dedicarse a realizar trabajos forzados en el Gran Imperio Alemán. Era manifiesto que a Silvie le gustaba su cercanía y pasaba por alto todas las amonestaciones de la encargada, Hilde Lemke, una enérgica viuda de Wilmersdorf. Dariusz era diestro y sagaz, sabía imponerse y hablaba bien el alemán. Muchas mujeres volvían la cabeza cuando él pasaba, pues los hombres jóvenes constituían un artículo escaso en la destruida ciudad.

Ya hacía tiempo que Rike había averiguado que Silvie también se veía con Dariusz después del trabajo. El joven polaco estaba muy familiarizado con las reglas y circunstancias del mercado negro de la puerta de Brandeburgo, popularmente conocido como la Bolsa Negra, y se la llevaba allí, sentada en la barra de su bicicleta. Y de repente, Silvie tenía unas sandalias nuevas, un ancho cinturón de piel y un bolero blanco que eran la envidia de todas. Negaba enérgicamente que entre Dariusz y ella hubiera algo más que amistad, pero canturreaba complacida por las mañanas, al levantarse, y en lugar de ir vestida con el mono habría preferido ponerse un vestido de verano para ir a trabajar. Un día, Silvie propuso seriamente a su hermana mayor que se internaran juntas en el jardín de su villa para recoger las joyas que habían enterrado.

—La de cosas que podríamos permitirnos con las joyas de mamá, ¡piénsatelo, Rikelein! Salami, tocino, pan blanco, azúcar, incluso hay tartas de nata en el mercado negro, con la condición, claro está, de que uno tenga lo que se pide por ello. Van especialmente detrás de las joyas. Lo he visto con mis propios ojos.

—¿Y si los rusos nos descubren desenterrándolas? —objetó Rike, que sintió que la boca se le hacía agua al oír enumerar todas aquellas exquisiteces de las que se habían privado durante tanto tiempo—. Entonces ¿qué? ¿Quieres poner nuestra vida en peligro por un opíparo festín de media hora?

—Claro que no. Estaba pensando en voz alta, eso todavía está permitido. ¡Si al menos tuviéramos cigarrillos! A estas alturas son la auténtica moneda. Con ellos nos lo podríamos permitir todo. Pero ¿de dónde sacarlos sin robarlos? —Soltó una risa traviesa—. Habría que entrar en algún sitio a robar. Se supone que no es tan difícil. Además, Dariusz ha dicho que...

—¡Ni se te ocurra hacerlo! —Y Rike concluyó la conversación añadiendo—: Y si tu apuesto polaco te quiere enseñar a hacer estas cosas, deberías cambiar lo antes posible de compañía.

En realidad, a Rike le resultaba difícil volver a dárselas de sensata cuando el hambre seguía atenazándola, pese a las raciones más grandes, y el agotador trabajo físico hacía el resto. Si el tío Carl no las hubiera ido a ver de vez en cuando en su Zündapp negra, que siempre causaba sensación en toda la Bleibtreustrasse, habrían tenido que irse a dormir aún con más frecuencia con el estómago soltando gruñidos. Para Rike era un misterio cómo su tío conseguía manejar tan bien la pesada motocicleta teniendo herida la pierna. Carl también se guardaba para él de dónde sacaba sus raras exquisiteces, como el medio jamón ahumado que colocó en la mesa de la cocina sin hacer ningún comentario, o el aparato de radio que les había dejado en otra visita anterior y que ahora escuchaban todas juntas por las noches.

Rike estaba impaciente por preguntarle acerca del almacén de telas que, en tiempos todavía de guerra, había montado con su padre en Potsdam; sin embargo, nunca estaban solos. Ese día por fin se le presentó la oportunidad.

—No le ha caído ninguna bomba, así que todo está en orden, creo. —No logró sonsacarle nada más.

—¿Lo sabes exactamente? —insistió Rike—. A lo mejor alguien ha entrado un día a robar, ahora que la gente tiene tan poco.

—A mí no me han llegado noticias al respecto. Pedí a un dinámico jubilado que vigilara los candados. Se toma tan en serio ese trabajo que vendría a Berlín a pie para comunicármelo si algo hubiese sucedido.

—Entonces ¿me acompañarás pronto allí? —le pidió—. Quiero verlo con mis propios ojos.

Le habría gustado decirle toda la verdad, pero le había prometido a su padre en un momento excepcional que no desvelaría nada y se había mantenido fiel a su promesa.

—De acuerdo, iremos. —Parecía titubeante—. Pero ¿dónde voy a dejar todos esos cachivaches? Si aquí ya estáis como sardinas.

Sus respuestas todavía eran más concisas cuando se trataba de algo personal. Unos años atrás, Silvie lo había visto en el tren besando apasionadamente a una joven rubia y, por supuesto, enseguida se lo había comunicado a Rike, pero ninguna de las dos se había atrevido a mencionárselo. Ignoraban si esa joven beldad se reunía de vez en cuando con Carl en el Barrio Holandés o si ya llevaba tiempo

conviviendo con él. En cualquier caso, su tío no vivía bajo el mismo techo que su esposa desde hacía mucho. Aunque no estaban divorciados, tal vez por la abuela Frida, de quien Lydia se ocupaba de forma conmovedora.

Por el momento Carl no parecía contemplar la idea de acoger a las dos mujeres que se habían quedado sin casa debido a los bombardeos. Aun así, al menos había conseguido encontrarles un nuevo alojamiento, una auténtica jugada maestra dados los enormes daños ocasionados por las bombas que Potsdam había de lamentar. En lugar de vivir como hasta ahora en la noble Französische Strasse, en el centro, tenían que contentarse con una vivienda mucho más modesta en una de las viejas casitas de los tejedores de Babelsberg, que además compartían con otra familia.

—A mi madre le gusta su nuevo hogar —dijo—. La gente sencilla, la cercanía de la iglesia, el entorno tan verde, todo eso le gusta. En cambio, Lydia tiene algunas quejas. Pero eso no es nuevo.

«¿Todavía sientes realmente algo por tu esposa?», le hubiera gustado preguntarle, pero temía tocar con ello un punto débil. Así que prefirió dedicar su curiosidad a averiguar novedades sobre su padre.

—¿Fritz? —El rostro de Carl, tenso de repente, no anunciaba nada bueno—. La verdad es que no quería inquietaros aún más.

—¡Habla! —le pidió.

—Me han informado de que hay que desalojar en breve a los reclusos que han ocupado hasta ahora la Lindenstrasse. Al parecer tienen nuevos candidatos para las celdas.

—¿Y qué va a ser de él? —A Rike el corazón se le encogió de miedo.

—Es de suponer que lo trasladen a uno de los campamentos especiales. Lo que de todos modos resultaría problemático. Porque entretanto he oído decir que de ahí no se vuelve a salir tan deprisa.

—¡Entonces tienes que evitarlo, tío Carl! —Rike no aguantó más sentada en el taburete—. Silvie necesita urgentemente a alguien con autoridad en la familia, a mí ya no me hace caso porque yo «solo» soy su hermana. Últimamente sale con un chico polaco de nuestro grupo de escombros. Si quieres saber mi opinión, es encantador y bastante listo, un antiguo convicto a trabajos forzados que se ha quedado en Berlín. Sé que lo que digo puede parecer horroroso después de todo lo que se les ha hecho, pero me temo que este Dariusz está a punto de convertirse en un delincuente, si no lo es ya desde hace tiempo...

Para sorpresa de Rike, su tío también se levantó y la estrechó contra su pecho.

—¿Sabías que yo siempre había deseado tener una hija como tú? —dijo en voz baja—. Inteligente, valiente y con un gran sentido de la responsabilidad. Antes incluso soñaba con adoptarte un día.

—¿A mí? —preguntó perpleja Rike—. Pero si yo ya tengo a mis padres...

Él la soltó de golpe, como si se hubiera quemado.

—Y además tienes a tus chicos —añadió ella.

—Sí, los hijos... —Carl esbozó una sonrisa—. Después de dar un largo rodeo me han llegado sus

cartas: Gregor está cerca de Birmingham, en una prisión británica, y Paul ha ido a parar a Marsella, donde se encuentra en un campamento americano. Lo que están viviendo los dos no parece precisamente agradable, pero lo superarán. Y eso es mucho más que lo que se les ha concedido a otros.

—Tía Lydia y tú debéis de estar muy contentos. —Rike pensó en Oskar y le resultó tremendamente difícil seguir hablando—. Saber que han sobrevivido aquellos a quienes uno quiere...

—Claro que los quiero, y deseo de todo corazón que los dos vuelvan sanos y salvos lo antes posible. Pero lo cierto es que yo siempre había deseado tener una niña. Además, eres hija de Alma. —Su voz adquirió de súbito un tono inusualmente tierno.

—¿Significó mamá mucho para ti en el pasado? —Rike luchaba por articular cada una de las palabras que pronunciaba.

—Naturalmente. Es más, la conocí antes que tu padre. Alma me encontraba ingenioso y divertido. Creo que estuvo a punto de enamorarse de mí, pero entonces mi hermano la cautivó con sus audaces perspectivas de una vida a lo grande. Dinero, brillo social y lujo sin fin... Comparado con él, ¿qué era yo con mis poetas y filósofos muertos de hambre que soñaban con un mundo mejor? Un loco. Un ratón de biblioteca. Un jurista concienzudo, pero lamentablemente íntegro y de fiar, y con una pierna tiesa. Nuestro propio padre incluso le aconsejó que se quedara con Friedrich, su brillante primogénito, que hacía lo que quería con la gente. Sin embargo, el destino tenía otras intenciones. Mi hermano pudo quitarme a la mujer amada, pero no fue capaz de hacerla feliz de forma duradera.

Sus miradas se encontraron y Rike percibió cómo cambiaba su expresión.

—¿Debería Alma haberse buscado a otros hombres? —siguió, y parecía tan dolido que a Rike le resultó casi insoportable—. Todavía podría estar viva. Y es exactamente eso lo que le reprocharé a él hasta que muera.

—¿Y tía Lydia? —no tuvo otro remedio que seguir preguntando—. Si amabas a mamá, ¿tu esposa fue solo una solución de emergencia?

—Ay, pequeña —dijo melancólico—. Os hemos robado la juventud. ¿Qué sabéis de la vida?

Rike nunca lo había oído hablar tan abiertamente de él. Estas confesiones parecían haberlo agotado en exceso, pues se acercó al grifo y lo abrió.

Ella iba a decirle que era inútil, que de ahí no salía nada, cuando vio caer, todavía perpleja, un chorrito de color marrón que fue fluyendo con más fuerza y más transparencia cuanto más manaba.

—Bienvenida a la civilización —dijo Carl después de humedecerse la cara y las manos—. ¡Ojalá todo pudiera limpiarse tan fácilmente como un poco de suciedad! Ya vuelve a funcionar el suministro de agua. Hay gas y electricidad, al menos durante algunas horas. Un buen número de cines se han puesto en marcha de nuevo; en la ciudad se celebran por todos sitios conciertos y funciones de teatro.

Se imprimen diarios y la radio emite programas muchas horas al día. Pronto se abrirán también las escuelas. Y se está trabajando diligentemente en la reconstrucción de las líneas de metro y ferrocarril. Según las leyes de la guerra vigentes, eso no debería haber pasado, pero ocurre. Se lo digo a quienes, a pesar de todo, están descontentos. ¡Creo que el comandante Bersarin y sus hombres tampoco lo hacen tan mal!

—¿Lo conoces personalmente? —quiso saber Rike.

—Decir que lo conozco sería exagerar. Me he reunido con él en grupo y, con ayuda de un intérprete, hemos cruzado un par de palabras amistosas. El comandante de Berlín tiene cosas más importantes que hacer que tratar con vigilantes nocturnos en paro.

—Seguro que no te quedarás así mucho tiempo —dijo Rike—. ¿No quieres volver a trabajar de jurista?

Carl se encogió de hombros.

—Es lo único que he aprendido. Desgraciadamente no sé ni cantar ni actuar, por mucho que me hayan atraído desde siempre las bellas artes. Sería un pintor tremendo y, aunque me fascina la poesía, todo lo que escribo suena bastante seco. Por el momento voy tirando con una cosa u otra. Pero si realmente hubiera alguien que requiriese mis servicios para empezar de cero, debería...

Se interrumpió de nuevo. Simplemente no le gustaba hablar demasiado de sí mismo.

Por unos instantes, en la cocina reinó el silencio.

—En Babelsberg también había un montón de individuos que realizaban todo tipo de trabajos forzados —prosiguió Carl al cabo de un rato—. Y fueron igual de maltratados que en el resto del Imperio Alemán. Desde mi pequeña portería, yo observaba, y todo en mí se rebelaba. Aunque era cobarde, Rike, demasiado cobarde para abrir la boca o hacer al menos algo sensato por ellos. Sí, desde el principio estuve en contra de los nazis y fui un antifascista de corazón, pero no un militante activo en la resistencia, es cierto. Esta es la triste verdad.

—De acuerdo, entonces ninguno de los dos fuisteis héroes —contestó Rike—. Ni tú, el espectador a su pesar; ni tu hermano, el simpatizante por razones comerciales. Pero ahora él está entre rejas y tú, libre; esta es la diferencia determinante. Ahora puedes convertirte en un héroe, mientras él depende de tu valor y tu apoyo. Necesitamos urgentemente que papá vuelva, todas y cada una de nosotras, Silvie, yo, Claire y la pequeña Flori seguro. Te lo suplico en nombre de mamá y en el nuestro...

—¿Cómo era que se llamaba la oficial rusa que estaba en la villa? —preguntó, cortándole la palabra—. ¿Petrova?

—Natalia Petrova. ¿Por qué lo quieres saber?

—Tengo que irme. —Ya casi estaba fuera—. La próxima vez intentaré traeros harina y un par de ingredientes más para que podáis prepararos creps. ¡Recibiréis noticias mías!

Un par de días más tarde, Silvie todavía no había llegado a casa al comienzo del toque de queda. Ya durante toda la tarde, Rike había tenido una extraña sensación y había dejado muy a disgusto que su hermana saliera esa cálida noche de junio. Con el bolero llevaba un vestido azul y blanco con ribetes bordados de un azul brillante que Miri le había confeccionado aprovechando una colcha; calzaba unas sandalias blancas cuya procedencia no había desvelado.

Por supuesto, había salido de nuevo con Dariusz, a no ser que hubiera otro galán al que Silvie hubiera ocultado por alguna buena razón. Claire y Flori se habían retirado hacía rato a su dormitorio tras dar el último paseo con Taps, solo Miriam seguía a su lado.

—Ya no es una niña —intentó tranquilizar Miri a Rike, que estaba cada vez más nerviosa—. Tu hermana es un culo de mal asiento. Lo sabes, y no vas a poder cambiarla.

—Pero ¿y si se pone en peligro? ¿O hace cualquier tontería? Es capaz de volver embarazada a casa. ¡O acabar antes o después como chica de compañía en uno de esos horribles bares de rusos!

—Todo es posible —admitió Miriam, dejando a un lado la blusa en la que había estado trabajando—. Pero incluso así, es su vida, Rike. Silvie se comportará como considere correcto. A fin de cuentas, tú no eres...

—Su madre, sí, ya lo sé. —Rike bebió un sorbo de la clara infusión de menta y se estremeció porque le habría gustado mucho más tomarse una Berliner Weisse bien fría y perfumar esa cerveza con un chorrito de licor—. Pero es tan inconstante, tan versátil que me vuelve loca. Un día quiere hacer cine, al siguiente le gustaría ser locutora de radio o, de golpe, guionista. Todo eso no son más que fantasías. Algo tiene que aprender desde el principio. Tú sabes coser, yo sé en cierta medida llevar unas cuentas, en cambio por ahora, ¡Silvie no sabe nada más que ser guapa!

—Muchas jóvenes estarían contentas a rabiarse con eso —señaló Miriam.

—Sí, pero ¡en ella se esconde mucho más! Papá siempre la mimó demasiado. Ni siquiera sé si mamá, de seguir viva, tendría alguna influencia sobre ella. En mis recuerdos estaba todo el tiempo terriblemente ocupada consigo misma.

—Ha llegado el momento de que te decidas a soltarla. Sé lo difícil que es. Precisamente por eso tendrías que hacerlo —dijo Miriam.

—¿A Silvie?

—A tu madre. Y hazme caso, sé perfectamente cuánto cuesta.

A la luz de la lámpara de la cocina, la expresión de su rostro era de golpe muy madura. Rike pudo imaginarse al instante el aspecto que tendría Miriam al cabo de treinta o cuarenta años.

—¿Tenemos que... olvidarlas? —preguntó, incrédula—. ¿A nuestras madres?

—¡Claro que no! Siempre estarán con nosotras. Y a pesar de eso no debemos aferrarnos obstinadamente al ayer. Ellas han muerto, pero nosotras vivimos y para ello necesitamos las dos

manos, y no que una se agarre atrás a cada momento. Si no creemos en el futuro, tampoco lo tendremos.

Rike empezó a mordisquearse las ya dañadas cutículas.

—¿Cómo será nuestro futuro? —inquirió, abatida—. Antes siempre tenía algún proyecto, pero desde que no hago más que cargar estos interminables escombros día tras día, todo lo que veo ante mí es turbio e indefinido.

—Hace poco te oí hablar con tu tío —dijo Miriam—. Por supuesto no fue intencionadamente, de hecho no quería escucharos, pero aquí se oye hasta el más leve carraspeo...

—No pasa nada —la tranquilizó Rike.

¿Se había traicionado y con ello había traicionado a su padre? No; se sosegó. Hasta que Carl había confesado sus sentimientos por la madre de Rike no se había pronunciado ninguna palabra que no pudieran escuchar oídos extraños. E incluso si no hubiera sido así, Rike sabía que Miriam podía guardar un secreto.

—Hablabais de unas telas en Potsdam. ¿Habéis podido salvar algunas existencias?

—Así es —confirmó Rike—. Por lo visto han permanecido intactas. Por supuesto, habría que comprobarlo *in situ*...

—¿Y por qué no lo hemos hecho ya?

—¿Porque la guerra acaba de terminar y la gente tiene otras preocupaciones más que pensar en la ropa?

—¡Tonterías! Las mujeres siempre desean estar guapas, y en los malos tiempos más que nunca. Todas los han sufrido y penado, y ahora están completamente hartas de ellos. ¡Ahora quieren vivir, sacarle la lengua al horror vestidas a la moda! Nosotras podríamos ofrecerles mucho más que las viejas mantas del ejército o las chaquetas de uniforme transformadas, por no hablar del envés de las banderas nazis. ¡Qué locura, telas nuevas! Nos amarán, con sus últimos cupones para ropa y los ahorros que guardan en el calcetín nos quitarán de las manos cualquier cosa que les proporcionemos. ¡Son nuestras nuevas clientas, Rike! Nos harán las primeras compras tras la guerra, y nunca nos olvidarán. Las seguirán otras, muchas, muchísimas más. Ni que decir tiene el mercado negro, en el que podremos trocar nuestros artículos por un montón de cosas magníficas...

—Pero ¿cómo pondremos algo así en marcha? —preguntó Rike, que ahora parecía una pizca más optimista—. Nuestros almacenes están en ruinas. No tenemos ni escaparates ni mostradores.

—¡Pues los hacemos! Por el momento enseñaremos los artículos directamente a las mujeres. El primer desfile en tiempos de paz. ¿A que sería genial? ¿Y sabes dónde se celebrará?

Rike negó con la cabeza.

—¡Pues delante de vuestras vagonetas, entre los escombros! Pondremos unos tablones que harán las veces de pasarela y por ahí desfilarán las maniqués. Vuestras compañeras serán las primeras que

os ayudarán y lo divulgarán, puedes apostar por ello, se lo dirán a sus hermanas, madres, amigas y vecinas. Medio Charlottenburg estará allí, ¡ya verás!

Acalorada, Miriam se retiró los rizos de la cara. La raya oscura se iba ensanchando. La seductora rubia platino que durante tanto tiempo había tenido que interpretar para sobrevivir pronto formaría parte del pasado. ¡Qué fuerte era, qué animosa! Y, sin embargo, por cuántas malas experiencias había tenido que pasar...

—¿Qué maniquíes? —preguntó desconcertada Rike.

—Silvie, Claire, tú, ¿quién, si no? Creo que hasta podemos contar con Flori para según qué modelos. Y ya reclutaremos a un par más entre vuestras compañeras, ¡naturalmente solo las más guapas!

—¡Estás como una cabra!

—Precisamente esto es lo que me decía siempre mi madre. —La voz de Miriam se quebró de repente—. Y después me puso a trabajar en la máquina de coser para que diera muestra de mi talento con las telas.

Rike había ordenado la cocina para que Miri pudiera acostarse por fin y descansar en el gastado sofá que uno de los vecinos les había cedido. Para ella, conciliar el sueño era impensable, en su cabeza las ideas daban vueltas enloquecidas, pensaba en Silvie, en la madre muerta, en el padre prisionero, pero también en las telas de Potsdam y en los nuevos vestidos que saldrían de ellas.

Sí, lo que Miriam le había sugerido ese día era una especie de nuevo comienzo, aunque distinto de como ella se lo había imaginado: más tosco, más sencillo, pero más directo. Desde la primera vez que Rike se plantó en la Ku'damm frente a las ruinas de los almacenes Thalheim, no hacía más que soñar en volver a erigirlos. Ahora no podía ni pensar en ello, por descontado, sin embargo, era posible conseguirlo, lo intuía, a pesar de que al principio habría que superar muchos obstáculos. Y hasta que llegara ese momento debían empezar con algo más pequeño.

Tenían que ir a Potsdam, examinar las telas y encontrar la forma de transportarlas a Berlín. Pero ¿dónde las guardarían? El material había de estar a mano, pues un constante ir y venir requeriría demasiado tiempo y esfuerzo. De nuevo acudió a su memoria el desván, donde disponían de un trastero bastante amplio, y en caso de necesidad podían pedir a los vecinos que les dejaran utilizar su compartimento. Naturalmente, había que limpiarlo bien a fondo, lo que sería muy pesado pero factible. Además precisarían de más modistas y, por descontado, de otras máquinas de coser con las que trabajar.

¿De dónde iban a sacar todo eso? Tenían ante ellas una ardua tarea que realizar.

A esas alturas, Rike ya estaba completamente desvelada, se había levantado de la cama y no paraba de caminar arriba y abajo por la pequeña habitación. El secreto, que ni siquiera Claire

conocía, cada vez la presionaba con mayor fuerza. En el almacén de Potsdam habían escondido mucho más que unos rollos de tela. Un riesgo enorme que su padre y ella habían decidido correr tras incontables discusiones, y es que, ¿en qué otro lugar habrían podido poner a salvo algo valioso en medio del infierno de los últimos años de guerra? Silvie, que todavía aborrecía más el hambre que Rike, la pondría verde cuando se enterase, pero esa última reserva estaba pensada para invertir y no para saciarse de comida.

¿Era ese el momento idóneo para recurrir a ella?

Rike volvió a tenderse en la cama y siguió cavilando hasta que el sueño la venció, pues cuando volvió a abrir los ojos ya era de día y Silvie estaba sentada a su lado.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó sobresaltada. ¡Silvie tenía un ojo morado, las piernas llenas de rasguños y sangre en los labios!—. Tu bonito vestido nuevo está hecho jirones. ¿De dónde vienes? ¿De una pelea?

—Bersarin ha muerto —contestó—. La Policía Popular está bastante desquiciada.

—¿Muerto? —repitió incrédula Rike.

—Requetemuerto. Iba a toda velocidad en una Zündapp y chocó contra un convoy de camiones en el Tiergarten. Por eso han detenido a tanta gente en una redada en la Bolsa Negra. Yo pensaba que todos irían a parar al Castillo Rojo, la jefatura de policía de la Alexanderplatz, pero de él no queda más que un montón de piedras.

Soltó una risita, mientras a Rike la iba invadiendo la cólera.

—No lo encuentro nada divertido —dijo, conteniéndose a duras penas—. Al contrario. ¡Nosotras, preocupadísimas por lo que pudiera haberte sucedido y tú pasándotelo en grande!

—Dariusz y yo nos largamos en el momento justo —dijo Silvie, un poco más cabizbaja—. Aunque solo teníamos una bicicleta. Pedaleaba como un loco. Por eso nos hemos caído. No nos ha pasado nada malo, solo un par de rasguños y el susto. Pero ya no podía volver. Ya habían dado el toque de queda...

—¿Has dormido en su casa?

Silvie empezó a jugar, apurada, con su trenza.

—¿Adónde iba a ir? Estaba mucho más cerca. Y si quieres saber si he dormido con él...

Rike se puso en pie.

—¡Guárdatelo para ti, por favor! Ya eres mayor de edad y responsable de tus actos. Y no tengo ningunas ganas de volverme medio loca de preocupación por ti. En caso de emergencia no se puede confiar en ti, simplemente. Esto no puede seguir así, querida hermana. Mientras vivas aquí tienes que hacer el favor de observar las normas, ¿entendido?

—Y estas las estableces solo tú —contestó Silvie, entre rebelde y con sentimiento de culpa—, la señorita Pluscuamperfecta, la que lo sabe todo y nunca comete errores.

—Son los soviéticos los que han fijado el toque de queda para los alemanes. De ti espero que seas juiciosa y lo respetes. —Rike había conseguido contestar sin perder del todo la calma y se alegraba de ello.

Las hermanas se miraron en silencio.

—¿Y si no lo hago? —preguntó Silvie.

—Entonces tendrás que buscarte otro domicilio. Con todas sus consecuencias. —Rike se acordó de repente de la conversación que había sostenido la noche anterior con Miriam y dibujó una media sonrisa para rebajar un poco la tensión—. ¡Y ahora procura ponerte el mono o llegaremos tarde! De todos modos, la viuda Lemke ya te tiene fichada.

La jornada junto a las vagonetas fue más dura de lo habitual. Ese día ninguna mujer tenía ganas de trabajar, pues la noticia de la inesperada muerte del comandante había corrido como un reguero de pólvora.

—A lo mejor no ha sido ningún accidente. —La roja Usch, que siempre lo sabía todo mejor que nadie, mordió el delgado bocadillo y frunció el entrecejo—. Quizá les pareció que era demasiado blando con nosotros y por eso lo han eliminado elegantemente sin vacilar. ¡Y el que ahora haga su aparición vendrá a Berlín con mano dura!

—¿Un accidente en plena calle? Para mí «elegante» es otra cosa —protestó Pauline, que tenía una pequeña huerta y vendía verduras bajo mano—. Si se lo hubiesen propuesto, lo podrían haber eliminado con mucha mayor discreción, por ejemplo, envenenándolo la mar de silenciosa y tranquilamente en su casa. Por otra parte, me ha llegado el rumor de que la autocracia soviética en Berlín tiene los días contados. Se supone que muy pronto se acercarán los aliados de Occidente, americanos, británicos y franceses. Todos reclaman su porción del pastel.

—Pues bueno, ¿nos beneficiará eso realmente? —intervino Usch.

—¡Seguro! —exclamó convencida Gretel, una muchacha de Baviera que todavía añoraba mucho su casa—. Me han dicho que, en Munich, los soldados americanos han repartido chicles y chocolatinas entre los niños mientras entraban con los tanques en la ciudad. Esto aquí en Berlín no ha ocurrido en ningún sitio, ¡al contrario! No dejaron de disparar hasta el último minuto; incluso después de la capitulación hubo muertos y heridos...

—Depende de en dónde vivas —señaló Pauline—. Un conocido de la oficina de empadronamiento me lo ha dicho en confianza. Por lo visto habrá cuatro sectores: Berlín Este se quedará en manos de los rusos, los estadounidenses pillarán el rico sur, el oeste será para los británicos y lo que quede, para los franceses.

«El oeste será para los británicos.»

Una frase dicha de paso que por la noche Rike todavía no se había quitado de la cabeza. El oeste de Berlín era Spandau, Wilmersdorf, Charlottenburg, el Tiergarten: ¡eran ellas! Entonces los rusos también tendrían que irse de la villa, pues el Westend pertenecía a Charlottenburg.

Hizo un esfuerzo por permanecer tranquila. Nadie sabía por dónde transcurrirían las fronteras al final. Más valía esperar para que la decepción no fuera muy grande.

Aun así se pasó todo el camino de vuelta a casa pensando en ello. Silvie y Claire se iban a encargar de las escasas compras y Miriam y Flori estaban por los alrededores con las mochilas llenas de delantales reconvertidos en otras prendas para trocarlos; disponía pues de unos minutos para sí misma.

Pero delante de la casa estaba aparcada la Zündapp negra del tío Carl y él esperaba en la puerta.

—Hoy, excepcionalmente, vengo con las manos vacías —dijo mientras subían las escaleras uno al lado del otro—. O tal vez no del todo. A lo mejor traigo una sorpresa. Aunque antes tenemos que mantener una breve conversación.

—Bersarin ha muerto en un accidente —anunció Rike cuando se sentaron juntos a la mesa de la cocina—. En toda la ciudad solo se habla de eso. ¿Empeorará la situación para nosotras?

—No lo sé —contestó él—. Nadie lo sabe. Pero antes de morir el comandante lo dejó todo bien encauzado. No puedo imaginarme que su sucesor se dedique a destruirlo.

—¿Y cuando lleguen los aliados occidentales?

—Así que ya lo sabes —dijo Carl—. En realidad, era parte de mi sorpresa, pero tanto mejor. Sí, vendrán, dicen que a comienzos de julio. Se celebrará una gran conferencia en Potsdam y Berlín se dividirá en cuatro sectores. Vosotras...

—Nosotras perteneceremos a partir de entonces a los británicos. También la villa del Westend. ¿De verdad es cierto? —Rike esperaba ansiosa su contestación.

—Al menos es lo que se dice por ahora. Precisamente por eso estoy aquí. Tal vez tengamos la posibilidad de liberar a Fritz de sus dificultades. Corriendo un gran riesgo, debo añadir.

—¿Cuál? ¡Dímelo ya, tío Carl! —Rike estaba con medio cuerpo por encima de la mesa a causa de la tensión.

—Los soviéticos necesitan dinero urgentemente —contestó él—. Su enorme país está quemado, la industria está por los suelos. Lo han invertido todo en la guerra contra la Alemania nazi, personas, bienes, tecnología, completamente todo. Tardarán décadas, muchas muchas décadas en reponerse. Por supuesto, no hablan en público de la cuestión porque en realidad no es algo que encaje con el comunismo. En cualquier caso, están interesados en pagos de todo tipo. Esto es lo que ha llegado a mi conocimiento.

—Nosotros tenemos dinero —contestó Rike.

—Lo sé, pero hasta que el negocio bancario vuelva a florecer...

—En efectivo —lo interrumpió ella—. Disponible al instante. ¿Cuánto necesitamos?

—Siempre consigues dejarme atónito, Rike. —Sus ojos empezaron a brillar—. ¿Cuánto? Esto te lo dirá mejor otra persona. Hay una mujer esperando fuera.

—¿Una mujer?

Él asintió y salió. Poco después volvió a la cocina con una mujer delgada que llevaba el uniforme verde oscuro de oficial a quien Rike conocía perfectamente.

—La capitana Petrova ha sido muy amable ofreciendo sus servicios de mediadora en este asunto tan delicado —dijo Carl—. Si desea tomar asiento...

—No es necesario. —Sus ojos de hielo recorrieron en un segundo la habitación, al final se posaron sobre Rike—. No vamos a perder tiempo.

Y entonces anunció la cantidad solicitada.

Muy elevada, sencillamente prohibitiva para la mayoría de los alemanes derrotados. A las mujeres se les pagaba 60 céntimos la hora por quitar escombros, más la calificación de trabajo pesado en la cartilla de racionamiento. Y, sin embargo, la suma exigida no era tan alta como Rike se había temido para sus adentros.

—Sería factible —dijo lacónica—. ¿Y qué garantías tengo?

—¿Garantías? —La rusa soltó una breve risa—. No está usted en situación de poner condiciones.

—Pero lo necesito. ¿Qué sucede si mi padre ya no está vivo? Si lo han maltratado ustedes durante su encarcelamiento...

—Vive y está en buen estado de salud. Ha de bastar con mi palabra. —Intercambió una mirada con Carl que desorientó a Rike. ¿Tenían un acuerdo o había algo más entre ellos? Su tío era sumamente sensible a los encantos femeninos, pero ¿también a los de Natalia Petrova?—. ¿Acepta el trato o me marchó?

Conscientemente, Rike superó todos sus resquemores. Si dejaba pasar esa oportunidad, se arrepentiría hasta el final de su vida.

—Lo acepto —respondió—. Pasado mañana puedo entregarle la suma.

Las cejas de Petrova se arquearon al instante.

—¿Tan tarde?

—Por desgracia, es imposible hacerlo antes.

—De acuerdo. Vendré a recoger el dinero. A la misma hora. Ocúpese de que nadie nos moleste.

No le cuente a nadie nuestro trato. Insisto en ello. De lo contrario...

Algo funesto vibró en la habitación.

—¿Y cuándo dejarán a mi padre en libertad? —Rike lo habría preguntado a gritos.

—Veinticuatro horas más tarde. El compañero Thalheim se encargará de ello.

Ya no tuvo oportunidad de ponerse de acuerdo con el tío Carl, pues él y la mujer dejaron el apartamento al mismo tiempo. Por un momento, Rike se sintió totalmente aturdida.

¿Qué era lo que había maquinado? Si la rusa la timaba y su padre seguía encarcelado, se abriría un enorme agujero en las últimas reservas... para nada.

Pero si funcionaba, su padre estaría libre. ¡Libre!

Poco a poco consiguió regular su respiración.

Ahora tenía que llegar como fuera a Potsdam. No quería pedir a Carl que la acompañara, tampoco a Dariusz, con sus múltiples contactos, después de lo ocurrido la noche anterior. La única persona motorizada que conocía era Erwin Brose. Se colocó pensativa frente al espejito que Silvie había colgado en el baño.

Con su aspecto actual estaba lejos de causar buena impresión, pero al menos llevaba el cabello limpio debajo del pañuelo y todavía tenía los dientes blancos. Se pellizcó las mejillas para darles un poco de color y se pasó la lengua por los labios.

De repente, no pudo evitar reírse de sí misma.

Desde hacía semanas, Brose la veía con el mono de trabajo cada tarde, cuando su vagoneta transportaba los escombros, sin que a ella eso la hubiera preocupado ni una sola vez. Pero ahora que quería obtener algo de él la situación era diferente. A los hombres les gustaba que las mujeres que les pedían algo fueran guapas, ya lo decía su madre, y eso no lo había cambiado ni siquiera la guerra.

Entró en la habitación contigua, abrió la primera maleta, luego la segunda, pero por mucho que revolvió y rebuscó no se sintió satisfecha. Miriam tenía toda la razón del mundo. Los vestidos de antes habían perdido su encanto. ¡Ya era hora de que apareciera algo nuevo!

Rike se decidió a la fuerza por un modelo de un blanco grisáceo que no estaba demasiado arrugado. Encima se puso el bolero de Silvie, en el que habían quedado un par de manchas oscuras del día anterior, pero que al menos favorecía el color de su tez. Los zapatos de verano estaban lamentablemente muy viejos, pero a corto plazo era imposible poner remedio al problema, pues la piel se había convertido en un artículo escaso durante la guerra. Tenía que evitar que Brose le mirase los pies. Lo mejor era que no bajara demasiado la vista, puesto que con respecto a las medias de seda, solo podía soñar con ellas, y encontraba estúpido pintarse la costura en las piernas desnudas como muchas mujeres se sentían obligadas a hacer.

Ya iba a salir cuando Silvie y Claire llegaron con las compras.

—Si no me equivoco, es mi nuevo bolero —dijo Silvie—. Aunque no me lo hayas pedido, te lo presto de todas maneras. En realidad, no te queda mal del todo. ¡Solo espero que te dé suerte!

—Eso espero yo también —contestó Rike—. Porque ahora tener suerte nos podría sentar a todos condenadamente bien.

—Ya hemos llegado —anunció Miriam sin hacer ningún gesto de ir a bajarse—. Esta debe de ser la antigua tejeduría de la que hablabas.

Rike, quien durante el viaje había cerrado los ojos para ocultar su desasosiego, se despejó de repente.

—Dadme un par de segundos —dijo volviéndose a Miri y Antek, que había conducido el camión de Brose hasta Potsdam—. Luego os vengo a buscar.

Los cerrojos estaban intactos y se abrieron con tanta facilidad como en su última visita. Y sí, olía a tela, Rike enseguida lo percibió cuando entró en el almacén y el polvo la hizo toser. Los demás debían de pensar que estaba inmersa en nostálgicos recuerdos, pero ella se había adelantado con una intención absolutamente distinta. Fue directa a su objetivo, en la estantería de en medio, y empujó a un lado las balas de tela envueltas. No era una auténtica caja fuerte lo que se escondía detrás, no había habido tiempo suficiente para instalarla ni habían querido despertar la curiosidad ajena volviendo enseguida para hacerlo, pero retiró el ladrillo y detrás...

Rike suspiró aliviada.

Ahí estaba, el dinero en metálico de los Thalheim, esperando un nuevo comienzo cuando concluyera la guerra. Cogió el primer paquete de arpillera, lo abrió y sacó el contenido. Dinero... Después de tanto tiempo de carencias la sensación de tocar varios billetes al mismo tiempo le resultaba ciertamente extraña. Rike cogió un par y se los escondió en el bolsillo interior. Luego comprobó el contenido de los otros paquetes y los guardó en la mochila. El plan de su padre, que tantas dudas le había generado, había sido un acierto. Con lo que quedara después de pagar el rescate podría iniciarse algo nuevo.

Rike volvió a tapar el escondite y ordenó las balas de tela envueltas para que no llamaran la atención. Ahora el secreto todavía le pesaba más, pues cargaba literalmente con él.

También las alfombras de seda estaban todavía allí, dos gruesos rollos envueltos en arpillera cuya visión la tranquilizó. Pero debía asegurarse de cuál era el estado de las telas. Retiró un par de fundas. Le parecieron más pálidas de lo que recordaba, pero a bote pronto no vio ni que las hubieran roído los ratones ni que estuvieran invadidas de parásitos. Y si algo se había deteriorado, habría que resignarse.

Soltó una profunda bocanada de aire, volvió a la puerta y la abrió.

—Ya estoy —dijo—. Podemos empezar.

Con ayuda de Miriam y Antek llevó las balas de tela al camión, sacó las alfombras, luego cerró con llave la puerta de la tejeduría y regresaron a Berlín.

—Estoy muy impaciente por ver cómo habrán dejado el desván Claire y Silvie —dijo Miriam cuando se acercaban a la Bleibtreustrasse—. Lena quería echarles una mano. También es bastante buena cosiendo. Y necesita dinero urgentemente.

—¿Qué Lena? —Rike abandonó sus pensamientos sobresaltada.

—Lena Eisenhardt, la del tercer piso. Su marido murió durante la ofensiva de las Ardenas y tiene que sacar adelante a dos niños ella sola. Si cosiera para nosotras, podría quedarse con ellos en casa.

—Su apartamento antes pertenecía a los Liepmann —dijo Rike—. La abuela Frida siempre jugaba con ellos al bridge.

—Lo sé —dijo Miriam—. Y se me encoge el corazón de pena cuando pienso en ellos. Pero ¿qué culpa tienen los hijos de Lena? ¡Y nosotras necesitamos buenas costureras! —Le dio un golpecito en el costado—. ¿Qué te ocurre? Estás tan rara hoy, Rike.

«Porque en la mochila tengo el dinero para recuperar a mi padre y todavía mucho más —pensó—. Y no puedo decírselo a nadie.»

—Solo un poco cansada —contestó débilmente—. Eso es todo.

Antek, que estaba sentado al volante a su lado, le dejó de repente un trozo de papel sobre el regazo.

—¿Qué es esto? —preguntó Rike.

—Una carta de Dariusz —respondió Antek.

Ella desplegó la hoja de papel.

—*Ti yéstesh guadna yéftuna* Silvie... —Lo miró—. Lamentablemente no comprendo ni una sola palabra. ¿Es polaco?

—Polaco —confirmó él—. Una lengua difícil, tan difícil como el alemán. O quizá más.

—¿Para Silvie? —Era lo único que había entendido.

Él asintió.

—¿Por qué en polaco? ¿Y por qué no se la da él personalmente?

—No puede. Se ha ido. A casa. Y en polaco. Porque difícil. A lo mejor tiene vergüenza.

—¿Dariusz se ha marchado de Berlín?

Otro gesto de asentimiento.

—Entonces tienes que darle tú la carta —dijo Rike—. Y traducírsela. Yo no sé polaco y Silvie nunca me lo perdonaría. ¿Lo harás por tu amigo?

Antek miró hacia delante.

—*Tak* —contestó resignado—. ¿Amigo? Bueno. Dariusz siempre diversión, Antek siempre

trabajo.

—A veces la vida es muy perversa —observó Miriam—. ¡Gracias por llevarnos, Antek! —Miró a Rike—. Me gustaría saber cómo has convencido a Brose para que te prestara el camión y al conductor.

«Vale más que no lo sepas —pensó Rike—. Un solo paso más y le habría propinado un bofetón a Erwin Brose. Pero tenía que ser cariñosa. Por eso he soportado sus zalamerías. Como ahora se crea que por las noches voy a ir a pasear con él por el Tiergarten y dejar que me toqueteen en la oscuridad, está muy equivocado.»

—Un hombre amable —dijo—. Por suerte, no han muerto todos los de su estilo.

Descargaron las telas delante de la Bleibtreustrasse y las llevaron al desván, que, francamente, relucía.

—¡Qué te parece! —exclamó Silvie resplandeciente cuando Rike se quedó pasmada—. Y ahora no vuelvas a decirme que no se puede confiar en mí en caso de emergencia.

Después ya no supo cómo superó las siguientes horas. Toda ella temblaba, estaba tan inquieta que no hacía más que sobresaltarse. Ni pensar en dormir, y a duras penas logró comer algo, lo que, por supuesto, tuvo sus consecuencias al día siguiente en el trabajo con las vagonetas. Tenía que hacer pausas porque se mareaba al agacharse, y como era de esperar Brose la sorprendió en una de esas pausas.

—Este no era el trato, señorita Thalheim —la amonestó—. Primero se aprovecha usted de mi buena voluntad y luego se escaquea del trabajo.

Ella se disculpó, se levantó y enseguida siguió trabajando para evitar llamar la atención. No obstante, se la veía tan desmejorada que la viuda Lemke la envió enérgicamente a casa antes de hora.

—No sirve de nada que te desmayes aquí, chica —dijo maternalmente—. Hazte un bocadillo como Dios manda y luego intenta dormir un buen rato. ¡Mañana seguro que estarás mejor!

Rike se marchó bajo una desagradable llovizna, y acababa de llegar a casa cuando sonó el timbre.

—¿Tiene el dinero? —preguntó Natalia Petrova en cuanto hubo entrado en el apartamento.

Llevaba en la mano una cartera marrón.

—Tome. —Rike dejó los billetes sobre la mesa de la cocina—. Veinte mil marcos. Una cantidad impresionante.

La oficial los deslizó profesionalmente entre los dedos, como si todo el día estuviera contando billetes.

—*Da* —respondió, metiéndolos en su cartera—. Correcto.

—¿Y mi padre? —preguntó Rike.

—Mañana. Lo entregaremos mañana. Ni una palabra... ¡a nadie!

¡Que las horas pudieran transcurrir tan lentamente...!

Rike lo tuvo en la punta de la lengua miles de veces y lo habría gritado frente al resto de la familia.

«Viene. Nuestra espera está a punto de finalizar.»

Pero ¿y si la rusa la había engañado?

Entonces la decepción y la pena general todavía serían mayores. Así que apretó los dientes y siguió resistiendo pese a que casi estaba al límite de sus fuerzas.

Después del trabajo, Silvie se había encerrado sollozando en su habitación. Antek había aguardado hasta el final del turno para darle y traducirle la carta de Dariusz tal como le había prometido a Rike.

«Eres una muchacha guapa, Silvie —había escrito el joven polaco—. Pero no significas nada para mí...»

Hasta que en un momento dado las lágrimas de Silvie se agotaron. Se secó los ojos y volvió a salir con la cabeza alta.

—No me merecía. —Todavía le temblaba ligeramente la barbilla—. ¡Poner pies en polvorosa, qué cobarde! Ya vendrán otros, muy muy distintos...

Anochecía. La oscuridad iba posándose lentamente sobre la ciudad y el margen de tiempo se iba estrechando.

«No lo dejan en libertad.»

Rike casi no podía contener la desesperación que la invadía. Miraba sin ver, y sin apenas enterarse de lo que las otras decían, los patrones que Miriam había desplegado sobre la mesa de la cocina mientras todas hacían planes sobre el aspecto que tendrían las nuevas prendas.

—Las faldas anchas —dijo Silvie soñadora—. ¡Sin falta! Para que una vuelva por fin a sentirse mujer otra vez.

—Bueno, a mí siempre me ha gustado llevar el corte recto —intervino Claire—. No hay nada que adelgace más y al mismo tiempo sea más femenino. Esto en París lo saben desde hace años. Y también queremos ahorrar tela, *n'est-ce pas?* Para que nuestras existencias duren el mayor tiempo posible.

Una vecina le había regalado a Flori un viejo cuaderno de apuntes que ya estaba medio lleno de bocetos.

—Los nuevos vestidos deben ser, sobre todo, coloridos —observó—. Para que regrese la alegría a Berlín...

—¡Un momento! —las interrumpió Rike—. Callaos un momento. ¿No han llamado a la puerta?

—Yo no he oído nada. Además pueden volver a llamar —señaló Claire—. Y a estas horas no creo

que venga nadie a visitarnos.

—Aun así, echa un vistazo —le pidió Rike con la voz temblorosa, incapaz de ponerse en pie—.

¿Te importaría hacerlo?

«Podría ser él. ¡Tiene que ser él!»

—Si tanto te preocupa. —Claire se levantó y salió al pasillo.

Entonces oyeron un agudo chillido y todas corrieron detrás.

Llorando desconsoladamente, Claire estaba abrazada a un hombre alto y delgado, en el que todo era gris, la chaqueta, el pelo y el rostro.

—He vuelto, pequeñas —dijo Friedrich Thalheim. Hizo una mueca con los labios, pero hasta el segundo intento no pudo esbozar una especie de abatida sonrisa—. Llegado del infierno. ¡Ya pensaba que nunca más volvería a veros!

Berlín, otoño de 1945

Pasó las primeras semanas casi exclusivamente en cama, pálido, cansado, apático. No había nada capaz de devolver a Friedrich Thalheim a la vida, ni los conmovedores cuidados de Claire ni la cariñosa preocupación de sus hijas. Apenas quería comer aunque las costillas se le marcaban debajo del viejo pulóver de marinero que Carl le había regalado, ni se bebía un té hasta que no le habían pedido repetidas veces que lo hiciera. Su barba entrecana todavía le daba un aspecto más lamentable, y no se bañaba si Claire no se lo pedía con especial insistencia.

¿Dónde había quedado el sagaz empresario al que nada ni nadie podía desbancar? Ese fardo delgado y que tosía sin cesar no era más que las sobras del hombre que había sido. Por mucho que Rike y Silvie se lo pidieran, Friedrich Thalheim no podía o no quería hablar de lo que le había sucedido en el frente ni de las interminables semanas que había pasado en la Lindenstrasse.

—No es para vuestros oídos —rehusaba, y se daba la vuelta sin pronunciar ninguna palabra más.

Solo Flori consiguió atravesar el muro de protección que él había construido a su alrededor. Simplemente se tendió en la cama doble, junto a su padre, y empezó a dibujar, como si no la molestaran ni la respiración fuerte ni los ronquidos metálicos que cada noche volvían loca a Claire. Llegado un día, él le dirigió una sonrisa que ella le devolvió, luego se inclinó de nuevo sobre su hoja de papel. Taps debió de aprobar esa alianza entre padre e hija, pues se instaló a sus pies, donde pasaba el día dormitando tranquilamente.

Fue cuando el sonido de la Singer con la que Miri trabajaba a toda velocidad resonó en la casa, ya no solo a ratos, sino de la mañana a la noche, cuando Friedrich Thalheim empezó a reaccionar. Se sentó en la cama y escuchó con atención lo que sucedía en la habitación de sus hijas. Habían sacado de allí el armazón de la cama y lo habían guardado provisionalmente en el sótano. Durante el día ponían los colchones de pie apoyados en la pared para que Miri dispusiera de más espacio para coser.

Cuando apareció por la puerta tan desmejorado, la joven se sobresaltó.

—Le estoy molestando, señor Thalheim —se disculpó—, pero es que estos tesoros negros tienen su propia melodía.

Dos pisos más arriba zumbaban otras dos máquinas: Lena Eisenhardt y su prima Gusti estaban allí cosiendo para las Thalheim.

—Necesitamos piezas suficientes para cuando después del desfile vengan a quitarnos los vestidos

de las manos —dijo Miriam.

—¿Desfile? —preguntó él, como si nunca hubiera oído esa palabra, y eso que por las noches no hablaban más que de ese tema.

—Nuestro gran acontecimiento —afirmó ella—. Lo haremos en el exterior porque todo está en ruinas y carbonizado, por eso no tiene que hacer demasiado frío. Ya conoce el viento que sopla en otoño en Berlín. Cuando llega la brisa fresca del este... Así que no nos queda más remedio, ¡no dejar de coser!

Se la quedó mirando y luego meneó la cabeza.

—¡Qué mayor te has hecho! —susurró—. Tu madre estaría muy orgullosa de ti. Que yo no pudiera salvarla... —Calló.

—Lo sé —contestó Miriam—. Al menos usted lo intentó. Esto lo valoro mucho y por eso le estaré siempre agradecida. Otros, por el contrario, nos dieron la espalda, como si de repente fuésemos leprosas, cosa que me afectó profundamente. Otra razón por la que me alegré de poder esconderme.

—Ruth Sternberg llevaba la moda en la sangre —dijo—. He conocido a pocas personas que tuvieran tanto ojo para las telas y los cortes. Habría sido una gran directora de casas de moda, lo sé. En Francia o en Estados Unidos posiblemente le habrían besado los pies. —Se acercó y sostuvo frente a la luz el vestido que Miriam había dejado sobre una silla—. Se diría que has heredado su talento.

—Es uno de los patrones de mamá —murmuró Miriam—. Solo lo he retocado ligeramente, lo he simplificado, lo he hecho menos ostentoso, sobre todo en los hombros. Se ajusta más a la situación actual. Las mujeres quieren estar guapas, pero hasta que vuelvan a sentirse como estrellas de cine todavía habrá de pasar mucho tiempo.

—¿Son las telas del almacén de Potsdam? —siguió preguntando él, como si acudiera a su mente un recuerdo que creía olvidado.

—Rike las recogió de allí —contestó Miriam—. Con el camión del constructor Brose y su conductor polaco. Silvie y su esposa limpiaron entretanto el desván y un par de compartimentos más que los vecinos pusieron a nuestra disposición. Ahora lo tenemos todo preparado. Y el edificio entero está impaciente por ver el anunciado desfile de modas.

—¿Y de dónde habéis sacado esto? —Señaló la caja de cartón con cremalleras, botones e hilos que Miriam guardaba como si fueran las joyas de la Corona—. ¡Oficialmente ya no se puede comprar nada de esto!

—La Bolsa Negra —informó ella a media voz—. Rike tuvo que sacrificar algunas balas de tela. Pero las que negociaron *in situ* fueron su esposa y, sobre todo, Silvie, porque es la que mejor sabe regatear.

Él asintió, parecía estar conforme.

—Pero ¿qué hay de las distintas tallas? —siguió preguntando—. Con un par de máquinas no podéis producir toda una serie de prendas *prêt à porter*...

—En un principio tampoco tenemos que hacerlo. Los vestidos los enseñarán las modelos: sus hijas y su bella esposa, así como otras tres compañeras del trabajo de desescombrar. Todas son delgadísimas, es como mejor queda la ropa, cuando las telas tienen algo de aire para respirar. Y, en fin, el resto de la población berlinesa tampoco está gorda hoy en día, la comida no abunda en el mercado. Pero por si hubiera un caso excepcional estoy cosiendo un par de trajes de la talla cuarenta y cuatro. Esos los mostrará Emma Pietsch, la perla rubia de la casa vecina que, sorprendentemente, se ha mantenido tan estupenda como si nunca hubiera estallado una guerra ni hubiera existido el hambre.

—Parece todo muy bien planificado —dijo él en voz baja—. Como si os hubierais apañado perfectamente... incluso sin mí.

—¡Ahí comete usted una gran equivocación! —Miriam se levantó con tal ímpetu que volcó el taburete—. Todas lo necesitan aquí, su esposa, sus hijas mayores, que día tras día se desloman en las vagonetas, y, por supuesto y más que nadie, la pequeña Flori. Y yo también lo necesito, necesito al inteligente y optimista señor Thalheim de antes, el que tenía una solución para cualquier problema...

Se tapó la boca con la mano.

—Discúlpeme, por favor, ¡realmente soy imposible! ¡Después de todo por lo que ha tenido que pasar, encima le hago reproches!

—Tienes toda la razón del mundo, Miriam Sternberg —la interrumpió él súbitamente—. Sí, ahora no soy más que un miserable miedica, ¿o acaso te crees que no lo sé? Pero es que simplemente no encuentro ese yo fuerte y seguro de sí mismo de antes. Se ha ido, ha desaparecido del mapa, junto con su confianza en que el futuro sería bueno. Alemania está destruida. Nos gobiernan unas fuerzas extrañas, pueblos y naciones a los que hemos humillado y contra los que hemos combatido con todos los medios, y harán que lo sintamos amargamente durante mucho tiempo. Mi hijo no ha regresado de la guerra, él, que tenía que sucederme en la compañía. ¿Para qué esforzarse? ¡Dame un solo motivo!

—Por esto. —Le cogió la mano y se la puso sobre el corazón—. ¿No lo nota?

Él asintió pensativo.

—¿No es este el mayor regalo y por sí mismo motivo suficiente? Sí, Oskar está desaparecido y eso es malo, pero sus otras hijas y su esposa viven. Lo peor que les ha ocurrido a su hermano Carl, a su madre y a su cuñada es que su casa está en ruinas y se han quemado un par de muebles. Nuestros invasores son ahora los británicos, ya no son los rusos, y, además, tiene usted una hija mayor condenadamente valiente. ¡Sin Rike usted no estaría hoy aquí!

Miriam tomó una profunda bocanada de aire.

—Y lo mismo puede decirse de su hermano. Él urdió el plan con los rusos, de lo contrario usted nunca habría vuelto a estar en libertad.

—Me estás avergonzando —musitó.

—No era esa mi intención.

—Al contrario, esa exactamente era tu intención, y tenías razón. —La miró profundamente a los ojos—. ¿He de corregirme y dejar la melancolía a un lado?

—Tiene que volver a ser usted mismo —contestó Miriam—. Eso es lo que yo deseo.

Ante la sorpresa de sus hijas y a diferencia de las noches anteriores, en las que solo había tomado fatigosamente un par de bocados en la cama, Friedrich Thalheim fue a cenar a la cocina, donde todas se habían reunido alrededor de la mesa como cada día. No habló mucho, pero se puso a escuchar con atención. Cuando Silvie hizo una broma, sonrió. Rike se echó relajada hacia atrás y alrededor de los ojos de Claire volvieron a asomar por vez primera desde hacía semanas las diminutas arruguitas de la risa.

A la mañana siguiente se levantó, y se afeitó, antes que su esposa y sus hijas mayores, quienes se tomaron a toda prisa un café aguado y un trozo de pan, apoyaron los colchones en la pared y se pusieron en marcha. Los sábados también se recogían escombros, aunque los turnos terminaban a primera hora de la tarde. Flori se sentó a dibujar a la mesa de la cocina y Miriam, junto a la máquina de coser.

En un momento dado, Miriam notó que él estaba detrás de ella. Pese al calor que hacía en la habitación, sintió un escalofrío.

—No se enfade, pero no lo soporto —dijo—. Aunque sea usted, señor Thalheim. Los años en la clandestinidad me han marcado. Tener a alguien a tu espalda nunca significaba nada bueno.

—Lo siento —balbuceó, dando un paso atrás—. Solo quería...

—Esto es demasiado estrecho, señor Thalheim —contestó ella, resoluta—. En eso reside el problema. Tropezamos constantemente los unos con los otros. Por eso voy a mudarme a casa de Lena Eisenhardt.

—No quería echarle de aquí...

—Y no lo ha hecho. El caso es que allí hay un cuartito vacío, mientras que aquí no sabemos dónde meternos. Ya es hora de que Flori tenga su propio sofá. Además, seguiré estando cerca. Y la Singer se queda donde está, por supuesto.

Él asintió.

—Hay mucho que hacer —murmuró a media voz—. Habría que empezar de forma sistemática,

pero... —Friedrich meneó la cabeza—. ¡Ya estoy hablando como un viejo chocho!

—En absoluto —dijo Miriam—. Yo también hablo a menudo conmigo misma. Las ideas se ven con mayor claridad cuando uno las expresa en voz alta. No tiene nada de malo. —Le sonrió—. Pero ahora he de seguir cosiendo. De lo contrario nunca terminaremos la colección para el desfile.

—Bien, entonces te dejo trabajar tranquila.

Friedrich se retiró, y pasado un rato Miriam se dio cuenta de que había salido de casa. Lo mismo sucedió los siguientes días, aunque regresaba antes que los demás. Miriam no sabía si comunicárselo a Rike. Flori tampoco abría la boca al respecto. Tal vez ese fuera el método que él adoptaba para integrarse de nuevo lentamente en la vida. O estaba buscando trabajo, aunque ella solo se lo pudiera imaginar como jefe de los almacenes Thalheim.

—Me gustaría hacer una pequeña excursión con vosotras —anunció Friedrich el domingo por la mañana ante la sorpresa general—. Con Rike y contigo, Miriam.

No desveló nada más, pero dejó claro que ni Claire ni Silvie ni Flori estaban invitadas. Al menos Taps sí pudo acompañarlos, y parecía encantado de pasearse por un paisaje de escombros. El westie desaparecía constantemente agitando la cola entre las ruinas, pero siempre regresaba obedeciendo al silbido de Friedrich. En las calles de Berlín se percibía que algo parecido a una tímida normalidad volvía poco a poco a la ciudad destruida. No estaban ni mucho menos solos en la Ku'damm, donde ya se habían levantado los primeros paneles publicitarios, aunque todavía sin nuevos anuncios. Parejitas de enamorados, padres con el cochecito del bebé y algunas personas mayores aprovechaban el buen tiempo para dar el paseo dominical. Se notaba el alivio, nadie tenía que esconderse o temer un ataque aéreo, aunque a su alrededor estuviera todo lleno de escombros. En la Ku'damm y en las calles adyacentes daban vueltas numerosos jeeps conducidos por GI o soldados británicos, que a Rike se le antojaban como niños grandes, con sus cazadoras hasta la cintura de un verde parduzco y la descarada gorra isabelina sobre el pelo peinado con raya. Todavía era imposible prever qué cambiaría con la ocupación británica. Sabía por Carl que en su villa, después de que los rusos la hubieran abandonado, ahora vivían algunos soldados. ¿Cómo se comportarían los británicos con las propiedades ajenas, mejor dicho, con lo poco que todavía había quedado intacto?

Rike se obligó a ser optimista. Lo principal era que al menos se habían salvado los muros exteriores. Todo lo demás podía sustituirse, aunque fuera doloroso y caro.

Friedrich Thalheim no demostró cuán fatigoso le resultaba desplazarse a los que habían sido sus almacenes, sin embargo, cuando llegaron ante las ruinas se quedó inclinado hacia delante como si de repente no pudiera respirar. Miriam se alejó discretamente unos pasos con el perro, mientras Rike se ocupaba de su padre.

—¿Estás bien, papá? Quizá habría sido mejor que descansaras un poco.

—Ay, hija mía, con todo lo que luchamos por estos almacenes Markus y yo —musitó—. Juntos

pretendíamos embellecer todo Berlín con nuestro estilo. Y cuando después de los hechos de 1933 él emigró a Estados Unidos porque la farsa de bautizarse lamentablemente no le sirvió de nada, a la fuerza seguí trabajando sin él. Era mi mundo, mi vida, en cambio ahora...

Dejó los brazos colgando. Ahora parecía realmente viejo.

Una oleada de compasión envolvió a Rike. ¡Su padre no podía estar tan débil, tan abatido!

—Volveremos a construirlos —dijo con determinación—. Funcionales, luminosos y muy modernos. Los Thalheim no nos dejamos someter. ¡No por un par de estúpidas bombas!

Él levantó la cabeza. Parecía embeberse literalmente de las palabras que ella pronunciaba.

—Sin embargo, costaría una fortuna, una fortuna que por desgracia ahora no poseemos —prosiguió Rike—. Llevo semanas cavilando en cómo hacerlo. Si pudiéramos poner nuestras esperanzas en la fábrica de zapatos del abuelo Schubert y en su bonita casa de Dahlem...

—Pero no podemos —la interrumpió su padre rápidamente—. Mi señor suegro prefirió marcharse a Suiza y romper conmigo. ¡Como si el accidente de su hija hubiera sido culpa mía! Nadie lloró más la pérdida de Alma que yo.

Rike tuvo que tragar saliva porque pensó en lo pronto que Claire había entrado en escena tras la muerte de su madre, aunque no dijo nada, sino que siguió desarrollando sus ideas sobre la reconstrucción de los almacenes.

—A lo mejor dentro de un tiempo se pueden solicitar préstamos bancarios a través de los aliados. A lo mejor el Ayuntamiento de Berlín dará ayudas en cuanto vuelva a gobernar como es debido. En el Consejo seguro que no quieren que todo se quede en ruinas.

—¿Precisamente los aliados? Con todos mis respetos hacia tu optimismo, hija mía, me temo que de ahí no saldrá nada. Antes al contrario, la economía alemana se verá debilitada, así lo acaban de decidir las potencias vencedoras en Potsdam. Carl me comunicó lo que sabía y me impresionó mucho. Quieren someternos al máximo posible para que no salga de las ruinas ningún nuevo Hitler.

Rike no quería oír hablar más de eso.

—Y sé por el tío Carl que esto afecta sobre todo a la industria pesada, pero nosotros ¡no producimos acero! Además, estoy segura de que las mujeres de los oficiales británicos querrán vestir con elegancia, me lo dice el sentido común. ¿Y a quién acudirán para comprar si no es a nosotros? Sin duda, los Tommies no estarán dispuestos a darnos de comer eternamente, y deberían hacerlo si Alemania no se recuperase por sí misma. Tenemos que pensar a largo plazo, papá, a lo mejor es cuestión incluso de décadas...

Al señor Thalheim le había cambiado la cara, se había despejado y ya no parecía tan cansado y resignado. Rike notaba que había influido en él, pero que todavía no lo había convencido.

—En cualquier caso, esto solo nunca sería suficiente —objetó—. Al principio tal vez deberíamos

ser más modestos, aunque también así se precisan garantías, y de las sólidas...

—¿A qué te refieres? —preguntó Rike.

—Bueno, a algo que conserve o incluso aumente su valor ahora que el dinero lo ha perdido.

En su voz había un deje que mantenía a Rike en vilo. Era el mismo que había oído a veces cuando a él se le había ocurrido o estaba a punto de ocurrírsele alguna operación especialmente buena.

—¿Inmobiliarias? —se arriesgó a decir—. La villa sigue estando confiscada y la casa de la abuela nos hace mucha falta a nosotros.

—No me refiero a eso. —Se enderezó—. Debo confesarte algo, Rike. No creas que contemplé de brazos cruzados cómo todo amenazaba con hundirse. Ya hacía mucho que no creía en el tan pregonado final de la guerra. De ahí que, durante los últimos años, tu viejo padre hiciera inversiones en el sector inmobiliario que hoy en día pueden sernos de utilidad.

—¿Cómo dices? Es la primera vez que oigo hablar de esto.

La empatía de Rike desapareció de golpe. La joven se sintió profundamente ofendida. Su carrera, su ingreso en la dirección de la empresa e incluso el poder tantas veces prometido no habían sido más que migajas para tenerla contenta. Su padre solo contaba con ella cuando se veía obligado a hacerlo, siempre había sido así. Rike había esperado que ahora, dado que durante su ausencia ella había dirigido el destino de la familia, él confiara más en su persona. Sin embargo, su padre seguía tomando él solo las decisiones importantes.

Friedrich Thalheim no pareció darse cuenta de su indignación y siguió hablando como estimulado por la idea de meterse de nuevo en negocios.

—Después de los primeros bombardeos los precios descendieron en picado y era posible invertir en bienes inmuebles. Tengo un edificio en Lichtenberg, por desgracia muy dañado y bajo el mando de los rusos. El otro, sin embargo, es una pequeña tienda en Charlottenburg que podría ser muy apropiada durante un período digamos que de transición...

Puso una mano sobre el brazo de su hija. ¿Se daba cuenta de que la mente de Rike se alejaba a miles de kilómetros de distancia de él?

—Te lo habría dicho —le aseguró—. Ni siquiera sabía si iba a sobrevivir. Ni tampoco si quedaría algo de lo que había comprado a toda prisa.

—Entonces ¿nunca nos hubiésemos enterado? —preguntó—. ¿Ni siquiera Claire, tu esposa? ¡Por no hablar de mí, tu mano derecha en la compañía!

—Pues claro que sí. El notario Bödisch lo especificó todo con detalle en el testamento. Tiene su despacho en Dahlem. Y, que yo sepa, no lo ha afectado ninguna bomba. Naturalmente, debemos comprobar en qué estado se encuentra la tienda de Charlottenburg, pero en principio...

—Lo que más me gustaría hacer ahora es dejarte aquí plantado y dar media vuelta y marcharme —lo interrumpió Rike—. ¡No entiendo cómo me has ocultado algo tan importante! Nunca me

considerarás a tu altura en asuntos de negocios porque soy solo tu hija, no un hijo varón, por desgracia.

—Por supuesto que valoro tu enorme eficiencia, Rike. Sé exactamente todo lo que he de agradecerte. ¡Quédate, por favor! Y tú, vuelve con nosotros, Miriam —le pidió—. Sigamos juntos, quiero enseñaros algo totalmente distinto.

Hasta llegar al Tiergarten, nadie pronunció palabra. Rike tenía un aspecto tan ceñudo que a Miriam le daba miedo. Friedrich Thalheim caminaba con mayor dificultad. ¿Tosía tanto como ahora cuando habían salido de casa?

—Hay menos árboles —comentó Miriam, que ya no soportaba tanto mutismo—. Antes no había tantos calveros, ¿verdad? Y eso que está estrictamente prohibido talarlos...

—¿Qué importancia tiene esto ahora? —contestó Rike, irritada—. Cuando las personas pasan hambre y frío no se preocupan por estas cosas. Nosotros escondimos nuestras máquinas de coser en lugar de dárselas a los invasores. De lo contrario ya haría tiempo que estarían camino de Moscú o de Stalingrado.

—Hablas casi como tu hermana Silvie, como si fueras a contentarte con tirar por la borda las normas y prescripciones —observó Friedrich Thalheim—. Pero esta época difícil nos cambia a todos.

Aunque sus oscuros ojos lanzaban chispas en su dirección, Rike reprimió su deseo de darle la respuesta apropiada.

—¿A dónde nos llevas? —preguntó en cambio—. Ya estoy harta de tanto secretismo.

—A la Hausvogteiplatz —respondió su padre—. El lugar donde nació la confección berlinesa.

Sin embargo, cuando se acercaron también él enmudeció. La mayoría de las casas se habían convertido en ruinas cubiertas de hollín. En el centro solo había tres que, salvo los cristales de las ventanas hechos añicos y la cubierta rota, no mostraban en la fachada más huellas de los bombardeos. En cambio, el acceso a la estación de metro que estaba al lado se hallaba tan dañado que hasta se veían los raíles al fondo. Ya no quedaba nada de la fuente que había embellecido la plaza en el pasado; escombros y cascotes dominaban por doquier. Un único tilo se alzaba en medio de toda aquella destrucción como un delicado monumento a la esperanza.

Miriam inspiró con fuerza entre dientes.

—Uno de mis escondites favoritos —dijo—. A finales de 1943 casi todas las casas todavía estaban intactas, pero ya hacía tiempo que habían deportado a los sastres y a los que distribuían las tareas a las mujeres que trabajaban en casa. Naturalmente, unos astutos arios se habían hecho con sus negocios, pero todo estaba vacío. Nosotros, los «submarinos», nos escondíamos aquí. Estábamos en un sitio cubierto, nadie nos molestaba y no hacía tanto frío. En ningún lugar dormí tan bien como

aquí, entre cajas y perchas vacías.

—En efecto, echaron a los sastres judíos —dijo Friedrich con la voz tomada—. Y créeme, nadie en la ciudad lo lamentó tanto como yo. Luego nos vimos obligados a empezar a trabajar con Schröder & Eggeringhaus y con los hermanos Horn. La gente seguía necesitando algo con que vestirse, incluso si los cupones para ropa carecían de valor. Werner Brahm era considerado entonces uno de los mejores en el ramo, con contactos en París y Milán. Mientras tomábamos una cerveza o una copa de vino, siempre conversábamos sobre el mercado de la moda, y justo cuando me había decidido a colaborar con él, bombardearon nuestros almacenes. Y con ello concluyó nuestra asociación antes de que hubiera empezado. —Caminó pesadamente hacia una de las casas en medio de la Hausvogteiplatz—. Aquí tenía sus dependencias, en el número 11. Es bastante improbable, pero quizá todavía se haya conservado algo de su empresa...

—Cuidado, papá, no te acerques demasiado —le advirtió Rike—. ¡Es posible que toda la estructura esté a punto de derrumbarse!

En ese momento, un hombre flaco y con el cabello de un rubio blanquecino salió por la puerta y se enderezó las gafas como si no diera crédito a lo que estaba viendo, y entonces dibujó una ancha sonrisa.

—No puede ser verdad. ¡Fritz! —exclamó—. ¡Estás vivo! Y estás aquí, ¡en medio de este caos!

—Werner, viejo amigo —contestó Friedrich Thalheim, conmovido—. Tenía que venir. ¡Qué alegría volver a verte!

Los hombres se estrecharon primero la mano y luego se abrazaron, mientras Rike y Miriam los miraban atónitas.

—Es él, Brahm, la persona de quien os acabo de hablar —dijo Friedrich—. Werner, ¿puedo presentarte a mi hija mayor, Ulrike, y a la señorita Miriam Sternberg, una amiga íntima de la familia?

—Un placer, señoritas. —Werner Brahm se inclinó ante ellas con un gesto perfecto—. Hace un par de semanas que he regresado de Hamburgo.

—¿Estuviste ahí en la cárcel? —preguntó Friedrich.

—Ni siquiera los nazis querían a un lisiado como yo, conque imagínate nuestros libertadores. —Se señaló el pecho—. Una herida de bala en el pulmón, un desagradable recuerdo de la Gran Guerra, como ya sabes. Antes me desenvolvía mejor, pero ahora esa vieja herida me molesta cada vez más. No, he pasado un largo tiempo en casa de mis tías, las tres ya de avanzada edad, porque necesitaban urgentemente ayuda masculina. No reconocerías la soberbia ciudad hanseática, Fritz. La lluvia de fuego de 1943 ha destruido barrios enteros.

—Al parecer también tendremos que volver a empezar desde cero en Berlín —dijo Friedrich—. Pero al menos han sobrevivido dos de nuestras máquinas de coser.

—Oh, hay todavía unas cuantas más —apuntó Brahm—. Por ejemplo, aquí mismo, en la esquina,

en las calles adyacentes donde viven las diligentes costureras que trabajan en casa, que, a diferencia de esto, no están destruidas. Ahora todas tienen hambre y ansían un trabajo. A lo mejor mi descubrimiento les puede volver a proporcionar uno pronto. —Bajó la voz—. Cigarrillos —susurró—. Valen más que el dinero. Son la moneda de cambio... para todo. Quien tiene cigarrillos se encuentra en una excelente posición. Lo malo es que faltan las telas que podría adquirir con ellos.

—Gracias a una feliz coincidencia pudimos salvar algunas de nuestras existencias —intervino Rike—. No es oro, pero es algo casi igual de codiciado en estos tiempos de escasez. Miriam y dos costureras más están trabajando en las prendas que mostraremos en nuestro desfile de moda. Daríamos la bienvenida de corazón a más manos habilidosas.

—¿Un desfile de modas? ¿A quién se le ocurre algo así en estos tiempos? En fin, no es mala idea. —Brahm volvió a mostrar su amplia sonrisa.

—La gente necesita ropa nueva para vestirse —se entremetió Miriam—. Justo ahora. También para el alma.

—No lo discuto —afirmó Brahm—. Pero ¿qué ocurrirá cuando se os agoten las existencias? ¿Punto final? ¿Y quién podrá permitirse vuestros nuevos modelos? No será el berlinés medio, sino solo unos poquísimos elegidos que tengan ahorros u objetos interesantes que cambiar en el mercado negro. Llevo semanas pensando en ello. Para ser más exacto: ¡pensando en harapos!

—¿Harapos? —repitió perpleja Rike.

—¡Exactamente, harapos! Unos harapos que puedan transformarse primero en lana regenerada y a continuación otra vez en tela. Muchas de las fábricas de telas y tejedurías de Sajonia y Turingia están paradas a la fuerza. De ahí no saldrá de momento nada nuevo. E incluso si los rusos permiten reanudar la producción, primero se servirán ellos mismos cuanto quieran. En cambio, todo el mundo tiene harapos. Los hay por doquier. Harapos reconvertidos sobre la pasarela, y además asequibles, llevaderos y elegantes: ¡Sería algo al alcance de todo el mundo!

—Me gusta, Werner. —Friedrich Thalheim asintió—. Me gusta mucho, incluso. El hombre de las mil ideas... Así y solo así es como te conozco yo.

—Entonces deberíamos sentarnos juntos lo antes posible, querido Fritz.

—Mi padre, la señorita Sternberg y yo estaremos encantados de reunirnos con usted, señor Brahm —lo interrumpió Rike, amable pero con firme determinación—. Cuanto antes mejor, pues el tiempo apremia y todavía tenemos mucho que hacer para el desfile. ¿Fijamos ahora mismo la cita?

Los dos hombres se la quedaron mirando y a Miriam se le puso la carne de gallina de emoción. Friedrich Thalheim parecía sumamente consternado, pero Rike no se dejó amilanar. Estaba luchando por un lugar junto a su padre.

Y a ella, la amiga, no la había olvidado.

—¿Eres tú también de esta opinión, Fritz? —preguntó vacilante Brahm.

—Mi Primogénita siempre ha sabido lo que quiere. Debe de haberlo heredado de mí. —Se percibía el penoso esfuerzo que Friedrich Thalheim hacía para controlarse, pese a lo cual el hombre consiguió dibujar una diminuta sonrisa en su rostro—. Y la mayoría de las veces también sabe cómo conseguirlo, sin duda un legado de su bella madre. Digamos, entonces, ¿qué tal pasado mañana por la tarde? En nuestra casa, en la Bleibtreustrasse, número 33.

—Tengo un aspecto horrible —se lamentó Claire—. Como una gallina de circo pintada y con cresta.

—¡Bobadas! —la contradujo Silvie—. Te brillan los ojos, el peinado es impecable y el rojo cereza siempre fue tu color, tanto en la ropa como en los labios. Mírame a mí, en cambio... Comparada conmigo hasta una miserable rata estaría más glamurosa que yo. Y aun así tengo que presentar el desfile. ¡Es probable que no consiga abrir la boca de lo nerviosa que estoy!

Silvie coqueteaba como siempre, pues con su ajustado vestido de lana gris azulado y el cabello rubio marcado, un peinado que había costado dos briquetas enteras en la peluquería, parecía la misma Afrodita en persona. Para las demás habían bastado unas viejísimas tenacillas con las que se habían ido rizando el pelo las unas a las otras. En el vestidor, separado por cortinas en lugar de tabiques, frente al espejo de pie medio empañado con el que Brahm había contribuido al espectáculo, ella y Claire llevaban varios minutos recolocándose la ropa mientras Rike y Flori se mantenían en un segundo plano.

Rike había estado durante semanas trabajando con Miri en los preparativos de ese día, organizándolo todo, animando a otras mujeres a colaborar, y ahora, en el momento en que el gran acontecimiento iba a producirse, se había tranquilizado de repente.

—¿Es obligatorio convertirse en un histérico en cuanto uno se hace mayor? —inquirió Flori a media voz—. ¡*Maman* se está volviendo loca!

—Son los nervios —la calmó Rike—. Una vez que haya empezado, no tendremos tiempo para pensar en tonterías. ¡Todo consistirá en cambiarse de vestido y salir a la pasarela!

Sin embargo, tenía las manos heladas y un nudo bien duro en el estómago. Nunca le había parecido oportuno exhibirse ante el público, pero ese día no quería decepcionar a Miri.

—Estás preciosa —dijo Flori—. Tan natural, eso me gusta especialmente. En realidad solo deberías llevar tonos crema, cobre o marrones. Son los que mejor le sientan a tu piel y a tu cabello. Con lo que pareces recién llegada de la sabana: una audaz cazadora que acaba de obtener sus presas.

¡Qué cosas se le ocurrían a la Peque!

Desde el primero de octubre, fecha en que había empezado la escuela, cada día que pasaba los conocimientos de Flori parecían más a punto de explotar de tan rápido que aprendía. Acudía al antiguo instituto Fürstin-Bismark en la Sybelstrasse, cuyo nombre actual era el de la escritora Ricarda Huch, y que todavía olía al hospital militar de los últimos días de la contienda. Era evidente que la benjamina había hecho una potente publicidad del desfile de modas, pues en medio de las asistentes, que se abrían paso entre los montones de escombros, llamaba la atención el numeroso grupo de muchachas de su edad que habían llegado con sus madres o tías.

A Rike se le aceleró el pulso al distinguir la trenza rubia de su amiga Elsa entre las personas que esperaban. Junto a ella estaba la morena Lou, quien había ayudado a tantos niños a llegar al mundo. ¡No tenía tiempo suficiente para volver a intercambiar impresiones como era debido! Pero se pondrían al día, se lo habían prometido las unas a las otras.

—¿Y si me caigo? —La roja Usch, envuelta en un crepé de China azul noche, un tejido que según ella llevaba por primera vez en su vida, puso cara de circunstancias—. ¿Qué sucederá si me quedo boca arriba como una cucaracha? Todo el mundo verá lo que hay debajo de la falda, y mi ropa interior ¡sigue estando fatal!

Miriam le puso la mano en el hombro.

—Si te caes, te levantas como si nada, vuelves a subirte grácilmente a la pasarela, sonríes de forma elocuente y empiezas a desfilas otra vez, dando a entender que ha sido algo planeado. No te verán la ropa interior, te lo garantizo. *It's showtime*, queridas maniqués, *showtime!* —advirtió.

En las últimas semanas se había vuelto casi transparente de tanto trabajar y de dormir tan poco, sus ojos, por el contrario, parecían arder. Se había pasado la mitad de la noche planchando. Estaba tan cansada que apenas podía tenerse en pie. Sin embargo, si todo iba bien, al cabo de una hora sería la mujer más feliz de todo Berlín.

Pero si fracasaban...

—¡Todo irá bien! —le susurró Rike a su amiga en el oído, como si le hubiera leído los pensamientos—. Hoy nuestras madres nos están mirando, lo sé.

Se abrazaron.

—Debemos de estar chifladas de remate —respondió en un cuchicheo Miriam—. Tres sombreros y un par de guantes para todas, ni unas medias de nailon por ningún lado y luego... ¡esos zapatos imposibles que llevan!

—Lo estamos—confirmó Rike—. Pero la gente solo tendrá ojos para tus vestidos.

—Qué, ¿estáis todas listas?

La cabeza de Friedrich Thalheim se asomó curiosa al vestidor provisional: cuatro postes, clavados por Antek a la tierra, cubiertos con una arpillera desgastada que Lena Eisenhardt había

ajustado en la Singer al tamaño correcto sin parar de maldecir porque era una tarea extremadamente difícil. El polaco también había construido la pasarela clavando unas viejas tablas entre sí. Sus dos obras eran frágiles construcciones que jamás resistirían una tormenta de otoño.

Todas las mujeres gritaron aunque ya estaban vestidas.

—¡Fuera de aquí, papá, ahora mismo! —gritó Flori mientras Claire meneaba indignada la cabeza

—. Esto es solo para chicas.

—Entonces, ¡mucho mierda! —Se retiró de nuevo.

—¡Empezamos! —El rostro de Miriam estaba blanco como la cal a causa de la tensión—. Primero Rike; luego Usch, Claire y Flori. Cuando volváis, os desvestís inmediatamente y os cambiáis. Hilde, Gusti y yo os ayudaremos. Silvie pronuncia un par de frases en la transición porque, lamentablemente, no podemos hacer milagros a la hora de vestirnos otra vez. Después viene el segundo turno con Pauline, Flori, Claire, Emma con Taps, Rike...

—Miri —la interrumpió cariñosamente esta última—. Todas sabemos bien cuál es nuestra entrada. ¡Acercaos todas a mí!

Se pusieron en círculo y se cogieron de la mano.

—Por nosotras —dijo Rike—. Y por todo lo que amamos.

Silvie retiró la cortina y se puso en su papel.

—Muy honorables damas y caballeros, les doy de todo corazón la bienvenida al primer desfile entre las ruinas de Berlín. A nuestras espaldas, en la esquina de la Ku'damm con Budapesterstrasse, se encontraban los almacenes Thalheim, que seguramente todos ustedes recuerdan. El que fuera durante tiempo el lugar donde adquirir ropa elegante ardió en 1943 a causa de un bombardeo. Ahora, al igual que el ave fénix, renace de las cenizas en la paz, y nuestros nuevos modelos...

Su voz era suave y llena, sonaba alegre y fresca, pero en ella flotaba también una pizca de melancolía. Silvie enseguida acertó con el ritmo correcto y las pausas adecuadas. Se había negado rotundamente a explicar sus ideas, pero lo que decía y sobre todo cómo lo hacía gustó a los espectadores, pues el aplauso fue atronador y sincero.

—Saluden ahora a mi hermana Rike, que lleva una creación de Miriam Sternberg, quien ha diseñado todos los modelos del desfile y ha cosido gran parte de ellos con sus propias manos. Algodón de color crema estampado con florecitas verdes y convertido en un vestido informal de cintura ceñida y falda ondulante...

«Que no tropiece ni me caiga —pensaba Rike—. Desfilas y sonreír, sonreír y desfilas, eso es todo lo que tienes que hacer. Ahí se acaba la pasarela, te quedas un momento quieta, posas, luego das medio giro y vuelves igual de contenta.»

De repente todo era la mar de fácil, casi como en el pasado, como cuando, aún niñas, antes de los grandes espectáculos que se celebraban dos veces al año y que todas las personalidades de Berlín

acudían a aplaudir habían jugado, traviesas, a ser maniqués en la pasarela. Sus pies parecían moverse por sí solos.

Pero entonces intervino la mente.

No, nada era como antes, pues su madre estaba muerta; Oskar, desaparecido; la villa, ocupada, y ya hacía tiempo que los almacenes no existían.

Una ráfaga de viento se coló por debajo de la falda y la hinchó.

—Pero, chica, si las piernas te llegan al cielo —gritó en berlinés un espectador maravillado, y el aplauso daba la impresión de no querer concluir.

Solo se cometieron dos pequeños errores: Pauline al cambiarse tan deprisa desgarró el escote de un vestido de seda; y Claire perdió un zapato en la pasarela y, para regocijo de todos, lo recuperó, porque entre la muchedumbre alguien se lo tendió. Salvo por eso, todo se desarrolló a la perfección. Las exuberantes formas de Emma con el jersey de algodón de rizo que realzaba su silueta se ganaron un par de silbidos más, quizá también porque desfiló por las viejas tablas llevando a Taps de la correa y todo su rostro resplandecía.

Cada vez eran más las personas que se apiñaban delante de las vagonetas. Se diría que medio Berlín estaba allí, aunque, con toda seguridad, quien sí estaba era Charlottenburg en pleno. Presentaron intencionadamente los tres «vestidos de harapos» al final del espectáculo, y todos los implicados contuvieron la respiración cuando Silvie contó brevemente la curiosa historia de su origen.

—«¡Traed harapos y haremos vestidos!» ¿No es maravilloso, damas y caballeros? Sin duda habrán visto el anuncio colgado en muchas zonas de la ciudad. Un buen número de ustedes ya han respondido a esta petición, pero ¡los necesitamos a todos! Estamos planeando producir más, una colección entera, asequible para todo el mundo...

Rike, Claire y Pauline mostraron los sencillos vestidos. Picaban un poco y eran bastante rígidos. Naturalmente, el azul y el verde eran mucho menos vivos que los de los vestidos anteriores y no había estampados, pero lo compensaba una interesante técnica de mezcla de hilos que las creativas tejedoras de Potsdam habían desarrollado.

Larga ovación y gritos de entusiasmo. La idea de Werner Brahm había tenido una buena acogida.

El momento perfecto para el traje de novia, que no podía faltar en ningún desfile aunque se celebrase entre ruinas y escombros. En el ínterin el cielo se había cubierto y el sol había desaparecido tras unas densas y grises nubes. Miriam, con la frente perlada de sudor a causa del intenso trabajo entre bastidores, miraba temerosa al cielo una y otra vez. Era correr un riesgo, pero cuando Flori salió de blanco a la pasarela y el público enmudeció, supo que su plan había triunfado.

El velo era un antiguo visillo y el blanco del vestido no era tan resplandeciente, y el voluminoso

tu se le había resbalado a menudo bajo la aguja, pero el traje producía un efecto impresionante en aquella criatura tan joven. Con la inocencia y la frescura de la tierna juventud, la menor de las hermanas Thalheim parecía flotar más que caminar. Al verla, muchos ojos se humedecieron y algunas espectadoras empezaron a emitir fuertes sollozos. El rostro de Flori permanecía serio y concentrado. Ninguna sonrisa, tampoco cuando dio media vuelta y regresó, algo más deprisa que en el trayecto de ida, y desapareció de nuevo en la carpa.

Se acabó la contención. La gente aplaudía, silbaba y pataleaba entusiasmada.

Silvie hizo salir a Miriam, quien, radiante de alegría, saludó desde la pasarela.

—Miriam Sternberg, un nombre que hay que retener, muy honorables damas y caballeros...

Las maniqués la siguieron, volvieron a cogerse de las manos y se inclinaron a su vez.

Los aplausos no cesaban. Friedrich Thalheim, tan feliz como si también hubiese desfilado, respondía al lado de Brahm a un montón de preguntas.

—Todo esto estará a la venta dentro de muy poco. Los almacenes Thalheim celebrarán antes de Navidad su reapertura, temporalmente en Savignyplatz, hasta que nuestro gran establecimiento vuelva a levantarse en la Ku'damm. Por favor, háganse un buen nudo en el pañuelo para recordarlo...

—¿Ves a los soldados que están allí, delante del jeep? —le susurró Silvie a Rike cuando las hileras de espectadores se habían disuelto y la mayoría de la gente se había ido a casa.

Werner Brahm estaba ayudando a Miriam y a Claire a volver a colocar los vestidos en las cajas para transportarlos sin percances al almacén del desván con dos carretillas más que les habían prestado.

—Esos dos Tommies nos han estado observando todo el tiempo —prosiguió—. Y uno de ellos ha estado sacando fotos sin parar. Me he fijado. Incluso ha tenido que cambiar el rollo de la película. Como si no quisiera perderse nada. ¿Habremos hecho algo prohibido?

—Seguro —contestó Rike—. Está prácticamente todo prohibido. Y si lo hemos hecho, que nos detengan, ¡el éxito ya no podrán robárnoslo!

—¿Me acerco y les hablo? —propuso Silvie—. A lo mejor logramos de algún modo congraciarnos con ellos.

—¡No empeores más las cosas! Fraternalizar con los invasores está estrictamente prohibido —advirtió Rike, que podría haberse ahorrado sus palabras porque Silvie ya se había ido con paso firme.

Siguió a su hermana, pese a sus reticencias

—*What a wonderful show* —le decía en ese momento el soldado rubio a Silvie—. *Looked rather professional. And I love your voice. Like honey and salt.*

—*Thank you* —contestó Silvie, pasmada, y se volvió hacia el otro—. *But what about the photos? Why did you take so many pictures? Was perhaps... something with it wrong?*

Tenía unos rizos espesos de color cobre oscuro y un rostro de rasgos marcados.

—*Not at all* —respondió sonriendo, y al hacerlo se le formaron dos profundos hoyitos—.

Beautiful girls in beautiful dresses. There's really nothing to complain about.

Lo que decía era amable, pero Rike conservó su escepticismo. A lo mejor querían que se confiaran para atacar después con mayor dureza. En realidad, su inglés no era malo, pero llevaba años sin tener la oportunidad de practicarlo. Y, a diferencia de su hermana, no era de las que enseguida se soltaban a charlar. Por otra parte, en caso de que fuera cierto que habían hecho algo mal, sí tenía que actuar. ¿Qué era lo que su padre siempre había predicado? Al enemigo hay que cortarle las alas a tiempo. Así que lo mejor era responsabilizarse cuanto antes del desliz.

—*We had no...*

Jo, ¿cómo se decía «autorización» en inglés? Algo que empezaba con *per...* y que no se acordaba de cómo seguía. Debería utilizar otra fórmula.

—*We did not ask, whether we could organize this...*

¡Cómo odiaba ella chapurrear el inglés de esa forma!

Se habría sentido más cómoda y algo más segura hablando en italiano, pero ese arrogante y sonriente británico con su chaqueta corta no daba la impresión de que lo entendiera. «*Deutschland über alles*, Alemania por encima de todo —pensó amargamente, citando el himno del país—. Ahora tendremos que pagar por nuestra estrechez de miras nacional: después de trece años de estudios estás delante de un invasor y apenas puedes construir una frase que te sea útil.»

—¿Quería usted decir que no tienen autorización para hacer todo esto? —Lo dijo con el mismo acento berlinés que se hablaba a la vuelta de la esquina.

Las dos hermanas lo miraron estupefactas.

—Ben Green —se presentó—. Fotógrafo militar. Capto con mi cámara la vida cotidiana en la capital. Órdenes supremas. —La ceja izquierda se arqueó y su simpática sonrisa todavía se ensanchó más—. Y la moda forma parte de ella, ¿no es así?

—*Do you sing professionally?* —resonó de nuevo en ese momento la voz de su compañero, que todavía miraba encandilado a Silvie—. *You look great. And the British Officers' Club is always looking for good entertainers.*

—*But I am no singer* —protestó Silvie—. *Not at all!*

—*Did you ever try?*

—*Only in the...* bañera.

Los soldados ingleses se echaron a reír, y también Silvie, mientras el rostro de Rike cada vez se ensombrecía más. Seguía sin tener la menor idea de por qué se habían tomado esas fotos. «Captar la vida cotidiana.» Para ella era el más tonto de los pretextos. Ese pelirrojo parecía listo, pero, a fin de

cuentas, ella también lo era. En lugar de andar flirteando, mejor que fueran de prisa al grano.

—Bien, entonces en alemán —dijo—. Que usted parece dominar estupendamente. Hemos hecho un desfile de modas sin antes haber pedido permiso oficial. Pero nuestros almacenes ardieron durante la guerra. Y Berlín no solo necesita ropa, sino sobre todo esperanza. Por eso estamos hoy aquí.

Las primeras gotas empezaban a caer. Rike levantó la vista, preocupada, tal vez cayeran más dentro de poco. Si la lluvia arruinaba la ropa, no podrían venderla. Tenían que apresurarse para ponerla a cubierto.

Silvie, en cambio, no parecía tener ninguna prisa.

—Vengan a vernos algún día a Savignyplatz —susurró—. Estoy segura de que en nuestra tienda encontrarán lo que buscan *for christmas*. Para la esposa o la novia. ¡Todo *wonderful*, ya verán! Abrimos a principios de diciembre. ¡No les decepcionaremos!

Ben Green traducía a media voz. Estaba claro que no era la primera vez que rendía este servicio.

—*But that's an eternity! Why don't you come to our club and sing? I can't wait until December!*

—El soldado rubio parecía estar decepcionado de verdad—. *At least tell me your name.*

Rike le advirtió que no con la cabeza, pero Silvie no la miró por si acaso.

—Silvie Thalheim —dijo.

—*And I am Colonel David Bengel. As I said, I love your voice!*

—Vámonos. —Rike cogió a su hermana del brazo—. Los demás nos necesitan. ¿Dónde se ha metido Flori?

—¿Dónde va a estar? Con su madre. Ella al menos la tiene, a diferencia de nosotras.

Silvie se dejó llevar de mal grado. Cuando giró la cabeza hacia los ingleses, Bengel la saludó afablemente con la mano.

—¿A ver si ese Green nos hace una foto por detrás? —dijo, soltando una risita—. Como las fotos gratis de chicas que los soldados ponen en sus taquillas, por decirlo de algún modo. A algunos tipos les encanta ver así a las mujeres...

—Tú y tus sucias fantasías —señaló Rike, aunque se le escapó la risa.

Encontraron a la benjamina en el rincón más escondido del probador, doblada de dolor y ovillada en el suelo, con el traje de novia lleno de manchas oscuras.

—Voy a morir —dijo sollozando—. Muy pronto, estoy segura. Y me ha ocurrido de repente. En medio del desfile. ¿No veis toda esa sangre? Que venga *maman* a rezar conmigo...

—Rezar no te servirá de mucho —sentenció Silvie, realista—. Lo sé por experiencia. Y nuestra hermana mayor también lo sabe. ¡Una botella de agua caliente te será de mucha más ayuda!

—No te vas a morir. —Rike le colocó una mano en la cabeza para sosegarla—. Lo único que ocurre es que te has hecho mujer. Pero ¿sabes, Peque?, ¡eso a veces duele!

Berlín/Zurich, invierno de 1945/1946

Las dos clientas que entraron esa mañana introdujeron una bocanada de aire helado en la tienda. Rike miró preocupada hacia la pequeña estufa de carbón que apenas si mantenía caliente una de las dos salas de la tienda, mientras que en la otra, donde colgaban los vestidos de harapos, se tiritaba de frío. Pese al ahorro permanente, las provisiones de carbón no bastaban. Para lograr suministro tuvieron que negociar de nuevo en el mercado negro, porque oficialmente era imposible conseguir nada en el sector de combustibles.

—¿En qué puedo servirles, señoras? —preguntó Rike amablemente, tirando de sus mitones.

—¿Estoy en Thalheim o me equivoco? —La mirada de la mujer mayor se deslizó incrédula por la sala medio vacía y escasamente amueblada hasta llegar a las seis perchas de ropa.

Rike, junto con Silvie y Miriam, habían intentado dar un toque de elegancia al modesto local. Pero seguía oliendo un poco a moho porque había permanecido mucho tiempo vacío y, salvo por dos grandes espejos de pie, dos taburetes antes lacados en oro, dos probadores provisionales separados por unas cortinas y una envejecida lámpara de araña, en la que no se encendían todas las bombillas, la tienda no tenía nada que ver con los glamurosos almacenes Thalheim de antaño.

—Sí, está en el sitio que busca, señora —dijo resuelta—. Una solución provisional, debo admitir, pero al menos es un comienzo. Estamos trabajando duramente para poder darle la bienvenida lo antes posible en nuestras habituales dependencias de la Ku'damm.

La mujer resopló brevemente. No parecía convencida.

—Estamos buscando un vestido para mi hija Gudrun —dijo—. Vamos a celebrar su compromiso. Y yo también necesitaría uno, elegante pero discreto. Si tuviera algo para nosotras...

Rike miró a la hija. Gudrun era robusta, no especialmente alta y tenía un gesto de ligera amargura alrededor de la boca, aunque seguro que todavía no había cumplido treinta años. A Miri no le gustaba confeccionar tallas grandes porque precisaban de demasiada de su valiosa tela, pero por suerte Rike todavía contaba con una pequeña selección de los modelos que Emma había mostrado en el desfile.

—Primero la joven novia. —Rike era la amabilidad personificada. Sacó tres perchas y mostró los modelos—. Muselina malva, que realza todo tipo de tez; punto en un intenso tono palo de rosa; y aquí la guinda: satén azul hielo. Con este cautivaré a su futuro marido.

—¡Precioso! —no pudo evitar decir la hija—. El tercero...

—Primero hay que probárselo —fue la respuesta inmediata—. Y luego también el precio es determinante.

Gudrun desapareció tras las cortinas y volvió a salir al poco tiempo. El vestido daba prueba del dominio de Miriam con la máquina de coser. El cuerpo era algo ceñido, pero no demasiado, y la falda, ligeramente evasé, disimulaba las rollizas caderas. Las mangas terminaban por debajo de los codos, el largo ideal para unos brazos demasiado regordetes. Con las mejillas sonrosadas por la emoción, Gudrun había adquirido de repente un aspecto jovial y casi tierno.

—¡Mamá! —susurró encantada—. Es este...

—Como hecho para usted —corroboró Rike—. ¡Le queda perfectamente!

—Y no se paga ni con todos los cupones para ropa —opinó la madre—. ¿Tengo razón?

—Los acontecimientos especiales exigen vestidos especiales —fue la diplomática contestación de Rike—. El día del compromiso matrimonial se recuerda toda la vida...

—Mamá... ¡te lo pido! —Gudrun parecía una niña pequeña.

—Cien marcos —dijo a media voz Rike—. La tela es de Suiza y es un auténtico artículo de antes de la guerra imposible de adquirir hoy en día. Una ganga que no encontrará en todo Berlín.

La madre parecía librar una lucha interna consigo misma.

—¿Y yo? —preguntó—. Entonces no quedará nada para mí. Claro que podría ponerme el viejo vestido azul...

—¿Tal vez con una blusita nueva? —Rike ya tenía una percha en la mano—. Seda artificial rosa con un pequeño ribete de puntillas que le da un aire de fiesta. ¡Y hace que lo viejo parezca otra vez nuevo!

—Puedo ofrecerle ciento veinte en efectivo —susurró la madre—. Y todos los cupones para ropa de la familia, aunque es probable que no alcancen.

Rike dudó.

—Ciento treinta, ¡no puedo vender estas piezas por menos!

—De acuerdo —dijo la madre—, pero por favor, trate nuestro pequeño acuerdo con suma discreción. ¡Tenía que hacer feliz a una resplandeciente novia!

Tragó saliva. La venta de ropa sin los correspondientes cupones estaba prohibida oficialmente, pero ¿quién no hacía nada prohibido para sobrevivir? Cuando las dos mujeres se marcharon felices con sus compras, una ola de aire helado entró en la tienda.

Berlín llevaba semanas golpeado por un invierno inusualmente severo. Las temperaturas descendían muy por debajo de los cero grados, una persistente helada paralizaba la ciudad destruida. La limpieza de escombros, que ni mucho menos se había terminado, también se había interrumpido temporalmente porque en los días con una temperatura de diez grados bajo cero o inferior no se

podía obligar a nadie a trabajar. Pese a ello, mucha gente se alojaba en casas medio derruidas o en ruinas que apenas podían caldearse o no se calentaban en absoluto, e incluso aquellos que tenían un techo bajo el que ampararse debían apretarse el cinturón en ese sentido. Las raciones oficiales de carbón y leña eran demasiado reducidas y los precios de los comestibles y los alimentos no básicos estaban por las nubes en el mercado negro. Había que pagar hasta setenta marcos imperiales por una hogaza de pan; noventa por veinte cigarrillos americanos; ciento sesenta por un litro de aceite de mesa, cuatrocientos por una libra de mantequilla... ¿Quién iba a costear algo así?

«Quien puede morir de hambre también puede morir de frío», ese era el lacónico dicho que circulaba de boca en boca cuando también hubo que cerrar las escuelas por falta de calefacción y cada vez eran más las personas que se congelaban en sus gélidas viviendas. A primera vista, la familia Thalheim había tenido suerte con la moderna calefacción a gas por pisos de la Bleibtreustrasse. Pero el racionamiento del gas y la electricidad en todos los distritos de la ciudad que había ordenado el Consejo también la afectaba a ella. Así que Miriam tuvo que coser muchos días con el abrigo y la bufanda puestos, y por las noches ya no tomaban una sopa caliente, sino pan con un ligero acompañamiento porque habían cortado de nuevo la corriente eléctrica. Al menos habían podido encontrar dos botes de pintura para cubrir los desagradables garabatos del anterior inquilino.

Por lo demás, todo el mundo seguía teniendo problemas con todo.

La operación «Traed harapos y haremos vestidos» de Werner Brahm se había convertido en un modelo triunfal. A esas alturas, Rike lamentaba que los Thalheim solo tuvieran en ella una participación del veinte por ciento, pues su ascenso económico ya era ahora inabarcable. Brahm era uno de los pocos alemanes que, gracias a sus buenas relaciones con los aliados, poseía un Escarabajo que antes había servido para objetivos militares. Con ese coche transformado en «civil» circulaba entre las distintas zonas, transportaba artículos, establecía nuevos contactos y proveía a las costureras de lo que necesitaran. Las fuerzas de ocupación rusas todavía no habían cerrado la pequeña fábrica de Potsdam que producía nuevos tejidos con los harapos que habían pasado por la desfibradora, posiblemente porque Brahm no solo los untaba con generosidad sino porque les reservaba discretamente una parte considerable del producto acabado.

Aun así, siempre le sobraba suficiente material para que Miriam y las demás costureras que desde Gendarmenmarkt se ponían cada día en camino para trabajar en Charlottenburg pudieran confeccionar. Cuando murió la anciana señora Wolters, que vivía en el segundo piso, Friedrich consiguió alquilar su vivienda a buen precio. La cocina y el dormitorio fueron para Miriam, quien por fin disfrutó de su pequeño reino. Las otras dos habitaciones se equiparon con cuatro máquinas de coser y dos mesas de corte que antes habían sido puertas; Lena Eisenhardt y su prima Gusti, en el tercer piso, completaban con sus propias máquinas de coser el pequeño grupo. Naturalmente, la

calidad de las telas obtenidas de ese nuevo modo dejaba que desear, y era muy difícil lavarlas o quitarles las manchas sin que se dañaran. Los tejidos hechos con harapos no llegaban al nivel del algodón o de la lana y tampoco eran adecuados para convertirlos en los abrigos que justo entonces tanta falta hacían.

—Tenemos que independizarnos —se quejaba cada vez con más frecuencia Brahm cuando iba a visitarlos—. Necesitamos nuevos fabricantes, se trata de eso. Aunque lo mejor sería tener máquinas nuevas, pero situadas en la zona británica o en la americana. Pues ¿quién sabe cuándo nos cortarán la ayuda económica los soviéticos? Entonces nos quedaremos sin telas y ¡no tendréis género para vuestra tienda!

De todos modos, eso ocurriría en un futuro muy lejano, pues no andaban escasos de existencias para nada. Lamentablemente, la venta oficial en la tienda de la Savignyplatz era bajísima, aunque al principio solo se habían concentrado en ropa de señora porque las telas para caballeros todavía resultaban más difíciles de conseguir. Sin embargo, eran muchas las mujeres que acudían a la tiendecita, miraban, se probaban y soñaban despiertas, eso saltaba a la vista. Pero pocas veces sus sueños se hacían realidad. Qué bien que Rike había vendido algo ese día, aunque fuera a un precio más bajo del previsto.

Aunque su decisión las había catapultado dos niveles más abajo en los cupones de comida, Rike y Silvie habían dejado a finales de otoño el duro trabajo en las vagonetas. La primera porque tenía como objetivo la apertura de la tienda; la segunda porque era quien negociaba los mejores precios en la Bolsa Negra. Ni siquiera Friedrich Thalheim, con su larga experiencia, lograba ganar la mitad de lo que obtenía Silvie con su risa insolente y sus excitantes curvas. Había conseguido un abrigo de visón de origen desconocido que, pese al frío, llevaba tan abierto que siempre asomaba un pedacito de carne. Muchos hombres se la comían con los ojos cuando regateaban por un vestido para su esposa o su novia, lo que a Silvie parecía gustarle.

«¿Por qué no? Cada uno de nosotros se dedica a lo mejor que sabe hacer. —Tal era su despreocupado lema—. Papá trae género, Miri cose, Flori dibuja, Claire ordena, Rike se ocupa de las cuentas, y yo llevo el regateo en la sangre.»

El hecho de que la familia no sacara ningún beneficio en la tienda pese a todos sus esfuerzos era deprimente, así que los ánimos estaban bajos en la fiesta de Navidad, que se celebró un par de días después.

Friedrich había encontrado un abeto torcido que habían adornado con estrellas de paja hechas por ellas mismas y un par de velas del mercado negro. El banquete consistía en cuatro carpas reviejas que debían alcanzar para todos. Claire sirvió además unas tortas fritas de patata rallada con huevo, algo quemadas, acompañadas de compota de guindas, y un bizcocho tan seco que al morderlo parecía

de arena. El que mejor parado salió fue Taps, que pasó la noche mordisqueando encantado un hueso de carne. También los regalos fueron modestos: un par de medias de nailon para cada una de las mujeres, que, por supuesto, había conseguido Silvie, y una bufanda tejida a mano para Friedrich. Pero al menos estaban juntos, aunque faltaba Carl, supuestamente porque habían solicitado sus servicios en Brandeburgo. Miriam completaba el grupo familiar, y Brahm había ido a recoger en el Escarabajo a la abuela Frida y a la tía Lydia en Potsdam. Mientras que la primera se reavivó visiblemente en su vieja casa y sus mejillas se sonrojaron de golpe, la segunda parecía apesadumbrada.

—Carl tira demasiado de la cuerda, la verdad —se lamentó Lydia cuando Claire le preguntó por la causa de su desánimo—. Brandeburgo, ¡me muero de risa! Mi querido esposo va de un lado a otro con esa rusa infame de dientes de oro y lo hace con todo el descaro. Pero que no se haga ilusiones, se cansará de ella como de todas sus predecesoras. ¡Estoy casada con un libertino!

—¿Y si os divorciáis? Si te buscas un trabajo, ¿no crees...?

—Esta sugerencia solo puede venir de alguien que todavía no tiene ni idea de lo que es la vida —increpó Lydia a Silvie—. La juventud y la belleza no duran para siempre, querida sobrina, pasan más rápidamente de lo que te imaginas ahora. ¿Ponérselo tan fácil? Ni pensarlo. Hasta que la muerte nos separe, eso me prometió Carl ante el altar. ¡Por mí, hasta que las ranas críen pelo!

Pocas horas después se hizo acompañar con su suegra de vuelta a las casitas de los tejedores de Babelsberg.

—No me gusta. —Flori, que había hecho a escondidas una caricatura que mostraba a Lydia con las orejas puntiagudas y poniendo morros de ofendida, se acurrucó junto a Claire—. Y yo a ella tampoco. Por eso me pellizca constantemente en los mofletes. ¡Pero no soy una masa de pan! ¡Qué contenta estoy de que no sea mi madre!

—Tal vez Carl y ella no deberían haberse casado tan precipitadamente —terció Friedrich—. Hacía muy poco que se conocían. Pero cuando Alma y yo nos prometimos, mi hermano tuvo prisa por casarse él también. Lydia era entonces una joven guapa y segura de sí misma. Han sido las permanentes infidelidades de Carl las que la han vuelto tan amargada y estrecha de miras.

—A lo mejor es que no encajan, simplemente —intervino Rike—. Carl se dio cuenta enseguida y vive su propia vida. Lydia, por el contrario, se aferra a un ayer que ya no existe. Dicho con franqueza, mi compasión tiene sus límites. No sufriría tanto si tuviera un poco más de valor.

—Siempre lo defenderás, ¿verdad? —dijo Friedrich, resentido—. Haga lo que haga. En eso te pareces a tu difunta madre. A Carl siempre se lo perdonaba todo. —Miró a Claire, quien de pronto se había puesto triste—. Discúlpanos por hablar hoy tanto del pasado, cariño mío —le pidió con dulzura—. Debe de ser la Navidad. ¡Estas fiestas siempre lo ponen a uno sentimental! Al menos ahora tienes un par de días libres. Desde hace algún tiempo estoy en contra de que estés dando

paladas entre esos gélidos escombros.

Sin embargo, Claire continuó trabajando duramente en los escombros cuando empezó el nuevo año. Pasó todo enero con las otras mujeres de su grupo en las vagonetas, hasta que en febrero se vio obligada a guardar cama por una bronquitis grave, que a los pocos días amenazaba con convertirse en neumonía. Tenía mucha fiebre y perdía peso a toda velocidad. Para salir del apuro, Rike acudió al inglés Ben Green, quien con su amigo, el coronel Benge, pasaba regularmente por la Savignyplatz para completar su serie de fotografías sobre la vida cotidiana berlinesa. Con la mayor discreción, Ben obtuvo de las reservas británicas la penicilina que tan urgentemente necesitaban, un remedio caro que en Berlín no hubieran encontrado y que lentamente curó a Claire.

Entretanto, las hermanas Thalheim ya habían averiguado por qué hablaba el berlinés tan perfectamente. Benjamin Aaron Grünwald nació veintisiete años atrás en Zehlendorf; en 1933, sus previsores padres, viendo la catástrofe que amenazaba con llegar, lo enviaron a casa de su tío en Londres, donde siguió yendo a la escuela y al final ingresó en el ejército. No hablaba de lo que les había ocurrido a sus parientes más cercanos, lo que hacía suponer lo peor. Igual que había hecho su tío años atrás, Ben anglicanizó su nombre y con el tiempo se fue sintiendo cada vez más *british*; al menos hasta que volvió a pisar el suelo de Berlín.

A esas alturas Rike le tenía afecto, y no solo porque hubiese ayudado tan enérgicamente a Claire durante su enfermedad, si bien lo que experimentaba por él era un sentimiento de pura amistad. No como Silvie, que soñaba con algo más, aunque en vano hasta el momento. El joven fotógrafo se comportaba amablemente con ella, pero se mantenía reservado, mientras que a su compañero apenas se lo podía contener de lo perdidamente enamorado que estaba. Si Silvie lo hubiera animado siquiera una pizca, David Benge se habría mudado a casa de los Thalheim. Y como esto no sucedía, lo había organizado todo para que ella hiciera su aparición en el British Officers' Club, lo que Silvie aceptó tras varios meses de indecisión.

Con la condición, no obstante, de que Rike y Miriam la acompañasen al menos en su primera salida a escena. Y por unos honorarios que cortaron a las otras la respiración.

—Yo sin vosotras no canto ni una nota —afirmó con tanta vehemencia que las dos acabaron escoltándola—. Además así somos tres, y esto nos hace intocables.

Como si fueran las tres mosqueteras se internaron en la fría noche de invierno. Rike llevaba bajo un viejo abrigo un vestido de *georgette* granate con un escote abundantemente drapeado, que había pertenecido a su madre y daba vida a su tez invernal. Se había cubierto la cabeza con una boina y las suelas de sus botines eran bastante gruesas, sin embargo, esa noche se sentía extraña, como entre dos

mundos y como si no perteneciera a ninguno. Hacía un par de días que había cumplido veintiséis años, y entrado en el «lado oscuro de la veintena», como le había dicho Carl, quien la había sorprendido regalándole una bicicleta de mujer que aunque destartalada funcionaba bien.

—Limítate a no pensar tanto, pequeña. —Su voz casi tenía un deje de ternura—. Todavía eres demasiado joven para eso. Todo pasa tan deprisa... ¡Por eso es mejor que disfrutes del momento!

Miri había optado por el terciopelo. Su cabello ondulado, que ya le llegaba de nuevo a los hombros, brillaba negro como el azabache, al igual que la suave tela que la envolvía hasta la rodilla. Rike nunca había visto a su amiga engalanada de un modo tan seductor. Pero quien realizó la entrada más glamurosa fue Silvie, que había conseguido a través del coronel Benge unos metros de seda de paracaídas. Miriam había convertido el tan solicitado material en un vestido de noche color crema sin hombros, de cintura marcada y con una amplia falda plisada que crujía ligeramente al moverse.

El club ya estaba bastante lleno cuando las tres entraron. Había muchos hombres sentados en unas butacas de piel verde oscuro, con aspecto de ser muy cómodas, junto a unas mesas bajas de madera de teca. Unas lámparas hábilmente distribuidas bañaban la habitación de una suave luz. En el lado izquierdo estaba el bar, con unos cristales de espejo en el fondo y una impresionante batería de botellas detrás de la barra, ante la cual unos taburetes altos invitaban a sentarse y beber.

El aire estaba cargado por el humo de los cigarrillos y en él flotaba algo más, una gran expectación que casi podía palpase.

Silvie se dirigió al pequeño escenario, en el lado opuesto, y empezó a entonar la canción popular inglesa *Greensleeves*, que se adaptaba muy bien a su voz profunda y algo ronca. El aplauso que siguió fue amable pero no frenético, aunque no hubo ni un solo hombre en todo el club que no la hubiese estado mirando fascinado durante la actuación.

—*You like German songs?* —susurró a los presentes.

Aplausos de entusiasmo.

—*Well, I have prepared some for you. Let's start with* En algún lugar del mundo.

Al principio, Rike no sabía cómo había dado su hermana con las canciones de los Comedian Harmonists, pero entonces lo recordó. En tiempos inmemoriales, el tío Carl había regalado a los niños un disco del grupo, que Silvie había escuchado una y otra vez. A principios de los años treinta estos talentosos vocalistas habían disfrutado de un éxito enorme en Alemania, habían vendido montones de discos y llenado los locales más grandes. Al final el grupo había tenido que disolverse a la fuerza porque tres de sus miembros eran judíos.

Pero ¿cómo era posible que Silvie se supiera las letras a la perfección después de tantos años? ¿Y dónde demonios había practicado? Cantaba esos viejos éxitos como si no hubiera hecho otra cosa en su vida.

Pues lo que deseo con todo mi corazón es ser feliz.

En algún lugar del mundo comienza mi camino

hacia el cielo, en algún lugar, de algún modo,

algún día.

Fue un aplauso entusiasmado y todavía creció más cuando Silvie cantó *Ein Freund, ein guter Freund* y después *Du bist nicht die Erste, du musst schon verzeih'n*. Concluyó con *Eine kleine Frühlingsweise* y una inclinación.

—*Thank you*. —Su voz era un susurro—. *So glad to be here*.

El público la ovacionaba en pie.

David Benge, en la primera fila, aplaudía como un loco, y no era, ni mucho menos, el único.

—*Encore! Encore!* —gritaban al unísono—. *Come on... one more song!*

—*Okay, okay, okay*.

Silvie arqueó las cejas y miró a Rike como solía hacer antes cuando tenía que recitar un poema delante de la familia y tenía miedo de quedarse en blanco a la mitad. Rike asintió con la cabeza, igual que hacía entonces. Había contado con cualquier cosa, salvo con la canción que ahora entonaba su hermana.

Vor der Kaserne, vor dem grossen Tor,

stand eine Laterne und steht sie noch davor.

So voll'n wier uns da wiedersehn

Bei der Laterne wollen wir stehen,

wie einst Lili Marlen...[1]

Silvie no la cantaba como lo había hecho incontables veces Lale Andersen en la radio de los soldados, sino más profundamente, con más tristeza, desde lo más hondo del alma. En ella se percibía un lamento lleno de añoranza y Rike supo que con cada palabra que pronunciaba pensaba en Oskar, el hermano desaparecido. Reinaba un silencio tal que se podría haber oído caer un alfiler. Nadie hablaba, ni un cristal tintineaba. Los rostros de los hombres se transformaban. En ellos había consternación, emoción, de repente muchos se habían puesto tristes. David Benge lloraba y Rike se dio cuenta de que también Ben tuvo que secarse los ojos con la mano.

Cuando Silvie terminó todavía no se oía ni respirar, reinaba un silencio que un primer aplauso por fin rompió tímidamente.

Entonces se le añadieron los demás, arrebatados.

A los presentes no les habría importado que las tres jóvenes se quedaran más rato en el club, aún mejor incluso después del toque de queda, pero Silvie estaba agotada y, excepcionalmente, se comportó con sensatez. El coronel Benge insistió en acompañar a su casa a las hermanas y a Miriam

en un vehículo militar.

—Antes vivíamos muy cerca de aquí —comentó Silvie al subir al coche, colocando el bolso alargado en el que había guardado los honorarios a su lado, en el asiento trasero. Con lo que había ganado esa noche podía hacer unos interesantes negocios en el mercado negro—. Una villa en la Branitzer Platz, esa es nuestra querida casa familiar. Solo espero que sus compañeros dejen piedra sobre piedra. Nuestro diligente padre se mató trabajando por ella. Se pondría muy triste si lo decepcionaran.

Lo dijo solo para tantear el terreno, pues, naturalmente, los Thalheim llevaban tiempo convencidos de que, al menos en el exterior, todo seguía en pie. Sin embargo, en contra de lo que Silvie esperaba, Bengé no respondió, sino que con aparente indiferencia puso en marcha el motor. El trayecto transcurrió en un relativo silencio, también porque en el Kübelwagen no había calefacción y además hacía mucho ruido. El inglés volvió a hablar cuando llegaron a destino.

—*Will you sing for us again?* —insistió una vez las tres hubieron bajado—. *You were really wonderful, Silvie!*

—*May be* —le contestó Silvie sin comprometerse. Se colgó el bolso del hombro y entró en su casa con las otras dos—. *See you!*

Miriam se despidió en la escalera y subió a su pequeña vivienda.

—Bengé tiene razón, estuviste realmente estupenda —dijo Rike cuando se desprendían de los abrigo en el pasillo. Dejó en el suelo la «bolsa del botín», como llamaba Silvie al bolso—. ¡Estoy requeteorgullosa de mi gran hermana pequeña!

Silvie se lanzó a su cuello.

—Ay, Rikelein, cuánto he deseado que saliera esto de tus labios —sollozó—. Más que cualquier cosa en el mundo. ¡Por una vez quería hacerlo todo sin cometer el menor fallo!

En la cocina las recibió su padre, que, algo despeinado, por lo visto seguía reflexionando sobre el cuestionario de la desnazificación que llevaba días rellenando.

—¿Dónde está Flori? —preguntó Rike cuando vio que la Peque no dormía en el sofá de la cocina como era habitual.

—Al lado, con su madre. Esa cosa tan incómoda será hoy mi cama. Ahora mismo ya sé que me dolerán todos los huesos, pero ¿y qué? Mañana la Peque tiene examen de matemáticas. No quiero ser el culpable si le sale mal. Pero sería mucho más interesante saber dónde habéis estado vosotras.

—En un club inglés —contestó Silvie.

—¿Y ahora venís de allí? —Las miró atentamente—. ¿Y además llorosas?

—Se me había metido una cosa en el ojo —respondió Silvie.

La mirada del hombre mostró todavía más desaprobación.

—¿Tenías que ir a toda costa con los hombros desnudos y tan escotada, hija mía? Una Thalheim

entreteniéndolo a los ingleses, ¡es totalmente inaceptable!

—Solo he cantado, nada más. —En los ojos de Silvie, tan parecidos a los de su padre, volvieron a asomar unas lágrimas—. ¡A veces eres imposible, papá! ¿Tendría que haber salido al escenario como una monja?

—Que sea la última vez —farfulló él con un gruñido—. ¿No tendrás la intención de volver a actuar?

—*Why not?* —replicó Silvie, provocadora—. Si me piden que lo haga otra vez...

—Ha estado estupenda. —Rike acudió en su ayuda—. Ha cantado magistralmente y con mucho sentimiento. Todo el club cayó rendido a sus pies. Incluso le pidieron un bis. Es evidente que esos ingleses son unos fanáticos de las canciones alemanas. Algo extraño, en realidad, ahora que la guerra acaba de terminar.

—Yo preferiría que no fueran tan fanáticos de las chicas alemanas... ni de las villas alemanas. Entonces no tendríamos que alojarnos como cavernícolas en habitaciones minúsculas y por fin podríamos volver a instalarnos cómodamente en nuestra casa. —Señaló las hojas de papel que tenía ante sí—. Me piden ciento treinta respuestas, ¡es como para volverse loco! Si lo contestara todo conforme a la verdad tardaríamos años en poder volver a la Branitzer Platz, si es que nos lo permiten. —Su voz cambió—. «Pertenece al Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán», sí. Así empieza. Claro que ingresé en el partido, pero porque no tenía elección, de lo contrario nos habrían cerrado nuestros bonitos almacenes...

—¿Has de contestárselo todo a la fuerza? —Silvie se había servido una taza de té e hizo una mueca al tomar el primer sorbo, amargo y frío—. A fin de cuentas, nadie puede obligarte a hacerlo, ¿no?

—Me temo que sí. Papá podría tener serios problemas si miente o esconde intencionadamente algo —intervino Rike—. Hay suficientes oportunistas y delatores esperando congraciarse con las fuerzas de ocupación. Colgarían a su propia madre por unos gramos de mantequilla y unos cigarrillos. Friedrich Thalheim fue en su día uno de los ilustres de la ciudad.

—Y ahora se ha encogido como un piojo. —Friedrich empujó enojado la silla hacia atrás y se levantó—. No hay nada que avance de verdad, ¡es para volverse loco! La gente no tiene dinero ni coraje, me veo obligado a enviar a mis hijas a la Bolsa Negra para satisfacer nuestras necesidades básicas, vivimos aquí amontonados y Brahm, con sus harapos, se las da conmigo de gran jefe a la que vislumbra la menor oportunidad. ¡Así no me había imaginado yo la paz!

—Ten paciencia, papá —dijo Rike—. Todos la necesitamos. A lo mejor deberías hablar con el tío Carl sobre este asunto tan importante...

—¡Carl! —Escupió la palabra como si hubiera mordido una fruta todavía verde—. ¡Ni que fuera

un sabio! Sí, cuando estaban los nazis no quiso favorecer sentencias injustas, muy respetable. Pero ¿y luego? Se hizo vigilante nocturno con un sueldo tan minúsculo que apenas si podía alimentar a su familia. Aunque eso ya no era cosa suya. ¡Hacía tiempo que había abandonado a su mujer y sus hijos! Yo, en cambio, hice lo que pude para que os fuera bien. ¡Y ahora se me paga con esto! —Golpeó la mesa con el puño—. Mientras mi hermano corría a toda pastilla de un lado para otro, feliz con su Zündapp, pronunciando sensatas conferencias, a mí sus amigos los soviéticos me estaban maltratando. ¿Y ahora tengo que pedirle consejo justo a él, que como cazador de nazis oficial retira a individuos de sus cargos y empuja a familias enteras al infortunio? ¡Prefiero acabar congelado en el Spree!

Tanto Rike como Silvie encogieron la cabeza sin querer. Pero Friedrich no había concluido su discurso.

—Y hablando de mi hermano, ¡aquí tienes! —Puso a Rike un sobre en la mano—. Para ti. Desde Suiza. ¡No te imaginas con qué gesto triunfal me la ha entregado hoy! A saber por qué le ha llegado a él antes y no directamente a nosotros. Cuando puede hacerse el importante, Carl siempre está en primera línea.

—¿Para mí? —preguntó extrañada Rike.

—Eso pone. El remitente es el despacho de abogados Vögli & Partner. Una dirección suiza. ¡Venga, ábrelo!

—Más tarde —dijo, y se cerró en ella misma porque de repente todo le resultaba excesivo.

—¿Qué significa esto? ¡Ya es casi medianoche!

—Más tarde —repitió—. Estoy muy cansada. ¡Buenas noches, papá! —Salió de la cocina.

Friedrich y Silvie la siguieron con la mirada.

—Haz entrar en razón a tu hermana —pidió él—. ¿Qué le pasa ahora? Secretos en nuestra familia, ¿eso sería algo nuevo!

—Ah, ¿sí? ¿De verdad, papá? —Silvie parecía haberse espabilado de golpe.

Se fue un instante para regresar con un bolso alargado.

—¿Quieres echar un vistazo dentro? —preguntó.

Él hizo lo que le pedía y meneó estupefacto la cabeza.

—Sí, has visto bien. Diez cartones de Chesterfield. —Silvie hizo hábilmente una pequeña pausa—. Mis modestos honorarios.

Su padre la miró sin pronunciar palabra.

—¡Que duermas bien! —prosiguió ella con una sonrisita—. Ha sido un día condenadamente largo para todos.

A la mañana siguiente, Rike fue un poco antes a la tienda para abrir la carta sin que la molestaran. Había cerrado la puerta del local, pero le temblaban tanto las manos que se le cayó el papel y tuvo que agacharse a recogerlo. Hacía mucho que no recibía correo y menos aún de un abogado extranjero.

¿Qué querían los de Vögli & Partner de ella?

Estimada señorita Thalheim:

Lamentamos profundamente tener que anunciarle el fallecimiento de su abuelo Egon Schubert. El difunto encargó a nuestro despacho la apertura del testamento. A este objeto le solicito cortésmente tenga a bien presentarse antes del 15 de marzo de 1946 en nuestro despacho de Zurich, en la Kirchgasse número 40.

Muy atentamente,

DOCTOR RETO VÖGLI

Rike leyó esas líneas una y otra vez. Luego dejó la carta sobre su regazo.

El abuelo Schubert había muerto, lo que la entristecía pese a que hacía mucho tiempo que no lo veía. Había dejado Alemania para siempre pocos años después de que su querida hija muriese. Aun así, unos bellos recuerdos unían a Rike con su abuelo. Estaba muy encariñada con él, a pesar de que siempre había sido un poco estafalario; era un apasionado del ajedrez y se había inventado unas refinadas jugadas para vencer primero a su hija Alma y después a su nieta mayor. En su infancia, Silvie y Oskar no se habían interesado demasiado por el «juego de los reyes», como él siempre lo llamaba, y de buen grado le habían dejado a ella vía libre. Rike, en cambio, había encontrado el juego desde un principio tan emocionante como didáctico y se esforzaba para retener en la memoria todas las jugadas que le era posible para ir mejorando. Cuando consiguió vencer por primera vez a su abuelo, este le regaló una cara pluma estilográfica, que ella siempre había conservado con gran aprecio.

Y ahora el abogado solicitaba su presencia en Suiza, donde su abuelo había residido desde 1938, únicamente su presencia. Alguna razón debía haber.

Los pensamientos se agolpaban en la mente de Rike.

¿De qué habría muerto? ¿Y cómo había pasado sus últimos años, viudo y apartado de la familia?

A ella eso le sugería una gran soledad, pero su abuelo había manifestado claramente lo poco que le importaba la familia de Berlín, sobre todo Friedrich Thalheim. Y durante los años de la guerra cada vez había sido más difícil mantenerse en contacto con él, por mucho que Rike lo hubiera echado de menos.

Ahora le quedaba su legado.

Viajar en ferrocarril a Zurich significaba en aquellos tiempos algo así como dar media vuelta al mundo; no todos los trenes circulaban a causa de los numerosos desperfectos sufridos en las vías y a

que muchas estaciones se habían destruido. Además, que una mujer viajase sola no estaba exento de riesgos, ni mucho menos.

Pero ¿quién podía acompañarla?

¿Su padre, que seguía sin tomársela en serio? Todo en ella se rebelaba en contra.

¿Claire? Aunque ya se levantaba, seguía estando tan pálida y transparente que sería demasiado cansado para ella.

¿Silvie? ¿No se sentiría mortalmente ofendida haciendo solo de acompañante?

Daba igual. Tenía que ir a Zurich, y pronto, pues los primeros días de marzo ya habían pasado.

¿O tal vez Ben Green?

Rechazó al instante esta idea, se conocían demasiado poco. Además, bastante tenía el joven fotógrafo con sus propios recuerdos familiares; ella no podía ni pretendía agobiarlo todavía más.

Se vio invadida por una gran y creciente inquietud. Cuando en el transcurso de la tarde aparecieron unas clientas solventes, las atendió tan distraída que dos de ellas se marcharon sin comprar nada. Y, sin embargo, necesitaban hasta el último céntimo, pues las reservas de dinero de Potsdam se habían reducido notablemente al comprar la libertad de su padre y, además, debían emplearse en la reconstrucción de los almacenes, así que eran sagradas. Había que pagar a las costureras y la calefacción, la familia tenía que comer. Aunque por el momento Rike trabajaba sin percibir un sueldo, la tienda todavía no arrojaba suficientes beneficios. Sin los lucrativos negocios de Silvie en el mercado negro, que servían para compensar los gastos, su vida habría sido mucho más mísera.

Rike bajó los ojos para mirarse el vestido azul que llevaba ese día. A primera vista no se veía que procediera de unos harapos, pero a ella se lo recordaba a la fuerza el roce de la tela en la piel. No tenía ningunas ganas de aparecer así en Zurich. ¿Y qué abrigo iba a ponerse para ir un poco arreglada? Por no hablar de la falta que le hacía un sombrero más moderno.

Tenía que hablar urgentemente con Miriam.

Su expresión se relajó.

Miri... ¡Claro que sí! Sería la compañera de viaje ideal, positiva, animosa y, sobre todo, discreta. El día anterior, sin embargo, su amiga no se había sentido bien, apenas había querido comer y se había quejado de unos fuertes pinchazos en el costado. Rike tenía la intención de ir a ver cómo se encontraba por la mañana, pero luego había aplazado la visita porque estaba impaciente por leer la carta. Ahora lo lamentaba y decidió hacerlo enseguida. Tampoco estaba muy preocupada. Seguro que Miriam se recuperaría enseguida. Después de todo lo que había superado, ¿qué podía hacerle una ligera indisposición?

Mientras volvía a casa, Rike elaboró mentalmente la lista de cosas que tenía que resolver obligatoriamente antes de emprender el viaje. Lo primero de todo era, por supuesto, averiguar si su

amiga quería acompañarla. Pero cuando entró en el apartamento Flori se precipitó a su encuentro.

—Miri está en el hospital —le comunicó inquieta—. ¡Apendicitis! Ya la han operado.

—Pero si le dolía el costado, no el vientre —dijo Rike, sorprendida.

—Por lo visto, en un caso así se puede irradiar el dolor —contestó Werner Brahm, que se tomaba un café en la cocina con Claire y Friedrich—. Por suerte estaba yo cuando se ha puesto tan mal. Acababa de traer tela nueva y la he llevado a la Charité. Funciona de forma provisional, pero ella estaba tan grave que la han operado ahí mismo. De lo contrario el apéndice se habría perforado, algo a lo que no todo el mundo sobrevive. Naturalmente, me he quedado todo el tiempo que ha hecho falta hasta que ha cesado la alarma. La cicatriz es impresionante, pero vuestra amiga se pondrá bien.

—¡Gracias a Dios! —dijo Rike, profundamente aliviada—. ¿Y cuánto tiempo ha de quedarse en el hospital?

El sueño de hacer juntas el viaje a Zurich acababa de desvanecerse. Pero Miriam estaba fuera de peligro y eso era lo único que contaba.

—Depende de cómo avance la recuperación. Al menos diez días, cree el profesor Sauerbruch. Aunque puede que un poco más.

—¿Sauerbruch? —preguntó asombrada Rike—. ¿La ha operado él?

—Justamente él —confirmó Brahm—. Se ha interesado especialmente en el asunto en cuanto ha sabido que Miriam Sternberg es judía. —Sonrió—. Además, sin pedir honorarios porque era un caso de absoluta necesidad. Se diría que el famoso señor consejero privado tiene algunas cosas que enmendar.

Rike sabía que su padre admiraba al médico que se había pronunciado en contra de la eutanasia, pese a que había disfrutado, hasta el amargo final, de las ventajas que como personaje prominente le concedía la Alemania nazi.

Friedrich Thalheim tampoco lo criticó ahora.

—Para mí es y sigue siendo un ídolo —dijo—. Por algo le habrán dado el Premio Nobel. Siempre está rodeado de médicos jóvenes de otros países que quieren aprender de sus conocimientos y experiencias. Para mí, que se haya ocupado desinteresadamente de nuestra Miriam todavía lo hace más brillante. ¡Necesitamos hombres como él, sobre todo en estos tiempos de incertidumbre!

De momento, Rike no dijo nada, pero en su cabeza se arremolinaban los pensamientos. Se bebió la liviana infusión de menta de Claire, tomó un par de cucharadas de sopa de lentejas, que estaba más sosa de lo normal porque era evidente que la habían estirado con agua, y luego se enderezó.

Era preciso explicar lo que bullía en su cabeza. Y ya.

—Tengo que ir a Zurich —anunció—. Lo antes posible. En realidad, esperaba que Miriam me acompañara, pero lamentablemente esto no puede ser.

—¿Por la carta de ese abogado? —preguntó curioso Friedrich—. ¿Qué quieren de ti?

—El abuelo Schubert ha fallecido y van a abrir el testamento. Tengo que ir en persona al despacho de abogados.

—¿Tú? —dijo él, sorprendido—. ¿Solo tú?

Rike asintió.

—Por lo visto es lo que dispuso.

—El viejo zorro... ¡Típico de él! Yo te acompañaré, por descontado —dijo enseguida—. Así viajarás segura y protegida.

—Eres muy amable, pero no quiero.

En la cocina nadie abrió la boca.

—¿Y por qué no, si puedo preguntarlo? —El tono irritado de su padre no presagiaba nada bueno.

—Porque es asunto mío. Si el abuelo hubiera querido que tú fueras, seguro que lo habría manifestado, y en este caso solo se me menciona a mí. —Colocó la carta sobre la mesa—. Tengo veintiséis años y no necesito a ningún tutor, papá.

—¡Como si yo no lo supiera! Claro que eres mayor, pero el trayecto es largo y en los trenes te encuentras con chusma de todo tipo...

—Yo puedo llevarla —intervino Brahm—. De todos modos quería ir a Winterthur a ver la nueva maquinaria. Los suizos van muy por delante de nosotros en lo que concierne al hilado, deberíamos establecer los contactos adecuados a tiempo. —Miró a Friedrich—. Te traeré de vuelta a tu Primogénita intacta, no te preocupes —añadió—. En cualquier caso, una joven beldad como Rike no tendrá, por desgracia, el menor interés en mí.

Ir en coche a Suiza... Ante los ojos de Rike apareció de nuevo la horrible escena de hacía más de catorce años, el accidente en medio de la Ku'damm que le había arrebatado a su madre. Desde entonces había evitado en lo posible viajar en coche, salvo en las salidas urgentes a Potsdam, y la perspectiva de hacer un recorrido de tantas horas en automóvil le provocaba horror. Por otra parte, el coche no dependía de horarios y enlaces que funcionaban más mal que bien, lo que suponía una clara ventaja.

—Haremos una parada en Munich —prosiguió Brahm—. Hace poco oí decir que la autopista que conduce hasta allí está en bastante buen estado. Visitaremos a Otto Wölfle y su fábrica de géneros de punto. ¿Os habéis escrito recientemente, Friedrich? Vive en una villa que no ha sufrido daños por los bombardeos y seguro que nos dejan pernoctar allí.

—Sí, nos hemos escrito. —No parecía nada entusiasmado—. Hemos acordado colaborar otra vez, pero claro, cuando las cosas vayan mejor aquí, en Berlín.

—Entonces tampoco nos perjudicará ir a echar un vistazo por allí, ¿qué opinas, Rike?

El tuteo le seguía pareciendo un poco raro todavía. Hacía un par de semanas que él le había pedido que se tutearan y ella había accedido.

Rike asintió vacilante.

—Pero desde Munich hasta Suiza hay una distancia muy larga...

—¡No será para tanto! Cogemos la carretera nacional hasta Lindau y luego enseguida llegaremos al lago de Constanza. Todo el mundo debería verlo una vez en la vida... como mínimo. —Sonrió complacido—. De ahí iremos a Meersburg, luego en el transbordador para coches hasta Constanza y de ahí, de nuevo por la carretera nacional, hasta la frontera suiza. —Su sonrisa se ensanchó—. Con la condición, claro está, de que los confederados nos dejen a nosotros, los alemanes, entrar en su tan rico país.

—¿Por qué no iban a hacerlo? —preguntó Claire mientras Friedrich guardaba silencio.

—Porque todos nosotros fuimos nazis malos, malos. Salvo los nazis malos que metieron grandes sumas de dinero en sus bancos. A ellos se les aplica otras reglas, por supuesto. Qué dices, Rike, ¿estás de acuerdo?

—¿Cuánto tiempo necesitaremos? —preguntó con la voz apagada.

—Depende de si podemos turnarnos. ¿Sabes conducir?

Rike negó con la cabeza. ¡Qué idea más espantosa, sentarse ella al volante! Silvie llevaba unas semanas diciendo que quería sacarse el carnet de conducir lo antes posible. Rike estaba encantada de renunciar a él.

—Si tengo que hacer yo solo todo el recorrido, calculo que serán al menos cuatro días. Dos de ida con las paradas en Zurich y Winterthur, y dos de vuelta. A no ser que después quieras dar un pequeño paseo por allí. Suiza es maravillosa...

—Claro que no —lo interrumpió ella bruscamente—. Tengo que ir a ver a ese abogado en Zurich, y sí, las máquinas de las que has hablado también me interesan. Todo lo demás puede esperar.

—Entonces ocúpate de la documentación necesaria para conseguir la autorización de tránsito entre zonas para todos los sectores, pues sé por amarga experiencia que los aliados no hacen bromas con esto. Está claro que no queremos que en algún punto del viaje nos envíen de vuelta sin haber conseguido nada. Tu pasaporte también tiene que estar en vigor. Cuando lo hayas reunido todo, me avisas. Ah, sí, y llevar un poco de dinero en metálico tampoco nos perjudicará. Quién sabe a quién, dónde y cómo tendremos que untar.

—¿Cuándo podemos salir? —quiso saber Rike.

Brahm se levantó e hizo una pequeña reverencia.

—Cuando gustéis, milady —dijo burlón—. Siempre a vuestra disposición.

Después de Potsdam, tras pasar el control de los soldados soviéticos, que comprobaron minuciosamente la autorización para transitar entre las zonas pero acabaron sellándola, y entrar en la autopista, Rike cayó durante las horas que siguieron en una especie de trance reforzado por el monótono sonido del motor. Se había tomado dos pastillas a la vez, oficialmente para no marearse, en verdad para tranquilizar su alterado sistema nervioso. Ahora, sin embargo, se sentía tan atontada que los ojos se le cerraban, aunque así consiguió combatir más o menos con éxito el pánico creciente.

Los recuerdos de su madre, no obstante, se hacían más presentes con cada kilómetro que recorrían. ¡Con qué gracia se movía! Cómo le gustaban los coches y cuánto se reía de cosas absurdas, dejando de ser de repente una elegante y cautivadora dama para convertirse en una muchacha insolente y traviesa que decía y hacía lo que quería. Así de enérgica se le presentaba, tan absolutamente viva. Rike nunca habría imaginado que le pudiera pasar lo más mínimo...

Hasta esa tarde de febrero de 1933, cuando de repente su madre salió como enloquecida del hotel y fue directa a la calzada, delante de un Mercedes verde oscuro que, aunque frenó, la levantó sobre el capó como si fuera una muñeca y luego la lanzó al asfalto. Rike ignoraba qué había sucedido antes y después, todo se había como desvanecido. En su recuerdo no había más que niebla y murmullos, y el sonido estrepitoso de las bocinas de los vehículos. Y la imagen de su madre, fuerte, amadísima, yaciendo sobre la calle inmóvil...

Desde entonces nunca nada había sido igual.

No solo para su padre y para ella y los gemelos, que lloraron durante días, inconsolables. Nada fue lo mismo especialmente para el abuelo Schubert, que de golpe envejeció varios años. Tras la muerte de su hija pareció perder el interés por todo, dejó de preocuparse por las acciones y el curso de la Bolsa como siempre había hecho y acabó traspasando la dirección de su próspera fábrica de zapatos a un gerente. Se retiraba a su casa cada vez con más frecuencia, hasta que ya casi no salía de ella. Su villa de Dahlem se fue convirtiendo progresivamente en una especie de mausoleo: oscura y silenciosa, surtida de docenas de fotos de Alma en pesados marcos de plata. Las escasas visitas que recibía se sentían incómodas porque él apenas hablaba y al final prefirieron mantenerse distantes; los gemelos le tenían auténtico miedo. Rike fue la única de la familia que siguió yendo a verlo en bicicleta después de la escuela, pero en un momento dado él le pidió entre lágrimas que no fuera más.

—Cada vez te pareces más a mi Alma —le dijo—. ¿Te das cuenta? No lo soporto porque cuando te veo pienso por un instante que está viva de nuevo. Mi viejo corazón no lo resiste. Por favor, no te enfades, pequeña, pero tu abuelo necesita estar solo.

Un día le llegó la noticia de que había emigrado a Suiza. A partir de entonces solo recibieron unas

postales para felicitarles los cumpleaños y las Navidades que fueron haciéndose más escasas con la guerra.

Ahora estaba muerto. Rike estaba convencida de que había muerto con el corazón desgarrado, pues nunca había superado la pérdida de su hija.

—¿Qué, por fin despierta? —dijo Werner Brahm, arrancándola de sus pensamientos con un sobresalto—. Dentro de poco habremos llegado a Nuremberg. Según Hitler, «el prototipo de la pura germanidad». Desde el pasado otoño, un tribunal militar internacional está juzgando a los que fueron sus cómplices de alto rango. Con un poco de mala suerte, todos acabarán colgados. ¡Sin duda el panorama de unos cuellos nazis no tiene nada de bonito! Pero todos se lo han ganado sobradamente.

—Sí, estoy despierta —contestó Rike, que a pesar de ser de su misma opinión, no tenía en ese momento ningunas ganas de hablar de política. Ya había conversado varias veces con Carl sobre los juicios de Nuremberg; eran muchos los nuevos periódicos que informaban con mayor o menor detalle sobre ese asunto. Ella se entendía mejor con las declaraciones escuetas y objetivas de su tío, que siempre le abrían nuevos horizontes, que con los comentarios irónicos de Werner, que solían acabar en nada—. ¿Y tú? ¿Estás cansado?

—Todavía estoy bien, pero tendremos que llenar el depósito enseguida. Y también deberíamos tomar un tentempié.

—De acuerdo. —También a Rike se le despertó de repente el apetito—. De todos modos, Claire nos ha preparado comida como si fuéramos a estar semanas de viaje.

Se detuvieron en la primera gasolinera, a la que estaba anexionada una pequeña área de descanso. Werner Brahm llenó el depósito de gasolina, luego se comieron los bocadillos y se acabaron el termo lleno de café auténtico. En el diminuto vestíbulo de los lavabos, Rike se miró al espejo roto mientras se lavaba las manos.

¿No tenía un aspecto totalmente enfermizo?

Delgada y pálida, como si estuviera a punto de disolverse en nada. Y, sin embargo, debería estar descansada y concentrada. Zurich se acercaba, y con ella también el testamento del abuelo Schubert.

¿Qué sorpresas le depararía?

Echó los hombros hacia atrás cuando volvió al coche. El Escarabajo no era ni mucho menos tan cómodo como el Mercedes que conducía su padre antes de la guerra; tenía poca suspensión y transmitía cualquier irregularidad del terreno, lo que le impedía volver a quedarse dormida. Pese a que apenas había coches en la autopista, de vez en cuando Werner se atrevía a adelantar e incluso dejaba atrás a automóviles más grandes.

Poco antes de llegar a Munich, la presencia de los vehículos militares aumentó.

—Ya hace rato que estamos en la zona americana. —Werner parecía aliviado—. Los americanos son mucho más laxos con sus disposiciones que nuestros amigos británicos y, naturalmente, mucho

más que los rusos. Por eso a Otto Wölfle le va viento en popa con su empresa de géneros de punto.

—¿De qué lo conoces, en realidad? —inquirió Rike.

—De la feria de textiles de Frankfurt. De eso hace ya un montón de tiempo. Entonces él todavía era un chico muy joven, pero con ímpetu. Enseguida me llamó la atención. De algún modo hemos permanecido en contacto todos estos años. Estoy impaciente por saber qué tiene que contar. Bien, ya hemos llegado al final de la autopista. Has superado lo peor.

Sonrió y colocó la mano sobre la rodilla de Rike, lo que ella encontró sumamente desagradable, así que se la apartó al instante. Brahm hizo como si no hubiera sucedido nada y le tendió con una cortesía excesiva una hoja de papel arrugada.

—Aquí tienes, la ruta. Tenemos que atravesar casi toda la ciudad, querida, ¡es el turno del copiloto!

Rike se esforzó por aclararse con la caligrafía de trazos grandes pero algo negligentes y, diligente, lo dirigió hacia la derecha, hacia la izquierda o recto. De vez en cuando levantaba la vista para mirar por la ventanilla. Las calles eran irregulares, estaban llenas de baches y en parte rotas, y sobre todo eran algo más estrechas de lo que estaba acostumbrada a ver. Muchos de los edificios junto a los que circulaban estaban total o parcialmente derruidos. Ruinas y escombros por donde quiera que pasaban. Había pensado hasta ese momento que Berlín, junto a Dresde y Hamburgo, era la ciudad que más desperfectos había sufrido, pero también allí había sido horrible.

—Munich, antes la «capital del movimiento» —señaló Werner como si pudiera leer sus pensamientos—. Otto cree que por esa razón los bombardeos británicos y americanos fueron especialmente intensos.

La estación central no era más que una estructura esquelética, y los alrededores no presentaban mejor aspecto. A medida que avanzaban en dirección al oeste, el número de casas que habían permanecido intactas parecía aumentar. Las superficies sin construir fueron ampliándose de forma paulatina, de vez en cuando Rike advertía algún cobertizo, alguna barraca y otros edificios bajos cuya función desconocía. Todo ofrecía un aspecto sencillo, casi rural, no especialmente cuidado.

—Moosach —dijo Werner Brahm—. Aquí es donde ha instalado provisionalmente su fábrica.

Tuvieron que preguntar a un par de ciclistas, pero al final llegaron a su meta: media docena de naves pequeñas de las que salía el ruido de las máquinas.

Otto Wölfle los recibió en mangas de camisa en su despacho provisional. Era un hombre bajo y fuerte, con un cabello espeso y negro en el que brillaban las primeras hebras de plata. Cuando Brahm le presentó a Rike, esbozó una sonrisa.

—¿La hija de Friedrich Thalheim? ¡Un placer conocerla, estimada señorita! Disculpe este atuendo informal, pero hoy se han enfermado dos tejedores al mismo tiempo. En tales casos, hasta el jefe

tiene que echar una mano para que todo esté acabado en el plazo previsto.

Les mostró la primera nave, donde trabajaban en las máquinas unos quince hombres.

—Los primeros jerséis de invierno —gritó por encima de un ruido que hacía casi imposible cualquier conversación—. Seis días a la semana, dos turnos de doce horas al día. Detenerse es retroceder. Por fortuna tenemos a estos refugiados de los Sudetes tan eficientes, que realmente trabajan con ahínco. Ya saben, en nuestro ramo, uno tiene que ir al menos una temporada por delante.

—¿Cuánta gente trabaja para ti? —preguntó también a gritos Werner.

—A estas alturas ya son casi sesenta en total. —Pese al jaleo se percibía un deje de orgullo en su voz—. Si no hubiera estallado la guerra, seguramente serían muchos más.

—¿Y máquinas? —quiso saber Brahm.

—Las que salvamos del fuego. Nos bombardearon dos veces en las viejas instalaciones. Y, sin embargo, tuvimos la enorme suerte de no perderlo todo. Pudimos reparar una parte de las máquinas, y estas dos nuevas son suizas. ¡Unas piezas fabulosas, ya te digo yo! Tan rápidas que los dedos humanos apenas pueden seguir las. Pero mejor vayamos al departamento de expedición. Allí no hay tanto ruido.

Unas largas mesas sobre las cuales se seleccionaban y se empaquetaban los géneros de punto. Detrás, unas muchachas jóvenes con mandiles limpios. Rike contemplaba con envidia los coloridos tesoros de lana, todo nuevo, brillante, un montón de tejidos de punto que seguro que no habían sido bayetas en otros tiempos. La había cautivado especialmente una rebeca de punto de color caramelo con unos relucientes botones de nácar. No recordaba cuándo había sido la última vez que había llevado algo tan bonito.

«Solo deberías llevar tonos crema, cobre o marrones...»

Casi le parecía oír la voz argentina de Flori.

—¿Me permite que le envuelva la rebeca, señorita Thalheim? —Wölfle debía de haberla observado con atención—. Talla 38, ¿verdad?, si no me equivoco. Es posible que incluso una más pequeña también le sentara bien, pero se llevan holgadas

—No puede ser... —protestó Rike.

—¡Y tanto que puede ser! —aseguró él—. Me pondría muy triste si me la rechazara. Y ahora, salgamos. Desde Berlín hasta Munich hay un largo trayecto, seguro que los dos están hambrientos. Y Fini, mi querida media naranja, ¡hace el mejor asado de cerdo de toda la ciudad!

Era como un sueño: una villa cuidada y sin destruir en medio de un jardín impresionante, una mesa con un mantel de Damasco, servilletas de tela blancas y cubertería de plata. Los Thalheim habían vivido de forma similar, y tomar conciencia de todo lo que habían perdido le encogió el corazón. Rike intentaba que no se le notara, pero no estaba nada segura de conseguirlo. Lo que sentía no eran celos, más bien una profunda y casi dolorosa añoranza de una época que parecía perdida para

siempre.

La señora de la casa era rubia y amable, algo más joven que su marido y en absoluto tan glamurosa como había sido la madre de Rike. Pese a ello, el conjunto de punto azul oscuro, compuesto de una falda y la chaqueta a juego, con una blusa de seda azul claro, era de primerísima calidad, así como el collar de perlas blancas que asomaba por debajo.

¿Estarían todavía en el jardín las joyas de su madre que habían enterrado a toda prisa? Con un poco de mala suerte ya haría tiempo que los rusos o los británicos se habrían apoderado de ellas.

Junto a la carne de cerdo había unas bolas de puré de patatas y ensalada de col, además de cerveza. Rike devoró dos buenas porciones y vació el vaso, que el señor de la casa volvía a llenarle solícitamente. Tampoco dejó nada en el bol de crema bávara que había de postre.

Después, sin embargo, temía que iba a reventar de un momento a otro.

—¿Cómo te lo haces? —le preguntó Werner Brahm al anfitrión con reconocimiento cuando los dos hombres disfrutaban después de la comida de unos cigarros para hacer la digestión—. En Berlín estamos a años luz de esto. Con cupones se puede...

—¡Olvídate de ellos! —lo interrumpió vigoroso Wölfle—. Están en franca decadencia. La gente quiere volver a vivir de una vez y a disfrutar de una buena comida, de una casa bien arreglada, de ropa bonita..., de todo, simplemente. Por eso para nosotros los emprendedores, el mercado gris y el mercado negro son mucho más interesantes en la actualidad; por supuesto, siempre que los aliados no se crucen en nuestro camino. Oficialmente hay que pasar por el mercado de la ropa y los cupones, pero cuando uno conoce su funcionamiento también el trueque va de maravillas: yo tengo jerséis, tú tienes máquinas, deberíamos apañárnoslas bien el uno con el otro. Hoy por ti, mañana por mí. Como siempre hemos hecho. En fin, tú ya lo sabes...

—Claro que lo sé, pero lo decisivo son y siguen siendo las materias primas. Por ejemplo, ¿de dónde sacas tú la lana y los hilos? Cada vez es más difícil llegar a las hilanderías y tejedurías del Este. Los soviéticos desmantelan las fábricas como si estuvieran pirados y no sueltan nada de lo que se producía antes. Así que hago confeccionar telas de harapos, lo que de momento funciona, aunque a la larga los clientes se cansarán.

Wölfle se acercó un poco más a Brahm.

—A este respecto puedo darte un par de buenos consejos sobre cómo...

A Rike le habría gustado seguir escuchando la conversación, pero de repente se sintió fatal. Se le había revuelto el estómago y un sudor frío le humedecía la frente. Consiguió con esfuerzo llegar hasta el pequeño lavabo de invitados.

Allí lo vomitó todo.

—¡Pobre! —Fini llegó con un paño frío y una botellita de licor de Hoffmann; vertió un poco en

una cuchara—. Tome esto. Es amargo pero siempre ayuda, a no ser que esté embarazada.

—No lo estoy —contestó Rike con voz ronca, volviendo a vomitar—. Es solo que ya no estoy acostumbrada a la buena vida...

Al enderezarse se tambaleó y se apoyó gimiendo en la fría pared de azulejos.

—¡Entonces, nada mejor que meterse en la cama! —ordenó resoluta Fini—. Mañana se encontrará usted mejor.

Pero cuando Brahm fue a despertar a Rike antes de que amaneciera, ella todavía se sentía mal.

—Puede empeorar —observó el hombre mientras ella subía al coche blanca como la tiza e incapaz de hablar—. ¡Avísame a tiempo si tengo que parar!

Rike asintió débilmente, cerró los ojos y se alegró cuando él calló. Después de Memmingen salió el sol y se atrevió por primera vez a mirar por la ventanilla. La Algovia se deslizaba junto a ellos suave y frondosa, con prados verdes, granjas y un cielo de un azul más intenso cuanto más avanzaban. Allí ya olía a primavera y también hacía más calor; por fin dejó de tiritar en el coche. Rike se alegraba de contar con la gabardina beige que, cómo no, Silvie había conseguido para ella en la Bolsa Negra. Junto con la boina rojo burdeos y su nueva rebeca de punto no causaría mala impresión.

Volvió a dormirse.

—El lago de Constanza —oyó decir a Brahm—. Ahora subiremos montaña arriba por una carretera con curvas y luego cogeremos el transbordador en el puerto de Meersburg rumbo a Constanza. De este modo nos ahorramos el control de pasaportes de los austríacos.

Desde la cubierta superior todo era azul y amplio, el lago, el cielo, las montañas con sus brillantes cumbres nevadas. Unas gaviotas los seguían, Rike parpadeaba al sol con placer y habría podido continuar viajando así toda una eternidad, pero tenían que volver al coche y procurar que los franceses les sellasen los salvoconductos para circular entre zonas. Sorprendentemente, en el pequeño paso fronterizo de Kreuzlingen todo se desarrolló con una inesperada rapidez.

—Así que ya estamos en Suiza —dijo Rike, asombrada, cuando guardaron sus pasaportes provisionales con los nuevos sellos.

—Exactamente —contestó Werner—. Otra vez a todo gas y en una hora habremos llegado a nuestro destino.

¡Qué nerviosa estaba!

Rike dejó a paso ligero el hotel Krone, en el que Brahm había reservado dos habitaciones simples. Él quería acompañarla a toda costa al despacho de abogados y había insistido de tal forma que a ella le había resultado hasta desagradable, pero a pesar de todo ella se había mantenido firme en su negativa.

—Es asunto mío —había respondido—. Y tampoco has de ir a buscarme. Ya me espabilaré yo sola.

Ahora lamentaba haber sido tan descortés, pues poder hablar con alguien posiblemente habría aliviado su nerviosismo. Así que no le quedaba más remedio que inspirar y espirar profundamente mientras daba un paso tras otro. Por lo visto, la atmósfera primaveral había empujado a muchos zuriqueses a salir de sus casas y pasear a lo largo de los muelles del Limago. El río resplandecía al sol del mediodía, y al otro lado de la calle los cafés, restaurantes y comercios, situados en parte bajo unas pintorescas arcadas, invitaban a entrar en ellos, pero Rike solo echó un vistazo porque la abundancia de artículos la desbordaba.

¡Qué bien vestida iba la gente!

Los hombres con modelos clásicos, de tonos apagados, las mujeres con las prendas más alegres y coloridas que había visto desde hacía años. ¡Y qué zapatos de buena calidad! Se avergonzaba de verdad de sus gastados botines negros, pero eran el mejor calzado que poseía. Allí se respiraba paz y bienestar, la gente se veía satisfecha y contenta. Incluso los perros parecían amigables y de buen humor. Ni una sola ruina, ni un montón de escombros por ningún lado, como si a unos kilómetros de la frontera no hubiese habido guerra y penuria durante años.

Los estímulos que le llegaban por todas partes eran tan intensos que Rike se alegró al llegar a la silenciosa y sombría Kirchgasse. Enseguida encontró el número 40. En la planta baja había una librería, lo que le provocó una sonrisa y al mismo tiempo la entristeció. ¡Cuánto tiempo hacía que no conseguía leer! Y sin embargo estaba loca por los libros, desde que tenía uso de razón había leído bajo el viejo cerezo del jardín, y sus padres habían reforzado ese amor por la letra impresa. Pero en su angustiada supervivencia no había ni calma ni dinero para seguir cultivando aquella pasión. No había más remedio, Rike tenía que dejarla para más tarde, como muchas otras cosas.

Tres escalones más y llegó ante la placa de la puerta que buscaba.

DOCTOR RETO VÖGLI & PARTNER

Pulsó el timbre. Sentía las palpitaciones en el cuello.

Abrió un hombre huesudo con las orejas grandes. Era tan bajito y frágil que en un primer momento podría haberlo tomado por un niño, pero su rostro estaba arrugado como un viejo pergamino y sus ojos oscuros, tras los vidrios de las gafas redondas, mostraban sabiduría.

—¿Señorita Thalheim?

Rike asintió.

—Pase, por favor. Ya la estaba esperando.

Con el traje negro y el rígido cuello Vaternörder, Vögli parecía una reliquia de otro tiempo. Su voz, sin embargo, sonaba melodiosa y sorprendentemente jovial.

—Su abuelo era un hombre particular —dijo cuando ella se sentó frente a él, separados ambos por

un escritorio macizo tras el cual el notario casi desaparecía—. E igual de particular le parecerá su legado. Prefirió pasar su vejez en Suiza porque opinaba que nuestro país era el único lugar de toda Europa donde refugiarse. Le aseguro que Egon Schubert gozaba de una óptima salud mental cuando escribió el testamento. Pude comprobarlo con mis propios ojos. Aunque su corazón estaba en duelo.

Que se expresara de forma tan rara encajaba con su curioso aspecto, pero a Rike no la molestaba, al contrario. No habría podido decir exactamente por qué, pero en su presencia se sentía en buenas manos, casi protegida.

—El accidente de mi madre —dijo en voz baja—. Una espantosa cesura para todos nosotros...

Reto Vögli le pidió silencio con un gesto de su frágil mano.

—Accidente..., sí —observó—. Pronto sabrá más. Le deseo que tenga la fuerza y la presencia de ánimo suficiente para soportarlo.

A Rike se le humedecieron las manos. ¿Qué significaba ese comentario?

El abogado abrió una caja metálica plateada.

—El anillo de serpientes de su fallecida madre —indicó, tendiéndole la joya por encima del escritorio—. Es posible que se lo quiera poner ahora mismo.

¡Conque ahí estaba!

En su momento su padre había sospechado de la funeraria, porque había desaparecido de repente, pero era el abuelo quien lo había cogido.

Se lo puso en el dedo meñique de la mano izquierda. Ahí era donde mamá siempre lo había llevado. Parecía como hecho a medida para Rike.

—Además hay un cuaderno de notas azul en el que faltan bastantes hojas. Debo expresamente subrayarlo para alejar la sospecha de que hayan sido arrancadas mientras el cuaderno estaba bajo nuestra custodia. De la carta adjunta de su abuelo se deduce que lo recogió tras la muerte de su madre para evitar que cayera en manos de quien no convenía.

Vögli empujó la caja hacia ella.

Vacilante, Rike sacó el cuaderno y empezó a hojearlo. Inconfundible, la caligrafía de su madre, grande y recta, con los palos bajos largos, como pinceladas, como si siempre tuviera prisa. Rike tenía una letra angulosa, casi un poco aplastada. Una vez, de niña, se había atrevido a falsificar la firma de su madre.

No fue más que un intento.

Tras las gafas redondas, los ojos oscuros de Reto Vögli la miraban inquisitivos.

—Lo leeré más tarde —balbuceó ella, volviendo a cerrar el cuaderno—. En cuanto esté sola.

—Buena idea. —Asintió varias veces, como si la contestación lo serenase—. Procedamos entonces a la lectura de la última voluntad de su abuelo.

Cogió la hoja que tenía ante sí.

Tras mi fallecimiento, el conjunto de mis propiedades está destinado a mi nieta Ulrike Helene Marie Thalheim. A excepción de la casa de Berlín-Dahlem, que lego a partir de ahora a la Cruz Roja Internacional. El delirio que sacude a la que fuera mi patria provocará la muerte de millones de inocentes o los condenará para siempre a la invalidez. Con esta donación deseo efectuar mi pequeña aportación para aliviar la miseria venidera por encima de todas las fronteras.

—¿Cuándo lo escribió? —preguntó Rike con las lágrimas resbalándole por las mejillas.

—En 1938 —contestó el abogado—. Después de que Hitler anexionara los Sudetes. Su abuelo estaba seguro de que la situación iría a peor. Por eso eligió la Suiza neutral como lugar de residencia.

Reto Vögli se pasó la lengua por los labios.

—Hay un apéndice dirigido solo a usted.

Rike lo miró inquisitiva, entonces él siguió leyendo.

Puedes hacer con tu herencia lo que quieras, pequeña Rike, pero te la lego con la condición de que NO se la confies a Friedrich Thalheim. Mi única hija era muy joven cuando se decidió por el hombre menos adecuado. Llevar un hijo en el vientre no es en realidad razón suficiente para perder la cabeza y actuar sin pensar, aunque tal vez uno tenga esa tendencia cuando es muy joven. Podríamos haberte criado Alma y yo, pero ella prefirió que fuera de otro modo y lo pagó caro... Al final, incluso con su vida.

Anhelo profundamente que tú lo hagas mejor y encuentres una pareja que sea merecedora de ti. Para eso confío en el hombre inteligente que es tu auténtico padre. Si te pareces a él, no debo preocuparme. Te quiero con todo mi corazón y te deseo una vida maravillosa y plena.

Tu abuelo

—¿Nada más? —susurró Rike.

—Lamentablemente, no.

—Pero no puede dejarme así, sin más. Con esas vagas alusiones, tan solo...

—Y con un millón doscientos mil francos —señaló Vögli—, pues a esta suma asciende su herencia.

Salió a trompicones de la casa, con una copia del testamento y el cuaderno de notas en el bolso y el anillo de su madre en el dedo meñique. Entretanto había oscurecido y refrescado considerablemente. Rike se alegraba de llevar la rebeca de lana debajo de la gabardina.

Se sentía confusa, desconcertada por completo. ¿Su padre no era su padre?

Acudió a su mente la conversación con Carl. «Conocí a Alma antes que él...»

Pero ¿no podía ser! ¿O sí?

Tanto esfuerzo la mareaba.

Estaba muerta de sed, trémula de hambre; solo deseaba calidez, en cualquier caso estar entre seres humanos para calmar en cierta medida el torbellino que tenía en la cabeza.

Al final llegó a un pequeño restaurante. Tras mirar por encima la carta, pidió un Geschnetzeltes mir Rösti, el plato típico suizo a base de carne con salsa y torta de patatas, además de un refresco. Bebió con ganas y se comió la carne y la guarnición sin disfrutar de lo que estaba masticando.

De repente la sobrecogió un pensamiento.

No había mirado bien los precios. ¿Llevaba suficiente dinero suizo?

Y al instante se le escapó una carcajada que llamó la atención del resto de los clientes.

Un millón doscientos mil francos serían suficientes, aunque por el momento solo tenía en el bolso un par de bonitos billetes de colores. Todavía no sabía qué iba a hacer con aquella sorprendente herencia. Como tampoco sabía a quién le iba a contar lo ocurrido. Aun así, no podía volver enseguida a la estrechez de la pequeña habitación del hotel. Brahm posiblemente se precipitaría sobre ella y la acosaría con sus preguntas.

—*Signorina?* —El hombre de la mesa contigua ya llevaba rato mirándola, desde antes del ataque de risa. Cabello moreno, un rostro alargado y serio, en la treintena, según calculó ella—. *Scusi...* ¿Puedo hablar con usted?

Su alemán era perfecto, pero la entonación era propia del Mediterráneo. Normalmente le habría vuelto la espalda, por regla general no hablaba nunca con desconocidos, pero ese día todo era distinto.

—*Certo* —respondió Rike—. Además ya acaba de hacerlo.

—*Lei parla italiano?* —preguntó él, fascinado.

—*Un po'* —contestó Rike—. *L'ho imperato per qualche tempo, ma ho dimenticato quasi tutto.*

—¡No me lo creo! Lo habla usted estupendamente. ¡Pocas veces ocurre que un alemán hable tan bien el italiano! Porque usted es alemana, ¿verdad?

—*Sì* —asintió Rike.

—¿De dónde?, si me permite preguntar.

—De Berlín.

—¿Y qué es lo que la trae a Zurich? —quiso saber—. ¿Vacaciones?

—Asuntos familiares. ¿Y a usted?

—Negocios. —Sonrió—. Mañana por la mañana prosigo el viaje. —Titubeó, pero se lanzó—. ¿Le importaría que me sentara con usted? Solo para tomar un café...

—Yo más bien me tomaría un coñac —replicó Rike—. Pero sí, venga, *prego!*

Él se sentó a su lado.

—Alessandro...

—*Basta così* —lo interrumpió ella—. Hoy no tengo que saber más.

—*E lei?* —preguntó él—. *Come si chiama?*

—Elena. —Era su segundo nombre, romanizado. Más liviano, más elegante que el alemán Ulrike

Helene. Así era como se sentía ella en la presencia de ese joven.

Alessandro pidió. Sirvieron los vasos con el líquido de color ambarino.

Brindaron.

—*Cincin, signorina Elena* —dijo él, mirándola de forma penetrante a los ojos—. ¡Por esta maravillosa velada!

—¡Por la vida, *signor* Alessandro! —contestó Rike.

Bebieron, conversaron, él la felicitó por la rebeca tan bonita que llevaba, elogió la delicadeza de la lana.

—¿Le interesa a usted la moda? —preguntó Rike.

—*Sì, certo* —confirmó él sonriendo—. Es parte de mi profesión.

Cualquier otro día Rike habría seguido preguntando, pero en aquel momento tenía la cabeza llena de unos asuntos bien diferentes. Vaciaron las copas demasiado deprisa y él quería pedir algo más.

—*No, no, no, in nessun caso* —dijo Rike, se levantó y dejó un par de billetes intactos sobre la mesa.

—¿Ya quiere marcharse? —Parecía francamente apesadumbrado.

—Debo irme. Por desgracia. Tengo ante mí un camino tremendamente largo. Y para recorrerlo he de estar sobria. Pero me lo he pasado muy bien con usted. *Grazie mille*.

—¿No puedo acompañarla? —Llevaba la decepción escrita en la cara—. ¡No puede hacerme esto!

—Nadie puede acompañarme —declaró Rike—. Nadie. *Buona notte!*

Berlín, otoño de 1946

Rike sabía que su padre tenía miedo del tribunal de desnazificación, pero no sospechaba que fuera tanto. El día del juicio no había conseguido desayunar más que media taza de café.

—No ha cambiado nada, nada de nada —murmuró nervioso Friedrich—. ¡De nuevos tiempos, nada! Te pueden colgar igual que los nazis. Basta con que te denuncie una sola persona. Y ahí te quedas, desamparado aunque seas un hombre decente. Quizá debería haber contratado a un abogado. Pero soy inocente... y lo suficientemente fuerte para contestar cualquier pregunta que me hagan.

—Tienes toda la razón, *chérie*, tú no le has hecho nada a nadie —dijo Claire, intentando tranquilizar a su marido—. Seguro que ellos lo ven igual que tú. Por favor, ¡piensa en tu estómago y no te sulfures así! O acabaremos sufriendo también por ti.

—Además, algunos antiguos empleados han declarado en tu favor —añadió Silvie para calmarlo—. Y hoy estaremos todos contigo. ¡No te dejaremos solo, papá!

—Pero ¿y si aun así nos quitan lo que tenemos? ¿Los terrenos, los ahorros, el certificado de buena conducta, es decir, todo, pura y llanamente? Si hasta la clasificación de «culpable menor» te puede llevar a eso en algunas circunstancias. Entonces ya no podré ser empresario. Tal vez tendré que trabajar de barrendero hasta que haya pasado el período de libertad condicional.

Blanco como la cera, dos horas más tarde Friedrich esperaba a que comenzara el juicio en la Schlüterstrasse número 45 de Charlottenburg, en la casa donde se había instalado al final de la guerra la Cámara de Cine del Reich. En la espaciosa habitación con altos techos con molduras, que debía de ser un elegante salón de gruesas alfombras y cómodos sofás en la época de su primer propietario judío, reinaba aquel día una deslucida sencillez. El entarimado de roble estaba mate y se combaba en algunos lugares, como si alguien descuidadamente le hubiera tirado agua por encima; los vidrios de las ventanas estaban llenos de mugre. Se había eliminado lo que antes había sido acogedor, y una mesa de madera larga y oscura dominaba la sala, dándole un aire severo y árido.

Como miembros plenipotenciarios del tribunal de desnazificación estaban Heinz Martens, cerrajero y socialdemócrata, y el pastor Siebert, ambos declarados antifascistas, según había informado previamente Carl. Volvía a trabajar de fiscal en la Audiencia Regional de Potsdam y además había ingresado en el SED, el Partido Socialista Unificado de Alemania, recién fundado en abril con el fin de «drenar para siempre la ciénaga del nazismo». Friedrich no estaba satisfecho con ese ingreso en un partido que a él le repugnaba profundamente, pero a pesar de ello había insistido en

que su hermano lo exculpase durante el proceso.

Pero Carl se había negado.

—No quiero tener nada que ver con tu feo pasado en el partido de las camisas pardas, querido hermano.

—Pues bien que me ayudaste cuando me apresaron los rusos.

—Entonces, sí. Porque tu hija me lo pidió insistentemente. Pero ahora ya no corres ningún peligro y debes expiar las injusticias cometidas, de lo contrario todo se olvidará demasiado deprisa. Te aconsejo enérgicamente que lo asumas.

—Pero soy inocente —protestó Friedrich—. ¡Yo solo fui nazi por obligación!

—Entonces ¡piensa en cómo salvarás tu cabeza de la soga! O págate a un buen abogado. Es posible que lo necesites.

El único jurista presente era el abogado judío Simon Rosenkranz, que había sobrevivido al gueto de Theresienstadt y que actuaba de demandante público en ese juicio. A su lado estaba una rolliza y rubia secretaria de actas que lo estenografiaba todo; a esas alturas eran alemanes quienes juzgaban a otros alemanes para estimar su grado de colaboración con el Tercer Reich. Los estadounidenses habían sido los primeros en aplicar ese método, y los británicos y franceses los habían imitado.

Las primeras preguntas de Rosenkranz sobre sus datos personales y estado civil fueron serenas y objetivas, e iguales fueron las respuestas de Friedrich. Sin embargo, esto cambió de inmediato.

Miembro del partido desde 1937, pero a causa de la fuerte presión de la Cámara de Industria y Comercio de Berlín, como él reiteraba.

—Anteriormente, Hitler había bloqueado el ingreso de nuevos miembros. Por lo visto no encontraba usted el momento de ser del partido lo antes posible. —El cerrajero había intervenido hablando con un deje sarcástico.

—Tenía razones absolutamente distintas —se defendió Friedrich Thalheim—. Si no hubiese ingresado, antes o después nos habrían cerrado los almacenes. Y con ello habrían dejado a los cerca de cien empleados, la mayoría mujeres, solos y sin nadie que les suministrara un sueldo y comida. Yo no quería correr este riesgo. Yo no era un jefe sin escrúpulos.

Silvie, con el vestido azul oscuro del cuellecito blanco que Miriam había arreglado para ella, lo escuchaba fascinada.

«Tú lo tienes bien —pensaba Rike, sentada junto a su hermana con los hombros encogidos y mordiéndose las uñas de los nervios—. Sabes cuál es tu lugar.

»Totalmente al contrario que yo.»

Conocía desde que nació los rasgos de aquel hombre que temía por su futuro. Pero tras regresar de Zurich lo miraba con otros ojos, y también él parecía percibir cuánto se había distanciado ella. Naturalmente, enseguida se dio cuenta de que llevaba en el meñique el anillo de serpientes de su

madre, y Rike vio lágrimas en sus ojos. Durante todo el viaje de regreso había estado dándole vueltas a cómo comunicarle la noticia. De vuelta en Berlín solo había mencionado vagamente la carta del abuelo Schubert y hablado de una modesta suma, que por el momento estaba en una cuenta en Suiza, silenciando la auténtica dimensión de la herencia. ¿Cómo podía decirle a la cara que su fallecido suegro le había exigido no hacerlo partícipe a él, bajo ningún concepto, de la herencia?

Friedrich se había dado por satisfecho con esas evasivas, lo que a ella la había dejado pasmada porque siempre deseaba llevar las riendas de todo.

¿Por mala conciencia?

¿O por miedo a que ella removiera cosas que él prefería no conocer?

«El viejo era un zorro. Desde siempre», era todo lo que había dicho.

El dinero del abuelo seguía estando en una cuenta fiduciaria en el Credit Suisse de Zurich. Anton Brugger, el asesor bancario de Vögli, lo había ingresado allí, y con el transcurso de los años había conseguido unos satisfactorios intereses efectivos. Le había prometido a Rike, durante un breve encuentro en las dependencias nobles y marmóreas del banco, que ahí seguiría hasta nuevo aviso.

—El marco imperial ya no vale para nada. ¡Olvídese de esa moneda inútil! Tarde o temprano los aliados se ocuparán de crear una nueva moneda alemana, sobre todo por su propio interés. La pregunta es simplemente cuándo.

—Pero tenemos que invertir —había objetado ella—. Para reconstruirlo todo. ¿De qué otro modo si no comenzará una nueva época?

—¡Tenga paciencia, señorita Thalheim! La reforma monetaria es imprescindible, esto está claro. Pero con una fortuna en francos suizos es posible que obtenga algo mejor.

Rike solo había retirado una pequeña cantidad y la había cambiado a marcos imperiales para una urgencia, y por el momento no mencionaba el dinero de la cuenta suiza, a pesar de que ese silencio la oprimía más con cada semana que transcurría porque se sentía muy poco sincera. Ya habían pasado meses y ella continuaba con su versión. Por otra parte, ¿acaso no tenían los demás miembros de la familia sus propios secretos? Naturalmente, se ocuparía de hacer un reparto justo que tuviera en consideración a todos los hermanos, ese era su propósito, pero sería en el momento apropiado. Cualquier suma que se gastase precipitadamente o que se invirtiera sin acierto se habría perdido y no podría recuperarse, y ella no quería correr ese riesgo en absoluto.

—Como marido y padre tengo que ocuparme de mi familia. Mi esposa tiene una salud frágil, mi único hijo lleva años desaparecido en Rusia, quién sabe si todavía vive, y la benjamina todavía es menor de edad. Las dos hijas mayores están solteras y siguen viviendo conmigo en casa, cosa que todavía puede prolongarse dada la carencia de muchachos jóvenes de su generación...

Sonaba tan lloroso y engreído que Rike se enfureció.

«Sin tu hermano y sin mí, lo más probable es que ahora estuvieras en un campo soviético —pensó—. Flori te sacó de tu agonía, Claire te cuidó con todo su amor, mientras que Miri cosía como una loca. Yo me encargo de que nuestra tiendecita funcione y Silvie da la cara por todos nosotros en el mercado negro, mientras que tú haces como si viviéramos a costa tuya porque no conseguimos marido. ¡Como si eso fuera lo más importante! Los tipos hacen cola por Silvie, y yo, si quisiera, también encontraría fácilmente a alguien.»

Alessandro, el encantador italiano de Zurich, por ejemplo. No era la primera vez que pensaba en su encuentro en el local suizo. Su forma de hablar, su voz cálida, su expresión seria..., todo le había gustado. Si aquella tarde no hubiera estado tan confusa todavía habría disfrutado más del inesperado encuentro. Aun así, seguía obrando su efecto, más de lo que Rike se había confesado en un principio.

La voz hasta ahora agradable del demandante la arrancó de sus pensamientos al volverse de golpe estridente.

—¿De verdad pretende hacernos creer a todos que pagó al que fue su socio, Markus Weisgerber, toda la parte que le hubiera correspondido? ¿O acaso no se trata más bien de que aprovechó su emigración forzada para realizar una «arianización» sumamente beneficiosa para usted del negocio que ambos habían dirigido juntos y que a partir de entonces llevó solo su nombre?

—Markus y yo éramos amigos. —La voz de Friedrich tembló ligeramente—. Siempre fui honesto con él. Hasta el amargo final.

—¿Qué quiere decir con ello? —terció en ese momento el pastor—. ¿Es posible que haya cosas que usted nos ha ocultado durante todo este tiempo?

«Están, si es que las hay, en el cuadernillo azul de mamá», pensó Rike, que de repente se puso a temblar toda ella. Solo podía suponerlo, pues hasta el momento no había logrado leer ni siquiera una página. Inmediatamente después de llegar de Zurich lo había dejado en el fondo del armario. Era tal la desazón que le provocaban sus sentimientos que no había sido capaz de leer lo que había escrito su madre.

—Tuve que hacerme cargo de su parte de las deudas. La rehabilitación que habíamos iniciado juntos en 1932 era extremadamente cara. Devolver los créditos que habíamos pedido a los bancos y a mi suegro nos iba a costar años. Por supuesto, esto se consideró en la cantidad final que le pagué a Markus. En resumidas cuentas, a partir de entonces yo debería llevar toda la carga.

—Pero también se llevaría usted todos los beneficios, ¿no es cierto? —señaló Rosenkranz—. Y debieron de ser considerables, al menos hasta el comienzo de la guerra.

A esas alturas, Friedrich tenía la frente perlada de sudor. Seguro que también tenía las axilas manchadas. Rike sabía lo mucho que él siempre había odiado tales testimonios del miedo porque arruinaban cualquier traje.

—Entre su clientela se encontraban peces gordos nazis. Celebraba unos suntuosos desfiles de moda, a los que asistían numerosas personalidades del nacionalsocialismo, mientras la gente de la calle no tenía ningún tipo de acceso a ellos. —El cerrajero Martens lo dijo en tono hostil—. ¡No se haga usted el tonto diciendo que no tenía ni idea de nada! Supo muy bien cómo sacar un provecho personal de su carnet del partido.

—Sí, venían a nuestros almacenes, pero ¡igual que muchas, muchas otras personas! —protestó Friedrich—. ¿Debía preguntar a cada uno de mis clientes cuál era su ideología antes de venderles una corbata? A mí lo que me interesaba era la moda, la moda y nada más que la moda. ¡Al fin y al cabo soy un comerciante y no un político!

Las personas que estaban alrededor de la mesa larga conversaron a media voz.

—Puede marcharse, señor Thalheim. Se le comunicará la sentencia por escrito —indicó Rosenkranz.

—¡Quisiera añadir algo más! —Miriam se había puesto en pie de un salto—. Aunque Friedrich Thalheim era miembro del partido, su forma de pensar estaba lejos de las doctrinas vinculadas a la genética y la raza que despreciaban al ser humano y que son propias del nacionalsocialismo. Y eso lo demostró con su comportamiento. Sin contar con mi madre, Ruth Sternberg y conmigo misma, dio empleo en sus almacenes a cuatro judías más, incluso cuando eso estaba prohibido.

—¿Y cómo lo hizo, señorita Sternberg? —Ahora Rosenkranz le dedicaba toda su atención.

—Ya no podía colocarnos en el departamento de ventas. Tampoco en el de confección a medida, se había vuelto demasiado peligroso debido a la presencia del público que circulaba por allí. Por esa razón colocó a las mujeres judías en paquetería, donde en cierto modo podían seguir trabajando «entre bastidores».

Con su vestido verde abeto y el ancho cinturón rosa estaba tan elegante como convincente.

—Al menos hasta que en 1942 Berlín tuvo que quedar «libre de judíos». También Thalheim se vio impotente ante los esbirros de las SA, que acabaron metiendo a golpes a sus conciudadanos judíos en camiones.

En los expresivos ojos oscuros de Miriam brillaban las lágrimas.

—Incluso fue mucho más lejos por mi madre. Hasta el último momento luchó con todo su ahínco para conseguir documentos para que ella y yo pudiéramos viajar. Ningún esfuerzo era demasiado grande, ninguna suma de dinero demasiado alta. Pero era demasiado tarde, ningún país quería acoger a unas judías sin medios como nosotras. Además, mi madre estaba desmoralizada y ya se había resignado. Cuando la deportaron, yo pasé a la clandestinidad y, como pueden ustedes ver, sobreviví en Berlín de ese modo.

—Todo esto ya lo ha declarado usted por escrito —señaló el pastor, y hojeó los documentos que

tenía en las manos.

—Es cierto. Pero ahí no consta la bondad con que Friedrich Thalheim me ha acogido tras la guerra, cuando estaba sola, sin techo, y no sabía a dónde ir. A él y a su familia les agradezco tener casa, trabajo y, sobre todo, volver a sentirme como un ser humano. En este tiempo sus hijas se han convertido en mis hermanas y, pese a todos los errores que él haya cometido, es para mí el padre que nunca tuve.

Su voz adquirió un tono suplicante.

—¡Déjenlo realizar su trabajo! Hace feliz a la gente con la ropa y les brinda nuevas esperanzas. Y eso es lo que necesita nuestro destruido Berlín, con mayor urgencia que nunca.

Con ese apasionado alegato, Miriam había conmovido a la sala, también a Rike, que conocía la historia desde el principio. Los hombres del tribunal de desnazificación ya no parecían tan furiosos. De todos modos, habría que esperar a ver el efecto que esas palabras causarían en la sentencia.

—Gracias, Miriam —dijo Friedrich Thalheim en voz baja, cuando salieron—. ¡Nunca lo olvidaré!

—No hay de qué, señor Thalheim —contestó ella—. No ha sido más que la verdad.

—Te darán un certificado de penales, papá, ya verás. —Eufórica, Silvie apretaba el brazo de su padre mientras recorrían el breve trayecto a casa—. Como mucho te calificarán de simpatizante del nazismo. En el peor de los casos, tendrás que pagar una pequeña multa. Ben me dijo hace poco que los ingleses ahora son bastante blandos. Que al parecer van a por los peces gordos. Para esos no hay perdón, e incluso se ejecutan penas de muerte.

—No hay nada que tu sabihondo galán no sepa —replicó Friedrich—. Por mí, puedes dejarte adorar por él, pero mantén la cabeza fría. No confío en las uniones entre alemanes y soldados de las fuerzas de ocupación, ni siquiera habiendo sido ese Ben Green berlinés. ¡Y ten cuidado con que la gente no te ponga la etiqueta de «amiga de los aliados»! Esas cosas suceden muy deprisa. A partir de ahí tu buena reputación estará por los suelos para siempre.

—Y a mí qué. —Silvie se puso a silbar ostensivamente—. Es posible que la mueva la pura envidia, porque Ben está progresando. El mes que viene expone sus fotografías en lo que antes era el hotel Savoy. ¿Y acaso sus superiores lo enviarían a documentar como fotógrafo los juicios de Nuremberg, donde se está procesando a los mayores criminales nazis, si no fuera uno de los mejores?

Silvie había conseguido aquello que llevaba meses ansiando, aunque hasta el momento solo había puesto al corriente de los detalles a Rike. Después de que el coronel Benge fuera trasladado a una unidad de Colonia y, de ese modo, dejara la vía libre, la afectuosa simpatía que Ben Green sentía por ella se había ido transformando paulatinamente en enamoramiento. La joven pareja ardía en deseos de estar a solas sin que nadie los molestara, aunque por el momento no había surgido la oportunidad.

Loca de alegría, Flori se marchó antes porque Taps esperaba solo en casa. Claire, que iba del brazo de su marido, sonreía aliviada.

—Lo principal es que ahora te vaya bien, Friedrich. ¡Solo faltaría que pusieran entre rejas a alguien como tú! —dijo.

—¡No cantes victoria! —contestó él con la voz apagada—. No dormiré tranquilo hasta que lo vea negro sobre blanco. —Entonces su ánimo pareció hacer un gran esfuerzo—. Pero que vosotras, queridas mías, me apoyéis con tanta solidez significa muchísimo para mí. ¡Qué familia tan maravillosa tengo!

Miró a Rike, que había permanecido muda.

—Solo mi Primogénita sigue con esa expresión sombría. ¿No te alegras por mí?

—Al contrario, estoy contenta —contestó Rike—. Claro que lo estoy. Es solo que tengo muchas cosas en la cabeza. Lo mejor es que me vaya a la tienda. Alguien tiene que ocuparse de ella.

Miriam tenía el rostro lloroso cuando un par de días más tarde le abrió la puerta de su apartamento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rike, preocupada—. ¿Te duele? ¿Vuelves a tener problemas en el vientre? ¿Quieres que aplacemos la última prueba?

Miriam había confeccionado un traje de novia con seda de paracaídas para la amiga de juventud de Rike, Elsa, que iba a casarse con un joven cirujano italiano que trabajaba en la Charité como ella. Se habían conocido en la sala de operaciones y enseguida se habían dado cuenta de que estaban hechos el uno para el otro. La talentosa joven modista había arreglado para Rike, que estaba invitada al enlace, un antiguo vestido de Alma, un vestido de noche de crepé de China de color albaricoque que había acertado a la altura de las pantorrillas.

—No. —Miriam negó con la cabeza—. Vuelvo a estar bien. Ojalá todo pudiera cortarse tan fácilmente como un apéndice inflamado...

—¿Fácilmente? —preguntó Rike, que siguió a su amiga a la pequeña y espartanamente amueblada cocina. Un hornillo, un fregadero, un par de estanterías, una mesa vieja, dos sillas, nada más. Aunque Miri había colocado en una barra provisional dos pequeños visillos de color rojo en la ventana, que, si bien no podían correrse, daban vida a la habitación con su intenso color—. En fin, no sé..., pero estuviste a punto de morirte.

—Un corazón roto también puede causar la muerte.

—¿Tan mal estás?

—Muy mal. —El labio inferior de Miriam empezó a temblar sospechosamente—. Y lo peor es que lo amo a él y a ella la quiero mucho.

—¿Te has enamorado? —Rike empezó a sonreír. Miri nunca había hablado de hombres con Rike, parecía vivir solo para la costura. Un indicio, tal vez, de que empezaba a superar los terroríficos

años en la clandestinidad.

—Estoy íntegramente enferma de amor y él ni siquiera me ve. —Miriam señaló el maniquí que Silvie había adquirido para ella en la Bolsa Negra—. Está casi listo —dijo—. Aunque todavía es demasiado ancho de cintura. Tienes que empezar a comer otra vez de forma sensata.

—Me encantaría si por fin hubiera algo sensato que comer —contestó Rike—. Pero ¿no te hagas la misteriosa! ¿Quién es? ¿Lo conozco?

Miriam empezó a trajinar apresuradamente por el fogón.

—Silvie me ha pedido que le ceda mi dormitorio —dijo, dándole la espalda a Rike—. Para poder estar a solas con Ben. —Miriam hablaba con la voz tomada.

—Qué valor —exclamó Rike, meneando la cabeza—. A mí también me ha contado que busca un rinconcito para sus momentos de intimidad, en nuestra casa todos se enterarían.. ¡Mi padre el primero!

—Yo siempre estoy dispuesta a ayudar a una amiga querida, pero... pero en este caso no puedo, lamentablemente. —Miri se calló, como si ya hubiese hablado demasiado.

A Rike se le abrieron los ojos de repente.

—Se trata de Ben, ¿no? —preguntó poniendo a Miriam frente a ella, cara a cara—. ¿Amas a Ben Green?

—Desde el momento en que lo vi —admitió Miriam—. Desde que Benjamin apareció de repente con sus rizos cobrizos el día del desfile y se puso a fotografiaros. A mí ni me vio, lo que ya entonces me dolió. Más tarde, en el club, pensé que por fin se daría cuenta de mi presencia. Pero es evidente que me equivoqué, y lo mismo puede decirse de las otras ocasiones, cuando acompañamos a Silvie como escolta femenina en sus actuaciones. Para él nunca he sido más que la discreta amiga de las hermosas hijas Thalheim.

Rike vio que Miriam pugnaba por contener las lágrimas.

—¿Sospecha lo que sientes por él? —preguntó con cautela.

—Claro que no —replicó Miriam—. ¡Y cuidado con hacerles ni el más vago comentario a él o a Silvie! No podría soportar que se burlaran de mí a escondidas. O que me compadecieran porque tengo la espalda torcida. Entonces todavía me sentiría más miserable.

Miriam y Ben... En realidad harían una estupenda pareja, con su origen judío, su seriedad y ese humor inglés que les había ayudado a superar todos los peligros. Pero ahí estaba Silvie, luminosa, sensual, despreocupada, para quien la existencia parecía ser tan solo un baile. De ese modo también le había quitado el novio a ella, a su propia hermana. Por mucho que Rike intentara contenerlos, los dolorosos recuerdos de Walter siempre volvían a emerger.

Ese mechón castaño y rebelde que le caía sobre la frente cuando hablaba. Sus manos delgadas y delicadas. Detestaba todo lo que tuviera que ver con el ejército, su conciencia se oponía al

nacionalsocialismo, amaba a Rilke, Dante y Petrarca tanto como ella..., y, sin embargo, había sucumbido en un abrir y cerrar de ojos a los encantos femeninos de Silvie.

¿Una herencia de su madre?

¿Acabaría tan espantosamente como ella?

Retazos de malos pensamientos que oprimían a Rike.

—Te comprendo perfectamente, Miri —dijo—. A mí me ocurrió lo mismo con Silvie. En cuanto mi prometido la vio, desapareció. No quiero herirte, ya lo sabes, pero tampoco deseo que te hagas ilusiones. Parece que Ben va en serio con Silvie. Hasta le he oído hablar de compromiso matrimonial antes de que se marche hacia Nuremberg, aunque solo —se detuvo un instante— en ausencia de mi padre.

—¿Qué es lo que ha ocurrido entre vosotros? —contestó Miriam—. Desde que regresaste de Zurich se os ve muy distantes el uno del otro. A lo mejor deberías ser más benigna con tu padre. Él no va a cambiar. —Parecía aliviada de poder pasar a otro tema.

Rike reprimió la respuesta.

—Voy a ponerme el vestido —dijo en lugar de contestar—. ¡Vamos a quitárselo al maniquí! Estoy bastante cansada.

Fueron a la habitación contigua.

Con unos mínimos recursos, Miriam había convertido el cuarto sin alma de la anterior inquilina en una acogedora habitación. La antigua lámpara de pared estaba cubierta con un resto de seda rosa y emitía una cálida luz. Miri había confeccionado una colcha de colores cosiendo un sinnúmero de retales y había cubierto con ella la estrecha cama. Su ladeada mesita de noche estaba envuelta con una funda de un brocado descartado que le daba un aire realmente noble.

—Hacer de la nada algo hermoso, ¡nadie lo consigue como tú! —exclamó Rike firmemente convencida, apretando la mano de su amiga.

Se quedó en ropa interior y se deslizó dentro del que había sido el vestido de su madre. ¡Qué intenso era el sedoso contacto del crepé de China! Y qué caída tan suave tenía en su cuerpo. Era preciso abandonar lo antes posible ese basto material hecho de harapos. Sentir en la piel una tela tan delicada como la que ella llevaba ahora la convertía a una en una auténtica mujer.

—¡Perfecto! Lo dejaremos tal cual está —oyó decir a Miriam—. Esta discreta anchura da elegancia y feminidad al vestido. Me produce un profundo rechazo toquetear esta pieza tan espléndida. —Rio brevemente—. Con los vestidos sucede lo mismo que con las personas: o encajan al primer momento o con cada corrección, con cada nuevo encuentro, degeneran.

Miriam parecía haberse olvidado de su tristeza. Inclino un poco la cabeza mientras miraba fascinada a Rike.

—¿Sabes con qué sueño a veces? —preguntó meditabunda—. Con la escuela superior de moda. Me encantaría seguir aprendiendo para no quedarme bloqueada hasta el final de mi vida en el poco talento que tengo, si no consigo al hombre que amo.

—Te entiendo perfectamente —contestó Rike—. Yo quiero volver a la universidad para acabar la carrera. Pero es probable que después de tanto tiempo lo haya olvidado todo. Calculo que la mayoría de las plazas están reservadas para los estudiantes que regresan de la guerra. Las mujeres con ambiciones no son bien recibidas.

—Además, es probable que tu padre tuviera algo en contra —señaló Miriam—. Por el momento, sin ti estaría perdido en el negocio.

Rike se contempló en el espejo de pie.

No poseía los colores intensos de su madre, ni su irresistible expresión ni su belleza. Sin embargo, algunos afirmaban que cuanto mayor se hacía más se parecía físicamente a Alma.

Ese día, ella se dio cuenta por primera vez.

—No es mi padre —dijo de repente—. Al menos hay muchos indicios de ello.

Había desvelado el secreto y de pronto se sintió más libre.

—¿Qué estás diciendo? —Entre las oscuras cejas de Miriam se dibujó una profunda arruga.

Rike se volvió hacia su amiga.

—Mamá ya estaba embarazada de mí cuando se casó con Friedrich Thalheim. Debió de engendrarme otro hombre. El abuelo Schubert lo ha dejado más o menos claramente escrito en su testamento. Si lo he entendido bien, sé a quién se puede referir.

—¿A tu tío? —susurró Miriam—. ¿Carl Thalheim?

—¿Por qué deduces esto? —preguntó Rike, atónita.

—Porque tienes el mismo carácter que él. Los dos sois como soldados valientes que operan ahí donde se les destine. Tenéis mucho más en común de lo que se puede esperar de un tío y su sobrina. Y además te quiere con toda su alma, hasta un ciego es capaz de verlo.

A Rike se le encogió el estómago. ¿Tan evidente era? Desde que había nacido, había considerado a Friedrich Thalheim su padre, ¿cómo habría podido pensar de otro modo? Todavía le costaba aceptar lo que se leía en la carta y, sin duda, aún tardaría en asimilar esa noticia.

Rike se dirigió de nuevo a su amiga.

—Tienes razón, Miri, mi madre tuvo una relación primero con Carl. ¿Crees que él lo sabe? Hasta ahora no he tenido valor para preguntárselo.

Miriam se sentó en una silla.

—Es posible —respondió—, con lo listo que es... Pero quizá por esta misma razón no quiera ahondar en los detalles. —Miriam miraba fijamente a Rike—. Y tú deberías reflexionar a fondo

sobre cómo actuarás con lo que sabes —señaló—. De todas maneras, los dos hermanos siempre andan a la greña. ¿Y encima una revelación tan fundamental como esta? Sería echar más leña al fuego. No quedaría piedra sobre piedra en la familia Thalheim. Te lo garantizo.

—Pero entonces ¿qué debo hacer? —Rike parecía desesperada—. ¿Seguir como si no hubiera pasado nada? ¡No sé si lo conseguiré!

—Míralo de este modo: yo no tengo padre y tú, afortunada, ahora tienes dos.

Rike empezó a llorar. La dureza interior de esos últimos días había desaparecido. De repente se sentía débil, agotada toda ella, e inmensamente aliviada porque por fin había compartido su secreto con alguien.

—¿Lo hueles? —Rike se detuvo en la escalera olfateando—. ¡Hacía siglos que no sentía el cosquilleo de estos aromas en la nariz!

—Ajo —dijo Miriam—. Mucho ajo. Tomillo, romero..., y por desgracia ignoro de qué son los olores. —Bajó la vista para repasar su indumentaria, aunque el vestido color lavanda bajo la chaqueta corta negra estaba immaculado—. Todavía no estoy segura de si debería haber venido.

—Pues yo sí —respondió convencida Rike—. Y Elsa también. A fin de cuentas eres la autora de su traje de novia y tiene muchas ganas de conocerte. ¡Ven! Hoy las dos comeremos, nos divertiremos y bailaremos hasta caer rendidas.

—¡Rike! ¡Miriam!

Elsa abrió la puerta con la corona verde de novia un poco inclinada sobre un rostro reluciente. Se había recogido en lo alto de la cabeza el cabello, de un rubio platino, pero ya se le habían soltado algunos mechones que, con el marcado mentón, daban a su rostro un matiz aniñado. El vestido blanco, largo hasta los tobillos y con el talle estilo imperio, casi transformaba en grácil el cuerpo deportivo y musculoso de la novia; Miriam había puesto toda su capacidad artística en el corte y en una delicada labor de aguja. Dentro resonaban retazos de música, *Memories of You*, una popular pieza de swing que las dos conocían gracias a la radio.

—¡Qué bien que hayáis venido! No os asustéis por el aspecto que tiene esto, pero la numerosa parentela de Michele lo ha puesto todo patas arriba. ¡Mi *marito* sostiene que es así como debe ser una auténtica boda italiana! En fin, ¿y qué he de objetar yo, que soy una huérfana alemana?

El espacioso apartamento, en un edificio antiguo de la Mommsenstrasse, con cinco habitaciones o incluso más, como indicaban las numerosas puertas que había a izquierda y derecha del pasillo, era un hervidero. En todas partes había gente, la mayoría de cabello oscuro, aunque también se distinguía alguna que otra melena más clara, que reía, fumaba y bebía. Las habitaciones estaban llenas del alegre y sonoro bullicio que armaban los italianos, y Rike enseguida se sintió a gusto.

—Se ha presentado la mitad de su familia —prosiguió Elsa mientras avanzaban por el largo y angosto pasillo—. Casi treinta personas... ¡No ocurre todos los días que un *milanese* contraiga matrimonio con una devoradora de patatas como yo! —Sonrió con picardía—. Pues sí, así es como nos llaman allende los Alpes: *mangiapatate*. Por lo visto, nuestros platos, que para su paladar resultan incomedibles, desempeñan una función mucho más importante en su profundamente arraigado escepticismo respecto a los alemanes que todo el deplorable nazismo. Aunque no les gusta hablar de ello, lo que en realidad no sorprende a nadie. —Soltó una risita—. ¡El Duce y sus cómplices tampoco están libres de culpa!

Rike apenas si reconocía a su amiga. Elsa, la seria, la reflexiva, se había vuelto de repente divertida, incluso pilla. Se había quitado los zapatos y las medias y las precedía a paso ligero, descalza y vestida de novia, a través de la vivienda.

—¿Va a venir Lou? —preguntó Rike, interesándose por la antigua amiga común.

—Quería venir —respondió Elsa, guiñando un ojo—. Quería..., ¡ya la conoces! Pero al parecer un par de impacientes recién nacidos en potencia tenían algo que objetar. Se la necesitaba en la sala de partos. Y es posible que tenga para largo.

—¿Y dónde está el novio? —quiso saber Rike.

—Seguramente aparecerá enseguida. Michele está dando vueltas atendiendo a los invitados.

Habían llegado entretanto al final del largo pasillo y entraron en la habitación principal, la sala de estar. Habían apartado a un lado el sofá, los sillones y una mesilla. En su lugar, delante de la ventana, se había montado un bufet sobre dos puertas que habían descolgado y, cubiertas con sábanas blancas, se apoyaban sobre unos ladrillos.

—Atracaos —les recomendó Elsa a media voz—. En la cocina hay refuerzos. Pero daos prisa, nuestros invitados alemanes, sobre todo, se están poniendo las botas. En fin, es más que comprensible. Muchos de ellos probablemente no han comido nunca pasta, aceitunas, salami y esta especie de *risotto* con azafrán, ¡hasta para mí es bastante nuevo todo esto!

—¿Tus nuevos parientes han cargado con todas estas exquisiteces desde su casa hasta Berlín? ¿Cómo es posible? Los italianos han estado años en guerra —recordó Rike—. Y con raciones decretadas oficialmente...

—¡Ya lo creo! —confirmó Elsa—. Algunos lo pasaron realmente mal, en particular en las grandes ciudades, y la mayoría de ellos todavía no se han recuperado ni mucho menos. Pero por suerte la familia Morelli tiene una pequeña parcela junto al lago de Como, a una hora larga en coche de Milán. Y en esa tierra mimada por el sol siempre crecen las aceitunas, los tomates, las cebollas y los limones. No se necesita mucho más para la *cucina povera*, la comida cotidiana sencilla que tan rica sabe. Además, según Michele, allí hasta los niños saben que el vino forma parte de la comida. Si a

un soldado italiano le niegas la pasta y el vino, no dispara. *Basta*. Así de simple. Y ahora *buon appetito*... ¡Servíos, por favor!

Rike y Miri aceptaron su invitación, cogieron un plato de la pila y se lo llenaron hasta los bordes. Al final de la mesa había una par de sillas libres, donde se sentaron.

—¡Divino! —exclamó entusiasmada Miri después de saborear con detenimiento la comida—. No se puede negar que los italianos saben cocinar.

—Y no solo eso, también escriben poemas. —Rike disfrutaba de cada bocado que comía—. Llevo un montón de tiempo soñando con viajar a Italia...

—*Ma mai senza vino!* —Michele, el novio, de caballo castaño, cuerpo fibroso y con unas gafas redondas, llevaba tres copas de vino tinto—. *Salute, signorine!* ¡Por las hermosas amigas de mi maravillosa esposa!

Brindaron.

El vino era aterciopelado y pesado, sabía a sol, a tierra y a sur.

—Dentro de nada estaré borracha —susurró Miri después del primer sorbo—. ¡Qué fuerte es!

—Yo también —musitó a su vez Rike—. Llevo años sin beber vino, pero me importa un pepino andar luego tambaleándome. ¡Hoy es fiesta!

Se llenaron dos veces el plato con pasta, *risotto* y unas rodajas de salami tan finas como la piel que acompañaron con olivas y alcaparras, y además comieron pan blanco y queso. El recién estrenado marido pasaba continuamente junto a ellas ocupándose de que sus copas no estuvieran vacías.

Hacía mucho tiempo que Rike no se sentía tan saciada y contenta. Aquella gente, la calidez, las risas, esa melodiosa lengua que tanto le gustaba y, sobre todo, la música: era como un trocito del paraíso.

—¿De dónde habéis sacado a los músicos? —preguntó cuando Elsa se acercó sonriente a ellas—. ¡Son realmente buenos!

—Lo son —confirmó, y tiró de Rike para que se levantara de la silla—. ¡Ven conmigo!

En la habitación contigua, que, con sus puertas de dos hojas lacadas de blanco y el estucado con arabescos del techo, había sido antes biblioteca o comedor noble, se tomaban un breve descanso cuatro jóvenes con sus instrumentos: guitarra, contrabajo, batería y acordeón.

A Rike se le abrieron los ojos como platos.

—¿Paul? —dijo sin dar crédito a lo que veía, y se acercó dando traspiés al guitarrista.

Delante de ella estaba el hijo menor de Carl, que, como su hermano, había acabado en prisión. Hacía un montón de tiempo que no veía a su primo. ¿Cuándo había vuelto a Berlín?

¿O más bien era su medio hermano, por lo que parecía a esas alturas?

Apartó a toda prisa estos pensamientos de su mente.

—Hombre, Rike. —Dibujó una ancha sonrisa y la abrazó—. ¡Ya ves, primita! Hace un ratito que he vuelto. ¡Llegar a casa desde Marsella me costó lo mío, te lo aseguro! —dijo con un cerrado acento berlinés.

La soltó y señaló su pie izquierdo, cubierto con una gruesa venda.

—Además, este se tomó a mal que el camino fuera tan largo. Tuve que ir incluso a la Charité para que me operasen y poder volver a caminar decentemente. En eso estaba cuando me enteré de que se buscaban músicos para una boda. Cosas que pasan.

—¡Poco a poco! —protestó Rike—. ¡Vas demasiado deprisa para mí! ¿Los americanos te sacaron de la cárcel? ¡Tu padre no nos contó nada!

—Tampoco podía. Todo sucedió bastante deprisa. —Paul volvió a ponerse serio—. Ya no estábamos con los americanos. Estos les pasaron sus presos a los franceses, y a partir de ese momento la vida en el campamento empeoró.

—¿Qué os hicieron? —preguntó Rike.

—No les dimos tiempo a que nos hicieran nada. Tres compañeros y yo ya nos habíamos escapado antes de que a ellos se les ocurriera la estúpida idea de ponernos a buscar minas, como hicieron con otros presos de guerra alemanes. Es que preferíamos no salir volando durante el trabajo.

—¿Te fugaste? —Era tanta la excitación que lo preguntó alzando la voz.

Entretanto Miriam había ido tras ella.

—Un poquito más bajo, si puede ser —le advirtió Paul—. Aunque estamos en la zona británica nunca se sabe quién está a la escucha.

Estiró el cuello.

—No me digas, pero ¡si la que está detrás de ti es la pequeña Miri Sternberg! ¡No puedo creerme lo guapa que estás!

Miriam se puso como la grana.

—Y tú eres el insolente Paul que siempre me tiraba de las trenzas —contestó—. Sabías tocar el piano y cantabas la mar de bien, pero ya eras todo un sinvergüenza.

Los dos rieron.

—Entretanto he cambiado de instrumento. —Paul dio unos golpecitos a la guitarra—. A la larga, en el frente el piano se volvió difícil de manejar. —Sonrió irónico—. Vamos a tocar unas cuantas canciones más. Los invitados quieren bailar y el caso es que para eso nos han pagado. Pero ¡no os vayáis, vosotras dos! No sin antes contármelo todo.

La música volvió a sonar con un alegre foxtrot y algunas parejas salieron a la pista. Un hombre mayor con bigote sacó a bailar a Miri; era Ernesto, el tío preferido de Michele, explicó Elsa. Miri rehusó la invitación, como de costumbre, pero él no permitió que lo rechazara. Si se dio cuenta de

que la chica tenía problemas al bailar a causa de su maltrecha espalda, no lo hizo evidente. La condujo por la pista con cuidado y elegancia, y Rike reconoció en el rostro relajado de Miri que cada vez estaba menos tensa.

—¿Sabes una cosa? Te envidio —le dijo a Elsa—. ¡Tus nuevos parientes son totalmente distintos de nosotros, los alemanes! Más libres, más divertidos, más ruidosos, más cariñosos, ¡todo esto me encanta!

—A mí también. Aunque Michele se ha vuelto bastante alemán, desde que trabaja aquí es puntual, metódico, a veces incluso tiquismiquis. Pues sí, era inevitable teniendo un contacto tan directo con el profesor Sauerbruch, y eso a pesar de que todavía han de operar en quirófanos provisionales.

Rike sabía que casi todos los edificios de la Charité habían sido destruidos por los bombardeos de los aliados, pero los soviéticos ya habían empezado a levantar nuevas construcciones. Querían erigir un hospital modélico en Berlín. En la primavera siguiente ya estaría construida una gran parte de él.

La mirada de Elsa se dulcificó.

—Nosotros tres no veremos cómo evoluciona la Charité. En enero nos vamos a Milán. El mejor de todos los maridos quiere operar en el futuro en el Ospedale Maggiore. Es el hospital más importante de la ciudad y también ahí necesitan buenos cirujanos.

—¿Estás embarazada? —preguntó atónita Rike—. No se te nota nada. ¡Felicidades..., aunque te echaré mucho de menos!

—Solo de tres meses. Por eso teníamos que celebrar la boda tan deprisa, no quería aparecer por el registro civil con un barrigón. En cuanto el bebé haya nacido arreglaremos la parte de la Iglesia en Italia. De todos modos, antes debo convertirme al catolicismo, precisamente yo, que no tengo nada de piadosa. ¿Te imaginas?

Rike negó con la cabeza

—Si he de ser sincera, no. Desde el día de la confirmación no he vuelto a verte en una iglesia.

—Exacto —se lamentó Elsa—. ¡No me faltan buenas razones! Pero al parecer, en Italia nada funciona sin el catolicismo. Así que, me guste o no me guste, tendré que pasar por el aro. Y ya puedes sacarte de la cabeza que vas a echarme de menos. Por supuesto, vendrás a vernos a Milán. Hablas el italiano casi como una italiana, al contrario que yo, que me aprendo con todo mi esfuerzo tres palabras nuevas y a la frase siguiente ya me he olvidado de dos.

Rike jugueteaba con su copa.

—Eres muy amable, pero cuando tengas allí tu pequeña familia...

Elsa la miró fijamente.

—Seguro que me muero de nostalgia y me pongo contentísima cuando me visite mi amiga de Berlín. Y lo harás. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —musitó Rike.

—¿Y más fuerte? —insistió Elsa.

—¡Te lo prometo!

Rike repitió las palabras con tal vehemencia que el hombre que estaba junto a la ventana contemplando la noche se sobresaltó. Ella ni siquiera se había fijado en él, pero al instante se le puso la piel de gallina.

La actitud, el cabello ligeramente ondulado, la silueta delgada... ¡No podía ser!

En cuanto se dio la vuelta, Rike supo que se había equivocado. Era algo más bajo que aquel Alessandro de Zurich que tanto le había gustado, llevaba el pelo más corto y el color de su cabello no era tan oscuro. Aun así, la nariz fina le recordaba a él, así como el mentón marcado. Pero lo más bonito eran sus labios, formando un sensual arco de Cupido que invitaba a besarlos.

Dios mío... ¿qué le estaba pasando?

—Stefano —la informó Elsa a media voz a su lado—. El *cugino* de Michele. Otro Morelli, pero de naturaleza totalmente distinta a la de mi marido. Es un tipo apuesto, aunque *attenzione*, querida mía! No digo que sea un conquistador, pero al parecer no está dispuesto a perderse nada...

Él se fue acercando lentamente a ellas.

Su mirada era a un mismo tiempo amable y estimativa. No parecía escapársele ni un detalle, pero era evidente que le gustaba lo que veía, pues con cada paso que daba su sonrisa resplandecía más.

—*Signorina...* —dijo inquisitivo.

Estaba justo delante de ella. Le gustó su olor, varonil, con un ligero toque de humo y cuero.

—Elena —completó la frase Rike. El nombre llegó a sus labios de forma totalmente natural, como entonces, en Zurich.

—*Elena? Que bello! Sono Stefano. Vuole ballare con me?*

—*Sì* —se oyó responder Rike—. *¿Bailar? Volontieri!*

Stefano la tuvo en vilo.

Sabía dónde trabajaba, pues por la noche, de vuelta a casa tras la fiesta, habían pasado por la tienda en cuya puerta resaltaba el nombre de Thalheim, con la misma tipografía que tiempo atrás lucía en los almacenes de la Ku'damm. Su acompañante había asentido con cortesía, sin parecer especialmente impresionado. Eso la había molestado un poco, pero no la había sorprendido demasiado, ya que él procedía de una ciudad llena de tiendas elegantes, pese a que los italianos también tenían que apretarse un poco el cinturón.

Sabía, asimismo, dónde vivían, pues a continuación había llevado a Rike a la Bleibtreustrasse y la había besado tan apasionadamente frente a su puerta que cuando ella subió a su casa le flaqueaban

las rodillas.

Desde entonces: pausa.

¿Habría vuelto a Milán, en donde hacía poco había entrado en el despacho de abogados de su padre como socio menor?

—*Sono avvocato.* —Por el tono de voz se notaba que estaba orgulloso.

¿Un joven abogado italiano al que ella había seguido con la mirada al pasar solo porque le recordaba a otro italiano cuyo nombre ni siquiera conocía?

«¿Cuántos años tienes, Ulrike Thalheim? ¿Veinticinco pasados o es que todavía tienes catorce? Porque te estás comportando como si fueras una niña. Os separan muchos kilómetros, una montaña enorme y otra cultura, por muy fascinante que la encuentres. Él nunca se imaginaría viviendo en esta gris Alemania, lo ha dicho expresamente. ¡Así que modérate de una vez! Elsa puede seguir feliz en su cuento de hadas, pero eso poco tiene que ver contigo.»

Nada la apaciguaba.

Él la había atrapado con una fuerza que hacía años que no sentía.

Pero ella no era una adolescente enferma de amor, sino una joven adulta cuya sensualidad se había despertado y ansiaba ser satisfecha.

«Stefano», pensaba, nostálgica, mientras trajinaba en la tienda, cuyo suelo de madera quedaba deslucido en cuanto entraba la suciedad de la calle. «Stefano», mientras intentaba vender sus modelos a las clientas, que cada vez cicateaban más con sus bonos de compra y eran más difíciles de contentar.

«Stefano Morelli.»

Pronunciado a media voz era casi una melodía en sus oídos.

Sin embargo, tenía un montón de razones para concentrarse en su trabajo. La ropa confeccionada con harapos apenas encontraba compradoras porque las mujeres estaban hartas de esas soluciones de emergencia. Contaba con cierto suministro de telas auténticas, pues Brahm había comprado dos hiladoras en Winterthur, que había transportado a Berlín después de mucho papeleo y que producían entretanto en Neukölln. Miriam y las otras mujeres confeccionaban prendas de vestir con las telas, pero eran muy pocas las personas que se las podían permitir porque todavía había que comprar con los cupones. Además, todo el proceso era bastante complicado, ya que el trayecto hasta Charlottenburg era largo y había que pasar del sector estadounidense al británico y al revés al volver; aun así, más o menos era factible. Por otra parte, Brahm había establecido sus primeros contactos junto al Rin, en la cuenca del Ruhr e incluso en Suabia, regiones todas ellas de la zona Oeste, y donde se estaban abriendo nuevas hilanderías y tejedurías.

A veces, no obstante, Rike tenía la desagradable sensación de que si él se esforzaba tanto era sobre todo por ella, lo cual no le gustaba nada. Saltaba a la vista que buscaba su cercanía y no eran

pocas las ocasiones en que hacía algún comentario fuera de lugar, mientras que ella esperaba que no se tomara ninguna libertad. Podía trabajar con él, pero rehusaba todo lo demás.

Por fortuna, Otto Wölfe había enviado unas piezas de su actual colección de invierno, que completaban la selección de la tienda, entre ellas algunas rebecas de punto como la que le había regalado a ella en Munich. Llevaba poniéndosela tres días por si acaso Stefano aparecía en la tienda, y las clientas la habían elogiado aunque no pudieran permitirse a menudo un gasto así. Rike entendía muy bien a esas mujeres: querían olvidarse de la guerra aunque la necesidad todavía imperante las forzaba a lo contrario. Deseaban ponerse guapas, recuperar por fin su feminidad, pese a que muchísimas aún estaban esperando a sus novios, prometidos o maridos que permanecían internados en campos, lejos de su hogar.

Pero los presos de guerra iban llegando paulatinamente, heridos física y anímicamente, como Paul, quien al menos había tenido suerte y al huir solo se había lastimado el pie, que volvería a sanar. Otros compañeros, sobre todo los que llegaban de Rusia, lo habían pasado mucho peor. Se veían cada vez más figuras patéticas vagando entre las ruinas, individuos vestidos de forma estafalaria, algunos con las extremidades congeladas o las heridas abiertas, enfermos, sin hogar, sin una meta.

¿Tal vez porque sus familias ya no querían acogerlos?

¿O porque no les quedaba nadie con quien pudieran reunirse?

El invierno no estaba lejos, y cuando llegara su situación todavía sería más desesperada. Apenas había trabajo suficiente para quienes estaban sanos, ni que decir tiene la vivienda, la comida y el combustible. A Rike le daban pena esos desarraigados, pero también miedo porque parecían ser de otro planeta. No podía pasar junto a ellos sin pensar en Oskar y casi siempre hurgaba en su bolsa para darles aunque fuera una nadería. Si su hermano todavía seguía con vida, ¿dónde le habrían hecho daño? ¿Tendría el aspecto envejecido por el tiempo, estaría esquelético, destrozado por los duros e ímprobos trabajos con los que tenía que pagar por los pecados de los alemanes?

No obstante, tampoco quería aproximarse demasiado a esos sujetos. Había visto a algunos merodeando frente a la tiendecita, pero por el momento ninguno había entrado. En ese instante, sin embargo, sonó la campanilla que el mismo Friedrich había colocado hacía poco, la puerta se abrió y con el recién llegado entró toda una bocanada de podredumbre y enfermedad.

—Le pido disculpas —susurró el hombre—. ¿Es usted tal vez la señorita Thalheim?

Del que había sido su uniforme solo colgaban unos jirones que él había cosido burdamente con otros retales. Tenía la barba tiesa de suciedad, al igual que el cabello, que se cubría con una vieja gorra de lana azul.

—¿Quién pregunta? —inquirió Rike, intentando no inspirar hondo.

—Me llamo Heinz Krieger —respondió—. ¿Lo es o no lo es?

Rike asintió, con cautela.

—Lo soy —afirmó—. Ulrike Thalheim.

—¡Por fin! —exclamó—. Estuve internado con su hermano en el campo de prisioneros de Astracán, junto al Volga. Y tengo que darle esto de su parte.

Sus dedos agarrotados le tendieron un anillo de oro.

—No ha sido tan fácil encontrarla —apuntó jadeando—. Los grandes almacenes de la Ku'damm de los que Ossi tan bien hablaba ya no existen. Pero he estado preguntando y he tenido la suerte de dar con usted. —Su mirada se volvió desagradablemente cándida—. ¿No podría darme algo de comer? Estoy bastante hambriento.

—Después —dijo Rike—. Primero tengo que... —Cogió el anillo y lo miró con atención.

«Alma & Friedrich Thalheim, 1919», eso se leía en el delicado grabado del interior.

La alianza de mamá, no cabía duda.

Su padre se la había dado a Oskar la última vez que había ido a verlos. Rike se acordaba como si fuera ayer. Su hermano jamás se habría separado voluntariamente de ese talismán, a no ser que...

—¿Ha muerto nuestro hermano? —No sintió dolor, solo un vacío infinito—. ¿Es lo que pretende decirme?

El hombre meneó lentamente la cabeza.

—Una liberación para Ossi —respondió—. ¡Pobre, pobre chico! «Llévaselo a mi familia, viejo amigo», me dijo. «Y dales también esto de mi parte.»

Una hojita de papel gris de suciedad.

«Dadle refugio —estaba escrito—. Es mi mejor amigo y compañero. Será ahora vuestro hermano. Os quiere, Ossi.»

Rike le devolvió la hoja de papel.

—Esto no es de Oskar —declaró.

—Sí, lo escribió con sus últimas fuerzas —afirmó el hombre—. Yo mismo lo vi.

—No es su caligrafía. Además odiaba que lo llamaran Ossi. Jamás en su vida habría firmado con este nombre. Y tampoco tenía tan mala ortografía. —Su voz se hizo más estridente—. ¿De dónde ha sacado este anillo?

—Me lo dio su hermano. —También él subió el volumen—. Como última voluntad ¿Cuántas veces quiere que se lo diga?

—¡Miente! ¿De dónde lo ha sacado? —Ahora estaba casi gritando. Había cerrado la mano en torno a la alianza—. Lo ha robado, ¿verdad? ¿Se lo ha robado a un muerto? ¿Qué le ha hecho a mi hermano para quedarse con este anillo? ¡Dígamelo de una vez!

Krieger se enfureció.

—¡Estúpida, estúpida arrogante! ¿Qué te imaginas? Yo soy honrado, te traigo el anillo ¿y tú te pones así? ¿Sabes qué? Me lo vuelvo a llevar...

Le cogió la mano e intentó abrírsele brutalmente.

Rike empezó a chillar.

Lo que sucedió después se desarrolló a toda velocidad. Un hombre se precipitó dentro de la tienda, se giró y le propinó al asaltante un gancho en la mandíbula que lo tumbó en el suelo, donde permaneció inmóvil.

—*Tutto a posto?* —Por el tono de su voz, estaba preocupado cuando se volvió hacia ella—. *Ch'è successo, Elena? Un ladro?*

—*Sì* —contestó Rike profundamente aliviada—. Todo en orden. Un ladrón, sí, Stefano. *Grazie mille!* Qué bien que estés aquí. No me ha hecho nada, pero he pasado muchísimo miedo.

Stefano se inclinó sobre el hombre tendido.

—*Vai via* —le dijo amenazador—. *Subito! Altrimenti...* —Levantó el puño como si fuera a pegarle otra vez.

—Lárguese —tradujo Rike—. Ahora mismo. No vuelva a entrar en esta tienda. ¿Ha entendido?

Krieger se puso poco a poco de pie mientras farfullaba invectivas, pero salió tambaleándose.

—*E allora?* —Stefano la miró profundamente a los ojos.

—*Non lo so.* —Rike se encogió de hombros y se guardó en el bolsillo de la falda el anillo.

Ahora no podía contarle nada sobre Oskar, no de prisa y corriendo. Algún día, sí, cuando se conocieran mejor. Primero tenía que asimilar lo que acababa de suceder. ¿Era cierto entonces que Oskar estaba muerto? Había temido muchas veces la noticia que lo confirmara, pero después de esa fea escena lo más profundo de su ser se negaba a aceptarlo.

Miró de nuevo al joven abogado.

¿Qué poco sabía de él en realidad! Sin embargo, Stefano le había hecho sentir algo contra lo cual era impotente: ilusión, nostalgia, deseo..., ni ella misma lo sabía con exactitud. Y le gustaba el valor y la audacia con que había intervenido por ella.

—Ni idea —prosiguió—. La verdad es que por el momento no sé nada más. Solo que no quiero quedarme aquí. Por hoy me limitaré a cerrar la tienda. De todos modos, apenas entran clientes.

—*Buona idea!*

Stefano se iluminó y le lanzó una mirada pícara. Dudó unos instantes, pero luego cogió a Rike entre sus brazos, la agarró con fuerza y le susurró algo al oído.

Pese al evidente nerviosismo, tampoco ella pudo evitar sonreír.

De todos modos, era incapaz...

Irse con Stefano a una pensión, así a plena luz del día...

Si alguien los veía...

Pero ¡qué deprisa pasaba a veces la vida! Los últimos meses siempre había sido sensata, se había responsabilizado de la familia y se había encargado de la tienda, dejando en un segundo plano sus propios deseos.

¿Y acaso no llevaba días ansiando con todo su cuerpo que él la acariciase?

Rike tragó saliva, luego sonrió complaciente.

—*Andiamo! Vámonos.*

Recorrió la mayor parte del camino a casa feliz, confusa, ebria de enamoramiento. No entró en razón hasta llegar frente a la puerta del edificio.

Qué aspecto tendría... ¿Como recién salida de la cama?

El cabello despeinado, las mejillas enrojecidas, los labios hinchados por sus besos...

Daba igual. Se pasó la mano por el pelo, el resto que se quedara tal cual estaba.

Rike subió la escalera.

Tenía una excusa. Había estado horas ayudando a Elsa a seleccionar sus cosas porque no podía levantar pesos, insistiría en ese pretexto cuando le preguntaran. Eran más de las diez. A lo mejor la familia ya estaba durmiendo y ella podía evitar decir esas fastidiosas mentiras. Y aunque no fuera así: por esa divina tarde contaría todas las mentiras que hiciera falta.

Pero cuando abrió la puerta de casa y entró en el pasillo, había luz en la cocina.

—¿Silvie? —oyó llamar a su padre—. ¿Has pensado algo más razonable? ¡Bravo!

—Soy yo, Rike —contestó—. Estoy agotada. Me voy directa a la cama.

—¡Rike! —Era más una orden que una solicitud—. Ven con nosotros. Estamos todos en la cocina.

Muy a pesar suyo hizo lo que se le pedía.

Friedrich, Claire y Flori estaban sentados a la mesa de la cocina y delante de ellos había una hoja de papel arrugada.

—¿Lo sabías? —Friedrich señaló acusador el escrito.

—¿El qué? —preguntó ella—. ¿Qué es lo que ha sucedido? ¡Qué caras tenéis, ni que se hubiera muerto alguien!

—Silvie ha tenido la insolencia...

—Me lo sé de memoria —interrumpió Flori a su padre—. ¡Espera!

Se colocó en posición, como si fuera a recitar un poema, y empezó a declamar:

—«Queridos míos, no os preocupéis. Me he ido a Nuremberg con Ben. Es allí donde se juzga a los oficiales nazis. Quiero estar presente en este momento estelar de la historia de Alemania. Ya

celebraremos todos juntos el compromiso. Os quiere, Silvie.»

Rike sintió que las comisuras de sus labios se le movían por voluntad propia.

«Dos veces el amor en el mismo día», pensó. Dos mujeres jóvenes que se saltan las normas de la decencia y las buenas costumbres.

En las dos ocasiones con hombres de otros países.

¿Azar o destino?

De repente se sintió muy cerca de su hermana, mucho más que en los últimos tiempos.

—Pero si es bonito —dijo—. Y no, no sabía nada. Además, Silvie volverá. ¿O no?

Berlín, invierno de 1946/1947

En la ciudad reinaba la muerte blanca, así llamaban los berlineses al hecho de morir congelado en ese invierno despiadado, más duro todavía que su gélido antecesor. Ese fue el destino de cientos de personas en sus viviendas sin calentar, en cuyas ventanas crecían unas gruesas flores de escarcha y de cuyos canalones colgaban fantasmales carámbanos. Incluso los árboles del antes tupido Tiergarten murieron a causa del frío; hasta el trocito más pequeño de madera desapareció. El suministro de carbón para talleres, fábricas e instituciones públicas era mínimo, cuando lo había; el combustible para el consumo privado era tan reducido como inexistente. Había gas y electricidad, como mucho, por horas, así que también los Thalheim tiritaban a menudo de frío en su casa. Rike se había acostumbrado a llevar varias capas de ropa en el apartamento. Claire y las dos hermanas la imitaron, mientras que Friedrich afirmaba no pasar frío aunque no dejaba de toser. Incluso se metían en la cama bien envueltos en ropa con la esperanza de conservar un poco de calor durante la noche.

Ese frío mordiente paralizaba toda la vida. Solo quien tenía que salir a la fuerza se atrevía a transitar por las resbaladizas calles. En el Rin y el Elba se helaron kilómetros de agua, con lo que se detuvo la circulación de los barcos y, con ello, el transporte de mercancías. Comprar comida acababa siendo un desafío. Cada vez con mayor frecuencia, Silvie o Claire tenían que hacer cola durante horas y horas con ese frío tremendo, mientras Rike pasaba todo el día en la tienda para regresar al apartamento con las manos vacías. Con el comienzo del nuevo año también empezó a escasear la harina. Había fallado el suministro de las dos últimas cosechas de los grandes campos de cultivo del Este, que ahora pertenecían a Polonia o Rusia. En general, toda la agricultura alemana era improductiva. Había demasiados pocos campesinos, se había reducido el número de animales y muchas hectáreas quedaban en barbecho ya que nadie las labraba.

Consecuencia de ello era el hambre, un hambre atormentadora que asolaba a cualquier ciudadano. Había desaparecido casi por completo de las calles la imagen de una persona gruesa. En el ferrocarril urbano cabían cuatro pasajeros en los asientos de dos, tanto había adelgazado la gente.

—Durante la guerra estábamos mejor —se quejaba Claire cuando en su papel de cabeza femenina de la casa tenía que preparar una comida al día que bastara para todos con los escasos víveres con que contaba—. Otro método para deshacerse de los antiguos nazis: matarlos de hambre, *tout simplement*.

La cantidad de calorías que correspondía a los alemanes que desde principio de año estaban en la

zona ocupada por los británicos se había reducido hasta tal punto que nadie tenía suficiente, ni siquiera los que ocupaban el nivel superior en la distribución de los cupones de comida.

¿Cómo salir adelante en esos tiempos tan duros?

Rike, que siempre se había preocupado por encontrar soluciones para todo, no sabía cómo seguir avanzando.

La mayoría de los días, las clientas que entraban al Thalheim de la Savignyplatz se podían contar con los dedos de una mano; los otros días no aparecía nadie. ¿Quién iba a interesarse por unos vestidos nuevos que de todos modos eran demasiado caros con el estómago que no dejaba de protestar y los brazos y las piernas medio congelados? Cuando alguna mujer entraba en la tienda era solo para echar un vistazo. Y mientras se acercaba a la estufa que Brahm había construido para Rike: un rectángulo de chapa de hierro que no necesitaba tubo de chimenea y permitía calentar el ambiente gastando lo menos posible y con los más diversos materiales, si bien la ranura de la pared por la que salía el humo dejaba pasar, a su vez, el aire frío.

—Como esto se alargue, no tardaremos en estar en bancarrota —se lamentaba Friedrich Thalheim una noche de mediados de enero en la que tuvo que volver a recurrir para una urgencia al dinero que tenían reservado para la reconstrucción de los almacenes.

Por aquel entonces, la cantidad había menguado de forma alarmante. El plan de levantar unos nuevos almacenes se había postergado a un futuro lejano, puesto que los ahorros que todavía le quedaban a Friedrich eran demasiado escasos. Por su parte, Rike no quería tocar la herencia del abuelo Schubert, pues el asesor del banco suizo le había aconsejado que, para no disminuir su valor, esperase a que se concluyera la reforma monetaria.

El tribunal de desnazificación había impuesto a Friedrich una suma sorprendentemente baja como multa, que él pagó enseguida aunque refunfuñando con vehemencia. Se había librado de que lo privaran del derecho a voto, de que lo inhabilitaran para ocupar cargos públicos o de que le prohibieran trabajar. Así que pudo ingresar inmediatamente en el partido de la Unión Demócrata Cristiana, la CDU, fundado en 1946 con objeto, según sus propias palabras, de luchar con sus afines contra la dictadura soviética. Para él los rusos eran los mayores culpables del mísero estado de abastecimiento de la ciudad, que se encontraba como una isla dividida en cuatro partes en medio de un territorio que ellos habían ocupado.

Una isla, además, extremadamente frágil.

—Si un día bloquean las vías de acceso, nos podrán cerrar el grifo cuando les apetezca —se temía Friedrich—. De estos rusos se puede esperar cualquier cosa, al fin y al cabo lo he vivido en mi propia carne. Y ahora no provocan más que molestias. Con el edificio de apartamentos que tengo en Lichtenberg no puedo hacer nada porque, claro está, decretaron la restricción de los alquileres. El beneficio que obtengo allí es de risa. En cualquier caso, con eso no puedo reparar la cubierta rota.

—Los británicos tampoco es que sirvan de gran ayuda —intervino Brahm, que había acudido a la reunión urgente de la Bleibtreustrasse—. Sin previo aviso han retenido la parte de carbón que me corresponde para este mes y el que viene. Supuestamente porque las minas de la cuenca del Ruhr no pueden suministrar más. Así que, por muy mal que me sepa por todos nosotros, tengo que cerrar la tejeduría.

—Qué condenado círculo vicioso —declaró iracundo Friedrich mientras se sentaba con su familia a la mesa de la cocina después de que su socio se hubiera ido—. Sin carbón las máquinas de Brahm no pueden producir telas. Sin telas nuestras costureras no pueden hacer vestidos. Sin vestidos tampoco funciona nada en el mercado negro, ya que no tenemos otros objetos de valor. Solo nos queda este maldito puñado de dinero para conseguir de forma ilegal algo comestible y no morirnos todos de hambre; un dinero, por otra parte, que cada día vale menos.

En ese momento Rike pensó llena de agradecimiento en el sabio consejo de Anton Brugger. Durante ese tiempo, el asesor bancario y ella habían intercambiado algunas cartas. Él había reaccionado de forma sumamente positiva a la fusión de las zonas ocupadas por los estadounidenses y los británicos, que había entrado oficialmente en vigor como la Bizona a partir de enero, un paso, a ojos del asesor, muy prometedor.

«Avanza, señorita Thalheim —había escrito—. A lo mejor no tan deprisa como usted desearía, pero ya se nota cierto movimiento. Ha llegado recientemente a mis oídos que entre bastidores ya se está trabajando de forma activa en una nueva moneda para Alemania. Tenga el temple para conservar la calma. ¡Estoy seguro de que le merecerá la pena!»

Rike quería creerlo, aunque en esos días gélidos le costaba mucho. A veces, sin embargo, le remordía la conciencia con respecto a su familia por ser tan inflexible a la hora de reservar la herencia suiza, pero le habría parecido incorrecto gastársela ahora en comida o en cosas del día a día que al final quedaban en nada.

Las mujeres de las calles secundarias de la Hausvogteiplatz ya no se acercaban a coser a la Bleibtreustrasse simplemente porque era imposible vender artículos acabados. Lena y Gusti, del tercer piso, hacían retoques y arreglos para los vecinos con el fin de mejorar su exigua pensión de viudas de guerra. Miriam solo utilizaba una de las habitaciones de coser. En la otra vivía desde hacía un par de semanas Paul Thalheim, que se negaba firmemente a poner ni que fuera un pie en Potsdam.

—No me fio de esos sóviets, papá —confesó cuando Carl le pidió explicaciones un piso más abajo, en la cocina de los Thalheim, poco después de instalarse en el edificio—. Aunque mamá y tú prefiráis que esté cerca de vosotros. Y no, nunca entraré voluntariamente en su ámbito de poder. — Paul miró hacia abajo—. Por fortuna ya puedo volver a caminar, pero no me faltó mucho para convertirme en un lisiado para siempre.

Justo en ese momento pareció recordar la pierna tullida de su padre.

—Naturalmente, no lo decía por ti...

—Está bien, hijo. Yo me he apañado con esto. Por otra parte, fueron los americanos y no los rusos los que te entregaron a los franceses —contestó sereno, pero le temblaba la vena azulada bajo el ojo izquierdo, signo inconfundible de que hervía por dentro.

—Sí, así fue. Por eso siempre tengo cuidado con ellos. Aunque pagan como es debido y les gusta mi música. También los Tommies disfrutaban con nuestra pequeña banda. La semana que viene The Swingbrothers actuará en Karlslust. El primer baile de disfraces de Berlín después de la guerra. Vendréis todos a vernos, ¿verdad? El caso es que en esta vida nadie volverá a encerrarme tan deprisa, me da igual que sea de derechas o de izquierdas, me lo he prometido a mí mismo.

—Entonces ¿no quieres participar en la construcción de una sociedad mejor? —le preguntó como contrapartida Carl—. En realidad, vosotros, los jóvenes, estáis predestinados para ello.

Unas chispas invisibles flotaban entre padre e hijo.

«Mi padre —pensó Rike sin querer, testigo involuntario de ese enfrentamiento—. Y mi hermano Paul, si es cierto lo que el abuelo Schubert escribió. No quiero pensarlo, pero cuando los veo a los dos no me queda otro remedio. ¿Cómo reaccionarían si ahora sacara el tema?»

Entonces recordó las advertencias de Miri y mantuvo la calma.

—Sí, se supone que lo estamos. —Paul hizo un gran globo con el chicle y lo dejó estallar complacido—. Pero no de los que se unirían a tus peces gordos rojos. «Tierra de cultivo arrebatada al *Junker*», ¡qué risa! Los seudocampesinos que ahora instaláis en esas parcelas del tamaño de un pañuelo son precisamente la garantía de que la gente que está dentro o en los alrededores de Berlín todavía tendrá menos que comer en el futuro

—Me duele en el corazón que te hayas vuelto tan cínico, hijo mío. Ha sido ese maldito nacionalsocialismo, con todas sus aberraciones, lo que os ha hecho así. Por fortuna, ahora eso forma parte del pasado, y en él tiene que permanecer para siempre. Lo que ocurre en estos momentos nos incumbe a todos. Todos deberíamos arrimar el hombro. No hay nadie que pueda sustraerse con la conciencia tranquila, ¡hazme caso!

Carl se iba apasionando con cada frase que pronunciaba.

—Deberías seguir el ejemplo de tu prima. Es una de las más entusiastas de nuestro grupo de conversación de Potsdam.

Sí, presenciar el proceso de Nuremberg había cambiado a Silvie. Ante la sorpresa de Rike, su hermana se interesaba desde entonces por la política. Era evidente que los días pasados en Nuremberg le habían abierto los ojos. El lema «Nunca más» se había convertido en la consigna de su hermana menor, quien hasta el momento solo se había preocupado por los hombres y la moda.

También Ben Green había cambiado a partir de aquel momento, se había vuelto más callado, más introvertido, como si en su interior se moviera algo que no podía o no quería compartir. Solo de vez en cuando se dejaba ver en casa de los Thalheim y nunca más volvió a pronunciarse la palabra compromiso matrimonial. Sin embargo, aunque el enlace entre una alemana y un miembro del ejército británico seguía estando mal visto, a esas alturas al menos se permitía. Las condiciones exigidas para formalizarlo eran un tiempo de espera de seis meses y un certificado policial según el cual la mujer gozaba de una reputación sin mácula. Aparte de eso, un documento del cura responsable y un certificado de salud que confirmara que ella no padecía tuberculosis o enfermedades venéreas.

—No soy una vaca de cría —explotó Silvie cuando Rike mencionó a Ben—. ¿Acaso tengo que dejar que me midan oficialmente las ubres y la pelvis para demostrar que estoy de verdad en situación de concebir a un bebé británico? ¡Están chiflados!

Rike conocía lo bastante bien a su hermana para sospechar que detrás de este arrebato de cólera se escondía algo más.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—No tengo ni la menor idea de a dónde quieres llegar. —Silvie se cruzó de brazos y evitó la mirada de Rike.

Ahora llevaba siempre la alianza de su madre en el dedo corazón porque también quería tener un recuerdo de la difunta, como había dicho obstinada. Cuando Rike había contado el altercado en la tienda, había hecho un gesto impaciente de rechazo. Oskar no estaba muerto, de lo contrario ella, siendo su gemela, lo habría notado. Se había tomado a risa el plan de su hermana mayor de salir en busca de ese desvergonzado Heinz Krieger y apretarle las clavijas para sonsacarle información: un estafador, que seguro que no se llamaba como afirmaba llamarse, no volvería a soltar más que mentiras cuando lo interrogaran otra vez. Solo podían hacer una cosa: esperar pacientemente a Oskar y confiar en que volvería con ellos, aunque Rike, para sus adentros, ya no confiaba en ello.

—Uno de Potsdam, ¿verdad? —insistió Rike—. Adivino que del entorno directo del tío Carl. ¿Es jurista? ¿O es alguien del SED? Alguna razón tiene que haber para que de repente estés tan entusiasmada con esas aburridísimas discusiones que no te importe enfrentarte voluntariamente a la nieve y a un frío de muerte. Así que suéltalo: ¿quién es?

—¿No se lo dirás a nadie?

—¿Tan mal están las cosas? —preguntó a su vez Rike, preocupada—. No, no diré nada. Prometido.

—Sí y no —susurró Silvie—. Se llama Ralf. Ralf Heiger, periodista. Es bastante mayor que yo y todavía no está divorciado. Los nazis lo metieron en un campo de concentración porque es comunista. Lo conocí en Nuremberg, mientras Ben se pasaba todo el día haciendo fotos. ¡Es tan inteligente,

Rikelein, tan sumamente leído y cultivado! El modo en que te cuenta la historia y la política es simplemente sensacional. Uno se siente a su lado la mar de tonto, como recién salido del huevo. ¿Por qué no me dediqué a leer tanto como tú? Entonces podría conversar mejor con él. Pero Ralf dice que todo el mundo puede aprenderlo todo, si quiere. ¿No es encantador? Y por la de cosas que ha pasado ya... Comparados con él, los demás, entre los cuales yo me cuento hasta ahora, no somos más que tontorrones.

—Ben Green no tiene nada de tontorrón —apuntó Rike—. Y hasta hace poco ardías literalmente de amor por él.

—Tienes razón —contestó Silvie, y por un momento pareció avergonzarse—. A veces ni yo misma me entiendo, pero no puedo remediar ser como soy.

—¿Sabe Ben algo al respecto? —preguntó Rike.

—¡Claro que no! Y de momento quedará sí. Además todavía no ha pasado nada entre Ralf y yo, pero... —Puso los ojos en blanco, soñadora—. ¡Basta con que lo oiga hablar... para que me derrita!

Rike pensó en lo deprisa que ella misma se había entusiasmado con Stefano, pero se trataba de un hombre, no de dos al mismo tiempo.

—¿Así que los tienes a los dos en ascuas? —Empezaba a disgustarse poco a poco—. ¿Y cuánto tiempo piensas estar así?

Silvie se encogió de hombros.

—¡Pues ten cuidado, no vaya a salirte el tiro por la culata!

—Ahora vuelves a parecer una institutriz frustrada —replicó Silvie—. Pensaba que ya habías dejado de tratarme de ese modo, hermanita. ¿O es que estás enfadada porque últimamente no recibes cartas de Italia?

Touché, como diría Claire.

En un primer momento de euforia, Rike le había contado a Silvie lo que sentía por Stefano, algo de lo que ahora se arrepentía profundamente. Pero su corazón se desbordaba, sobre todo después de que Elsa se trasladara a Milán con Michele y ya no estuviera cerca para charlar con ella. Aun así, Elsa le prometía en sus cartas que la visitaría lo antes posible, aunque debía esperar al menos a que el niño hubiera nacido y tuviera un par de meses.

Claro que todavía podía hablar con Lou, su segunda amiga de la infancia, lo malo era que siempre estaba ocupada en servicios de urgencia. Pese al gélido invierno, en aquella época en Berlín estaban llegando al mundo más niños que nunca, como si la vida quisiera demostrar con todo su poderío que triunfaba sobre la muerte. Su relación con la joven comadrona, antes tan estrecha, se había ido relajando con el paso de los años. Y puesto que apenas se veían resultaba más difícil sincerarse sobre los asuntos del corazón.

Tras la boda de Elsa y Michele, Stefano se había marchado a Milán demasiado pronto, no se

habían concedido más que un par de días vertiginosos para conocerse y amarse. Se habían despedido entre un sinnúmero de besos y promesas, dispuestos a volver a verse lo antes posible. Sin embargo, desde entonces habían pasado meses..., unos meses fríos y solitarios, llenos de añoranza, al menos así lo había vivido Rike.

¡Si al menos hubiera tenido teléfono como antes de la guerra! Oír la voz de Stefano habría significado mucho para Rike. Pero solo quedaba el correo, lento, poco práctico y nada de fiar, y más cuando el joven italiano resultó ser un escritor de cartas de amor totalmente carente de imaginación.

Rike enseguida se supo de memoria sus escuetas frases, mientras que ella se esforzaba por responderle detalladamente y en lo posible sin faltas en italiano. Encima el padre del abogado había enfermado hacía unas semanas y Stefano debía dirigir solo el despacho. Desde entonces no le había escrito más que una vez.

¿Por falta de tiempo? ¿O porque ya hacía semanas que una *bellezza* milanesa le endulzaba las noches? Ahora bien, Stefano no debía pensar que una Thalheim corría detrás de un Morelli...

A pesar de todo soñaba a menudo con él, con sus besos, con las osadas caricias de sus manos, con el ritmo primero lento y luego más impetuoso con el que se habían amado. Todavía recordaba su olor, mientras que su rostro se confundía en esos sueños sensuales con el de Alessandro, hasta que ella ya no sabía quién era el que la estrechaba entre sus brazos... Todo listo para que al día siguiente se despertara todavía más nostálgica.

¿Había sido para Stefano tan solo un *affaire*? ¿Una excitante aventura amorosa más allá de los Alpes que ya estaba resultándole fastidiosa?

Estos pensamientos cada vez la atormentaban más.

Y encima Silvie removía la herida...

—Al menos yo sé a quién pertenezco —contestó con rigidez, aunque no estaba nada segura de los sentimientos de Stefano—. Lo cual tampoco te perjudicaría.

Los ojos de Silvie arrojaban chispas.

—No tienes ningún derecho a juzgarme, Ulrike —dijo—. Es posible que a ti te guíe la razón en la vida, y si de ese modo te aclaras, adelante. Es asunto tuyo. Pero yo soy totalmente distinta. En mi caso es el amor, el amor y nada más que el amor. Y el amor está por encima de todo. Eso también lo saben tus grandes poetas. ¡Reflexiona sobre ello!

Miriam declaraba con firmeza que entre Paul y ella todo era puramente platónico: amigos de juventud que lo habían pasado mal, que habían vuelto a encontrarse después de la guerra y que ahora compartían casa por razones prácticas. No obstante, hacía tiempo que Rike se había dado cuenta de

cómo le brillaban los ojos a Paul en cuanto Miri entraba en la habitación. Esta, por su parte, cortaba los disfraces de Rike, Silvie y el suyo con tanta entrega como si fueran unos preciosos trajes de noche. Saltaba a la vista: quería estar guapa, aunque Rike no sabría decir si para Paul, para Ben o para otro hombre totalmente distinto.

Así que se presentó al baile de disfraces de Karlslust vestida de seductora Carmen, con una falda de colores hecha de retales y una blusa blanca que dejaba los hombros al descubierto y que hasta hacía poco había sido una sábana desgastada. Silvie iba de Caperucita con un viejo vestido tirolés que Miri había retocado, una capucha roja y unas bonitas trenzas; mientras que Rike encarnaba al Zorro: unos pantalones largos hasta la rodilla, una blusa ancha, una capa de un resto de seda y una máscara negra. Le divertía ir disfrazada de hombre, aunque le bailasen los pies dentro de las viejísimas botas de Paul porque a pesar de las gruesas capas de periódico le sobraban dos números.

Ben fue a buscarlas a todas en el jeep. Claire, que al principio también quería ir con ellas, en el último momento prefirió quedarse en casa porque no quería hacer enfadar a su marido. Por su parte, Flori no tenía permiso para ir, pese a que lo había pedido encarecidamente.

—Solo tienes catorce años, Florentine. —Friedrich se mantuvo implacable—. ¡Eres casi una niña, y a los niños no se les ha perdido nada en unas relajadas fiestas en vete a saber qué salones de baile!

En cierta medida era lógico, pero en la familia todos sabían que desde hacía unas semanas había tensiones entre él y la benjamina. «Nunca más, nunca más, nunca más», había pintado diez veces seguidas en un fuerte color azul en las paredes manchadas del pasillo. Estaba convencida de lo que les había enseñado su nuevo profesor, el alsaciano Kurt Gachon, que había llevado a la clase de octavo del instituto femenino Ricarda Huch a ver la película *Los asesinos se encuentran entre nosotros*. Amaba sobre todas las cosas *Los bandidos*, de Schiller, e introducía siempre en la clase de alemán comentarios llenos de repugnancia sobre el Tercer Reich, en su opinión un vivero de crueldad y de decadencia humana. Desde que había ido al cine, Flori veía por todos sitios antiguos nazis que habían de ser declarados urgentemente culpables. A esas alturas tenía una opinión sumamente crítica respecto a la exculpación de su propio padre por el tribunal de desnazificación.

—¡Tú no tienes nada que decirme! —protestó iracunda cuando él le prohibió salir. Ya se había puesto el colorido disfraz de payaso que Miriam le había cosido a escondidas. El rostro pintado de blanco de Flori estaba surcado por las huellas oscuras de las lágrimas—. ¡A fin de cuentas tú también eras uno de ellos!

—No voy a permitir que una mocosa como tú me eche eso en cara. No sabes lo que dices —gritó él, no menos iracundo—. Yo no soy un asesino, ¿entendido? ¡Retira inmediatamente lo dicho!

—No pienso hacerlo. Tú estabas en el partido. Y disparaste contra personas, ¿o no? Solo esto ya cuenta para mí.

—Parad de una vez, vosotros dos —intentó mediar Claire, a quien le afectaba mucho esta pelea

entre padre e hija.

—¡Tú no te metas! —la reprendió Friedrich con aspereza. A continuación se volvió hacia su hija menor y le gritó—: Porque me vi obligado a hacerlo. ¿Por quién tengo que cargar con eso? Sola y únicamente por vosotros, ¡por mi querida familia!

—Por mí seguro que no. ¡Yo no quiero a un nazi como padre! Para eso prefiero ser huérfana.

Se oyó un portazo. Flori se había encerrado en el baño.

—Qué atrevida se ha vuelto la pequeña —comentó Silvie, impresionada, al salir de casa—. Antes, cuando estaba siempre delante de su cuaderno de pintura tan soñadora, me parecía ajena a este mundo, pero por lo visto me equivocaba. Es mucho más espabilada de lo que yo pensaba. Y esto con catorce años, ya puede prepararse papá. Al menos así no seré yo la única *enfant terrible* de la familia.

—Yo creo que para ser una cría tan joven es muy insolente —opinó Rike—. Flori debería concentrarse en los deberes de la escuela. Sin duda tiene que recuperar.

Todas se alegraron de que ya hubiera anochecido cuando se pusieron en camino, pues la ciudad seguía pareciendo en extensas zonas un impresionante campo de ruinas que la nieve recién caída solo había espolvoreado superficialmente. Las calles eran pistas de hielo sin ninguna muestra de arenilla o gravilla, lo que forzaba a Ben a conducir con extrema lentitud. Así que les costó casi una hora llegar por fin a su destino. Las hermanas Thalheim conocían desde que eran niñas el Karlslust, en Spandau, un edificio de madera con un gran salón de baile y varias pistas de bolos. En verano siempre había unos acogedores bancos y mesas para comer al aire libre, un recuerdo que a Rike la hacía tiritar aún más de frío. Menos mal que, unos pocos días atrás, Silvie había adquirido tres abrigos de lana en la Bolsa Negra, con un corte irremediablemente anticuado pero que eran buenos artículos de antes de la guerra y hacían un poco más soportable ese frío despiadado.

—Pues tendremos que bailar, bailar y bailar hasta que entremos en calor —dijo alegre su hermana cuando pisaron el abarrotado salón de baile—. ¡Solo espero que Paul y sus Swingbrothers se ocupen de mantener un ambiente animado durante toda la noche!

Pero no iban a congelarse, al contrario. Löbel, el dueño del local, había instalado algunas estufas de hierro más, que se encendieron servicialmente, pues muchos de los disfraces resultaban más bien escasos de ropa. A la derecha de la entrada había un guardarropa provisional en el que dejar los abrigos. Todo de lo más sencillo, un par de tablas apaisadas y detrás unos ganchos en la pared, lo que a Rike le desagradó porque desconfiaba de la mujer mayor, que ya parecía achispada, encargada de recogerlo todo.

—No pongas esa cara de enfadada, Rikelein —dijo Silvie, guardándose la diminuta hoja gris en la blusa—. ¡Y relájate, por favor! Esa vieja no va a poner pies en polvorosa ahora mismo con nuestros

tesoros.

Sonriendo, empujó a su hermana hacia la sala de fiestas.

De todos modos, era mejor no prestar demasiada atención.

Unos farolillos manchados y colgados de unas largas cuerdas, así como unas guirnaldas de papel descoloridas, luchaban en vano por vencer la tristeza de aquel espacio enorme cuyas paredes habrían necesitado una capa de pintura. La mayoría de las puertas estaban tapiadas, todas las ventanas, sin excepción, tenían barrotes. Arriba, en la galería, donde se veían mesas y sillas detrás de una barandilla baja, el efecto todavía era más opresivo, simplemente porque la distancia con el techo era más reducida. Pese a todo, había sentados algunos clientes que comían y bebían mientras observaban expectantes lo que ocurría abajo.

—Esto parece Sing Sing —comentó Miriam sorprendida, y Rike hizo una mueca ante esa inesperada expresión.

—Muy aguda —contestó Ben—. En los últimos meses de guerra esto fue, en efecto, una cárcel. El ejército británico le siguió dando ese mismo uso después. Aquí se internaba a los llamados «hombres lobo», los jóvenes partidarios de Hitler que, víctimas de su fanatismo, se negaban a entender que todo se había acabado definitivamente.

Tomó a Silvie entre sus brazos.

—Pero ¡ahora vamos a bailar, *sweetheart*, que a eso hemos venido!

Por fin volvía a estar tan contento y de buen humor como antes, cosa que Silvie parecía disfrutar. También a Rike y Miriam las sacaron a bailar enseguida, aunque esta última siguió al principio con la mirada a Silvie y a Ben y luego se concentró en lo que pasaba en el escenario. The Swingbrothers tocaban marchosos y animados una agradable selección de melodías. Rike no se cansaba de mirar a Paul, quien con su grupo hacía vibrar a toda la sala. En qué hombre estupendo se había convertido su primo pequeño. Con cada canción el ambiente de la sala se iba haciendo más despreocupado y los bailes, más alegres. En un momento dado, Rike cambió los papeles y, en su representación del Zorro, empezó a sacar a bailar a otras mujeres, lo que las chicas aceptaban de buen grado entre risitas.

—¡Me muero de calor! —gimió Silvie cuando la banda anunció una pausa más larga para fumar un cigarrillo. Enseguida se había cansado del empalagoso refresco que se servía como prohibitiva «bebida fría» y que se había comido una parte del conjunto de cupones—. ¡Salgamos un momento a tomar el fresco!

Llamó a Ben con un gesto.

—Yo también tengo ganas de fumar algo decente. Y me imagino que tú tienes tu querida petaca, ¿no?

Ben, Rike y Miri la siguieron.

Delante del local, el joven les ofreció cigarrillos, que ellas prefirieron guardarse mientras él

fumaba y les tendía generosamente el whisky que había llevado en el pequeño botellín de plata, pero solo Silvie bebió un par de sorbos.

Una noche de luna llena. Un sinnúmero de estrellas que brillaban luminosas y lejanas. Junto a la nieve inmaculada formaban un entorno casi mágico.

—Pero ¡qué frío tan tremendo sin abrigo..., brrr! —exclamó temblando Rike al cabo de un rato—. En fin, no tengo ningunas ganas de congelarme aquí fu...

Se interrumpió en medio de la palabra.

—¿Lo veis? —preguntó con los ojos como platos—. Está todo rojo. ¡La cubierta de madera está en llamas!

La única puerta del local se abrió de par en par y un alud de personas se precipitaron al exterior tropezando, tosiendo, gritando, la mitad cayéndose unas encima de las otras. Paul fue uno de los primeros en salir al aire libre, seguido de los otros músicos.

—Estáis todos aquí —exclamó—. Y además sanos y salvos, gracias a Dios. —Abrazó primero a Miri y luego al resto—. Tenemos que intentar apagarlo. Pero ¿dónde demonios hay agua por aquí?

—Fuera no hay nada. Los grifos para el jardín están todos congelados —contestó gritando un hombre—. Casi me tuerzo la muñeca intentando abrirlos. ¡Todo está fijo y petrificado!

—Todavía hay un montón de gente dentro —gimió una joven, arrojándose en la nieve porque tenía una parte de su disfraz de ángel ardiendo.

—Los que estaban arriba seguro que no salen vivos de aquí —gritó un hombre vestido con un uniforme de caballería de cartulina que se había abierto camino a empujones entre los demás sin la menor consideración—. El techo lacado arde como la paja. ¡Volará todo por los aires!

—No puede ser. ¡Tenemos nuestros calientes abrigos allí dentro! Los necesitamos... —musitó Silvie, y dio media vuelta y corrió como una posesa al local.

Por unos segundos los demás se la quedaron mirando desconcertados, incapaces de dar un paso, luego Ben se puso en marcha y la siguió.

—¡Silvie! ¡Silvie! —gritó aterrada Rike—. Por favor, Ben, sácala de ahí, por favor...

Entretanto la cubierta crujía y gemía como un animal herido. Las vigas al rojo vivo iban cayendo. Del edificio en llamas seguían saliendo personas tambaleándose.

Alguien había corrido a alertar a los bomberos.

Después de casi una eternidad, Ben volvió a salir vacilante, con el rostro negro de hollín, llevando a Silvie en brazos. Había perdido la caperuza roja, las trenzas rubias colgaban inertes. Tenía los ojos cerrados.

Parecía muerta.

Miri y Rike lo rodearon. Las dos con el rostro cubierto de lágrimas.

—Está... —susurró Rike.

—Inconsciente —dijo Ben con una voz tan profunda que les resultó irreconocible—. Podría tratarse de una intoxicación grave a causa del humo. Tenemos que llevarla de inmediato al hospital más cercano.

—Tardaremos un montón con las calles heladas —objetó sollozando Rike—. Y si se muere por el camino...

—¿Tienes una idea mejor? —la interrumpió Ben en un tono cortante inhabitual en él.

—No, solo un miedo enorme —murmuró ella. Y entonces cayó en la cuenta—. ¡Tus manos, Ben! ¿Qué ha pasado? Están todas quemadas...

—Y qué. La he sacado del fuego. ¡Venga, vamos al coche!

—¿Cómo está mi chica? —Friedrich se inclinó profundamente sobre la cama de la enferma. El lugar donde habían instalado a Silvie era más bien un trastero, pero al menos estaba sola, mientras que por regla general eran seis o más las pacientes que compartían cada habitación—. Ahora sabes por qué siempre me preocupo por vosotras, ¡tengo razones, como ha quedado demostrado! Por suerte la clínica Wald no está lejos del lugar de la tragedia. Es posible que no hubieras llegado viva a la Charité...

—Bien —susurró Silvie, pero la palidez y el gesto tenso alrededor de la boca desvelaban lo contrario—. Estoy bien, papá. Solo que el doctor Rohleder ha dicho que, sobre todo, tengo que dormir mucho. Y aquí él es el jefe.

—Por descontado. —Se enderezó lentamente—. Entonces obedezcamos al jefe. Tengo que darte saludos cariñosos de Flori y Claire. Las dos están impacientes por que vuelvas a casa. Y para que te pongas bien deprisa, nuestra pequeña te ha pintado esto.

Le puso sobre la colcha de la cama una hoja de papel.

Cuando Silvie miró la pintura abstracta, le resbalaron las lágrimas por las mejillas.

—¿Te duele algo? —preguntó su padre, inquieto—. ¿Llamo a la enfermera? ¿Al médico?

—No. —Negó con la cabeza—. Solo estoy cansadísima, eso es todo. Rike está aquí, ¿verdad?

—Está —confirmó él—. Espera fuera. ¿Le digo que venga?

—Sí. —Solo fue un susurro.

—Voy a buscarla. —Salió de la habitación.

Rike se sobresaltó al ver a su hermana. Silvie parecía haberse consumido, tenía unas negras ojeras y las mejillas hundidas. Sin embargo, ya llevaba tres días en la clínica Wald de Spandau, al principio en la unidad de cuidados intensivos. Ese era el primer día que podía recibir visitas.

—Creo que me voy a morir, Rikelein —murmuró—. Tan mal me siento. Y me lo merezco.

—¡Tonterías! ¿Porque querías recuperar los abrigos a toda costa? Entre nosotras, fue bastante tonto, pero, una vez más, todo ha acabado bien. —Aunque la imagen desoladora de Silvie la afectaba enormemente, Rike trataba de que no se le notara—. Además estaba Ben, que acudió como un valiente a ayudarte en el momento preciso. Se quemó las dos manos para salvarte. ¡Qué novio tan extraordinario tienes!

—Me repudiará... Todos me repudiaréis... —susurró—, lo sé...

¿Alucinaba?

Rike dirigió la vista a la curva de la temperatura en el extremo de la cama. 38,2. No era alarmante.

—¿Y por qué, si puedo preguntar? —dijo. A lo mejor Silvie volvía a la normalidad si le hablaba en un tono más severo.

—¿Ves lo que ha pintado Flori? —preguntó Silvie.

—Una bola roja en la que flota otra más pequeña...

—Lo sospecha —gimió Silvie—. Nuestra pulguita tiene una sensibilidad especial, además no es la primera vez que lo pienso. Estoy embarazada, Rike. De dos meses. Me lo han comunicado hoy.

—Querías un hijo...

—¿Estás loca? ¡Claro que no! —protestó Silvie. Rike no sabía qué decir—. Todavía soy demasiado joven. Simplemente ha sucedido...

—¿Y Ben?

—Ni siquiera sé si Ben es el padre, Rike. Precisamente eso es lo que me enloquece: por mucho que lo quiera, no lo sé. También podría ser hijo de Ralf. Sí, ahora no me mires tan decepcionada. Últimamente no he sido del todo sincera contigo. Estuve con él. Aunque en realidad tomamos precauciones. Pero con esas cosas de goma tan resbaladizas nunca se sabe exactamente... Ahora ya no hay remedio. ¿Qué tengo que hacer?

—¿Qué pregunta! Pues tener a tu hijo, está claro —respondió resoluta Rike, aunque sentía que se le hacía un nudo en el estómago—. No serías la primera mujer a quien le sucede algo así.

—Pero no puedo. —Los ojos azules de Silvie la miraban suplicantes—. ¡Bajo ningún concepto!

—¿Y por qué no?

—Ralf ya tiene dos hijos, a los que a duras penas puede dar de comer, y con Ben ya no es lo mismo que antes. Tengo la sensación de que por dentro está muy lejos. ¿Qué hago, Rikelein?

Al final no les quedó otro remedio que consultar a Lou Berger. Rike al principio había querido evitarlo porque las dos amigas habían ido distanciándose con el tiempo, pero cuando vio que su

hermana se iba desesperando más con cada día que pasaba, actuó.

Desde que Ben había informado a Silvie de que quería volver a Inglaterra, esta parecía haber desfallecido. Sin embargo, para él Inglaterra no era más que un molesto alto en el camino, su objetivo real era otro.

—¿Ahora soy inglés? ¿Antes era alemán? A veces todo se desdibuja en mi cabeza. Pero una cosa sí sé: soy judío y quiero ir a Palestina, a la tierra prometida —había dicho, y en cada una de las palabras que pronunciaba se percibía la seriedad con que había tomado esta determinación. Iba arriba y abajo por la pequeña cocina como impulsado por una fuerza invisible—. Para sentirme por fin judío entre judíos y demostrarle al mundo lo que somos capaces de hacer. Ha llegado el momento de que recordemos de dónde venimos y lo que todavía queremos alcanzar. Para eso deseo tener junto a mí a la mujer adecuada, sencilla y pura, pues quiero estar orgulloso de mis hijos y nietos, precisamente porque no pueden conocer a sus antepasados.

Le tendió las manos vendadas.

Las cicatrices de las quemaduras se iban curando lentamente, pero lo acompañarían durante toda su vida.

—Puedes volver locos a casi todos los hombres, Silvie Thalheim —dijo—. He pasado un tiempo maravilloso contigo y he disfrutado de cada momento. Pero tú no eres la esposa de un colono en una tierra yerma en la que cada gota de agua cuenta y en la que uno ha de luchar con un arma en la mano por cada metro cuadrado de tierra, los dos los sabemos.

—Sobre todo no soy judía. —Le temblaba la voz—. Esto es lo que en realidad querías decir.

—Guardemos un bonito recuerdo de lo que ha sido —le pidió él—. Ese es mi deseo.

—Ya lo ves. —Silvie corrió llorando junto a Rike. Ben apenas se había ido cuando la firmeza que a duras penas había logrado mantener se desmoronó—. Menos mal que no le hemos dicho nada de mi estado, nunca habría podido convertirme en una virgen judía, ni por mucha buena voluntad que pusiera. Ben no es tan noble como tú siempre has pensado. A fin de cuentas, sabía desde el principio que no soy judía. Así que se ha limitado a jugar conmigo y mis sentimientos.

«Y tú con los de él», estuvo a punto de responderle Rike, pero mantuvo la boca cerrada. Silvie estaba tan frágil en esa época que cualquier palabra inoportuna podía trastornarla. Y si quería hacer aquello que veía como única opción, debía adquirir una buena cantidad de arte de la interpretación para que el resto de la familia no se percatara de nada.

Pero Rike le habló de acuerdo con lo que ya hacía tiempo sentía.

—¿Y si tienes al niño, sea quien sea el padre? Juntas podríamos...

—¡Basta! —exclamó Silvie—. ¿De verdad tienes que seguir atormentándome? No puedo, ¿lo entiendes? Ben quiere vivir con una judía, Ralf no quiere ataduras. ¿Dos mujeres, y encima tan distintas en esencia como tú y yo? Nunca saldría bien. Y piensa únicamente en lo conservador que es

nuestro padre... ¡Me despedazaría, y a ti conmigo! Si tu amiga no quiere ayudarme, tendré que abortar con alguna mujer que se dedique a ello. O lanzarme directamente al Spree.

Al final, cuando Rike pidió ayuda a Lou, esta no se escandalizó como la primera se había temido, sino que reaccionó de forma mucho más pragmática.

—Siempre hay mujeres que no desean tener un hijo —dijo. Con el moño castaño y los ojos claros y despiertos, a Rike siempre le había parecido una campesina con los pies en la tierra, aunque había nacido y se había criado en el centro de Berlín. Ayudaba a traer vida al mundo, pero también conocía las necesidades y los miedos de las mujeres—. A pesar de que las leyes lo prohíben, hay médicos que pueden ayudarlas, unos por convicción, otros más por razones económicas.

—Silvie está firmemente decidida —señaló Rike—. He intentado que cambiara de opinión, y lamento que haya sido en vano.

Lou se quedó mirando a su vieja amiga.

—¿No fue una violación? —preguntó.

—Más bien falta de prudencia —contestó Rike, atenta a la verdad—. Pero Silvie acaba de pasar por unas experiencias fuertes. Presenciamos el gran incendio de Spandau.

—¡Oh, pobres! Más de ochenta muertos —dijo Lou—. Está en todos los periódicos. Como que en el cementerio de Spandau solo hay una fosa común para las víctimas. Y esto que la guerra por fin ha terminado.

—Por suerte solo vi el incendio desde fuera, pero mi hermana volvió a entrar en el local y casi perdió la vida.

—Un trauma, entonces —opinó Lou—. Hay que tomarse en serio estas cosas. Debería contárselo sin falta al médico. El doctor Harald Kleinschmidt no es que sea un tipo simpático, pero sí sabe lo que se trae entre manos. Silvie debería consultarle rápidamente. Cada semana que pasa se complica más el aborto.

Lou hizo una pausa.

—Aunque no es barato —dijo—. A cambio trabaja de forma eficiente y con gas hilarante, cosa que utilizan muy pocos de sus colegas. Las mujeres que han caído deben pagar como es debido por sus pecados, ¿entiendes? —Torció la boca, enojada—. De los pecados de los hombres no habla nadie. ¿Para qué? A fin de cuentas ellos tienen permiso desde siempre.

—¿Cuánto pide? —preguntó Rike.

—Ochocientos. Por regla general, las mujeres a quienes él ha atendido pueden seguir teniendo hijos, en caso de que más tarde lo deseen. Ya he ayudado a algunas de ellas a dar a luz. Un montón de niñas y niños estupendos.

Después de esta conversación, Rike se dirigió muy aturdida a la tienda, donde Silvie la esperaba

impaciente.

—El doctor Kleinschmidt, Kantstrasse; está justo en la esquina —dijo aliviada, para derrumbarse al oír el precio.

—No digas a nadie ni una palabra de esto, o pueden llevarte a los tribunales —advirtió Rike.

—Claro que no. Me callo, pero ¿cómo voy a pagar eso?

—Yo te daré el dinero. Aunque preferiría que cambiaras de opinión. ¿Sigues estando segura de lo que vas a hacer?

Silvie se mordisqueó el labio y asintió.

—Para que lo sepas, tu tan inteligente periodista de Potsdam me ha decepcionado. ¡De él no hace falta ni que me hables!

—Pero ¿de dónde vas a sacar tanto...?

—No preguntes —la interrumpió Rike, depositándole en la mano un fino sobre.

«Es mío, para un caso de suma necesidad —pensó—. Te lo explicaré en el momento adecuado.»

El British Officer's Club nunca había estado tan lleno, nunca habían sido tan densas las nubes de humo. Las fuerzas de ocupación británicas reducían su contingente en Berlín. Al igual que Ben, muchos de sus camaradas volvían a su patria. Algunos se iban de buen grado, a otros los apenaba la despedida, se habían acostumbrado a Berlín y debían dejar atrás a sus amigos o a una novia.

Rike se sentía como en medio de dos frentes.

Estaba Miri, que ponía una cara tan triste como si fuera a echarse a llorar de un momento a otro. Ben se separaba de Silvie y no se le había ni ocurrido dirigirse a ella, aunque cumplía todas las condiciones necesarias para irse a vivir con él a Israel.

—El amor no puede forzarse —le dijo Rike a su amiga, tratando de consolarla—. Además ahora tienes a Paul...

—¡Ah, Paul! Tu primo es un chico muy afectuoso, hasta la médula, puede iluminar un día gris, pero estoy segura de que no es un compañero para toda la vida. Para él la música siempre será lo primero, y todo lo demás irá después. Según los documentos soy un año más joven que él, pero cuando lo oigo hablar me siento como si yo tuviera cientos de años más.

Y estaba Silvie, que llevaba casi una hora sobre el pequeño escenario dando el concierto de despedida. No había dicho nada sobre la intervención en la consulta del doctor Kleinschmidt, desde la cual ya habían pasado dos semanas largas. Después de que Rike la recogiera allí se había metido en la cama de Paul, que había ido a actuar con el grupo a Nuremberg. Ante su padre y Claire habían interpretado la farsa de que pasarían una noche divertida en plan amigas en casa de Miriam para explicar su ausencia y la de Silvie, hasta que esta estuvo lo bastante recuperada como para bajar a la

vivienda familiar. Flori fue la única que no se dejó engañar y al día siguiente le hizo llegar a Silvie por debajo de la rendija de la puerta un dibujo con muchas lágrimas negras.

Desde entonces, Silvie se había vuelto realmente frágil, suave como una pluma, lo que todavía acentuaba más su vestido de lana blanco. Tenía la cintura tan fina que la falda, larga hasta la pantorrilla, se abría hacia abajo como una flor.

—Una antigualla —este había sido el comentario poco halagador que Claire había hecho acerca de la nueva creación de Miri, de la cual esta se sentía tan orgullosa—, y para mí el despilfarro más grande de tela que se ha podido hacer en estos tiempos de escasez. Habrían salido dos faldas más de ahí.

—Por desgracia estás totalmente equivocada, *maman* —señaló Flori—. ¡Es el *dernier cri!*

—¿Y tú me lo vas a decir, mi Peque? —preguntó Claire.

—Lo sé, sí —contestó su joven hija con toda seriedad—. La línea procede de un tal monsieur Dior, de tu querido París, y se llama New Look. Lo he visto en el dentista, en una revista de modas. ¡Creo que todas las mujeres de Berlín y de cualquier lugar pronto estarán deseando llevar este tipo de vestidos!

Rike pensó que podía ser cierto al contemplar a su hermana vestida con la última creación de Miriam sobre el escenario.

—Nadie ha cantado jamás una despedida tan hermosa como los Comedian Harmonists —susurraba en ese momento por el micrófono—. Sin rencor, sin reproches, sin armar ningún jaleo, y precisamente así quiero hacerlo yo hoy también. Lamentablemente, el tiempo no puede detenerse, por mucho que tal vez se desee. Nos marca un compás, y a veces podemos bailar a su ritmo, pero otras veces tropezamos.

Se movió ligeramente.

La suave tela flotó alrededor de sus impecables piernas. Era como una pintura perfecta en blanco y oro que acababa de despertar a la vida.

—*This song is dedicated to you, Ben Green* —dijo—. *For all we had. And for all we lost.*

*Dame el último beso de despedida
porque hoy he de dejarte,
y dime hasta la vista,
hasta la vista, sé feliz.*

*Nos hemos amado apasionadamente
y nunca se enturbió nuestra felicidad,
por eso te digo hasta la vista,
hasta la vista, sé feliz.*

*No has de decirme
si me serás fiel,
cuando se ama de verdad
no se hacen preguntas absurdas.*

*Dame el último beso de despedida
porque hoy he de dejarte.
Me alegrará volver a verte,
volver a verte, goodbye...*

Al principio, una vez que Silvie hubo terminado y se inclinó un poco hacia delante, no se oyó ningún ruido, parecía que todo el club mantuviera la respiración como un solo hombre.

Los ojos de ella buscaban en vano los de Ben.

Él estaba apoyado en una columna llorando desconsoladamente, la mano derecha quemada sobre el pecho, y en esa posición permaneció cuando estalló el acalorado aplauso en el que se mezclaban fuertes silbidos de admiración.

El rostro de Miri también estaba mojado por las lágrimas.

Rike ya había contado con que esa velada especial desataría sentimientos muy intensos, pero no con esa tristeza que lo envolvía todo y que ella también sentía.

«Stefano —pensó, y el nudo que tenía en la garganta se le iba haciendo más grande—. ¿Volveremos a vernos algún día?»

Se había jurado por el camino que no lloraría. Fuera lo que fuera lo que Silvie cantara. Bajo ningún concepto.

Y ahora le resbalaban las lágrimas y ya no se tomaba el trabajo de contenerlas.

Berlín/Milán, finales de otoño de 1947

La carta llegó procedente del entonces cuartel general de las Fuerzas Armadas Británicas en Fehrbelliner Platz, donde se había instalado la Casa del Frente del Trabajo durante el período nacionalsocialista. Friedrich la leyó primero sin las gafas, luego con ellas una segunda vez y al final se la dio a Rike con una significativa mirada.

«... con la presente le comunicamos que se ha levantado la confiscación de su vivienda en Branitzer Platz número 5. A partir de este momento puede disponer totalmente de su inmueble...»

—Es fantástico —dijo eufórica.

Excepcionalmente estaban solos los dos en la cocina porque Claire había ido a la tienda, Silvie tenía trabajo en la radio y Flori estaba estudiando en la escuela. Con el tiempo, el apartamento se había vuelto un poco más acogedor; Miriam había cosido unas cortinas y contaban con un par de utensilios de cocina más. Pero a pesar de todo, ¡ni comparación con la villa confiscada desde 1945, empezando por el espacio!

—Claire se pondrá loca de alegría y Flori por fin tendrá una habitación propia. —Leyó una vez más aquellas pocas líneas—. En efecto, negro sobre blanco, aunque todavía no acabo de creérmelo.

—A saber qué aspecto tendrá ahora nuestra casa. Primero los rusos, luego los Tommies... Vaya, ¡yo me espero lo peor!

—Lo principal es que recuperemos nuestro hogar, papá, el resto se arreglará después, ya verás. A lo mejor no es de hoy para mañana, pero con un poco de paciencia...

No pudo evitar volver a pensar en el tesoro escondido bajo el césped. ¿Habrían resistido las joyas y los candelabros a dos fuerzas de ocupación seguidas? Por extraño que fuera, Rike tenía un buen presentimiento.

Habrían tenido que cavar muy profundamente...

—¿Paciencia? ¡Como si las potencias aliadas ganadoras no nos la hubieran exigido ya en cantidades enormes! Y seguirán haciéndolo, hija mía, hazme caso.

Pese a que ya habían pasado muchos meses desde el viaje a Zurich, Rike se sentía conmovida cada vez que la llamaba así. ¿De verdad que no tenía ni la más absoluta idea? ¿O había decidido en un momento dado fingir que todo iba estupendamente bien?

A ese respecto, su opinión cambiaba según estuviera de ánimos.

—Los rusos, sobre todo, son auténticos maestros en ello.

Hacia meses que este era el tema preferido de su padre. Desde que Friedrich Thalheim había sido nombrado tesorero en funciones de la CDU, su odio hacia los soviéticos iba creciendo de semana en semana, lo que todavía hacía más profundo el abismo invisible que lo separaba de Carl, en el otro lado del espectro político. Rike observaba preocupada esa evolución, que la convencía de mantener su decisión de no mencionar el tema de la paternidad. Friedrich había intentado animarla a que ingresara ella también en el nuevo partido. En un principio, Rike no había tenido inconveniente, pero después de acudir algunas veces a la sección local, había desistido. Para su gusto, había entre sus miembros demasiados antiguos nacionalsocialistas, lo que le venía a contrapelo. Ahora simpatizaba con el SPD, el Partido Socialdemócrata, aunque Friedrich era del parecer de que este no era un partido para autónomos y emprendedores. A ella le gustaba especialmente Ernst Reuter, un hombre con un agitado pasado, que en junio había sido elegido primer alcalde de Berlín pero no había podido ocupar el cargo por un veto de los soviéticos. En su lugar se hallaba ahora la socialdemócrata Louise Schröder.

—Justo ayer, Werner me contó que el camión con nuestros últimos suministros de tela de Düsseldorf había sido detenido sin razón en la zona ocupada por los soviéticos y registrado de arriba abajo, y que había hecho falta una larga conversación para que lo dejaran proseguir su camino a Berlín —prosiguió Friedrich—. Últimamente también ponen todo tipo de trabas en el transporte de viajeros por ferrocarril. Algunos clientes me han contado que tuvieron que aguantar una parada de varias horas antes de que el tren por fin volviera a ponerse en marcha.

Jugueteó con las gafas, y Rike supuso lo que vendría después.

—Me ha extrañado que rechazaras tan rotundamente la generosa invitación de Werner a llevarte en coche a Milán. Si dentro de un par de días coges el tren para ir a ver a tu amiga, es posible que tengas que sufrir en tu propia piel todas esas absurdas demoras.

«Por fortuna puedo renunciar a ella —pensó Rike, mientras dibujaba una reservada sonrisa. Entonces, en Zurich, Brahm se había contenido de forma aceptable, pero sus insinuaciones cada vez eran menos ambiguas. Recientemente había llegado al colmo: “un hombre experimentado es precisamente lo que necesita una mujer joven”—. ¡Me muero de risa! Antes de corresponder a un viejo verde como ese, prefiero quedarme toda la vida soltera.» Pero no llegaría hasta ese punto, porque el bautizo no era la única razón por la que Rike se alegraba de ir a Milán...

Friedrich todavía no había concluido su sermón.

—¡Cuánta agitación por el bautizo de un niño! ¡Te vas de viaje, se prepara un banquete y, por si fuera poco, se celebra la ceremonia en la catedral de Milán! Nosotros, los protestantes, a los recién nacidos les echamos un par de gotas en la cabeza en la iglesia de la esquina y luego servimos café y pasteles. Y punto. Los católicos, en cambio, no hacen nada sin incienso ni toda esa parafernalia, y, en

este sentido, los italianos son los peores...

«Con una breve parada en Zurich», pensó Rike mientras lo dejaba que siguiera hablando. Para ir a ver a Vögli y Brugger. El asunto de la nueva moneda iba cada vez más en serio, le había escrito su asesor bancario. Todo lo demás se lo había comunicado verbalmente. Una oportunidad que no quería desaprovechar.

—De todos modos, en esta familia, mis hijas hacen lo que les da la gana. La primera proyecta unos estupendos viajes al extranjero, la segunda emprende una carrera en la radio comunista y la pequeña cada día pone más a prueba los límites con sus padres. ¡Y, sin embargo, lo único que yo le pido es que saque buenas notas!

Las peleas entre Flori y su padre iban en aumento últimamente porque ella faltaba a la escuela cada vez más a menudo para salir con Taps pegado a sus talones a pasear por Berlín y dibujar «imágenes humanas», como ella las denominaba, lo que naturalmente se acabó descubriendo. Mientras caía de plano un sol despiadado sobre la ciudad, el padre y la benjamina tenían un altercado en cuanto se les brindaba la ocasión. Hasta que Claire no aguantó más y fue víctima de un llanto convulsivo no llegó la calma.

Pero lo que más quebraderos de cabeza daba a Friedrich era que Silvie trabajara desde hacía unos meses en la primera emisora de radio del Berlín devastado por la guerra, que en mayo de 1945 había iniciado una programación completa. En el ínterin, la emisora controlada por los soviéticos en la antigua radio del centro de Charlottenburg se había ganado muchos fieles seguidores en Berlín Este, aunque también en el Oeste. Silvie había empezado a trabajar allí como locutora, y su voz cálida y algo ronca tuvo una muy buena acogida entre el público. A esas alturas ya hacía de moderadora en programas para mujeres y niños e incluso había comenzado a escribir sus textos para ese formato popular. No parecía importarle que tuvieran que pasar hasta ocho veces por la censura política para llegar por fin a ser emitidos.

—Estoy segura de que sucede lo mismo con los americanos o los ingleses, pero con la diferencia de que allí fingen que son «libres». En eso prefiero a los rusos, que tienen normas claras. Y si hay algún problema serio, simplemente me voy a hablar con Mischa Wolf, nuestro jefe de redacción: en cuanto él interviene todos los manuscritos se firman sin falta. Le estoy muy agradecida a nuestro tío Carl porque me ha recomendado a la gente de la radio.

Silvie estaba entregada a su nueva actividad, lo que a Rike la sorprendía e impresionaba por igual. Ninguna hora extra ni ningún esfuerzo, por agotador que fuera, tanto dentro como fuera de la radio resultaban excesivos para su hermana. Silvie, que toda su vida había sido una dormilona convencida, se afanaba para conseguir las primeras horas de emisión y estar así bien cerca del pueblo, según decía. Naturalmente, era fiel a las reuniones de Carl en Potsdam, que iban adquiriendo cierta fama porque aglutinaban a mentalidades muy diferentes en torno a una mesa.

Ya no mencionaba nunca a Ben, pero mantenía un estrecho contacto con Ralf Heiger. Él también trabajaba para la radio de Berlín, en un principio antifascista y que sin embargo, por voluntad del Partido Socialista Unificado, se iba politizando y tomando claramente partido por la instauración del socialismo en Alemania.

Una radio comunista de pura cepa, tal como Friedrich Thalheim comentaba despectivamente siempre que podía, que despojaba a las mujeres de su feminidad convenciéndolas de que trabajasen en lugar de quedarse en casa al cuidado de sus hijos.

¿Podría llegar ni que fuera a sospechar lo que había hecho su hija mediana un par de meses atrás?

En los sueños de Rike aparecía de vez en cuando una niña de cabello moreno, algunas veces de la mano de la difunta Alma y otras, sola. Parecía amable, sonreía y la saludaba con la mano, pero cuando Rike se acercaba demasiado a ella, se desvanecía como un espejismo.

¿La hija de Silvie, que no había podido vivir?

¿O el deseo insatisfecho de Rike de formar su propia familia, que cada vez era más fuerte aunque se diera perfecta cuenta de que ese sueño era muy lejano?

A veces hablaba de ello con Miri, que se alegraba a su vez de poder compartir con alguien su nostalgia por Ben Green.

«Yo que tú confiaría en el espíritu inconstante de Silvie. Un día se hartará de él. Después será Ralf Heiger quien pase a la historia.»

Rike se había encontrado con Ralf una única vez, cuando había ido a buscar a su hermana a la radio. No le pareció simpático, aunque entendía por qué atraía a las mujeres: con sus cabellos negros, en los que brillaban las primeras hebras plateadas, los ardientes ojos oscuros y su notable forma de hablar parecía salido de otro siglo, apasionado, vehemente, casi demagógico. Un hombre que habría encajado en la época de la Revolución francesa más que en el Berlín destruido por las bombas de la posguerra y con tantos problemas difíciles de resolver, que exigían de todos una constante disposición a transigir.

Silvie, por el contrario, lo encontraba fascinante y absorbía sus declaraciones como si fueran mensajes de redención, lo que de nuevo sacaba a su padre de quicio.

—¿Es que no sabes pensar por ti misma? —le vociferaba—. ¿Para qué te he enviado a la escuela durante años?

—Justo eso es lo que estoy aprendiendo ahora y me lo paso en grande, aunque a ti no te guste —contestaba ella gritando—. ¡Tu visión del mundo no tiene por qué ser para mí la medida de todas las cosas, querido papá!

Parecía como si los frentes todavía fueran a endurecerse más, y desde cualquier punto de vista imaginable.

Así que Rike se sintió aún más satisfecha de poder volver la espalda a la ciudad, aunque fuera por un breve período de tiempo. Se alegraba de reunirse en Milán con Elsa, Michele y la pequeña Isabella, pero su corazón palpitaba con fuerza sobre todo cuando pensaba en Stefano. En verlo. En volver a oír por fin su voz.

Cuánto lo deseaba.

Las conferencias con el extranjero seguían siendo difíciles. La comandancia aliada debía autorizar todas las llamadas a otros países, y los tiempos de espera podían dilatarse hasta las diez horas. De ahí que Rike se pusiera muy contenta cuando a principios de verano Stefan realizó una breve estancia en Berlín para encargarse como abogado de una herencia germanoitaliana. Sin embargo, no disfrutaron de mucho espacio para lo personal: un paseo nocturno por la orilla del Spree, una comida juntos y unas horas de pasión en la habitación de un hotel que, a pesar de todo, habían dejado a Rike con una sensación de vacío interior. Echaba de menos el cariño, la cercanía y la intimidad; pese a la fuerte atracción física, Stefano seguía siendo para ella extrañamente ajeno, sobre todo porque también sus cartas se habían ido haciendo más raras con el transcurso del tiempo.

¿Le ocurriría a él lo mismo?

Él minimizaba sus cautelosos intentos de hablar de ello. En esos momentos la lengua resultaba un gran obstáculo. Aunque Rike hablaba bien el italiano, mientras que él apenas tenía unas nociones de alemán básico, no dominaba el idioma en todos sus matices, por desgracia. ¿Cómo iba a conseguir expresar algo que ni siquiera en su lengua materna lograba entender?

Aun así, puso todas sus esperanzas en Milán. Sin duda, el contacto personal arrojaría a un lado aquellos pensamientos oscuros y entre ellos todo volvería a ser tan excitante y romántico como al principio.

Ya tenía preparada su maletita.

Tampoco tenía tanta ropa que llevarse. Miri le había confeccionado un vestido de lana siguiendo el actual New Look en un cálido color cobre, y Rike lo cuidaba como a la niña de sus ojos. Con él se sentía elegante, casi irresistible. Las profecías de Flori se habían confirmado: las mujeres estaban locas por esa nueva tendencia llegada de París que les daba un aspecto tan femenino y refinado. ¡Si no hubiera cupones para la ropa ni límites de producción, y, sobre todo, si sus almacenes todavía existieran, esos modelos se venderían como rosquillas a una clientela fascinada!

Pero el día a día en Berlín era, por desgracia, totalmente distinto.

Racionamiento, economía de escasez, nada más que regulaciones y limitaciones, y seguro que eso iba para largo. Los clientes ahorran, vacilaban, dudaban, querían pero seguían sin poder porque continuaban sin tener ni suficientes cupones ni bastante dinero. A veces, Rike se sentía sencillamente harta de la multitud de obstáculos que se levantaban frente a ellos.

Ni un solo soldado soviético detuvo el avance del tren cuando pasó por su zona. Aun así, un viaje en tren a Suiza, con tres transbordos hasta llegar a su destino, era agotador y exigía mucho tiempo, pues duraba casi un día entero. Ya oscurecía cuando Rike por fin entró en Zurich. Había vuelto a decidirse por la pensión barata de la otra vez, donde dejó rápidamente el equipaje en su habitación. Y, nostálgica, se reunió después con el abogado para cenar en el pequeño local donde se habían dirigido tan amablemente a ella durante su primera visita.

Paseó la mirada con discreción por el restaurante forrado de madera. Por supuesto, ningún Alessandro a la vista.

En cambio, Reto Vögli la saludó alegremente con la mano desde una de las mesas del fondo del local.

—Tiene usted buen aspecto, señorita Thalheim —dijo cuando ella se hubo sentado—. Me alegro muchísimo.

—Sin embargo, este año pasado para nosotros ha sido una auténtica catástrofe —dijo ella—. Alaska en invierno, Sahara en verano. Lo que no se había congelado se reseco totalmente en los meses que siguieron. Era como si el cielo se hubiera conjurado contra nosotros, y lo digo yo, que no soy precisamente religiosa. Quien todavía no sabía lo que era el hambre, lo ha aprendido ahora.

—He oído hablar de esas pésimas condiciones. ¿Cómo ha superado usted todo esto?

—Ni yo misma lo sé exactamente, señor Vögli. Toda la familia ha permanecido unida. Solo de ese modo hemos conseguido salir adelante.

—¿El Geschnetzeltes típico de Zurich? —preguntó cuando el camarero se acercó a la mesa—. Lo recomiendo en este local.

Pidió un vino de mesa sencillo y agua. Brindaron.

—Ahora me interesaría mucho conocer cómo se ha tomado su familia la noticia de la herencia del señor Schubert —dijo—. Como abogado, en realidad no me corresponde hacerle esta pregunta, pero, con el paso del tiempo, su abuelo y yo nos hicimos bastante amigos. Por eso me tomo esta libertad.

—Si desea que le informe con exactitud, lo cierto es que a mi familia no le he dicho nada —contestó Rike—. Me limité a enseñarles esto. A fin de cuentas salta a la vista. —Señaló el anillo de las serpientes—. Papá sigue pensando que es mi padre, o quizá nunca lo haya creído, pero de puertas afuera no se le nota nada. Y el otro...

Reto Vögli la miraba con atención.

Antes de su partida se había reunido en Potsdam con Carl, en la tejeduría de la abuela Frida, que estaba recuperándose de una gripe intestinal. Emocionaba el modo en que él se ocupaba de su anciana madre, le preparaba el té y le sonreía generosamente cuando ella se repetía una y otra vez. La mujer parecía ir encerrándose más y más en su propio mundo, hablaba con su difunto marido como si

Wilhelm estuviera a su lado y se reía de vez en cuando como una jovencita que acabara de enamorarse.

En aquellas circunstancias, Rike podía ahorrarse preguntarle a su abuela sobre los acontecimientos en torno a su nacimiento, aunque había pensado varias veces en hacerlo. Con Lydia, quien pese a todo seguía siendo la esposa legítima de Carl, no contaba.

—A lo mejor entiende de una vez que una actividad sensata es más liberadora que andar todo el día por casa siendo exigente con los demás y enrareciendo el ambiente sin ningún sentido —dijo Carl—. Además, el nuevo pastor le gusta. Y creo que bastante. Aunque Lydia, naturalmente, nunca lo admitirá.

—¿Cómo es que no os divorciasteis hace tiempo? —Para Rike era el comienzo de otro tema que le urgía tocar.

Miri le había advertido que no removiera nada o de lo contrario se produciría una debacle en la familia Thalheim..

¡Qué fácil era para Miri decirlo!

Ella no tenía que hablar con ese hombre impresionante, con el pelo rubio ceniza enmarañado, y preguntarse a sí misma si no habría heredado de él, además de la frente ancha, la conciencia del deber y una cierta terquedad que cada vez con mayor frecuencia Rike confirmaba poseer.

—¡Menuda pregunta! —Carl sonrió levemente—. ¿Quizá porque no quería herirla más de lo que ya he hecho? Lydia es la madre de mis hijos. Y lo será para siempre.

Bebió un sorbo de té y se estremeció.

—¿Te he contado ya que los ingleses han dejado a Gregor en libertad? Mi hijo mayor vuelve a estar en Potsdam desde la semana pasada, sano y con unos conocimientos del inglés sorprendentemente notables. Ha tenido suerte, podía dejar por las mañanas el campamento y trabajar en una granja. Por lo visto, Gales, donde lo internaron al final, le ha gustado tanto que habla de regresar a la isla voluntariamente. ¡No me extrañaría que detrás de todo esto hubiera una muchacha bonita!

—Esto seguro que lo ha heredado de ti —se le escapó a ella. Sin embargo, no le era nada fácil evitar pensar en Oskar. El hombre que le había dado el anillo de Alma no había vuelto a aparecer por la tienda, pero tampoco había tenido ninguna noticia más acerca de él. Por lo visto, Gregor también era su hermano. Qué sensación tan extraña... Hasta el momento su único hermano había sido Oskar, y ahora de repente tenía tres—. Tú y las mujeres... ¿O debería decir tú y las mujeres y la política?

Lo había formulado conscientemente de forma ambigua, y Carl reaccionó al instante.

—Con la capitana Petrova solo me unen asuntos profesionales, si es que te refieres a eso.

De repente había adoptado su rostro oficial, como lo hubiera llamado Flori. Serio, casi se lo veía

severo, incluso un poco monacal. Pero Rike no se dejó impresionar. Notaba que algo bullía en él. Y sí, ese lado pasional y totalmente irracional que tenía siempre le había gustado, por muchos que fueran los problemas que causara.

—Nunca fui tan alocado como tú me describes —prosiguió—. Durante años para mí solo existió un gran amor: Alma. El segundo, con el que yo en realidad nunca había contado, llegó más tarde, inesperadamente, a mi vida. Pero por desgracia también lo perdí por culpa mía.

—¿Lydia? —preguntó Rike, cautelosa.

—No. No la conoces, y yo también desearía poder olvidarla de una vez. Por desgracia no lo consigo del todo. Desde entonces para mí lo demás solo es un pasatiempo, coqueteos infructuosos que espolean un poco la vanidad masculina.

—¿Eso es todo lo que deseas de las mujeres? ¿Algo puramente físico? ¿Crees que hay muchos hombres que lo ven igual que tú?

Él se apartó el cabello de la frente.

—Yo solo puedo hablar por mí. Y ahora ya basta, Rike. ¡Ya son suficientes confesiones para un lluvioso día de octubre!

—Señorita Thalheim, se le está enfriando la comida...

La voz cascada de Vögli la devolvió a la realidad.

—Disculpe, por favor —dijo Rike—. Pero estos secretos familiares me sientan fatal. Y no, el otro no sabe nada. Hasta ahora he sido demasiado cobarde para preguntarle directamente a mi tío si es mi padre. Sinceramente, tengo miedo. Mi mejor amiga opina que después no quedaría piedra sobre piedra de los Thalheim. Friedrich y Carl Thalheim ya se pelean, de todos modos, a la menor oportunidad, y no poco, a causa de sus distintos pareceres políticos, conque si yo hiciera de repente esa revelación...

—Ahora la he presionado. —Los sabios ojos de Vögli la miraban con preocupación—. Y, sin embargo, me gustaría tanto que la herencia la hiciera feliz. Su abuelo no deseaba otra cosa. Y que usted hiciera algo maravilloso con ella en cuanto llegara el momento adecuado.

Brindaron.

—Por la felicidad y el éxito —dijo Reto Vögli.

—¡Por el amor! —contestó Rike, bebiendo un buen trago de vino tinto.

«Ya se están imprimiendo en Estados Unidos los nuevos billetes para Alemania. Unos barcos especiales los transportarán a Bremerhaven, donde se guardarán con el mayor secretismo hasta el día X. A partir de entonces, en Alemania volverán a venderse artículos de los que muchas personas ni

siquiera se acuerdan. En lo que Estados Unidos está realmente interesado es en una moneda alemana fuerte. Por eso también el plan Marshall: no por piedad con los vencidos, sino por tener un escudo de protección efectivo contra el comunismo...»

El recuerdo del suizo-alemán Brugger, dilatando las sílabas, se mezclaba en la mente de Rike con el sonido metálico del ferrocarril. Volvía a estar en el tren que ahora la llevaría de Zurich a Milán.

—Si es cierto que todo es tan secreto, ¿cómo es que usted lo sabe? —se había atrevido a replicar Rike.

Brugger, con una significativa sonrisa, respondió:

—¡No solo yo, señorita Thalheim! Todos los que operan con dinero a nivel internacional están informados. Y nosotros, los que trabajamos en bancos suizos, qué duda cabe.

—¿Y cuándo será ese día? —preguntó Rike.

—Eso, por ahora, no lo sabe nadie con exactitud. En algún momento del año que viene. Yo diría que podría ser en verano. Sí, 1948 será, definitivamente, el año del nuevo comienzo. Entonces por fin la paz en Europa podrá ser real...

Así que todavía debía esperar para desvelarle a su familia la verdad sobre la herencia del abuelo Schubert. Sin embargo, hasta entonces tenían que ocurrir muchas cosas, pues de lo contrario no estarían lo suficientemente preparados para ese vago día X. Si después de la reforma monetaria querían volver a los negocios y que los reconstruidos almacenes Thalheim resplandecieran con un nuevo brillo, deberían producir en grandes cantidades, lo que seguramente no sería fácil, ya que entrarían en juego otros competidores que planeaban lo mismo. Pero sobre todo necesitaban una tienda como era debido para presentar los últimos diseños en un marco apropiado a sus clientes. Con el pequeño y mohoso negocio sin rendimientos de la Savignyplatz no triunfarían por mucho que se esforzaran.

Un nuevo edificio, espacioso, luminoso, moderno, que respondiera totalmente a la época que se inauguraba, y al mismo tiempo con el inconfundible estilo Thalheim, que recordara a un tiempo anterior. No era un proyecto sencillo, en absoluto. Imposible de llevar a cabo sin recurrir al millón suizo que debía continuar reposando en Zurich hasta que la nueva moneda saliera oficialmente al mercado. De momento, abrir unos almacenes tan grandes como los anteriores seguía siendo un sueño.

«Debería procurar, además, cambiar en breve la moneda antigua por otra divisa, porque irá perdiendo valor a medida que pasen los meses. Le aconsejaría el dólar o incluso el franco suizo...»

¡Para Brugger era fácil decirlo!

Que intentara él pagar en Berlín con billetes de dólar. Aun así, intentaría pasarle de algún modo esta indicación a Friedrich. A lo mejor se mostraba lo suficientemente abierto de mente para reaccionar.

Estaba mareada de tanto pensar. Se obligó a dejar de cavilar por un rato y a concentrarse en el

paisaje que se deslizaba junto a ella tras la ventanilla. Ese trecho hasta la frontera italiana era precioso, tan verde y exuberante, como si todavía faltara mucho para el invierno. Solo un par de incipientes manchas de matices otoñales, oro y rojo, como borrones. Y fue incluso más variado cuando el tren pasó el control de pasaportes: pinos, cipreses, cedros, un gran número de árboles que hasta entonces ella solo había visto en dibujos o fotografías. Le hubiera encantado bajar sin más para pasear por ahí y regodearse la vista con aquel verdor meridional que tanto echaba de menos en Berlín, gris y desarbolado.

—*Buona giornata, signorina!*

¿Acaso el joven funcionario de aduanas no la había mirado a los ojos más profundamente de lo que era necesario al despedirse? Y eso que ni siquiera llevaba su nuevo vestido de color cobre.

Rike se apoyó en el respaldo, relajada.

¡Qué maravilloso era llegar por fin a Italia y volver a sentirse por entero como una mujer!

La parada siguiente era Como. La parcela que poseían los Morelli debía de encontrarse cerca del lago del mismo nombre. «A una hora larga en coche de Milán», había dicho Elsa. Quizá durante su estancia se presentaba la oportunidad de hacer una pequeña excursión.

Rike sintió cómo crecía su impaciencia.

Stefano le había escrito lamentando no poder ir a recogerla porque tenía una importante cita en los juzgados, aunque a lo mejor...

Pero cuando el tren entró en la estación y ella bajó, solo Elsa estaba en el andén.

—¿Dónde está la pequeña? —preguntó Rike después de tragarse su primera desilusión y de que las dos amigas se hubieran abrazado largamente.

—Con Rosaria. Es la *mamma* de Michele, vive con su hermana Martina a dos casas de la nuestra, lo que puede ser un poco fastidioso porque las dos se meten constantemente en todo, pero otras veces es enormemente práctico. ¡En Italia no te salvas de la *famiglia!*

Subieron al tranvía, que iba tan lleno que no pudieron sentarse.

—Naturalmente, habría sido más cómodo ir en nuestro coche —dijo Elsa cuando alguien empujó a Rike al bajar y ella casi se cayó sobre su maleta—. Michele compró uno de segunda mano hace dos semanas, pero de momento, por desgracia, ha pasado más tiempo en el taller que a punto para circular. —Se encogió de hombros—. ¡Así es la bella Italia! Más te vale no ir con prisas...

Rike miraba fascinada por la ventana.

—También aquí tenéis muchas ruinas —observó—. No sabía que en Milán habían caído tantas bombas.

«Stefano no me ha dicho nada al respecto —pensó—. Pero ¿qué sé en realidad de él?»

—En efecto —confirmó Elsa—. Algunos de los peores ataques se produjeron en 1944. Al recoger

los escombros se han encontrado por todos lados antiguos yacimientos romanos que no facilitan precisamente que la reconstrucción se realice con rapidez. Pero al menos les ha llegado el turno a los arqueólogos. Estarán ocupados durante muchos, muchos años.

Elsa le sonrió con cariño.

—¡Qué bien que por fin hayas venido, Rike! ¡De verdad que te echaba de menos!

—Y yo a ti todavía más —aseguró Rike.

—Pero ahora volvemos a estar juntas. Y tenemos que bajar en la próxima estación. Vivimos en la Via Cerna, podríamos decir que casi a la sombra de la catedral.

A izquierda y derecha se alzaban edificios antiguos, unos pocos con laboriosos estucos en las fachadas y bonitos balcones ondulados, los otros eran modestos. A pie de calle se veían numerosas tiendas, carnicerías, talleres de zapateros, colmados, barberías, con todo lo necesario para vivir. La calle era estrecha, sin aceras. Un coche pasaba justo en ese momento.

—Tienes al vecino de la casa de enfrente a un palmo de tu nariz —se le escapó a Rike.

Elsa asintió un poco disgustada.

—Y él a ti. Al principio me costó acostumbrarme. Aquí todo el mundo lo sabe todo de los demás. Es totalmente distinto de lo que pasa en Alemania, donde detrás de cada puerta se esconde un misterio.

Se detuvo delante de un edificio de tres pisos con la fachada amarilla y abrió la puerta.

—Por cierto, Stefano vendrá mañana directamente al bautismo —dijo al subir—. Por supuesto, tengo que saludarte con mucho cariño de su parte.

Recibió la noticia como una flecha envenenada y debió de mostrarlo claramente, pues Elsa se paró en medio de la escalera y le acarició la espalda.

—Ey, ahora te he puesto triste, lo siento.

—No pasa nada —dijo Rike con un hilo de voz.

—¡Sí, sí que pasa! Debería haber ido a la estación, ya que está coqueteando contigo, o al menos eso parece. ¡Cita en los juzgados! —Elsa arrugó la nariz—. Cuando uno busca pretextos, los encuentra. Pero ya te lo advertí entonces en Berlín. El *cugino* de Michele es apuesto y puede ser condenadamente encantador, pero más vale no confiar demasiado en él.

—¿Qué quieres decirme exactamente con esto? —preguntó Rike, alarmada.

—Enseguida te lo explico. ¡Ahora entra!

El apartamento era oscuro y frío, eso fue lo primero que le llamó la atención. Un largo pasillo del que partían las habitaciones, grandes espacios con techos estucados, suelos de madera y puertas de dos hojas profusamente decoradas. Las paredes habrían necesitado una nueva capa de pintura pero, pese a un par de manchas amarillentas, hablaban de nobleza y alta burguesía.

—No os quejaréis por falta de sitio —comentó Rike, que no pudo evitar pensar en la angosta

Bleibtreustrasse.

—De eso precisamente no. Pero ¿te das cuenta de lo difícil que resulta caldear estas salas? En Italia la madera y el carbón también están estrictamente racionados. Y los inviernos milaneses pueden ser bien fríos. Me he pasado desde enero hasta marzo tiritando. De no ser porque tenía a mi amorcito en el vientre, me habría congelado.

En sus ojos apareció una expresión radiante.

—Isi llegó al mundo el 8 de mayo, exactamente dos años después de la capitulación de Alemania. Creo que nuestra hija no podría haber elegido una fecha mejor, y además, a partir de ese día empezó a hacer más calor. Voy a buscarla a casa de Rosaria. Entonces entenderás a qué me refiero.

Rike desempaquetó sus cosas, miró al techo e intentó calmar su inquieto corazón.

«Pero más vale no confiar demasiado en él...»

Cada una de las palabras de Elsa le había dejado una herida. Por otra parte, estimaba a su amiga justamente por su franqueza. Tal vez debería haberle preguntado por Stefano y su modo de vida en los meses pasados, durante los cuales se habían carteadado con frecuencia. Pero era demasiado orgullosa para hacerlo. Además, había preferido hablar con él en lugar de sobre él.

Cuando Elsa regresó con la pequeña en brazos, Rike se enamoró al instante de la niña. ¡Esos mofletes gorditos, la naricilla respingona y la boca tan mona! Unos rizos oscuros le cubrían la cabecita. Acababan de bañarla, iba vestida con un pelele amarillo y olía a pan recién salido del horno. Rike no podía estrecharla más entre sus brazos, tan fuerte era su nostalgia.

¿Acaso no era ese el auténtico sentido de la existencia: dar amor y dar vida? Una de las nuevas frases favoritas de Friedrich. Algunas veces Rike se enfadaba con el hombre que todavía se tenía por su padre, pero otras veces, aunque fuera a regañadientes, debía darle la razón.

Se fueron juntas a la cocina, donde Elsa ya había preparado una lasaña. Cuando Michele llegó de la clínica había comida: acelgas en lugar de carne y una capa de parmesano que podría haber resultado más generosa, un plato que Rike encontró, junto con la algo amarga ensalada de rúcula, simplemente riquísima. Después de intercambiar unas frases amables, Michele se retiró a la biblioteca, como llamaba el joven matrimonio a la habitación repleta de estanterías casi vacías, a la espera de libros, y dejó solas a las dos amigas.

A su lado, Isi dormitaba tranquilamente en el cochecito.

—¡Y ahora, suéltalo! —estalló Rike—. ¿Qué tienes que decirme de Stefano?

Elsa suspiró.

—Tío Marcello, el padre de Stefano, nunca podrá volver a ejercer de abogado. El corazón, ¿entiendes? Después del grave infarto no es el mismo que antes. A Stefano ahora el trabajo le exige demasiado, así de simple. De ahí que se haya buscado como socio principal del despacho a Luigi

Cavallo, padre de una hija sumamente atractiva llamada Mona.

Rike dejó durante un buen rato que el mensaje entre líneas obrara su efecto.

—¿Y justamente esa Mona es la nueva chica de Stefano? —preguntó al final.

—Creo que llevan unas pocas semanas saliendo, pero ella ya se ha encargado de poner al corriente a todo el barrio. Mona Cavallo tiene grandes aspiraciones, y eso que acaba de cumplir los veinte años. Una joven de acero, por decirlo de algún modo, católica de la cabeza a los pies, tan perfecta en apariencia como tenaz en su comportamiento. Quiere ascender y quiere hacerlo deprisa. Alguien tan ambicioso como Stefano encaja a la perfección en ese programa.

—¿Y qué estoy haciendo yo aquí? —Rike se había movido con tal ímpetu que había volcado el vaso de vino. Un lago granate se extendió sobre la mesa.

—Tú has venido a ver a tu vieja amiga y a conocer a su hijita. Y además: *bella figura* por encima de todo —advirtió Elsa mientras cogía una bayeta y limpiaba el líquido derramado—. Cuando dejas a un tipo tienes que estar más atractiva que nunca para que le haga daño de verdad. En primer lugar necesitas un peinado decente. El clásico moño hace tiempo que ha pasado de moda. Por eso he reservado hora para mañana por la mañana en el Salón Graziella, no solo para mí sino también para ti. Luego ya veremos qué hacemos.

—*In nomine Patris et Filii et Spiriti Sancti...*

Isabella gritó como una posesa cuando le vertieron el agua para bautizarla. A Elsa le habría gustado que Rike fuera la madrina de su hija, pero por su condición de protestante era inaceptable para la católica Milán.

—Así que tendrás dos —le había dicho Elsa, que ya se había convertido—. Mi cuñada Martina y tú. La una oficial y la otra extraoficial, una sentimental hasta el extremo y la otra inteligente y reflexiva. ¡Mucho mejor así, en realidad!

No había nada que objetar, pero Rike se sentía fatal. El nuevo peinado que dejaba a la vista su delgada nuca y que le enmarcaba el rostro con unas suaves ondas, el moderno vestido color cobre debajo de la gabardina, el anillo de serpientes de su madre en el dedo meñique, nada la libró de su decepción. Stefano la había saludado tan formalmente como si solo fueran conocidos y no dos seres humanos a los que había unido un apasionado juego amoroso. Ni siquiera la había mirado durante la ceremonia del bautizo, mientras que los ojos de ella constantemente se deslizaban hacia él. No podía remediarlo. Había comprendido demasiado deprisa que la joven rubia que estaba junto a él tenía que ser esa Mona de la que Elsa le había hablado, guapísima y fría como el mármol blanco.

Elsa le dirigió un gesto animoso en medio de la ceremonia porque por lo visto sintió el conflicto interior de Rike, cosa que lo empeoró todo todavía más. Ahí estaba ella, en la iglesia más famosa del

mundo, luchando por contener las lágrimas en lugar de seguir atentamente la ceremonia o disfrutar de los tesoros artísticos que la rodeaban. Las vidrieras de colores, que se habían guardado cuidadosamente durante la guerra, como le había contado Elsa, volvían a ocupar ahora su lugar, pero ni siquiera aquella belleza histórica conseguía atraer su interés.

¿Así que el sueño italiano que ella había alimentado tanto tiempo era eso? ¿Pasar a un segundo término humillada y engañada?

No sabía durante cuánto tiempo sería capaz de mantener la compostura.

A continuación se celebraba el banquete. Llevaba semanas ilusionada pensando en sentarse al lado de Stefano, junto a los otros Morelli.

Y ahora Stefano ya tenía a alguien junto a él...

—No lo soporto —le susurró a Elsa cuando esta salió de la catedral al lado de Michele y con la niña bautizada—. No te lo tomes a mal, pero tengo que estar sola.

Casi salió corriendo, necesitaba respirar y se alegró al sentir el aire fresco removiéndole el cabello e hinchándole la gabardina.

¿Subir los doscientos escalones hasta la cubierta de la catedral y disfrutar desde allí de la famosa panorámica de la ciudad? Cualquier otro día, pero aquella mañana no le apetecía en absoluto esa pétrea soledad.

Sin pensárselo dos veces, Rike dio media vuelta y se dirigió a la Galleria Vittorio Emanuele II. Gracias a una vieja guía Baedeker, que había tenido que permanecer con el resto de los libros en la villa de la Branitzer Platz, sabía que la habían construido en el siglo XIX. Llegó al centro de la gran plaza octogonal. Impresionada, Rike levantó la vista hacia la cúpula de cristal que se extendía encima del octógono.

«Como en nuestro antiguo edificio —pensó—. Nuestros nuevos almacenes han de tener una cubierta de cristal a toda costa. No hay nada que realce más la ropa que la luz natural. Además de la artificial, que ilumina puntalmente las prendas. La combinación de ambas crea claridad y amplitud.»

Aunque pensar en sus almacenes no acabó con el rabioso dolor que sentía en el corazón, al menos de momento lo aplacó y distrajo sus pensamientos. Por eso Rike no renunció al ritual que la Baedeker recomendaba cuando alguien necesitaba urgentemente suerte: pisar con fuerza el toro, símbolo de Turín, en el suelo de mosaico de la galería y girar el pie ciento ochenta grados.

«Que todo vuelva a ir bien —pensó—. La vida, el amor, el nuevo edificio de nuestros almacenes, ¡simplemente todo!»

El ritual pareció funcionar, pues enseguida se sintió un poco más serena. Rike prosiguió su lento paseo, y miraba los escaparates intentando conservarlo todo en la memoria. Ahora habría sido de gran ayuda tener una cámara fotográfica, como la que la familia Thalheim por supuesto poseía antes

de que los rusos la confiscaran junto a las muchas otras cosas.

No era difícil reconocer que también Italia tenía tras de sí un período de escasez que aún no se había superado por completo. En la mayoría de los escaparates no había más de uno o dos artículos expuestos. En un primer momento se le cortó la respiración al ver los precios que había debajo, pero entonces recordó que era preciso calcular el cambio de moneda. Incluso así le parecieron elevados, seguramente desorbitados para muchas personas recién concluida la guerra. Y, sin embargo, en ese soleado país a nadie se le habría ocurrido una solución parecida a la colección de harapos de Brahm. Las mujeres que se cruzaban con ella pronto le empezaron a interesar tanto como los artículos de los escaparates. Las italianas sí sabían vestirse, aunque fuera poniéndose un cinturón sobre un viejo abrigo, anudándose un pañuelito en el cuello que diera vida a su atuendo, llevando un bolso de mano bien escogido o combinando los colores adecuados. A Rike le gustaba lo que veía y en su cabeza se agolpaban tantas ideas que tenía miedo de volver a olvidarlas demasiado deprisa. Pero para evitarlo tenía el pequeño cuaderno de notas que había comprado expresamente para el viaje a Milán.

Miró a su alrededor. Ahí al lado había un café, se llamaba Camparino; podía tomar notas allí mientras bebía una taza de café. Elsa le había puesto unas liras en el monedero además de un par de cupones para comida para que pudiera desenvolverse por la ciudad con autonomía.

Rike se sentó a una de las mesitas y pidió un espresso, lo más barato que encontró en la carta aunque en el fondo le habría apetecido más la bebida granate que algunos clientes tenía delante de sí en unas elegantes copas. Empezó a apuntar mientras disfrutaba a sorbitos del sabor fuerte y algo amargo del café.

Milán, ciudad de la moda.

Cinturones anchos. Pañuelos pequeños. Colores frescos. Rayas suaves. Atrevidas mezclas de colores distintos. Telas.

¡¡¡Telas!!!

Dejó el lápiz.

Aparte de esa galería carísima, tenía que haber en Milán otras tiendas que vendieran telas. Italia no estaba ocupada como Alemania, donde los aliados lo determinaban todo. Seguro que las fábricas ya habían vuelto a funcionar, posiblemente todavía vacilantes y con una capacidad más reducida que antes de la guerra, pero funcionaban.

Pagó, se puso en pie y salió.

Alrededor de la catedral, las calles se cruzaban y bifurcaban. Artículos de piel, trajes de caballero, ropa de mujer, pero no lo que ella estaba buscando.

Entonces, de repente, apareció la primera tienda de telas, y otra al lado. Cuando Rike recorrió la calle descubrió otra más.

¿Y ahora? ¿Entrar y preguntar si podía echar un vistazo general o mejor aún tocar el género? Era muy probable que los italianos la tomaran, y con razón, por una *tedesca* chiflada, una alemana loca.

Sin querer se había ido acercando al escaparte y casi apoyó la nariz contra el vidrio. Dentro, un hombre joven estaba atendiendo a una elegante señora de cabello gris. Rike se estremeció.

¡No podía ser!

Su imaginación le estaba jugando una mala pasada.

Pero lo había visto. A él.

Reunió fuerzas y volvió a acercarse.

No cabía duda. En esa tienda estaba Alessandro, el simpático italiano de Zurich.

De repente no supo qué hacer. Se anotó a toda prisa el nombre de la calle y el número de la tienda, luego regresó a la plaza de la catedral. Un par de calles más adelante, después de preguntar por el camino a algunos transeúntes con los que se cruzó, llegó a la *trattoria* donde se celebraba el banquete.

LA PATRIA, se leía en una deslucida marquesina que había conocido tiempos mejores. Sin embargo, cuando abrió la puerta la envolvió una oleada de aromas de especias.

No hubo nadie en la larga mesa que no se la quedase mirando.

El rostro perfecto de Mona se había congelado en una máscara, mientras que Stefano dibujó una sonrisa nerviosa que desapareció enseguida.

—*Mi dispiace* —dijo Rike amablemente al grupo—. *Mi sono sentita male. Ma ora va tutto bene. E ho molta fame.*

—¡Pues entonces vente aquí, fugitiva! —Elsa dio unos golpecitos a la silla que estaba libre a su lado—. Qué bien que te encuentres mejor. Y que estés hambrienta. Pero tendrás que comer un poco más deprisa. Ya casi hemos terminado la pasta.

»¿En serio que estás bien? —le susurró cuando Rike se abalanzó sobre sus *tagliatelle al sugo*—. Estaba preocupada de verdad.

—Pues no lo estés —murmuró Rike a su vez—. *Tutto a posto*. Todo bien. ¿Sabías que en Milán suceden milagros?

—¿Milagros? —preguntó Elsa, frunciendo el ceño—. A lo mejor. Si uno es un católico muy devoto. Pero incluso en tal caso supongo que el último milagro se produjo hace mucho tiempo.

—*Veri miracoli*. Auténticos milagros. Y ni siquiera has de ser católico, porque suceden justo ahora.

No habló con Stefano hasta después de haber comido la *panna cotta*. Había salido a fumar fuera para

no dañar los tiernos pulmones de Isabella; Rike lo siguió.

—*Mi dispiace...* —empezó él, deslizando nervioso la punta del pie sobre el adoquinado.

—Yo también lo siento —respondió ella—. Y mucho. ¿Por qué no me contaste nada sobre Mona?

Él se encogió de hombros. No parecía habersele ocurrido la idea de comunicarle por escrito que había conocido a otra mujer.

—Mona es... como una tormenta, *capisci?* —murmuró avergonzado.

—¿Una tormenta? —Rike no pudo evitar sonreír ante la comparación—. Pero bastante helada, ¿no?

—*Come?*

—*Niente.* Está bien. —¿Cómo era que hasta hoy no se había dado cuenta de lo poco que se entendían al hablar?—. *Voui sposarla?* —preguntó sin rodeos.

—*Forse. Probabilmente. Non lo so...*

A lo mejor. Probablemente. No lo sé...

A Rike no le pareció que lo dijera felizmente enamorado. Pero necesitaba saber más.

—¿Y qué va a pasar con nosotros? —preguntó.

—*Senti, Elena...* —Su sonrisa tenía algo de suplicante—. *Tu... sei una donna carina... Ma il padre di Mona è un uomo molto importante a Milano...*

¿La encontraba bonita?

Por desgracia eso no era suficiente para ella.

Y respecto al padre de Mona, ¿se trataba de un hombre influyente? Entonces seguro que no era pobre.

¿Habría tomado Stefano esa decisión si hubiera estado al corriente de su herencia? No era una idea agradable y la apartó enseguida de su pensamiento. Y, sin embargo, Rike se puso contenta en ese momento de no habérselo dicho.

Él intentó atraerla hacia sí, como si no hubiera pasado nada, pero Rike se retiró.

—Entonces más bien te casas con él en lugar de con ella —dijo—. *Povera Mona.* Y sí, lo nuestro ha terminado definitivamente. A la larga me sentiría infravalorada si lo que nos uniera solo fuera un coqueteo.

Entró en el local, cogió la gabardina y el bolso y se marchó. Sorprendentemente le pareció como si hubiera recorrido varias veces el mismo camino de lo bien que se orientaba. Las tiendas de piel, las de ropa, todo como antes, salvo que, excepto ella, no había nadie en la calle, donde reinaba una calma casi espectral.

Instintivamente apretó el paso hasta llegar a la tienda que buscaba. De repente se sintió tan inquieta que hasta tenía las manos húmedas de sudor, pero si no lo hacía ahora, nunca conseguiría entrar.

Tiró resuelta de la campanilla.

¡Cerrado!

Unas lágrimas de decepción le anegaron los ojos.

Parecía que hubiese abierto de golpe una esclusa que había estado hasta el momento herméticamente cerrada. Rike hurgó en busca de un pañuelo, se secó los ojos y se limpió la nariz.

«Dos veces rechazada en el mismo día —pensó, aunque eso no era del todo cierto—. No cabe duda de que es demasiado.»

Entonces su mirada se posó en la placa metálica que había junto a la puerta.

ORARIO DI APERTURA 9.00-13.00 E 15.00-19.00.

¡La pausa del mediodía! Por eso estaba cerrado.

En ese instante el reloj del campanario dio las tres. En el fondo oscuro de la tienda se dibujó una silueta alta y delgada que se acercó a la puerta y la abrió.

El hombre de sus sueños.

Rike vio por la rendija que él abría los ojos de par en par. Y sí, la había reconocido enseguida.

—*Buon giorno, signor Alessandro* —dijo con la voz velada cuando solo los separaba un palmo—. He descubierto su tienda al pasar. Qué coincidencia tan maravillosa.

—*Benvenuta a Milano, signorina Elena.* —Una sonrisa resplandeciente iluminó su rostro—.

Cuánto me alegro. *Prego, entri!*

Berlín, verano de 1948

Friedrich, Claire y Flori ya llevaban seis meses viviendo de nuevo en la villa de la Branitzer Platz, mientras que Rike y Silvie compartían el piso de la Bleibtreustrasse. Habían alquilado a Gregor el apartamentito de Rike en la buhardilla. A partir del próximo semestre de invierno, el joven iba a estudiar Arquitectura en la Universidad Técnica, y mientras tanto trabajaba de ayudante en la empresa constructora de Erwin Brose para intentar ahorrar un pequeño capital inicial. El primogénito de Carl era totalmente distinto de su inconstante hermano Paul, quien se había negado a estudiar una carrera o una formación profesional y solo pensaba en la música. El elegante muchacho de cabellos rubios quería hacer carrera en el negocio del espectáculo, pues su banda, The Swingbrothers, actuaba cada vez con mayor frecuencia y con éxito también en Hamburgo, Colonia o Frankfurt.

Por el contrario, Gregor, de cabello oscuro, con la nariz pequeña y un mentón anguloso heredado de Lydia, era tranquilo y perseverante, dedicado estrictamente a aquello que tenía en mente. Un joven al gusto de Friedrich que había conseguido lo que a su Oskar le había sido vedado: volver a su hogar tras permanecer en la prisión. Había intentado en vano introducir a su sobrino en el tema de la moda, pero Gregor seguía negándose. Para él la moda era asunto de mujeres, aunque su tío pusiera por los cielos las elegantes colecciones de caballero que años atrás habían presentado en los almacenes Thalheim. Lo único que a él le interesaba era el análisis estructural, los materiales de construcción, las plantas, los planos, las maquetas..., es decir, todo lo que tuviera algo que ver con la arquitectura y la construcción.

Ahí y solo ahí estaba para él el futuro.

Sin embargo, se mostraba dispuesto a colaborar eficazmente. Gracias a su ayuda, los Thalheim habían podido efectuar algunas reparaciones para que su hogar fuera habitable de nuevo. Después de haber sido confiscada, la villa de la Branitzer Platz presentaba un feo aspecto. Los suelos estaban rayados; los muebles que quedaban, sucios o completamente deteriorados. Abundaban los agujeros producidos por quemaduras y en todas las habitaciones flotaba un hedor infernal a cigarrillos. Los armarios y las cómodas estaban vacíos, los numerosos pañuelos, sábanas y manteles ordenadamente apilados que había antes brillaban por su ausencia. El primer día que se instalaron en su antigua casa, Claire había recorrido habitación por habitación, al principio más o menos contenida, luego desecha en lágrimas, mientras que Friedrich, como un toro furioso, había subido y bajado las escaleras quejándose a voz en grito de los desperfectos y las pérdidas.

—Deberían pagar por ello —gritó colérico—. Un día de estos les reclamaré el dinero a esos señores de las fuerzas de ocupación que tan mal tratan las propiedades ajenas...

—Por favor, no seas ridículo, papá. —Silvie había vuelto a adoptar ese tono desdeñoso que sacaba a su padre de sus casillas—. Somos los perdedores, ¿ya te has olvidado? Y los últimos que se instalaron aquí fueron los ingleses. Ya ves que tus potencias occidentales no son ni una pizca mejores que las soviéticas, de las que tú constantemente abominas.

Rike no pronunció palabra.

En ese momento cualquier respuesta habría representado echar más leña al fuego. Así que se concentró no solo en tomar nota de lo que se había destruido, sino en pensar la mejor manera de arreglarlo.

Aquella misma tarde, al anochecer, habían salido juntos al jardín con una pala.

Pero ¿dónde cavar?

Habían enterrado las joyas hacía años, a toda prisa y en la penumbra, y el tiempo que había transcurrido desde entonces no ayudaba a encontrar el lugar exacto. Rike y Silvie incluso discutieron porque cada una pretendía saber mejor que la otra dónde estaban escondidos los objetos de valor. Un problema que Taps resolvió a su manera cuando se sentó junto a un rosal abandonado y formó un gran montón de tierra.

—¡Allí! —exclamó Claire—. El perro tiene razón, acabo de darme cuenta. ¡Tenéis que cavar allí!

Friedrich clavó la pala, pero enseguida empezó a sudar y a respirar tan fuerte que, sin pronunciar palabra, Gregor le cogió la herramienta y lo sustituyó.

—Aquí hay algo duro —dijo, dando un paso atrás.

Rike y Silvie se arrodillaron en la hierba y buscaron en el pequeño hoyo.

—¡La cubertería de plata! —exclamó Silvie—. Y mira, Rikelein, también veo el joyero de mamá.

Rike lo sacó y abrió la tapa de la caja de metal ovalada, forrada de terciopelo azul. Oro, perlas y piedras preciosas brillaron a la luz crepuscular: el bonito colgante de aguamarina, los elegantes pendientes de esmeralda, el escandalosamente caro brazalete de brillantes, ¡cómo centelleaba en la fina muñeca de su madre cuando se lo ponía con uno de sus vestidos de noche...

Tragó saliva. Qué poderoso era de repente el recuerdo.

—¿Todavía está todo? —preguntó Friedrich, preocupado.

Ella asintió.

—Y por lo que parece, en un estado impecable.

Por último, sacaron los antiguos candelabros, que solo se habían envuelto en arpillera y habían sufrido bastante con la humedad de la tierra, pero, aun así, el alivio general fue grande.

Claire era la única que había permanecido en silencio.

—Debería haberos hecho caso entonces —dijo entristecida—, pero yo creía que llevaba la razón. Poco después los rusos me lo quitaron todo. Y ahora solo me queda la alianza de casada.

—En cuanto el negocio vuelva a funcionar, te regalaré algo bonito —le aseguró Friedrich para consolarla—. A mi querida esposa no tiene que faltarle nada. Este siempre fue mi lema.

—Y mientras, te pones esto. —Rike cogió una cadena de perlas del joyero y se la colocó a Claire—. Como agradecimiento por todo lo que has hecho cada día por nosotros. Te parece bien, ¿verdad, Silvie?

—¡Me parece estupendo! —confirmó, al tiempo que Claire esbozaba una sonrisa complacida.

Por unos instantes todo pareció perfecto. Las joyas se colocaron en la caja fuerte, que Friedrich volvió a cerrar teatralmente. Rike aún ignoraba si había seguido su consejo de cambiar a dólares o francos suizos la mayor cantidad posible del poco dinero en efectivo que les quedaba, pues él evitaba hablar de ello cada vez que su hija sacaba el tema. Qué difícil le resultaba al patriarca aceptar el consejo de otra persona, y más aún si dicha persona era una mujer.

A esas alturas ya se había dado a la villa una nueva capa de pintura, se habían reparado los arañazos del suelo y Gregor había arreglado la devastada cocina para que al menos se pudiera volver a cocinar. Pero sin los caros muebles, la vajilla y los elegantes objetos domésticos, el esplendor que antes hacía que la casa fuera tan especial había desaparecido. Ahora tenían que apañárselas con un mobiliario sencillo y provisional, aunque habían pagado un elevado precio por él. Bajo mano ya había de todo en Berlín, para quien estuviera dispuesto a gastar unas sumas astronómicas que seguían subiendo cada mes. También contaban con unas bicicletas que Silvie había conseguido para todos los miembros de la familia a través de sus hábiles negociaciones en la Bolsa Negra. Así que Flori recorría sin esfuerzo el largo camino hasta la escuela de Charlottenburg; Claire silbaba complacida porque le encantaba moverse al aire libre, y Rike y Silvie disfrutaban como antes cuando circulaban en bicicleta. Solo Friedrich se ponía de mal humor, como cada vez que sus hijas mayores regresaban a la Bleibtreustrasse.

—Con todo lo que he hecho para que volváis a tener un bonito hogar —se lamentaba Friedrich—. Pero ¡vosotras no sabéis apreciarlo!

Todavía no había entendido que las dos no se hubieran mudado con él al Oeste. Silvie, que ya era una locutora de radio con experiencia, se había negado rotundamente desde el principio a volver al «cuchitril» de su infancia. Y también Rike tenía razones justificadas para no querer vivir bajo la mirada vigilante de su padre. La más bonita e importante se llamaba Alessandro Lombardi, Sandro, como ella lo nombraba tiernamente ahora. Hasta entonces había estado cinco veces con él en Milán, y tras cada estancia había vuelto más feliz a Berlín. Los encuentros con él le ofrecían posibilidades con las que ni tan siquiera habría osado soñar, y no solo en lo concerniente al ámbito comercial.

Dejaban que la relación madurase lentamente, con prudencia, con mucho respeto mutuo, lo que a Rike, tras la experiencia con Stefano, le parecía muy bien. Se habían besado por primera vez después de varios encuentros, todo como debía ser, según Elsa, quien en un segundo plano se entusiasmaba con ella y se cuidaba de que su amiga no se equivocara de nuevo. De todos modos, a Rike el beso le había parecido tan apasionado y al mismo tiempo tan familiar que luego durante días se había sentido como si flotase.

—Has encontrado al hombre adecuado —decía con alegría Elsa—. En cambio, Stefano y Mona ya se están peleando como un matrimonio viejísimo. ¡Cuánto me alegro de que vuelvas a ser feliz!

Sí, Rike era feliz. De Sandro le gustaba todo: su aspecto, lo que decía, cómo reía. Sus rebeldes rizos oscuros que él intentaba incansablemente alisar con gelatina; los despiertos ojos grises; los finos y enérgicos labios, que podían ser tan blandos al besar. Su profunda seriedad, al igual que esa graciosa jovialidad que de pronto afloraba de forma inesperada. Cualquier habitación en la que él entraba se iluminaba para ella; cada día que compartían se volvía más resplandeciente. Sorprendentemente, a Sandro parecía ocurrirle lo mismo con ella. Su «Rica», como la llamaba con cariño después de que ella le hubiera confesado su verdadero nombre, era para él un *dono del cielo*, un don del cielo. De golpe, Rike ya no tenía que cuestionarse constantemente a sí misma. Caminaba de otro modo, reía de otro modo, se movía de otro modo, totalmente en armonía consigo misma.

Era una nueva mujer, que incluso se gustaba.

Sandro le enseñó entusiasmado «su» Milán, una ciudad de la que ella no se saciaba: las iglesias, las callejuelas solitarias, los canales con los pequeños puestecillos en los que solo comían los autóctonos y, al final, su gran amor: el mar, al que viajaron juntos en primavera. Sandro condujo a su amada hasta una playa solitaria de Milano Marittima, un pequeño pueblo costero que había caído en una especie de letargo durante la guerra, del que ahora empezaba a despertar. Le prometió que nadarían ahí en verano, pues ese día el agua todavía estaba muy fría. Un día de nubes densas que cubrían el cielo, un día que no podía ser más emocionante. Fascinada, Rike había contemplado las tempestuosas olas, los variados matices de verde y azul, la espuma blanca y la danza del sol sobre el agua, que volvió a desaparecer al instante. Saboreó la sal que el viento depositó en sus labios y la besó luego en la piel de él cuando ambos se amaron en una pequeña pensión próxima a la playa.

—*Sei mia moglie* —le susurró él al oído—. Mi esposa. Toda mi vida te he estado esperando.

Sí, también Rike estaba preparada para compartir con él su vida. Una boda italiana, ¡qué idea tan maravillosa!

Estaban tan enamorados que a veces casi se olvidaban de comer y beber, pero nunca de ser prudentes. Teniendo a Silvie como ejemplo, Rike insistía en tomar precauciones a la hora de hacer el amor, incluso siendo los condones en la Alemania de la posguerra tan difíciles de adquirir como en

la rígidamente católica Italia.

Friedrich no sospechaba que a ella y a Sandro los uniera algo más que los negocios, pero Rike le habló de su gran amor a Carl, una noche en que él estaba de visita en la Bleibtreustrasse. A veces a Rike le parecía casi insoportable lo próxima que se sentía a Carl, un sentimiento que se reforzaba de día en día desde que se había enterado de que era su padre.

¿Le ocurriría lo mismo a él?

Dado el cariño con que la miraba, ella habría preferido no tener más secretos para él.

Por supuesto, Sandro y ella querían tener hijos, manifestó Rike. No ahora, pero tan pronto como fuera posible, cuando la vida volviera a sus cauces. Y sí, a ella le gustaba todo de él.

Tutto. Tutto! Tutto!!!

—Me parece un tipo bastante interesante —declaró Carl con aprobación—. ¿Fue soldado?

—Solo por un breve tiempo. Enseguida lo eximieron del servicio. Los Lombardi suministraban tela de uniforme al ejército.

—Supongo que no era rojo.

—No, pero tampoco un capitalista sin escrúpulos. Un apasionado comerciante, como lo fueron su padre y su abuelo. Una familia de comerciantes de pura cepa. Es lo que mejor la define.

Los Lombardi vendían telas desde hacía cinco generaciones. El tatarabuelo de Sandro había viajado a Francia en los años treinta del siglo XIX para comprar en Lyon las sedas más hermosas. En medio de la revuelta de los *canuts*, como se llamaba a los tejedores de seda que se alzaron contra la bajada de los precios de venta, Matteo conoció a Marie y se enamoró de ella, quien más adelante sería su esposa.

—En 1834 la llevó a Milán. Desde entonces, los Lombardi siempre se han casado con mujeres de otros países. —Rike sintió un débil cosquilleo al pensar en las cariñosas palabras de Sandro.

«Una tradizione che mi piace molto.»

Sí, también Rike tenía en muy buen concepto esa vieja tradición familiar.

La madre de Sandro se llamaba Antonia, procedía de Lucerna, de ahí que él hablase el alemán con fluidez. A Rike le gustó esa impresionante figura, pese a no estar del todo segura de que la simpatía fuera mutua. Antonia era alta y delgadísima, y desde la muerte temprana de su marido solo vestía de negro, un color que animaba de forma efectista con unas costosas joyas. Lo suficiente lista para mantenerse apartada de la vida privada de Sandro, había dejado por completo la dirección de la compañía en manos de su diligente primogénito, mientras que Valentino, el segundo hijo, todavía no había decidido qué iba ser de él.

Y Sandro sabía del negocio, de eso Rike estaba completamente convencida. Gracias a sus relaciones, ella se había puesto en contacto con fabricantes de telas italianos, suizos y franceses. El simple nombre de Lombardi abría puertas e incluso incitaba a los escépticos a negociar con los

alemanes pese a todo lo que había ocurrido unos pocos años atrás.

Con ayuda de Sandro, ella examinaba, compraba. Acaparaba.

Pues acaparar era lo que se imponía en aquel momento, y así lo entendía también Friedrich Thalheim, aunque no le gustara que los francos de su hija mayor fueran de repente los que llevaran la voz cantante.

—Por lo visto, Zurich es una fuente inagotable —dijo malhumorado cuando llegaron de nuevo mercancías del extranjero para pasar luego a la nueva confección en serie.

La zona de la Ku'damm era donde los compradores de género para Karstadt, Hertie, KaDeWe y la familia Thalheim, así como otros comerciantes de ropa, es decir, cualquiera que después del día X quisiera brillar mostrando la última moda en Berlín, hacían confeccionar las prendas con aquellas telas. Miriam, que ahora se dedicaba a esbozar los modelos y supervisar el trabajo de las otras costureras, en lugar de coser ella misma, estaba encantada con la calidad de lo que su amiga le proporcionaba. Aquellos tejidos de Francia, Italia y Suiza eran, con creces, más bonitos, más coloridos y con frecuencia más valiosos que las conservadoras mercancías que Brahm suministraba, procedentes del Rin o de Baviera. Pero no se trataba solo de calidad, sino sobre todo de que la ropa fuera asequible. Cuando por fin apareciera la nueva moneda, la mayoría de los alemanes no se la gastarían.

Debían tenerlo en cuenta.

—No será para tanto —le quitaba importancia Rike, ya que intentaba firmemente no tocar la herencia del abuelo.

Anton Brugger la apoyaba, pues parecía dolerle personalmente cada uno de los francos que ella gastaba. Sin embargo, la fortuna, invertida de forma inteligente durante años, había generado tan buenos intereses que estos bastaban por el momento para cubrir las cantidades que Rike precisaba. Y también Anton Brugger tenía claro que los Thalheim habían de reunir existencias si querían implantarse con éxito en un nuevo mercado.

Sin embargo, no todos veían el futuro de color rosa.

—El este de Alemania cada día se distancia más de nosotros —profetizó una tarde Friedrich, taciturno, cuando Claire invitó a toda la familia a cenar. Se había tomado la molestia de preparar un *gulasch* con patatas que, lamentablemente, sabía un poco a quemado—. Atrás han quedado aquellos tiempos en que las elegantes damas de Dresde, Meissen o Leipzig venían a comprar a la Ku'damm y dejaban en nuestros almacenes grandes cantidades de dinero. Los soviéticos han conseguido que los de su zona sean pobres como ratas: han expropiado a los *Junkers*, han desmontado las plantas industriales y se las han llevado a Rusia y han congelado todas las reservas de dinero. Ya hace tiempo que existen dos Alemanias, aun cuando la mayoría sea demasiado cobarde para expresarlo en

voz alta. Lo que, dicho sea de paso, también se puede aplicar a mi propio partido.

—¿Y quién hace todo lo que puede para que la división cada vez sea más profunda? —le preguntó iracunda Silvie a su padre—. ¡Pues precisamente tus tan queridas potencias de Occidente! Ya en marzo boicotearon el Consejo de Control Aliado porque no quieren tener ninguna zona económica común para los cuatro sectores. Ahora los soviéticos han convocado el referéndum para la unidad y la paz justa con el fin de que Alemania siga siendo un país. ¿Y qué hacen esos a los que tú llamas amigos? ¡Lo prohíben en sus zonas y en el Berlín Oeste! Y la prensa occidental, supuestamente independiente, los apoya. —Parecía estar al rojo vivo de furia.

—¿Paz? ¡No me hagas reír! —contraatacó Friedrich—. Lo que pretenden es llevarse lo que es nuestro. La única Alemania unida a la que aspiran tus soviéticos debería ser socialista y bailar al compás que ellos marquen. Pero eso nunca sucederá, ya se encargarán de ello los estadounidenses, los Tommies y los franceses, ¡y un par de hombres inteligentes en los sectores occidentales!

—A vosotros lo único que os interesa es el dinero. La moral, la ética o una chispa siquiera de justicia en el reparto de la propiedad os importan un rábano. Los que siempre han sido ricos deben seguir siéndolo, solo faltaría, e ir acumulando aún más dinero. ¿Sabes? A veces me avergüenzo de que mi propio padre quiera ser uno de ellos a cualquier precio.

Esa noche, Silvie exageró, como la mayoría de las veces. Por lo visto, Ralf Heiger, con su infiltración socialista, parecía haber calado bastante hondo en ella, pensaba apenada Rike.

Y, sin embargo, algo de cierto había en sus argumentos. Ella misma lo advertía cuando negociaba personalmente con los fabricantes de telas, en las ocasiones en que su padre o Werner Brahm se lo permitían. En las zonas occidentales volvían a llevar las riendas los mismos que tenían el mando antes de 1945. Todos hombres. ¿Quiénes si no? Daban a entender claramente a una mujer joven como ella que, ahí, ella estaba fuera de lugar.

¿Como maniquí? En cualquier momento.

También era bien recibida como hija del jefe.

Pero ¿como una negociadora a quien tomarse en serio, sobre todo cuando se trataba de cantidades más grandes?

Decididamente, eso era ir demasiado lejos.

En tales situaciones Rike pasaba un mal trago, pero aprendió a dibujar una sonrisa inflexible. Al final conseguía bajar los precios. El abuelo Schubert le había prohibido en el testamento que diera parte de la herencia a Friedrich, pero en ningún lugar le había vetado que de una forma sutil obrara en beneficio de la familia.

Eso era lo único que ella hacía ahora.

Por el momento, la economía le impedía construir un edificio nuevo, pero al menos podía encargarse de que no se les acabase tan deprisa una mercancía muy atractiva. Para presentársela a

los clientes de forma adecuada habían alquilado otro local, más grande y luminoso que la sombría tienda de Savignyplatz y no tan alejado de los antiguos almacenes. Estaba a pie de calle, tenía cuatro grandes columnas que dividían el espacio interior en distintos compartimentos y ventanas grandes por donde entraba mucha luz.

Ku'damm esquina Wilmersdorferstrasse.

En la placa de metal que había en la puerta resaltaba el nombre de THALHEIM.

El equipamiento interior —perchas, espejos, probadores, un mostrador para la caja— estaba prácticamente a punto, lo que había sido bastante difícil porque casi todo había tenido que obtenerse bajo mano. Aun así, seguía habiendo un montón de nimiedades que faltaban o que no funcionaban como era de esperar y por las que había que preocuparse. Para la inauguración de la nueva tienda habían planeado hacer otro desfile, cuyos preparativos daban mucho trabajo, aunque el acto no fuera a ser tan espectacular como el de entonces, frente a las vagonetas, un acontecimiento del que todavía hablaban muchos de los residentes en Charlottenburg. Quince vestidos de verano con las telas nuevas. Desfilaban Claire y Flori, que se había convertido en una encantadora jovencita aunque eso no parecía interesarle demasiado, acompañadas de Lena, viuda de guerra, y la siempre más robusta Emma, quien al final se vería compensada con uno de los vestidos. Como en la última ocasión, se encargaría de presentar los modelos Silvie, quien se hizo mucho de rogar hasta aceptar, porque se suponía que era insustituible en la radio.

Al principio Friedrich puso un montón de pegas porque las cosas no se hacían como él pretendía, pero al final se sometió a los argumentos de Rike, que quería hacerlo todo más sencillo, modesto y acorde con la época, sin la pompa de los años treinta. El estómago ya no desempeñaba las mismas funciones que antes, ya no era el as que se sacaba de la manga cuando no había nada a lo que aferrarse. Entonces Claire enseguida se preocupaba, hasta Flori escondía las garras, y también Rike se sorprendía aceptando decisiones que en realidad no le gustaban.

La inauguración iba a celebrarse el 26 de junio, fecha del cumpleaños de Alma. Un sábado, cuando los comercios solo podían estar abiertos hasta poco después de mediodía pero la gente ya estaba con el humor del fin de semana. Sandro quería viajar en tren desde Milán expresamente para el evento. Rike estaba contenta porque podría mostrarle «su» ciudad, por muy destrozada que siguiera estando Berlín. Aprovecharía, por supuesto, la oportunidad de presentarlo oficialmente a la familia, lo que, a pesar de la alegría anticipada que le daba, le provocaba al mismo tiempo cierto dolor de barriga. Desde hacía algún tiempo, Flori se había vuelto muy insolente; Silvie era imprevisible en cualquier circunstancia, y Friedrich, tal como había demostrado con Ben Green, no era nada amigo de las relaciones amorosas entre una de sus hijas y un extranjero.

¿Acogería afablemente su familia a su amado?

¿O lo recibiría con frialdad, lo que sin duda supondría una amarga experiencia para el sensible Sandro, para quien la familia lo era todo?

Pensamientos y temores que Rike no podía apartar de su mente cuando regresaba por la noche al apartamento de la Bleibtreustrasse, que tras la mudanza del resto de la familia era mucho más silencioso. Silvie se quedaba a menudo con Ralf Heiger, quien ocupaba un pequeño piso en Wedding desde que, al parecer, corría demasiado peligro en Potsdam. Rike sabía por Carl que se discutía incluso su expulsión del SED, pues pese a que los nacionalsocialistas lo habían perseguido durante años, no era lo bastante fiel a la línea de la dirección del partido.

La simpatía que le despertaba a Rike ese hombre seguía siendo limitada.

«No te hace ningún bien, Silvie —pensaba en cuanto Heiger aparecía por su casa—. ¿Es que no lo notas?»

En su presencia, Silvie se ponía nerviosa, rompía vasos o platos y chillaba como una niña pequeña, precisamente ella, que cada día fascinaba a tantos oyentes de la radio. Casi a diario llegaban cartas de sus seguidores. Los hombres le escribían diciéndole lo excitante que encontraban su voz, pero también se dirigían a ella muchas mujeres, para las que Silvie, con su forma de ser fresca y espontánea, era una de las suyas.

—¿Por qué te infantilizas tanto frente él? —le preguntó en una ocasión, después de que él se hubiera marchado por la noche de casa—. ¿Te lo pide?

—Claro que no —protestó Silvie—. ¿Cómo se te ocurre esta tontería? Además, mira quién habla. Tendrías que oírte cada vez que llega carta de Italia: Sandro por aquí, Sandro por allá, Sandro por todos lados. ¿Tan sumisa eres también en Milán? ¡No me extrañaría que incluso le llevaras las zapatillas al sofá cuando estás allí!

Su hermana sabía perfectamente cómo hacer daño, y no era la primera vez que Rike se arrepentía de haberle hablado de Sandro.

Pero Silvie todavía no había terminado.

—¿Tiene idea papá de lo vuestro? Por ahora cree que vas a Milán solo por negocios, ¿o me equivoco? Me imagino que no estará encantado cuando se entere. ¡Precisamente un italiano para su idolatrada Primogénita! Tal vez debería comentarle algo al respecto...

—Tú no vas a decirle nada, ¿entendido? —replicó Rike, iracunda.

Ella decidiría cuándo presentar a Sandro a su familia, y no su hermana.

—Entonces hazme el favor de no opinar respecto a Ralf. Yo ya sé lo que hago. Y también soy lo suficiente mayor para escoger con qué hombres salgo.

Durante casi toda la semana no hablaron más de lo necesario. Silvie se iba a la radio muy temprano y Rike se marchaba a la tienda nueva para ocuparse de los últimos preparativos de la

inauguración. Friedrich y Miriam controlaban que la confección fuera perfecta, que ninguna costura estuviera torcida, que no hubiera ningún botón mal cosido. Miri se había superado una vez más, y no era Rike la única que lo veía así. Sus nuevos bocetos eran modernos, pero no excéntricos, los podía llevar tanto una chica joven como una mujer madura, ¡no había nadie que hiciera algo así! El olor a moho de los primeros años de la posguerra había desaparecido, esos vestidos frescos de colores luminosos —amarillo limón, rojo frambuesa, azul hielo, turquesa— pedían a gritos justo la nueva época que acababa de empezar. Los cinturones, bolsos de mano y pañuelos italianos que combinaban con ellos, accesorios que no eran caros pero sí estilosos, redondeaban la imagen.

Todos aquellos tesoros pronto colgarían ahí, de las perchas ahora todavía vacías...

Alguien llamó con fuerza a los cristales: Silvie.

—Ya se ha puesto en marcha —anunció jadeante cuando Rike abrió la puerta y entró—. Pero ¡de un modo totalmente distinto a como os lo habíais imaginado!

—¿De qué estás hablando? —preguntó Rike.

—La moneda, la nueva moneda. Mañana la llevan a la radio y a la prensa, y el domingo mismo se repartirá a todo el mundo. Los puntos de distribución de los cupones se encargarán de ello. Cuarenta marcos por cabeza. Y un par de semanas más tarde, veinte más. Todas las monedas viejas tienen que entregarse en el transcurso de unos pocos días y apenas tendrán valor. Y hay que dar exactamente todo lo que se tenga, de lo contrario... —Silvie movió la cabeza—. ¡No he podido memorizarlo, demasiado de golpe!

—¿Cómo te has enterado de todo esto? —inquirió Rike.

—Por Ralf. Mañana todas las emisoras lo darán a conocer, por eso los aliados del Oeste ya han celebrado hoy una gran conferencia de prensa. Aunque esto no sirve para nosotros los berlineses.

—Pero ¡no puede ser!

—Pues sí —insistió Silvie—. Se ha asegurado explícitamente al mariscal Sokolovski, jefe supremo de la administración militar soviética en Alemania, que la nueva moneda no llegará a los sectores occidentales de Berlín. Y la zona bajo la ocupación soviética queda de todos modos excluida.

Rike había empalidecido.

—¿Y cómo pagaremos? —preguntó con la voz velada—. ¿Con canicas?

Silvie se encogió de hombros.

—¿Con la moneda antigua? O quizá los soviéticos imprimirán la suya... ¡Ni idea!

—Pero esto es absurdo... Distintas monedas en los sectores occidentales y en Berlín Oeste... ¿Y tal vez otra en el Este? ¡Qué lío más horrible! —Rike se llevó las manos a la cabeza—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Yo que tú se lo comunicaría a papá —comentó secamente Silvie—. Porque si lo hago yo es

posible que se lo tome como uno de mis ofuscamientos comunistas.

Cuatro días más tarde todo volvió a cambiar.

Sin preocuparse por las protestas de los soviéticos, los aliados occidentales habían establecido que la nueva moneda también se distribuyese en los sectores occidentales de Berlín. Cuando amaneció, Rike, Silvie, Miriam y Paul se pusieron en camino hacia el Ayuntamiento de Charlottenburg; el resto de la familia tenía otro punto de distribución en el Westend. Rike esperaba que su padre hubiera seguido sus consejos y que hubiese cambiado a tiempo la mayor parte posible de sus ahorros a otras divisas, pero no estaba segura de que lo hubiera hecho.

Nunca se había formado una cola tan larga, nunca había aguantado tan pacientemente la gente.

Paul andaba bromeando como siempre.

—Al fin se pone en marcha. ¡Por esto hasta me salto un ensayo con el grupo! En la Bolsa Negra incluso te regalan las radios de lo barato que se ha vuelto todo. Ya era hora. De lo contrario me hubiera largado a Hamburgo... ¡Allí ya esperan que llegue alguien de la talla de Paul Thalheim! Porque por desgracia en Berlín no hay ninguna novia que vaya a llorar mi ausencia. ¿O te lo has vuelto a pensar, Miri Sternberg, y quieres ser la mía?

—Que yo sepa no —respondió Miri, seca y con el mismo cerrado acento berlinés—. Seguiremos siendo amigos, querido Paul. Creo que así estamos mejor servidos.

Rike no pudo evitar sonreír, pero Silvie seguía estando como petrificada.

—¿Qué es lo que te ocurre? —preguntó Rike—. ¿Tanto te molestan los preámbulos del capitalismo?

—Han detenido a Ralf —respondió Silvie—. ¡Y todo por esa mierda de dinero! Se burló de los marcos imperiales llamándolos «Tapetenmark», billetes con pegatina, y un compañero lo denunció. ¡Sin embargo, eso es lo que parecen realmente esos billetes! —Sacó de su raído monedero un billete de diez marcos imperiales que llevaba una pegatina del tamaño de un sello en la que se leía «marco oriental» y el valor del billete—. ¡Estoy tan angustiada por él!

Entretanto habían avanzado un buen trozo, pero Silvie tenía un aspecto tan abatido que la alegría anticipada de los otros también se desvaneció.

«Lo quiere de verdad —pensó Rike, y todavía se preocupó más—. Sin embargo, ese hombre ya ha vivido toda una vida, mientras que la de Silvie acaba de empezar. ¡Y ahora la hunde en sus propias dificultades! ¡Qué bien que yo haya encontrado a Sandro! Dentro de dos días se reunirá conmigo y presenciaremos juntos la inauguración de la nueva tienda...»

—A lo mejor no ocurre nada malo —le dijo a su hermana para intentar consolarla—. Le toman

declaración y luego...

—Se lo han llevado a Potsdam. A la prisión preventiva de Lindenstrasse, la misma donde encerraron a papá después de la guerra. —Silvie no emitía más que un susurro—. Desde entonces, al parecer, es mucho peor. Celdas en las que solo se puede estar de pie. Te echan agua hasta que crees que vas a ahogarte. Días enteros de interrogatorio y si uno no contesta lo correcto, prisión incomunicada a oscuras. Me lo ha contado un conocido. Su hermano se volvió loco y después se ahorcó.

—Podrías recurrir a tu tío —propuso Miriam—. Él consiguió ayudar a vuestro padre.

—Ayer mismo llamé al tío Carl al juzgado, después de enterarme de que habían encarcelado a Ralf. Estaba alarmado, pero, lamentablemente, no puede hacer nada. Me ha dicho que tiene las manos atadas. Entonces, al finalizar la guerra, disfrutaba de más margen de libertad. Ahora, en cambio, el partido es el que manda, y solo el partido. —Silvie se puso a llorar—. Sin embargo, no estamos en Rusia, ¿no? En cualquier caso, yo no me imaginaba así el socialismo en suelo alemán. Ralf ingresó en un campo de concentración por sus convicciones, ¡y ahora lo tratan así! No es justo, joder, no es en absoluto justo...

Sollozó con tal fuerza que la gente se volvió hacia ella.

—Querida, tranquilízate... —Miriam iba a abrazarla, pero Silvie se desembarazó de ella.

—Yo no quiero tranquilizarme —gritó entre lágrimas—. Me voy a casa. ¡Me importa un rábano este dinero nuevo de mierda!

—¡De esto ni hablar! —Rike la atrajo de vuelta a la fila—. ¿O es que quieres morirte de hambre? Así tampoco ayudas a Ralf.

—Qué fría y cerebral eres siempre. —La pena de Silvie desembocó en rabia—. ¡Como si no tuvieras corazón! ¿De verdad eres mi hermana? ¡A veces se diría que no tenemos los mismos padres!

Rike enmudeció; tampoco de Miriam, que estaba al corriente del asunto, salió ningún sonido. Solo Paul trató a su manera de aplacar los ánimos.

—Generalmente, no es tan malo como parece, primitas —dijo—. Ni siquiera en el SED. Además, Ralf es un maestro de la palabra. Seguro que convence a todos sus camaradas de que no ha cometido ningún delito. Madre mía, por un chiste así...

—Por cosas como esta rodaron cabezas con Hitler —intervino uno de los que esperaban en la fila, un anciano con bigote que por lo visto lo había oído todo—. Y ahora allí, en la zona soviética, van a llegar igual de lejos.

—¡Usted no se meta! —lo reprendió Rike—. No necesitamos estas comparaciones fuera de lugar.

—Yo solo quería... —El hombre se dio la vuelta, molesto.

Paso a paso siguieron avanzando hasta que, como primera de la familia, le tocó el turno a Rike después de presentar su pasaporte, un documento provisional que ya contaba con varios sellos que

reflejaban sus numerosas salidas al extranjero.

—Un billete de veinte marcos D —contaba la mujer detrás del mostrador—, otro de diez marcos D, uno de cinco, dos de dos y uno de un marco D. En total, cuarenta marcos D. Por favor, firme aquí.

La reforma monetaria se había realizado. Comenzaba otra era.

Los billetes eran azules y verdes, recién salidos de la imprenta, sin los colores tan vivos de los francos suizos, pero se los veía nobles y bien hechos. Deutsche Mark, «marco alemán», llevaban impreso.

Y una gruesa B.

—¿Qué significa esta B? —preguntó asombrada Rike.

—Berlín. Una concesión a los soviéticos. Pero valen lo mismo que sin la B, también en Alemania del Oeste —dijo la mujer del despacho.

—¿Y qué ocurre con las monedas? —quiso saber Rike mientras dejaba sitio a Silvie.

—Hasta nuevo aviso, todavía sirven las antiguas. Aunque solo la mitad de su valor nominal. Aún hay que acuñar las nuevas, y es posible que vaya para largo. ¡Y ahora por favor, la siguiente, deprisa! Detrás de usted la fila todavía es larga.

—¿Lo han oído? —Una mujer desquiciada avanzó hacia delante. La blusa le colgaba a medias fuera de la falda, llevaba el cabello revuelto—. ¡Berlín es una isla! Los soviéticos han cortado todos los accesos por tierra o por río entre las zonas del Oeste y los sectores occidentales. Han parado los trenes, no se puede circular por la carretera. Quieren matarnos de hambre, ese es su plan. Y también nos han cortado la corriente. La central eléctrica de Zschornewitz ya no funciona. ¡Ahora se apagarán las luces de Berlín Oeste! —advirtió en el dialecto berlinés.

Las puertas de la nueva tienda Thalheim estaban abiertas de par en par y cada vez entraban más curiosos. Por supuesto, la familia, junto con Miriam, había valorado todas las opciones posibles: aplazar la inauguración, cancelar el desfile en vistas de lo precario de la situación o abrir discretamente y sin hacer ruido. Al final Friedrich se había impuesto.

—En 1883, mi padre, que procedía de una familia humilde, tuvo el valor de abrir en el centro de Berlín, contra viento y marea, su tienda de botones y accesorios. ¿Quién iba a querer comprarle a alguien cuyo padre no había sido más que un simple zapatero remendón? Y al final todos acudieron en masa a él porque era bueno, mejor que los otros: ¡un auténtico Thalheim, justamente! Durante toda la vida ha sido mi punto de referencia y lo he imitado a mi manera. Y ahora empieza una nueva era. No vamos a dejarnos doblegar por los soviéticos. Si solo hay corriente por la noche, plancharemos a medianoche. Hace tiempo que nos hemos acostumbrado a pasar hambre, no van a intimidarnos con

ella. No nos han devuelto a nuestro querido Oskar, me encerraron después de la guerra, pero no nos someteremos. Así que, queridas mías, ¡todo se hará como lo habíamos hablado!

Y ahora estaba sonriendo junto a la puerta y saludaba personalmente a las mujeres y los hombres que entraban.

—Bienvenidos a Thalheim —decía jovial—. ¡Esperamos que se sientan a gusto con nosotros!

«Nos quedamos», se leía en la pancarta en la que Flori, ya no tan cabezota y rebelde como en los meses pasados, sino cariñosa y servicial como era de pequeña, había pintado los más conocidos monumentos de Berlín a petición de Rike. El lado izquierdo mostraba el estado actual de los edificios, destruidos o en ruinas, tal como lo había plasmado en sus bocetos durante sus paseos por la ciudad. El lado derecho representaba la elegancia anterior; los dibujos estaban copiados de libros de la biblioteca de la escuela porque Flori era demasiado joven para recordar cómo eran.

Todo volvería a ser así. Cada uno de los Thalheim lo deseaba de corazón.

«Berlín es nuestra ciudad.»

Rike y Claire habían colgado por toda la tienda unas banderolas de papel que fueron muy bien acogidas por los primeros clientes que habían llegado a ver el desfile en el nuevo establecimiento.

—¿Se pueden comprar también? —les preguntaban una y otra vez—. ¡Me gustaría llevarme una a casa!

—Pueden preguntárselo ustedes mismos a la joven artista —contestaba Silvie con seductora amabilidad—. Pero, por favor, después de que haya cumplido sus tareas como maniquí.

No habían llegado más noticias sobre Ralf, pero en ese día especial Silvie consiguió disimular su preocupación. Caminaba sonriendo entre los visitantes, resplandeciente de belleza con uno de los nuevos modelos de Miri, un vestido de tirantes ceñido, de algodón italiano a rayas, cuyos tonos pastel verde, rosa y azul claro sobre un fondo blanco enseguida invitaban a pensar en el verano y la playa. Silvie conversaba, Silvie saludaba, Silvie daba explicaciones como si no hubiera hecho otra cosa en su vida.

—¡Disculpe, por favor! —Un tímido mutilado de guerra a quien le faltaba la mitad inferior de la pierna se puso a su lado, apoyado en unas muletas, en compañía de una mujer rubia y menuda—. A Erna, mi esposa, le ha parecido que conoce su voz de la radio, pero deben de ser imaginaciones suyas.

—En absoluto. —La sonrisa de Silvie desapareció unos segundos y luego regresó, más conquistadora que antes—. Sí, trabajé durante bastante tiempo para la radio de Berlín. Pero a partir de julio podrán oírme en la RIAS, la radio del sector estadounidense, junto con las canciones más bonitas del mundo que les presentaré en un programa propio. A las cuatro de la tarde, Silvies Wunschkonzert, concierto a la carta, ¡no se lo pierdan!

—Bueno, esto es fantástico —dijo entusiasmada la mujer rubia, con su acento berlinés—. ¡Es que

me encanta escucharla!

El que no arriesga no gana, tal era la divisa de Silvie, con la que también había dejado impresionada a Rike. Después de secarse las lágrimas, ese mismo día se había decidido a ir en bicicleta a Schöneberg y presentarse en la Winterfeldstrasse; una hora más tarde ya tenía trabajo. En la nueva radio que se instalaría en pocos días en la Kufsteiner Strasse contaban con una nueva empleada, y en la RIAS querían a la mujer que tan rápidamente había conquistado tantos corazones. En especial ahora.

—¿Ya podemos? —le susurró Rike a su hermana.

Iba vestida de amarillo limón, un color atrevido, pues llamaba extraordinariamente la atención, que nunca llevaba pero que había reservado para ese día especial, ese día con Sandro. Pero por lo visto, en principio no podría admirarla con esa indumentaria tan alegre. Habían enviado de vuelta su tren en Helmstedt, ya que el bloqueo de Berlín prohibía la entrada de ferrocarriles en la zona de ocupación soviética. Imposible llamar al extranjero en aquellos días. Las líneas telefónicas, cuando funcionaban, estaban inevitablemente sobrecargadas. No obstante, se habían enviado unos telegramas.

«*Amore mio* —había escrito Sandro—. Es solo una demora. Da igual cuánto dure. Nadie puede separarnos. *Ti amo.*»

Rike llevaba bien dobladito el papel directamente sobre la piel.

—Sí —respondió Silvie—. Estoy lista. ¿Miri?

—También a punto —contestó esta—. Las maniquíes están impacientes.

Silvie hizo una señal a Paul, que se había mostrado dispuesto a actuar sin cobrar. Andreas, el percusionista, ya iba a marcar el ritmo cuando Silvie levantó el brazo y le pidió que se detuviese.

—Estimadas damas, caballeros, van ustedes a ver a continuación algo fantástico —dijo—. Yo soy la afortunada que va a guiarlos por este desfile de moda, Silvie Thalheim, una voz que tal vez ya conozcan de la radio. Contamos además con una banda joven y fantástica, The Swingbrothers, que a estas alturas ya son conocidos allende las fronteras de Berlín. Pero la melodía más celestial que puede haber hoy para nosotros se toca ahí arriba en este momento.

Inclinó la cabeza a un lado y cerró los ojos.

—Yo la oigo. ¿Ustedes también?

Resonó un zumbido, primero a lo lejos, luego cada vez más sonoro. Los invitados escuchaban fascinados, luego todos los presentes en la tienda empezaron a aplaudir como desatados.

—Los soviéticos quieren doblegarnos, pero nuestros amigos los aliados no nos dejarán solos —dijo Silvie conmovida después de que el aplauso terminara—. El puente aéreo que conduce a Berlín existe y todavía se ampliará más. Nos suministra todo lo que necesitamos. ¡Y ahora les deseo que

disfruten mucho con los Thalheim y su moda actual!

Berlín, 1949

Rike ya ni siquiera se daba cuenta del penetrante zumbido, ahora ya se había acostumbrado al ruido de los motores que resonaba día y noche por encima de la ciudad desde hacía nueve meses. Casi nadie levantaba la cabeza para mirar hacia arriba, pero todos lo sabían: están aquí. Pocos años atrás, los aviones aliados habían llevado a Berlín la muerte con sus bombas, pero ahora llevaban vida y esperanza a bordo. Casi cada minuto se producía un despegue o un aterrizaje; sobre la antigua capital, el cielo brillaba a veces de color plata en lugar de azul, tantos eran los aviones que circulaban por él. El plan de los soviéticos de dejar morir de hambre y someter los sectores occidentales mediante un bloqueo general y obligar así a Estados Unidos, Inglaterra y Francia a renunciar a la ciudad había fracasado.

Iban a conservar Berlín, a cualquier precio.

Todo lo que la gran ciudad necesitaba para sobrevivir se introducía por corredores aéreos mediante aviones, militares y, cada vez más, también civiles, de los aliados occidentales. Estos distribuían sobre todo carbón y, por supuesto, cualquier tipo de comestibles. De vez en cuando incluso revoloteaban por el cielo pequeños paracaídas con caramelos, lanzados desde aviones que volaban a baja altura sobre la ciudad y que recogían encantados los niños, quienes bautizaron cariñosamente a sus bienhechores aéreos *candy bombers*, los bombarderos de pasas.

Eran extensas operaciones humanitarias que lo cambiaban todo, en especial, las relaciones de convivencia. Entre los ciudadanos de Berlín Oeste se desarrolló un fuerte sentimiento identitario que incluía también a los aliados que les proporcionaban ayuda. Incluso habían hecho frente a un invierno afortunadamente suave con una enorme voluntad de resistencia, y a partir de una canción popular se autodenominaban «los isleños».

Claire la canturreaba tan entusiasmada al limpiar el polvo que Flori, que en ese momento pasaba por la sala de estar, se tapó los oídos.

—El isleño no pierde la calma, al isleño no le gusta la farsa, el isleño espera incommovible que su isla vuelva a ser una bella tierra firme...

—¡Esto no es música, *maman*, es una tortura! —Se estremeció—. Con esa voz horrible. Y esta letra tan tonta...

—Pues a mí me gustan las dos cosas —objetó Claire—. Y aunque mis antepasados eran franceses, esta canción me hace sentir como si fuera de aquí.

Rike no podía escuchar esa melodía sin pensar que el incomunicado Berlín occidental postergaba a un futuro indefinido la reconstrucción de los almacenes Thalheim. La reforma monetaria había llegado por fin, el dinero de Zurich estaba preparado para que lo cambiase a marcos alemanes, sin embargo, ahora el interés general tenía prioridad, por supuesto, frente al proyecto de una sola familia. Sí, también se llevaba material de construcción a Berlín, pero solo para sacar adelante la ampliación del Tegel, que debía descongestionar el viejo aeropuerto de Schönefeld.

La impaciencia de Rike crecía con cada día que pasaba, aun así, solo había una cosa que hacer: esperar.

Los clientes aprobaron la nueva tienda de Ku'damm, pero el volumen de ventas era irregular porque nadie sabía durante cuánto tiempo Berlín seguiría siendo una isla. ¿A quién le preocupaba la moda cuando no estaba seguro de si las semanas siguientes tendría suficiente para comer?

Naturalmente, ninguno de los Thalheim aceptó la invitación de Berlín oriental de registrarse en los puntos de distribución de comestibles, tal como había sugerido Stalin, para estar mejor abastecido. Quien estaba dispuesto a hacer algo así era considerado un traidor en la parte oeste de la ciudad, y más le valía hacerlo a escondidas. Tampoco llevaron su nueva moneda a una de las tiendas de la HO, la organización del comercio de Berlín oriental, donde se ofrecían artículos de uso corriente, de los que se carecía desde hacía tiempo, así como alimentos frescos sin cupones, aunque a unos precios desmedidos.

—¿Una libra de mantequilla por 130 marcos?

En casa de los Thalheim se podía renunciar perfectamente a ella.

Claire y su hija, sin embargo, como muchos otros ciudadanos, viajaban a zonas rurales en el tren rápido, que seguía circulando libremente entre sectores del Este y el Oeste. Llevaban en el equipaje chaquetas de lana para trocarlas por alimentos frescos con los campesinos, pues estaban hartas de los aburridos alimentos secos que les lanzaban desde los aviones. Sufrieron una decepción cuando dos veces seguidas la policía de Berlín oriental las registró y de sus mochilas cayeron, ante sus ojos, las manzanas, los pepinos, las salchichas y la mantequilla, que fueron incautados.

Experiencias poco edificantes, semejantes a las que vivían muchas personas, pero que fortalecían más que debilitaban la imprescindible voluntad de supervivencia. De todo el mundo llegaban ayudas para los habitantes de Berlín occidental: Estados Unidos, Canadá, Sudáfrica, Australia, y varios países europeos colaboraban en el puente aéreo y enviaban paquetes que eran distribuidos por los sectores occidentales.

Ernst Reuter, por fin alcalde de Berlín acreditado también oficialmente, había solicitado apoyo el 9 de septiembre de 1948, en un discurso pronunciado ante el Reichstag, el Parlamento en ruinas, que ya en ese momento se convirtió en legendario:

¡Pueblos del mundo, pueblos de Estados Unidos, de Inglaterra, de Francia y de Italia! Miren esta ciudad y vean que no deben, no pueden abandonar a esta ciudad y a este pueblo. Solo existe una posibilidad para todos nosotros: mantenernos unidos hasta que esta lucha se haya ganado, hasta que esta lucha por fin se haya sellado con la victoria sobre el enemigo, con la victoria sobre el poder de las tinieblas.

A Rike se le ponía la piel de gallina siempre que lo recordaba. Entre otras cosas porque ese día habían pasado un miedo enorme por Flori. La peque de la familia se había ido en secreto con su nueva amiga Rita a la gran manifestación que había acabado con altercados violentos en la puerta de Brandeburgo. Detuvieron a un gran número de manifestantes, entre los cuales algunos que, en protesta por el bloqueo, habían arrancado y desgarrado la bandera roja y habían izado una negra, roja y dorada. Al final, la policía de Berlín oriental cogió las armas, hirió a una docena de personas entre la muchedumbre y mató a un muchacho de quince años.

Friedrich nunca se había puesto tan furioso.

—¡Todavía no has cumplido dieciséis años y arriesgas tu joven vida por nada de nada! —gritó rabioso cuando unas horas más tarde Flori regresó a casa—. Y consigues que tu madre, tus hermanas y yo nos muramos de preocupación por ti. ¡Te prohíbo que vuelvas a correr estos riesgos, Florentine! Estamos en guerra con el Este, aunque nadie la haya declarado oficialmente y sea una guerra fría. Quieren que muramos de hambre, doblegarnos si lo consiguen. ¡Ahora has visto con tus propios ojos de qué es capaz esa gente!

—Entonces ¿vale más no abrir la boca y quedarse mirando de brazos cruzados? —objetó iracunda Flori—. ¿Tal como habéis hecho vosotros hasta ahora? ¡Ni hablar! La juventud actual tiene que hacerlo mejor. Esta nueva juventud se rebela contra la injusticia pase donde pase.

Con una insolente melena corta, tras cortarse los rizos rojizos que ahora solo le llegaban a la barbilla, Flori parecía haberse desprendido definitivamente de su anterior timidez. Se rebelaba contra todo paternalismo, había vuelto a hacer novillos y no se arredraba a la hora de falsificar la firma de Claire, lo que hacía con perfección, en los incontables justificantes azules. El instituto convocó a sus padres; ya les habían enviado numerosos avisos, que Flori también había firmado de su puño y letra. Ahora se arriesgaba a que la expulsaran de la escuela, lo que Claire evitó en el último minuto con sus súplicas.

Pero ¿era realmente consciente la menor de la familia de que no podía seguir así? Las amonestaciones de sus padres no surtían el menor efecto en ella. Al final, Friedrich había pedido ayuda a su Primogénita porque ya no sabía cómo arreglárselas con la benjamina, pero hasta Rike estuvo casi a punto de resignarse ante tanta tozudez.

—¡Dejadme todos en paz! —se había rebelado Flori—. ¡Solo quiero vivir a mi manera!

—Pero es que no podemos, ni siquiera eres mayor de edad —argumentó Rike—. Y por desgracia no te comportas de forma sensata, sino todo lo contrario.

—¿Qué estás diciendo? Uno solo se vuelve tonto en la escuela, con todas esas chorradas con las que nos torturan.

—Y yo que pensaba que vuestro brillante señor Gachon os introducía fabulosamente en la literatura y la historia...

—Y lo ha hecho. Pero es el único dentro de todo ese equipo carente de imaginación. Además, este año ya no lo tenemos a él en alemán, sino a una mema horrible que se llama Ida Jung y no tiene ni idea. Poesía barroca y Paz de Westfalia, ¡qué asco! ¡Si el próximo curso no volvemos a tener de profesor a Gachon, me voy de todos modos del instituto! —Flori sorbió por la nariz—. Y si me escucharas de verdad aunque fuera una sola vez, ya haría tiempo que lo sabrías. Pero todo lo que tienes en la cabeza es la tienda y a ese admirador italiano tan raro... Salvo por eso, ¡nada más!

En eso no iba tan equivocada, al menos en cierto modo, como tuvo que admitir Rike después de que, tras pasar horas conversando, Flori se hubiera mostrado razonable y le hubiera prometido solemnemente volver a ir a clase.

Silvie no había tenido que hablar a los demás de Sandro. Una vez fracasado el plan de Rike de presentar al italiano a su familia el día del desfile, esta misma se había traicionado con sus llamadas telefónicas desde la casa familiar. Friedrich había hecho instalar la conexión de antes de la guerra, lo que no había sido precisamente barato, pero ahora por fin volvían a estar «unidos con el mundo», como expresaba él con cierto patetismo. Rike se las había apañado para llamar a Milán cuando su padre no estaba en casa. Pero no podía evitar que Claire pasara por delante de la puerta cada vez que ella cogía el auricular y que Flori corriera a las escaleras para dar la lata y no perderse nada. Las dos sacaban a Rike de quicio, tanto como sus preguntas curiosas, a las que respondía con evasivas porque su pequeña privacidad solo les pertenecía a ellos dos.

Pero ¿qué debía hacer?

Al menos así oía la voz de Sandro. Y cuando hablaba italiano las dos escuchas solo podían intuir, en el mejor de los casos, de qué hablaban.

A veces, sin embargo, esas breves conversaciones por teléfono todavía aumentaban más su añoranza y Rike acababa pensando constantemente en él. Alguna vez la asaltaba, como un lúgubre espectro, el recuerdo de la infidelidad de Stefano. La gran distancia. El poco contacto en tantos meses. Las culturas distintas, todos ellos obstáculos que debía tener en cuenta.

Pero luego volvía a serenarse.

Sandro era distinto, lo confirmaban sus tiernas palabras al teléfono, así como las cariñosas y detalladas cartas que, desde Milán, llegaban a Berlín por avión, como todo el correo en general. No, no cabía duda: estaban hechos el uno para el otro y estaban dispuestos a demostrárselo al mundo entero..., si no lo hubiese impedido el bloqueo. Naturalmente, había famosos que habían llegado en

avión procedentes de países aliados para dar ánimos a la gente, músicos, cantantes, actores, pero su querido comerciante de telas italiano no formaba parte de aquel grupo. En casos excepcionales también se podía abandonar Berlín por avión: a los niños en edad escolar, a cuya salud afectaba el incesante sonido de los motores y la alimentación desequilibrada, se los llevaban por un par de semanas a Alemania del Oeste para que se recuperasen. Rike miraba llena de envidia esas máquinas.

¡Si pudiera estar sentada en uno de esos aviones!

Aun así, el día a día era tan agotador que distraía con creces su mente. Las restricciones estaban por doquier, la mayoría de ellas afectaban la electricidad. El metro y el tren rápido solo circulaban desde la seis de la mañana hasta, como mucho, las seis de la tarde a causa de la falta de corriente; para el uso doméstico privado el suministro se limitaba a dos horas de día y dos de noche como máximo.

Antes y después no había corriente eléctrica, no había luz, no había radio.

La RIAS Berlín, el nuevo lugar de trabajo de Silvie, reaccionó enviando coches con altavoces por las calles de los sectores occidentales para difundir las últimas noticias. En la radio, Silvie se entregó de lleno a estas acciones, así como a las nocturnas. Si antes había sido una firme defensora de la radio socialista, ahora destacaba como la voz apasionada del mundo libre. Este cambio ideológico no perjudicó en absoluto su popularidad. Al contrario: la historia de esa joven, que al principio se había equivocado ingenuamente al elegir el otro bando, conmovía hasta las lágrimas a los oyentes de los sectores occidentales, una historia que ella maquillaba en muchas intervenciones. Sin embargo, sus versiones acabaron siendo cada vez más fantasiosas: con el tiempo cualquiera podía creer que se había salvado de la hoz soviética en el último momento.

No obstante, Silvie evitaba hacer el menor comentario sobre Ralf en sus declaraciones públicas. Carl se lo había aconsejado con insistencia, pues su amado todavía estaba en el «Lindenhotel», como la población llamaba ahora, con miedo e ironía por igual, a la prisión preventiva de Potsdam. La acusación original se había ido ampliando con diversos delitos más, que en un juicio conllevarían unas penas graves. Por si fuera poco, el SED efectuaba operaciones depuradoras a gran escala. En el Este se producían tumultos porque el bloqueo de todas las vías de circulación también había reducido fuertemente la productividad de Alemania del Este. Cualquiera que lo criticara en público debía esperar graves sanciones. Incluso Carl, antes tan atrevido, tuvo que paralizar los grupos de discusión de Potsdam para no provocar malestar. Había ido a ver a Heiger a la cárcel en una ocasión y la impresión que le causó fue tan devastadora que no reveló nada a Silvie para no entristecerla más de lo que ya lo estaba.

No obstante, a Rike sí le confesó sin filtros lo que había visto.

—Allí destrozan a las personas —comentó abatido—. ¿Qué tiene esto que ver con el socialismo que yo había deseado para la nueva Alemania? Heiger siempre fue un buen hombre, animoso,

luchador, con un talento enorme como periodista. Incluso sobrevivió al campo de concentración de Buchenwald. Y ahora meten a un sujeto como él en una celda de castigo para que denuncie a otros y confiese delitos que no ha cometido. O le impiden dormir hasta que casi pierde la razón. ¡Para mí son métodos nazis! Se diría que el Tercer Reich, con esa violencia suya que hiere la dignidad humana, sigue todavía vivo...

Rike nunca lo había oído hablar así. Tampoco lo había visto jamás tan afligido. Lo que Carl reflejaba le daba miedo, miedo por él.

—No hables demasiado alto de esto en la zona soviética, o dentro de poco lo mismo acabas haciendo compañía a Ralf Heiger —le advirtió—. Si tan mal te parece, deberías extraer conclusiones: deja Potsdam y ven con nosotros al Oeste. El empático discurso de Ernst Reuter delante del Reichstag me ha conmovido hasta tal punto que he decidido ingresar en el SPD. El mismo Reuter ha evolucionado de comunista a socialdemócrata. Él entendería tu decisión, y muchos de los que están en su entorno también. Aquí necesitamos con más urgencia que nunca a gente como tú, que no has llevado una camisa parda, ¡y sobre todo si son juristas!

Él se volvió, de repente parecía como arrugado.

—No puedo, Rike. Ahora no.

—¿Y por qué no? —preguntó ella, inquieta.

—Porque me parecería una traición. Empezamos con tanta ilusión, con unas premisas tan nobles: «¡Nunca más guerra! ¡Nunca más inhumanidad!». Queríamos construir una sociedad justa, sin explotación, sin el enriquecimiento de unos pocos a costa de otros muchos. Una Alemania mejor, por decirlo de algún modo. Esto no puede ni debe olvidarse de nuevo. Escapar no es la solución. Piénsalo: si todos los que tienen un pensamiento crítico se van del Este, ¿qué será de los demás?

Ahora el tono de su voz era casi suplicante.

—No debo, Rike, y si hay alguien que me entiende, eres tú. Uno asume responsabilidades por los seres humanos que están vinculados con él, tanto si le gusta como si no. Y no puede deshacerse de ellas cuando llegan las dificultades. Así que me quedaré e intentaré dar la cara y evitar lo peor, no es una tarea fácil para un fiscal en el tribunal regional, pero por ello mismo es necesaria. Tú, en mi lugar, harías lo mismo, lo sé.

En ese momento Rike estuvo a punto de decirle: «Te necesito porque eres mi padre, Carl. Con tu hermano Friedrich cada vez me distancio más. Nosotros, en cambio, podríamos apoyarnos y ayudarnos el uno al otro. Me siento tan cerca de ti, tan profundamente unida a ti... En muchos aspectos soy por completo como tú, ¿es que no lo ves?».

Pero dejó pasar la oportunidad, hasta que él se despidió con un seco apretón de manos, como si hubiera desvelado demasiadas cosas sobre sí mismo, y regresó a Potsdam en plena noche, bajo una

fría lluvia de primavera, en su Zündapp.

De repente la luz se encendió y en la radio sonó primero la música, luego la voz algo velada y agradable de Silvie, que siempre se expresaba como si tuviera guardado un importante secreto que revelar.

«Acaban ustedes de escuchar *Ich habe noch einen Koffer in Berlin*, de Die 3 Travellers, un fabuloso trío que siempre nos proporciona con sus canciones una enorme alegría. Y ahora, para todos aquellos que sienten nostalgia por el sur y sueñan con estar en campiñas más soleadas, van a escuchar conmigo a Rudi Schurike con *Wenn bei Capri die rote Sonne im Meer versinkt...*»

Silvie canturreó las primeras notas con el cantante porque sabía perfectamente que eso les gustaba en especial a sus oyentes. ¡Lo tenía todo bajo control! El aluvión de cartas de oyentes que todavía deseaban «más» Silvie en el aire continuaba aumentando. Para ella el micrófono de la cabina de radio era un teclado que dominaba con maestría.

Se emitía cada hora durante todo el día para llegar a tantos oyentes como fuera posible. A las dos de la noche, Claire ya había escuchado por la radio a su hijastra en el peluquero, pues solo en ese breve espacio de tiempo podía este poner en marcha el secador. Por lo demás, en cuanto el gas y la electricidad estaban disponibles, se empezaba a cocinar, lavar un par de cosas o planchar con la música sonando por la radio, sin importar qué hora fuera. La comida preparada se guardaba a continuación directamente bajo el edredón para que se mantuviera más o menos caliente. Friedrich había conseguido encontrar una cocina de calor retenido que cumplía la misma función y era muy solicitada en Berlín Oeste.

Después de tanto ajetreo, uno se sentía como mermado cuando la luz volvía a apagarse, se iba la corriente y el gas ya no funcionaba. Muchas fábricas de los sectores occidentales habían tenido que cerrar, otras estaban a punto de hacerlo. El número de desempleados en Berlín alcanzó nuevos récords. Sí, los escaparates volvían a estar llenos de atractivos artículos, pero ¿quién podía permitírselos?

El marco oriental recién impreso en la zona soviética, que sustituía a los criticados «billetes pegatina», ya no tenía validez en las zonas occidentales. Se podían canjear por marcos D en las oficinas de cambio que había en todos los sectores occidentales, pero se devaluaban con cada mes que pasaba. Aunque también aquellos a quienes se pagaba con marcos occidentales habían de controlar sus gastos. Muchos todavía tenían que contentarse con mirar en lugar de comprar.

Esto afectaba, por supuesto, a toda la confección de ropa. El breve impulso que generó la reforma monetaria, tan ansiada en todas partes, se había desacelerado de repente. El simple hecho de llevar telas a Berlín era toda una aventura. Brahm casi se desesperaba con sus fabricantes de Renania porque por mucho que ellos quisieran entregar los pedidos, no podían hacerlo. Su propia fabricación local estaba al mínimo, y en realidad más le habría valido cerrar en lugar de introducir una jornada

reducida.

Otros eran más astutos.

Sandro, por ejemplo, se había asociado con un mayorista de telas de Frankfurt. Este tenía buenos contactos con la Rhein Main Airbase, una base aérea de la que partían muchos aviones hacia Berlín, y lograba que, efectivamente, se cargaran algunas balas de tela. Rike prefería no pensar en quién había untado a quién.

Pese a todo, la entrega posiblemente no habría llegado si no hubieran existido hombres como Paul y Gregor. Puesto que no podía ir a Alemania del Oeste y en Berlín cada vez eran más escasas las actuaciones bien pagadas a causa de la crisis, el hermano menor primero y poco después el mayor se habían ofrecido a descargar aviones en Tempelhof. El salario por horas era aceptable porque se necesitaba mano de obra, además había una comida más por día de setecientas calorías, que no se pagaba con los cupones de racionamiento, todavía en vigor pese a la reforma monetaria.

—Si esto sigue así, lo mismo engordo —bromeaba Gregor, quien en las últimas semanas se veía más relajado que de costumbre.

—Puedes dar un poco si vas sobrado —lo animó Paul—, pero repartir no es algo que le guste especialmente a mi hermano mayor, ¡que lo sepas, Hotte!

Horst Warnke, alias Hotte, que también trabajaba en Tempelhof descargando, sonrió con complicidad. Después de llevar años malviviendo más que viviendo en una casa medio en ruinas, había aceptado de buen grado la oferta de Gregor de pernoctar hasta nuevo aviso en el sofá de su pequeña buhardilla en la villa de los Thalheim. También Miriam habría dado cobijo al encantador rubio una noche que Paul lo llevó a su casa, pero este lo rechazó.

—Déjalo —dijo Hotte con su cerrado acento—. Así está bien. Y es solo de paso. Gracias de todos modos. A fin de cuentas nunca se sabe qué va a ocurrir.

Era tan diestro evitando las preguntas sobre su vida antes de la guerra que al principio nadie advertía sus evasivas. Ni siquiera Gregor, que pasaba la mayor parte del tiempo con él, habría podido decir si Hotte había sido soldado.

—En realidad, tampoco importa —dijo cuando Friedrich le habló de la cuestión—. En cualquier caso ha sobrevivido y es trabajador. Parece flaco, pero siempre es el primero con las cargas pesadas.

—Bueno, a uno le gusta saber a quién tiene en casa.

—Es mi casa, tío, ¿lo has olvidado? —Gregor tan solo subió un poco la voz—. Alquilada de forma regular, aunque a un buen precio. Pero en caso de que te parezca demasiado...

Friedrich rectificó, aunque no sin repetir por enésima vez su descontento porque su sobrino hubiera postergado de nuevo sus estudios de Arquitectura.

—Esta maldita guerra ya os ha robado un montón de vida, muchacho. ¡Y ahora encima esta locura del bloqueo que todo lo paraliza! Tenéis que espabilar de una vez, de lo contrario un día os sentiréis estafados. ¡Tal vez deberías pensártelo y venirte con nosotros! En cualquier caso, las puertas de los almacenes siguen abiertas para ti...

Rike, no obstante, habría tenido alguna cosilla que decir al respecto. Le gustaba Gregor —su hermano, como pensaba ahora cada vez que lo veía—, y, sin embargo, entre ellos siempre había habido una barrera invisible que aún se levantaba en la actualidad. ¿Lo ponía ella nervioso? ¿Se sentía Gregor inseguro en su presencia?

Y si era así, ¿por qué?

En realidad, aquello ya sucedía cuando eran pequeños. Con Paul, el más joven, las hermanas Thalheim se habían divertido haciendo travesuras y todo tipo de tonterías; Gregor, por el contrario, había sido siempre reservado y más bien vacilante, un solitario que parecía bastarse a sí mismo.

No le quedaba mucho tiempo para reflexionar acerca de ello, pues a causa de la crisis se seguía facturando poco en la tienda. No llegaban a vender los artículos, pero no porque no gustaran a los clientes sino porque la mayoría de estos priorizaba otras compras. Desde la apertura de la pequeña tienda, Rike y Friedrich habían intentado animar a los berlineses occidentales a comprar, para lo cual habían realizado numerosas campañas para atraer a los interesados: rebajas los viernes o «tres por el precio de dos», que aunque tuvieron buena acogida por desgracia no produjeron suficiente volumen de ventas. Al final recurrieron a la técnica probada y anunciaron en grandes pancarta: la SEMANA BLANCA. Una especie de rebajas de fin de temporada como las que ya se ofrecían en los grandes almacenes antes y después de la Primera Guerra Mundial.

La gente quería pero no podía, lo que Rike comprobó con tristeza al leer lo rápidamente que subía la economía en Alemania del Oeste, mientras que en los sectores occidentales de Berlín esta incluso había decrecido claramente.

Solo había una cuestión que inquietaba a todo el mundo: ¿cuándo terminaría de una vez el bloqueo?

—Y ahora, encima, también vamos a perder la capital. —En esos días de principio de mayo de 1949, Friedrich Thalheim echaba pestes contra todos y contra todo—. Y mis compañeros de partido han propuesto en el Consejo Parlamentario que la sustituyan Bonn o Frankfurt, un pueblucho renano y la ciudad de los bolsistas. Como si estas ciudades le llegaran a la suela del zapato a Berlín. —Se sonó ruidosamente con el pañuelo—. Se supone que ahora Bonn va algo por delante. Seguro que Konrad Adenauer se ha metido por medio, ese viejo zorro, siempre dispuesto a arrimar el hombro por su querido hogar. Sí, es una persona competente, pero no se anda con chiquitas. Si es necesario, no tendrá ningún escrúpulo, y además sonreirá elegantemente al mismo tiempo.

Rike y Friedrich Thalheim estaban sentados en el pequeño despacho que había junto al almacén de la tienda; dos mesas, dos sillas, una máquina de escribir, un par de estanterías medio vacías y todo tipo de cajas todavía sin abrir. Cada uno tenía delante una taza del café hecho con las últimas provisiones de la lata de colores. Claire, que en la sala de ventas se ocupaba de los pocos clientes que se esperaban al mediodía, había preparado un pastel de zanahoria, pero habían cortado otra vez el gas antes de lo que se debía según la hora establecida y por dentro había quedado muy crudo.

—Ya puedes estar contento de que al menos Stuttgart o Kassel hayan perdido —contestó irritada Rike, porque empezaba a hartarse de que no dejara de criticar cosas que no admitían cambios—. Esas todavía habrían sido más insignificantes. Por otro lado, he oído decir que será sede del gobierno y no capital.

—¿Y cómo van a tomarnos en serio los otros países si nosotros, los alemanes, ni siquiera tenemos capital? —Friedrich se levantó de un salto—. ¿O pretendes que sigamos siendo para siempre un territorio ocupado?

—¡Como si fueran a consultármelo a mí! —Ahora alzaba ella la voz—. Además, a nosotros nos sobran preocupaciones. Por ejemplo, todavía no tengo ni la más remota idea sobre de dónde vamos a sacar nuestra colección de otoño-invierno. Está claro que cuando haga frío no podremos vender a nuestras clientas trapitos de algodón.

—Podrías ponerte en contacto con Wölfle...

—¿Y sale de Baviera en camión, cruza la frontera y nos salva con sus elegantes tejidos de punto? ¡Olvídate! ¡Ya hace tiempo que como socios no le resultamos atractivos! En cambio, su clientela en Alemania occidental crece de temporada en temporada. Es posible que tarde o temprano dejemos de distribuir sus artículos porque ya no podamos hacerle pedidos. Esta es la realidad, papá.

Ya no solía llamarlo de ese modo, y cuando lo hacía era con un sentimiento sumamente insípido. ¿Eran imaginaciones suyas o él, por su parte, esperaba con impaciencia que lo llamara así? A veces se sentía tan tensa en su presencia que prefería mantener la boca cerrada.

—¡Ya exageras de nuevo, Rike, típico de tu género, si me permites la observación! No siempre lo tengo fácil con tanta mujer emocional a mi alrededor...

Como si le hubieran dado la entrada, la puerta se abrió y, con las mejillas enrojecidas y los ojos centelleantes, Silvie se precipitó en el interior del despacho.

—¡Van a terminar con el bloqueo! —exclamó—. Ay, ¿cómo es que no tenéis radio aquí dentro? Os podríais haber enterado por vuestra cuenta. La RIAS lo emite cada hora. Yo también lo he tenido que anunciar. Pero pronto lo proclamarán nuestros coches con sus altavoces por todo Berlín Oeste...

—¡Es maravilloso! —Rike se puso en pie de un salto y abrazó a su hermana—. ¿Y cuándo será?

—El 12 de mayo, en una semana. Lo han decidido las potencias vencedoras en una conferencia en

Nueva York. Los rusos renuncian a que se reconozca el marco oriental en todo Berlín. ¡Con ello el triunfo del marco alemán es imparable! Todas las grandes agencias de información lo han comunicado.

—No me lo creo —objetó Friedrich—. Seguro que es otra artimaña de los soviéticos para prepararse y tomar represalias más duras.

—Ya te lo puedes creer, papá, ¡es cierto! —Extendió los brazos y empezó a girar sobre sí misma—. Berlín vuelve a movilizarse y nosotros con ella. ¿No es fan-tás-ti-co, queridos míos?

Friedrich cogió su taza de café y la vació. Luego meneó la cabeza, todavía meditabundo.

—Creo que ahora necesito algo más fuerte —musitó—. Debe de quedar un poco de ese vodka que Carl nos regaló para la inauguración... —Sacó de una de las cajas de cartón una botella medio vacía, desenroscó el tapón y se sirvió. Tomó un buen trago, pero no pareció disfrutarlo, pues torció la boca asqueado—. ¡Qué espanto!

—¿Por qué te lo bebes? —preguntó Rike.

—¿Por qué, por qué, por qué? —repitió él—. Porque sí. ¡Y basta! —Respirando pesadamente, se dejó caer sobre la silla.

—¿Estás bien, papá? —Silvie lo observaba preocupada—. ¡Estás blanco como una sábana!

—No... —Se llevó las manos al vientre—. Me encuentro fatal... ¡rápido, la papelera!

En el vómito que cayó en el suelo claro se mezclaba la oscuridad del café con...

—Sangre —distinguió sobresaltada Rike—. ¡Tienes que ir inmediatamente al hospital, papá!

—Bah, no voy a ir... —Se levantó, se tambaleó y cayó cuan largo era al suelo.

Alarmada por el ruido, Claire corrió al despacho.

—¡Friedrich! —gritó sobresaltada, y se arrodilló a su lado—. Por el amor de Dios, ¿qué ha ocurrido, *chérie*? ¡Pareces un muerto!

Habían llamado desde la tienda de al lado a una ambulancia, que llevó a Friedrich a la clínica del Westend. Allí, en la gran clínica de Spandauer Damm, prometieron que le harían una revisión interna a fondo.

—Vengan mañana por la tarde en el horario de visitas. Hasta entonces, el paciente estará en nuestras manos. —La enérgica voz de la enfermera jefe, vestida de blanco, no permitía ninguna objeción—. Quieren que se recupere del todo, ¿verdad? ¡Entonces aténganse a nuestras normas!

Así que después de alguna réplica, Claire y Rike accedieron a marcharse a casa y dejar a Friedrich bajo la tutela de los médicos.

¡Qué tarde, qué noche repleta de temores!

Rike acompañó a Claire a la villa y, después de concluir por ese día su trabajo en la RIAS,

también Silvie se unió al desalentado pequeño grupo. Flori lloró cuando se enteró de lo ocurrido, Claire no dejaba de llorar y, al final, se pusieron a llorar las cuatro a la luz mortecina de una vieja lámpara de petróleo, pues de nuevo habían cortado la luz. Más tarde, Gregor y Hotte regresaron sudorosos y agotados de su extenuante trabajo de descarga en el Tegel. También allí había llegado la noticia del final del bloqueo, pero todavía no tenían que temer por su puesto de trabajo.

—Los americanos y los británicos seguirán volando hasta entrado el otoño. Hoy he oído decir de muy arriba que quieren acumular reservas para nosotros, los berlineses occidentales —aseguró Hotte con su cerrado acento—. Se lo he oído a uno con un montón de estrellas en el uniforme. Alguien así sabe de qué habla.

—Ojalá mi Friedrich llegue a verlo —sollozó Claire—. Estaba inconsciente. Ha sacado del estómago sangre negruzca y parecía un cadáver. Todos nosotros hemos sido injustos con él, muy injustos incluso, tomándonos a la ligera que siempre se estuviera quejando. ¡Está gravemente enfermo!

—Pues claro que llegará a verlo —aseguró Gregor—. El tío Friedrich es un hombre fuerte. No lo va a matar un estúpido dolor de estómago.

—Pero como sea cáncer...

Silvie había expresado en voz alta lo que todos se temían en silencio, y ahora esa fea palabra flotaba como una nube negra por encima de la sala de estar.

—¡Y ahora vamos a comer! —Hotte metió una caja llena hasta los bordes en la habitación—. Otra vez nos hemos quedado sin luz, pero por lo visto el general con las estrellas tenía el día generoso: nos ha regalado bocadillos con exquisiteces, plátanos, cacahuets..., y un par de latas de cerveza como Dios manda. ¡Y nos lo vamos a comer juntos tan ricamente!

El pan blanco estaba soso, los ingredientes tenían un sabor artificial (crema de atún, mayonesa, pasta de jamón, pepinillos salados) pero no dejaron ni una miga. La cerveza con que lo habían regado todo enseguida hizo su efecto: Flori, que excepcionalmente había podido tomar un par de sorbos, dormía ovillada como un gato en el sofá.

En un momento dado, Claire se levantó un poco tambaleante.

—Y mañana en la clínica nos comportaremos como es debido —los animó—. Pase lo que pase. ¿Entendido? ¡Es lo que Friedrich se merece!

—A sus órdenes, señora general —contestó Gregor sonriendo, con un saludo militar—. La tropa Thalheim y compañía, lista para desfilar.

En ese momento se encendió la luz y en la radio empezó a susurrar, más que a cantar, Marlene Dietrich: «*Jonny, wenn du Geburtstag hast...*».

Hotte retiró la mano de repente, agitándola en el aire sin sentido.

A pesar de ello, Rike vio dónde había estado hasta el momento: en el bien moldeado trasero de Gregor, su hermano mayor.

Friedrich había tenido suerte, una suerte enorme. No era el cáncer lo que lo había dejado fuera de combate, sino una fuerte gastritis unida a un desgarró esofágico profundo. Síndrome de Mallory Weis, tal era el complicado nombre de su enfermedad. Por desgracia no podía hacerse gran cosa para combatirla, salvo evitar en lo posible que se excitase y tener cuidado con la alimentación. Friedrich tendría que ponerse a dieta, probablemente para toda la vida. Además, a partir de ese momento, el alcohol le estaba estrictamente prohibido, pues corría peligro de mutaciones malignas.

Todavía muy pálido pero algo más animado, el paciente regresó a la tienda de Kurfürstendamm el día en que oficialmente se puso fin al bloqueo. Los médicos habían aconsejado que permaneciese más tiempo en la clínica para recuperarse, pero Friedrich no había querido saber nada de ello.

—Si puedo estar de pie, también puedo trabajar —afirmó—. ¡Pasar un día histórico como el de hoy en la cama... ni me lo planteo!

En Berlín Oeste nadie cabía en sí de alegría. Desde la medianoche había gas y electricidad sin restricciones, todos los trenes circulaban, en todas las fábricas las máquinas funcionaban, personas totalmente desconocidas se abrazaban en las calles y plazas, y del cielo llovían bombones y chocolate.

Rike había hablado por teléfono hacía dos días con Brugger, quien, por supuesto, estaba informado de cómo evolucionaba el bloqueo de Berlín.

—Esto empieza a ponerse serio, señorita Thalheim —había dicho, arrastrando ligeramente las sílabas con su peculiar acento suizo, pero su voz tenía un tono emocionado y jovial que Rike pocas veces le había oído—. Dentro de poco, si ya no va a ser necesario que cada clavo y ladrillo llegue por avión a Berlín, sus grandes planes por fin podrán hacerse realidad...

Una idea que, por una parte, la hacía inmensamente feliz, pero que al mismo tiempo le daba miedo. Porque si por fin se podía llevar a cabo su proyecto de construir un lujoso edificio nuevo, tendría que sincerarse ante su familia acerca de la herencia del abuelo Schubert; una familia que, en realidad, era muy distinta a como ella había creído que era durante años.

A Rike se le ponía la piel de gallina solo de pensar en ello.

¿Cómo reaccionaría Silvie, que oficialmente se había ido con las manos vacías?

¿Y Friedrich, recién recuperado, estaría en condiciones de asimilar una confesión de ese tipo, aunque hiciera mucho más factible su ardiente deseo de reconstruir unos resplandecientes almacenes?

¿Acaso había llegado el momento de decirle por fin a Carl que ella era su hija?

¡Tenía ante sí tantas confesiones de peso!

De repente, Rike ya no aguantó más el sofocante despacho y se marchó a la sala de ventas contigua.

Por suerte había bastante gente en la tienda. Quizá ese día festivo también los monederos se relajaban por fin un poco. Los Thalheim estaban estupendamente equipados para el futuro: Brahm había avisado a todos los suministradores de Alemania occidental, Wölfle les había teleografiado para comunicarles que, por supuesto, les había preparado nuevos artículos de invierno. Solo Sandro, un par de días antes, se había expresado, sorprendentemente, con monosílabos.

¿Se guardaba para sí algo que no quería expresar? ¿Lo había desmoralizado la espera de casi un año? ¿O acaso ella simplemente lo había dejado sin palabras con su entusiasmo?

Si Rike hubiera podido verle la cara las cosas habrían sido más sencillas, pero solo cabía especular, lo que todavía aumentaba más su desasosiego. Hablar por teléfono daba pie a tantos malentendidos... ¡A veces odiaba con todo su corazón ese aparato sin vida de baquelita negra!

Miriam había ido a celebrar el día con ellos. Y, excepcionalmente, Flori también se encontraba en la tienda y había pintado con motivo de esa fecha una nueva pancarta con letras de colores y la frase BERLÍN: HA VENCIDO LA LIBERTAD, que Friedrich y Claire se disponían a colgar sobre la puerta de la tienda.

—¡Deja, mejor lo hago yo, papá! —Rike le quitó enérgica la escalera de la mano y se detuvo de repente.

¿Quién era ese cretino que recorría la Ku'damm tocando la bocina del coche?

La furgoneta era azul claro y tenía delante, a la izquierda, un guardabarros verde oscuro. Y también la marca del coche le resultaba totalmente desconocida. Una matrícula negra con caracteres blancos.

Su cerebro registraba aquellos pequeños detalles sin lograr organizarlos en un todo.

El vehículo frenó y se detuvo justo delante de la tienda. La puerta del conductor se abrió, un hombre delgado y de cabello moreno, con la camisa arrugada, se bajó; su rostro, con la sombra de una barba, resplandecía...

—¡Sandro! —Rike dejó caer la escalera y echó a correr hacia él.

—Rica, *amore mio, mi sei mancata molto!* —La estrechó entre sus brazos y la besó apasionadamente—. ¡Cuánto te he echado de menos, cariño mío!

Los transeúntes de detuvieron y aplaudieron. Miriam, quien enseguida había entendido de quién se trataba, levantó los pulgares. Claire mostró una tímida sonrisa, solo el rostro de Friedrich expresaba total perplejidad.

—¿Puedo preguntar quién es usted? —dijo cuando los dos se hubieron separado.

—*Ma certo*, quiero decir, ¡por supuesto! —Rike advirtió que su amado se esforzaba especialmente por escoger las palabras en alemán—. Soy Alessandro Lombardi, de Milán. Tengo el coche lleno de unas telas preciosas para su negocio, *signor Thalheim*. ¡Y amo a su maravillosa hija Rica!

Besarlo, abrazarlo, pasar la noche con él sin que nadie los molestara y al día siguiente despertarse tan enamorada y soñolienta junto a Sandro era para Rike algo abrumador. Entre ellos no había extrañeza, situaciones embarazosas o vergüenza, sino un profundo reconocimiento recíproco mezclado con una alegría curiosa. Sus cuerpos se movían en armonía y explorar juntos el amor los satisfacía a los dos. Nunca había sido ella tan feliz, ni se había sentido tan comprendida en todo su ser y tan amada.

—Resplandeces desde dentro —dijo Miriam, que se había ofrecido a hacer los turnos de su amiga en la tienda—. Es la primera vez que te veo así, Rike.

A Sandro parecía sucederle exactamente lo mismo.

—Los hombres de mi familia eran *molto intelligenti* —dijo él suspirando, un poco cansado tras un interminable juego amoroso—. ¿Mujeres extranjeras? *Veramente fantastiche!*

A Rike le gustaba saltar de un idioma a otro, pero también disfrutaba conversando con Sandro en italiano, la lengua de su corazón. Ahora tenía por fin la oportunidad de enseñarle «su» Berlín, y que al final del bloqueo la ciudad se presentase tan alegre y abierta la reconciliaba con muchas cosas. Mientras la recorrían en bicicleta, Sandro distinguió el estupendo potencial que dormía tras tanta destrucción, y esperaba que despertase de nuevo. Silvie, que se comportaba de forma sorprendentemente discreta y andaba por la casa de puntillas para perturbar lo menos posible el reencuentro de los dos tortolitos, les había prestado su bicicleta.

—Me gusta —admitió muy pronto, para regocijo de Rike, que se percató en ese momento de lo mucho que le importaba la opinión de su hermana—. Y al mismo tiempo te envidio, porque veros tan enamorados me hace todavía más consciente de mi soledad. Encaja contigo a la perfección, sí. Yo siempre me había imaginado a los italianos de una forma totalmente distinta: gritones. Más fanfarrones, en cierto modo engreídos. Pero Sandro es un hombre delicado, muy inteligente, sabe de sobra lo que quiere. ¡Felicidades, hermanita! Lo has hecho realmente bien.

Así que tenía su bendición, y eso tranquilizaba a Rike.

Pero ¿qué ocurría con los demás?

Fue retrasando un encuentro más largo con Friedrich y Claire, hasta que Sandro abordó el tema sin rodeos.

—Me escondes de tu *papa* —dijo—. *¿Por qué? Ti vergogni di me?*

La pregunta le llegó directa al corazón.

Pues claro que no se avergonzaba de ese hombre maravilloso, al contrario. Pero temía los comentarios despectivos de Friedrich, que, como ella bien sabía, podían ser muy hirientes.

Sandro la miró pensativo cuando ella intentó explicárselo.

—Tú y yo ya no somos niños —dijo él al final—, sino adultos, ¿no?

Rike asintió.

—Tu padre ha de aceptar, pues, al hombre que has elegido. Que luego le coja cariño depende de él, por supuesto...

La tarde en que estuvieron hablando de este tema, Carl pasó por la Bleibtreustrasse. Por fin había fecha para el proceso contra Ralf Heiger, y lo habían elegido precisamente a él como fiscal; de todos modos, el juicio no empezaría hasta septiembre. En realidad, pretendía marcharse enseguida después de comunicarles la noticia, que él mismo aún tenía que asimilar. Sin embargo se quedó, incluso un rato largo. Puesto que Carl no sabía ni una sola palabra de italiano, la conversación se desarrolló en alemán. Al principio, Rike participó animadamente en ella, pero luego dejó el terreno a los dos hombres. Hablaron de justicia, historia y política, y, pese a tener opiniones opuestas, se entendieron de maravilla.

—Lástima que sea comunista —observó Sandro—. En Italia también necesitaríamos hombres como usted.

—Que tú seas comunista —corrigió Carl.

—Qué va, ¡eso seguro que no lo soy! —protestó Sandro—. Aunque la Democrazia Christiana me disgusta en muchos aspectos. Pero ¿qué elegir si no? Italia tiene por delante un camino difícil.

—Te ha invitado a que lo tutees —terció sonriente Rike, que había preparado aparte un par de tentempiés.

—Exactamente. —También Carl comenzó a sonreír complacido—. Es lo normal entre compañeros, y ahora que perteneces a la familia...

Brindaron con el té.

—Bienvenido a la familia Thalheim —dijo Carl—. Y lo expreso tal como lo siento.

—*Zio* Carlo es un hombre especial —comentó Sandro cuando Carl se despidió de ellos para regresar a Potsdam.

—¿Especial? Tienes razón —convino Rike—. Pero ¿tío? En eso te equivocas.

—*Come? Non capisco...* —Sandro estaba desconcertado—. No entiendo nada.

—¿Cómo ibas a entenderlo? —respondió Rike—. Es uno de mis secretos. Por desgracia, no el único.

Empezó a sincerarse y con cada palabra que pronunciaba iba aliviando la carga que llevaba en el corazón. Sandro era el oyente ideal, que ni comentaba ni juzgaba, sino que se limitaba a escuchar lo que ella tenía que decirle. Ideal porque lo amaba y se sentía próxima a él, y él podía prestarle atención sin prejuicios. Rike le habló del sentimiento de confianza que ya experimentaba de niña junto a Carl, prosiguió con el trágico accidente de su madre, que había tenido que presenciar como testigo ocular, y acabó con la herencia del abuelo Schubert. No omitió el diario de Alma, que todavía descansaba en el armario sin abrir, ni tampoco las cartas que había dejado Egon Schubert.

—El día que nos conocimos hacía una hora que me había enterado de todo esto —recordó—. Ahora a lo mejor entiendes por qué me comporté de una forma tan rara. Acababa de heredar más de un millón de francos, aunque con especificaciones estrictas, y de repente también tenía un nuevo padre.

—*Mamma mia*, es cierto que había mucho que digerir. ¿Y qué ponía en el diario de tu madre? —preguntó.

—Todavía no lo he leído. Yo... yo simplemente no puedo.

—Pero a lo mejor te tranquiliza saberlo todo.

—Ya lo haré —dijo Rike—. No soy como tú. Solo puedo ir asumiéndolo poco a poco, *capisci*?

Sandro la besó con ternura.

—¡Por suerte eres como eres! Y sí, hazlo a tu manera. Así lo harás como a ti te conviene. Gracias por tu confianza, *amore* —concluyó—. Lo aprecio. Por supuesto, me gusta que mi amada sea una mujer rica, pero ya antes de saberlo me había decidido por ti con todo mi corazón. *Non dimenticare!*

Ella se estrechó contra él.

—¡Ya lo sé! Y estoy muy contenta por eso. Ahora tenemos que poner también al corriente a los demás. —Rike dibujó una sonrisa forzada—. ¡Si por lo menos supiera cómo!

Sandro permaneció un buen rato callado, parecía reflexionar intensamente.

—Lo que acabas de explicar se divide, para mí, en dos partes —dijo después—. La primera: la herencia del *nonno* y sus condiciones. La segunda: la paternidad. La primera parte, *per tutti*, pues todos están afectados. La parte dos, *molto discreto*. Ahí tienes que ser muy prudente...

—Llevas razón. Lo haremos así —convino Rike—. Solo espero poder volver a dormir mejor después.

Friedrich miró con desconfianza a Rike cuando esta se levantó de su sitio después de cenar en la villa. La velada había sido algo complicada al principio porque el patriarca había mostrado claramente a Sandro lo poco deseada que era su presencia allí. Pero como el joven italiano siguió

sonriendo y fue respondiendo en un fluido alemán a las preguntas que se le planteaban, todo el mundo se relajó un poco. Pese a ello, Rike sabía que solo se había superado con éxito una etapa.

Pero al menos era un comienzo.

—Gracias por la invitación —dijo—. Y os agradezco también que hayáis aceptado a Sandro entre vosotros. Seguramente os habréis percatado de qué es lo que nos une a los dos. Hoy, sin embargo, antes quisiera tratar otro tema.

Miró primero a Friedrich y luego a Silvie.

—Como ya sabéis estuve en Suiza tras la muerte del abuelo, en 1946. Allí, en Zurich, se abrió un testamento...

—Sí, todo esto ya lo sabemos —la interrumpió Friedrich—. El viejo zorro te dejó un par de francos con los que has tenido la amabilidad de contribuir estos últimos años cuando ha sido necesario.

Rike notó que le flaqueaban las rodillas. De repente se puso tan nerviosa que todo el cuerpo empezó a temblarle.

Pero ya no había marcha atrás.

—Para ser más precisos, me dejó un millón doscientos mil francos —dijo—, que no tenía que tocar hasta que se realizara la reforma monetaria para que no se devaluaran. Un banquero suizo fue el que me lo aconsejó y he hecho bien en seguir su recomendación. Sin embargo, ahora todo ha cambiado. Ahora puedo utilizar el dinero, con él es factible reconstruir los almacenes Thalheim, si así lo queremos. ¡Hoy desearía brindar con vosotros por eso!

Salvo Sandro, que alzó su copa hacia ella sonriente, en la mesa nadie movió un dedo.

—¿Has permitido durante todo este tiempo que nos muriésemos de hambre teniendo una fortuna en la reserva? —La voz de Silvie, famosa en la radio, amenazaba con quebrarse—. ¡Y yo matándome en la Bolsa Negra por vosotros y arriesgándome incluso a que me metieran en chirona! Y, además, ¿por qué el abuelo no me ha dejado a mí ni un piojoso centavo? ¿Qué le he hecho yo a él, me lo puedes explicar?

—Nada —contestó Rike—. Nada en absoluto, por supuesto. Creo que yo era, simplemente, la más parecida a mamá. Y él añoraba muchísimo a su hija. No me lo puedo explicar de otro modo.

—Me he llevado una enorme decepción contigo, Rike. —De repente, Friedrich parecía haber envejecido varios años—. ¿Es esto lo que has aprendido en nuestra familia sobre la confianza? Entonces, he fracasado por completo.

—Bueno, yo encuentro bien lo que ha hecho Rike. —Claire acudió valerosa en su ayuda—. Y además sensato. Lo comparte ahora con nosotros. Y nadie nos lo puede quitar o devaluarlo. ¡Habrá unos nuevos almacenes Thalheim, Friedrich! ¿No es lo que todos habíamos soñado?

—Pero no de este modo... —replicó él.

—¿Por qué no? —preguntó Rike.

Casi le habría soltado en la cara que el abuelo lo había excluido expresamente de la herencia, pero ¿qué ganaba con ello sino provocar más heridas y más disgusto todavía? No, seguiría actuando como lo venía haciendo desde 1946, a su manera. Obedeciendo a sus propias reglas.

Friedrich tendría que acostumbrarse. Lo mejor era que empezara en ese mismo instante.

—Por lo visto, el abuelo Schubert era de la opinión de que su herencia estaría mejor guardada conmigo —prosiguió—. Y trataré de ser digna de ese honor. Luchemos juntos, codo con codo, cada uno según sus habilidades y posibilidades. Entonces llegaremos antes a nuestra meta.

—¿Se puede echar un vistazo al testamento? —insistió Friedrich.

—Claro —respondió Rike—. Te llevaré una copia al despacho. Podrás ver con tus propios ojos que todo tiene su razón de ser.

No mencionó la carta adjunta y envió un beso mudo a Sandro por encima de la mesa. ¡Cuánta razón había tenido con sus *due parti!* Salir ahora con el tema de la paternidad de Carl habría sido tensar demasiado la cuerda.

—Primero tengo que digerir la noticia —dijo Friedrich—. ¡Verdaderamente no se trata de una comida sencilla para un enfermo del estómago! Hablemos de ello con calma estos días, cuando se haya marchado tu visita.

—Yo no soy una visita —intervino Sandro—. O al menos espero no serlo pronto.

Se sacó una cajita del bolsillo y la abrió. Sobre un terciopelo azul noche resplandecían tres diamantes.

—Fe, esperanza y amor —dijo Sandro—. Es el anillo de mi abuela Saskia, que era de Amsterdam. —Se levantó, se acercó a Rike con el anillo y se arrodilló frente a ella—. ¿Quieres casarte conmigo, *amore?* ¡Me harías el hombre más feliz del mundo!

Rike se quedó sin palabras de la alegría. Pero luego asintió.

—*Sì* —susurró.

Sandro le puso el anillo en el índice izquierdo. Parecía hecho a medida para ella.

—*Signor Thalheim* —dijo Sandro después de ponerse en pie—, le pido la mano de su hija. ¡Concédame usted el gran honor de tener a Rica por esposa!

En ese momento, la mirada de Friedrich se suavizó. Así era como la miraba cuando era una niña llena de amor por él, llena de la más profunda confianza.

—¿Es lo que quieres, Primogénita mía? —preguntó en voz baja—. Pues, a fin de cuentas, de eso depende todo.

—Y tanto —respondió Rike, intentando ignorar el picor de la garganta—. ¡No hay nada que desee más en este mundo!

Berlín, otoño de 1950

Habían soñado tanto tiempo en volver a construir los almacenes en el mismo lugar... Y ahora tenían su sueño al alcance de la mano. Al día siguiente se celebraría la coronación del edificio de los nuevos Thalheim. Rike apenas si se lo podía creer. ¡Qué año tan vertiginoso habían pasado!

A esas alturas había dos Alemanias: la República Federal Alemana, cuya Ley Fundamental había entrado en vigor el 25 de mayo de 1949 con el canciller Konrad Adenauer y con la sede del gobierno en Bonn; y la República Democrática Alemana, fundada el 7 de octubre del mismo año, que contaba con Wilhelm Pieck como presidente y con Berlín Este como capital. Sin embargo, la República Federal no reconocía a la República Democrática; consecuentemente, Adenauer y los demás hablaban de la «zona oriental», lo que todavía aumentaba más las barreras invisibles en Berlín.

«La dignidad humana es intangible. Respetarla y protegerla es obligación de todo poder público.»

Flori había pintado bajo el techo de su habitación el artículo 1 de la Ley Fundamental de la República Federal Alemana en mayúsculas, como un resplandeciente friso azul. Cuando la joven de diecisiete años no dibujaba, solía llevar bajo el brazo el *Diario* de Ana Frank, que por fin se había publicado en Alemania, y que ella había llenado durante su lectura de numerosas anotaciones en colores. Lo citaba con frecuencia, la mayoría de las veces de memoria, de tanto leerlo, o señalaba en silencio, si lo creía necesario, el significativo friso de la habitación. No obstante, las peleas con sus padres se habían mitigado, aunque fuera tan solo porque sus progenitores carecían de tiempo, ya que el tema del nuevo edificio imperaba en el día a día de todos los Thalheim.

Los miembros de la familia valoraban de distinto modo la bonanza que la herencia del abuelo Schubert les había dispensado. En Claire seguía imperando una auténtica alegría, mientras que Silvie todavía se sentía personalmente ignorada. Friedrich, en cambio, tenía que luchar con el hecho de que Rike, como única heredera, reivindicara el derecho a intervenir en todas las decisiones importantes.

De ahí que la búsqueda de un arquitecto adecuado tampoco hubiera sido nada fácil. Rike quería contratar a alguien abierto a la novedad; Friedrich, por el contrario, insistía en que fuera un profesional con experiencia, lo que en Alemania solía conllevar un pasado de tonos pardos. Tras unas discusiones interminables se impuso ella. Acordaron acudir al suizo Urs Lüthi, quien daba clases en la facultad de Arquitectura de la Universidad Libre de Berlín y cuyos edificios gozaban de reconocimiento internacional. Lüthi era peculiar, robusto, parecía un campesino del Oberland bernés y prefería dibujar antes que hablar. A Rike le gustó desde el primer momento porque tenía la

sensación de que ambos se entendían sin necesidad de palabras.

Admitió el deseo de construir una cubierta de cristal pese a los costes adicionales que acarrearía y lo plasmó en sus planos de forma realmente genial, según la opinión de Rike. Un cristal que entre la estructura de acero captaba mucha luz, aunque no en forma de cúpula como en los antiguos almacenes Thalheim, víctimas de los bombardeos en 1943, sino de un triángulo compuesto por un damero irregular y con una atrevida inclinación. Tuvo que romperse la cabeza pensando cómo resolver la cuestión de la lluvia hasta encontrar la solución en unos potentes tubos de cobre a través de los cuales descendería el agua. Un fuerte contraste con el gris claro de la fachada, formada por una estructura de malla interrumpida por unos grandes escaparates que producían un efecto de serenidad, casi severa.

—Hay que llamar la atención —dijo Lüthi—. Captar el interés. Solo la mediocridad desaparece.

Cuando Rike cerraba los ojos, veía ante sí los almacenes acabados: tres plantas, la planta baja más otras dos superiores, todo dominado por la modernidad. El hueco que llenaba la escalera minimalista con peldaños de granito claro, sobrio y fácil de limpiar, cubiertos en la parte central por una alfombra de goma gris oscuro. Se podía acceder a las plantas por unas escaleras mecánicas y, en el lado sur, un ascensor de cristal. Por el momento todo esto existía como proyecto, como maqueta y ahora como estructura, junto a un muestrario de colores, pero uno ya podía imaginarse el aspecto que tendría el interior del edificio una vez acabado.

Otra decisión acerca de la cual Rike y Friedrich habían discutido: ofrecer en el futuro solo ropa de mujer y los accesorios a juego, aunque antes de 1943 también habían vendido una amplia selección de ropa de caballero. La inauguración de los almacenes KaDeWe en julio les había dado el último impulso hacia aquella decisión. Rodeados de un sinnúmero de curiosos, los Thalheim y Miriam habían paseado atónitos por las enormes plantas, mucho más grandes que sus propias superficies de venta, donde ahora, como en toda la República Federal, se podían adquirir artículos sin tener que presentar cupones ni cartillas de racionamiento como en los últimos años. Al final, los Thalheim, de común acuerdo, sacaron la conclusión de que cualquier comparación con esos grandes almacenes quedaba excluida de antemano.

—La concentración es lo que prima ahora —había dicho Rike—. Moda, moda y más moda, este debe ser nuestro lema. Las mujeres nos han ayudado con su confianza a superar los difíciles primeros años de la posguerra, a partir de ahora queremos mimarlas con todo lo que esté a nuestra disposición.

Casa de modas Thalheim, el nombre, ligeramente modificado, debía plasmar esa nueva evolución. Cubriría toda la fachada en un rótulo iluminado las veinticuatro horas del día, mientras que la estructura en forma de malla también permanecería iluminada desde el interior por las noches, evocando un abstracto panal.

—¿Toda la noche? —había preguntado Friedrich, horrorizado—. ¡Nos costará un dineral!

—Rebajaremos el coste de la electricidad a través de la entidad Ayuda a Berlín. —Rike no estaba dispuesta a cambiar de parecer—. Por suerte el Estado por fin apoya a las empresas de Berlín Oeste. Y sí, nuestra bandera ondeará día y noche. Tras tantos años de oscuridad, Thalheim ha vuelto y debe verlo todo el mundo. La publicidad es esencial. Sin ella nadie sale adelante.

—Desde que vuelves a ir a la universidad has cambiado mucho —observó Friedrich—. Eres rigurosa, y de repente recurre únicamente a la teoría. ¿De verdad ha de ser así? ¿Tanto esfuerzo y tantas noches empollando? ¡Nosotros, los Thalheim, llevamos el comercio en la sangre, así, sin más! Desde mi punto de vista, pues, no haría falta que te esforzaras tanto...

«Pero desde mi punto de vista sí —pensó ella—. He cumplido treinta años y quiero dejar de ser únicamente hija, hermana, nieta y pronto esposa. Quiero tener algo que me pertenezca solo a mí.»

Había tenido la suerte de que le convalidaran los semestres anteriores de la carrera de Administración de Empresas; para obtener el título solo le quedaban unos pocos exámenes que hacer. Y tenía que batallar con la tesina que le había asignado el profesor Marquardt, quien pese a su pasado nazi volvía a dar clases en la Universidad Libre de Berlín Oeste. El tema que Rike iba a desarrollar era «El proceso de captación de nuevos clientes en la mercadotecnia estratégica». Había emprendido esta tarea con audacia, como casi todo lo que hacía, pero había subestimado el tiempo que llevaba sin realizar un trabajo científico. Entre ese semestre y los anteriores se hallaban la guerra, el hambre y el bloqueo. Escribir en la flamante Olympia SM1 que había adquirido expresamente para la tesina le resultaba realmente fatigoso, y la cantidad de papel que gastaba era enorme debido a su intransigencia ante gran parte de lo que leía, que yacía arrugado en el suelo. Pero cuando por fin lograba terminar un capítulo, Rike lo vivía como una victoria que la obsequiaba con nueva energía, aunque tuviera que robar horas de sueño a la noche. Además le encantaba el trayecto en bicicleta a Dahlem, donde se encontraba la recién fundada Universidad Libre, con sus numerosas facultades, después de que la Universidad Friedrich Humboldt, en el Sector Este de la ciudad, hubiera quedado bajo el dominio del SED. A solo un par de calles de allí estaba la antigua villa del abuelo Schubert, que pertenecía en la actualidad a la Cruz Roja Internacional. Él la había transformado en un mausoleo para su fallecida hija Alma, antes de decidir romper todos los puentes con Berlín y pasar la vejez en Zurich.

Sí, entonces el abuelo había necesitado urgentemente estar solo, pero a Rike le daba ahora pena no haberle escrito más a menudo.

¿Dónde habrían ido a parar los Thalheim de no ser por su generosa herencia?

La familia entera se beneficiaba de ella porque Rike había seguido los sabios consejos de Brugger.

Pese a ello, Silvie guardaba rencor por lo que a sus ojos había sido un reparto injusto. El día anterior a la gran fiesta de coronación del edificio se había vuelto a referir a aquella cuestión.

—¿Qué es lo que tienes para que toda la familia te prefiera a ti en lugar de a mí? —refunfuñó.

—No es cierto —se defendió Rike.

Estaban sentadas a la mesa de la cocina tomando té, como hacían a menudo, pero ese día el ambiente entre ellas era tenso. Miriam les había llevado al apartamento los nuevos conjuntos para la fiesta, con los colores de la futura decoración interior de los almacenes: un vestido verde menta con chaqueta entallada para Rike; un vestido de lana azul con un ancho cinturón de piel para Silvie; mientras que para Claire ya colgaba en la villa de la Branitzer Platz un traje chaqueta de *bouclé* lila claro. Luego Miri había vuelto a subir sorprendentemente deprisa a su piso, se suponía que para poder asistir descansada a la celebración el día siguiente.

¿O acaso no sería más bien la carta que Ben Green había enviado desde Israel la causa de su retirada? Miriam no había desvelado gran cosa de su contenido, salvo que vivía desde hacía un año en un kibutz junto al lago de Genesaret. Por lo visto, la misiva la había estimulado de forma espectacular. Miri tenía las mejillas sonrosadas, cosa que hacía tiempo que no sucedía, y había estado canturreando pensativa.

—¡Ya lo creo que es cierto! —replicó Silvie—. Siempre fuiste la preferida de mamá, y no te creas que yo era demasiado pequeña para no darme cuenta. El abuelo te nombra heredera única, papá tiene la mejor opinión de su Primogénita, e incluso Claire se dirige antes a ti en cuanto ha de tratar algún asunto importante. Solo la Peque es mi aliada, a lo mejor porque sabe perfectamente que nosotras dos somos las marginadas de los Thalheim. —Silvie empezó a hipar—. Y, sin embargo, hace mucho que he cambiado, aunque hayáis estado demasiado ocupados para verlo. Hace tiempo que no soy la caprichosa y superficial señorita de antes. ¿Cómo iba a seguir siéndolo estando encarcelado Ralf? Por si te interesa, en cierto modo me siento como su viuda, aunque mi amor todavía esté vivo.

—En algún momento tendrán que volver a dejarlo en libertad...

—Sí, dentro de quince interminables años, entonces tendré cuarenta y dos, ¡un vejestorio! Siempre que Ralf aguante todo ese tiempo las horribles condiciones de la cárcel de Weissensee, con lo mal que lo han tratado ya. ¡Únicamente le dejan enviar como máximo siete líneas escritas al mes, y esto si no ha vuelto a desobedecer alguna de las innumerables prohibiciones! Ni siquiera nuestro tío Carl pudo ayudarlo porque lo sustituyeron durante el proceso por un fiscal fiel a la línea del partido.

Se le quebró la voz.

—Pero de algún modo tengo que seguir viviendo. También sin Ralf. Por eso me entrego tanto al trabajo. Al menos ahí todo va como debe ser. Mis programas gozan de gran estima entre el público. Nadie en la RIAS recibe tantas cartas de simpatizantes como yo. Algunos hasta me tienen por una

estrella. ¡Solo para mi propia familia carezco de valor! —El labio inferior de Silvie tembló ligeramente.

—Esto es absurdo. Todos nosotros conocemos tus virtudes...

—¿Cuáles, por ejemplo? —la interrumpió Silvie.

—Que tienes un corazón inmenso. Que eres animosa y conectas bien con la gente. Que cantas de maravilla, que tienes una voz igual de impresionante cuando hablas y que fascinas a todo el mundo con tu encanto. Tú misma lo ves cada día con tu cautivada audiencia, ¿no es cierto? —De repente Rike se detuvo porque las comisuras de los labios de Silvie todavía apuntaban hacia abajo—. Acabo de enumerar unas cuantas cualidades. ¿O he dicho alguna inconveniencia?

—No, pero no has mencionado que sea inteligente. Y lo soy, aunque no haya ido a la universidad ni tampoco sea un ratón de biblioteca. ¡Me gusta más vivir la vida y actuar en lugar de estar cavilando! —Inclinó la cabeza ligeramente hacia un lado, como hacía de niña antes de decir algo importante—. Oskar también es así, eso lo hacía todo más fácil porque siempre éramos dos. Estará orgulloso de mí cuando regrese, lo sé. Pero ¿y mamá? ¿Crees que a ella también le habría gustado mi evolución?

—¡Sin la menor duda! —le aseguró Rike conmovida por el inesperado arrebató de su hermana—. Le gustaba mucho todo lo que tenía que ver con la radio. ¡Y escuchar a su propia hija! Probablemente reventaría de orgullo. ¿Todavía te acuerdas bien de ella? Oskar y tú solo teníais diez años cuando murió.

—¡Qué pregunta! Aunque... a veces su rostro se difumina cuando pienso en ella, ha pasado tanto tiempo... Pero lo que sentía por mamá sigue estando vivo. Para mí era una nube, aromática, luminosa, en cierto modo ligera como una pluma. Hoy en día creo que con frecuencia todo ese teatro familiar la superaba, simplemente. Nosotros tres como pequeñas lapas pegadas a ella. Y encima tener que estar siempre guapa: el peinado, el vestido, los zapatos, las joyas..., todo perfecto. Papá le daba mucha importancia al aspecto, mientras que a ella en realidad no le gustaba ir tan arreglada. Lo cierto es que no quiero ponerme sus centelleantes joyas porque tuvo que pagar un precio muy alto por ellas. Ignoro cómo pudo con todo: los desfiles de moda, las numerosas galas y estrenos de películas. Sin contar con que a menudo había invitados en casa. Lo cierto es que solo se relajaba cuando el tío Markus venía a vernos. Entonces siempre estaba contenta y reía despreocupada como una jovencita...

«Hasta que salió del hotel corriendo a ciegas hacia la calzada y la atropellaron en medio de la Ku'damm.»

Para Rike, evocar esos recuerdos seguía siendo doloroso. Pero de nada servía huir de ellos. En cuanto hubieran celebrado la fiesta de coronación del edificio se ocuparía del diario de su madre, se lo había prometido a sí misma.

Debía soltarla, le había dicho Miri hacía mucho tiempo. Solo así tendría un auténtico futuro.

Si no fuera tan terriblemente difícil...

—Por cierto, gracias por las horas de conducción —dijo Silvie, que parecía estar más serena—.

Si todo va bien, me sacaré el carnet de conducir dentro de dos semanas.

—Entonces ¿vas a aprobar el examen?

—¡Claro! Y algún día tendré mi propio cochecito. ¿Y tú? ¿No tienes ganas de sentarte al volante y correr a toda mecha hacia la bella Italia a ver a tu amorcito?

—De momento, no.

Rike había superado un poco su trauma con los coches, pero este no había desaparecido del todo, ni mucho menos. Todavía prefería viajar en tren, donde podía leer, soñar y disfrutar del paisaje que se deslizaba junto a ella, incluso si el trayecto se alargaba un poco más con sus paradas y sus enlaces. La distancia entre Berlín y Milán era enorme y a veces le parecía que aumentaba más con cada día que pasaba separada de Sandro. Ahora que no había ningún bloqueo que les impidiera viajar, podrían haber estado juntos más a menudo. Y, sin embargo, durante el último año solo se habían visto una vez cada dos meses, incluidas unas vacaciones estivales de ensueño en la costa que ahora añoraba casi tanto como a él.

La madre de Sandro no estaba bien de salud. Después de una neumonía que al principio se había curado mal porque era de aquellas personas que nunca se ponían enfermas, Antonia quedó débil y desmejorada. Más tarde se sumaron otras molestias, «enfermedades de mujeres», decía Sandro crípticamente, que en realidad habrían exigido una operación pero que, dado el frágil estado de la paciente, tuvo que postergarse. Ahora necesitaba del cuidado de sus hijos y lo reclamaba enérgicamente. Incluso el hasta entonces inconstante hijo menor, Valentino, se lo pensó mejor y regresó arrepentido a Milán desde Suramérica para trabajar por fin en la empresa.

Saltaba a la vista que Antonia Lombardi se encontraba fatal. Pero Rike también percibía de qué despiadada forma se aferraba a sus hijos en esa crisis. Ahora, de repente, todo giraba en torno a ella, y el tema de la boda cada vez se alejaba más. Claro que se casarían, eso se lo aseguraba Sandro, pero cuando la *mamma* se sintiera mejor, *davvero*?

Los preparativos y el comienzo del nuevo edificio habían exigido la presencia de Rike en Berlín. Tampoco tenía que viajar más a Zurich. La herencia del abuelo Schubert se encontraba ahora, en marcos alemanes, en un banco de Berlín, salvo una pequeña reserva de francos que había dejado, nostálgica, en el Credit Suisse. De todos modos, cuanto más avanzaba el nuevo edificio, más se alejaban los costes de sus posibilidades, por lo que los Thalheim tuvieron que pedir un crédito considerable. No obstante, cuando se hubiera concluido la obra, el alquiler de la tienda provisional iba a desaparecer, lo que significaría una descarga económica. Por otro lado, habían conseguido vender de forma provechosa la tiendecita de Savignyplatz, mientras que la casa de tres pisos que se

hallaba en el sector soviético de Lichtenberg, y que Friedrich también había adquirido a toda prisa en la época de los bombardeos, ni siquiera cubría gastos ya que en la República Democrática se habían congelado los alquileres. A todo esto se añadía que no solo tenían que encontrar personal suficiente para las superficies de venta del nuevo edificio, sino pagarle como correspondía.

A veces a Rike le zumbaba la cabeza de tantos cálculos y tareas que todavía tenía que hacer. En esos momentos habría deseado, además de oír la voz de Sandro al teléfono, estrecharse contra él por la noche y explicarle todas sus preocupaciones. Pero al menos disponía ahora en la Bleibtreustrasse de un aparato de teléfono propio que lo hacía todo más fácil.

Así que ese día también cogió el auricular cuando Silvie se fue a dormir. Sandro respondió al instante cuando se realizó la conexión con Italia.

—¿Cómo te va, *amore*? —preguntó con ternura—. *Tutto bene?*

—Por favor, vuelve a preguntármelo mañana —contestó ella con una risita—. Estoy tan acabada que solo tengo ganas de dormir. Preferiblemente durante días...

—*Ma no senza di me*, ¡no sin mí!

—Claro, contigo sería más bonito. ¿Cómo está tu madre?

—*E difficile*, Rica, por desgracia cada vez surgen nuevas preocupaciones. Apenas come y siempre está agotada. Valentino quiere llevarla un día de estos a Roma, a que la vea un especialista. *Povera mamma!* Tiene que recuperarse del todo...

«¿Y si no lo hace? —pensó Rike—. ¿Se cancelará entonces nuestro casamiento?»

Estuvo a punto de decirlo en voz alta, pero ya en otras ocasiones se había dado cuenta de lo susceptible que era su amado en cuanto se tocaba el tema de la familia, así que cerró la boca a tiempo.

—Voy a dormir —dijo—. Mañana me espera un día duro. ¡Por favor, piensa en mí!

—*Sempre* —le aseguró él con fervor—. Siempre, siempre, siempre, ya los sabes, *amore*.

Aquel espléndido viernes de octubre, que con su temperatura de casi veinte grados también habría hecho honor a un día de verano tardío, fueron muchos los que acudieron a la fiesta de coronación del edificio. Friedrich había puesto mucho empeño en que fuera veinticuatro horas antes del primer aniversario de la RDA, que debía celebrarse festivamente.

—Nosotros, en Berlín Oeste, siempre vamos por delante —dijo de buen humor para saludar a los primeros invitados, luciendo un traje de franela gris con una corbata de un azul plateado que conjugaba perfectamente con la importante cantidad de hebras plateadas que aparecían entre sus cabellos rubios—. El café Kranzler vuelve a abrir, y pronto ustedes también podrán comprar tranquilamente en la casa de modas Thalheim. Los planes anuales y los objetivos de producción no

sacan lo mejor del ser humano, es así, ya se darán cuenta los señores rojos de aquí al lado. En cambio, ¡un proyecto empresarial tan atrevido como un nuevo edificio modernísimo suscita en todos las mejores energías!

Junto a él estaba Claire, sonriente, delgada y elegante con su conjunto color lila, mientras que Flori no había cambiado ni siquiera para esa ocasión oficial sus queridos pantalones de cuadros por una falda. Como pequeña concesión llevaba un pañuelito triangular color turquesa alrededor del cuello y se había cepillado tanto rato el cabello que le relucía al sol como cobre líquido. Había insistido en llevar a Taps y no lo soltaba de la correa porque habría desaparecido de inmediato entre la estructura del edificio. Gregor, que ya se encontraba en el tercer semestre de Arquitectura, tenía que vigilar que ninguno de los dos hiciera alguna tontería. Sin embargo, solo tenía ojos para Hotte, que se encontraba entre los obreros de Erwin Brose, y lo saludó brevemente. Tarde o temprano Friedrich acabaría por descubrir esa relación.

Rike sentía curiosidad por saber cómo reaccionaría.

Estaban presentes algunos miembros del Consejo, una variada representación de los distintos partidos, aunque a Friedrich lo decepcionó que no acudiera el alcalde Reuter, que se había disculpado a causa de una indisposición. Al menos, quien sí había asistido era Heinrich Vöckel, cofundador de la CDU berlinesa y representante del gobierno de la República Federal en Berlín. También se encontraban allí diversos periodistas tan diligentes que Rike se hartó de que le hicieran aquella cantidad de fotografías al lado de su padre.

—¿Cómo es que solo nos fotografian a nosotros? —dijo un poco exasperada—. ¡Lo importante es la obra! Por eso están hoy aquí, ¿no?

—¿Y si dejáis que lleve yo un rato el timón?

Silvie, que acababa de bajar del taxi que la había llevado desde la RIAS, en Schöneberg, hasta el edificio de la Ku'damm, enseguida dio con el tono adecuado.

—Mi encantadora hermana Ulrike está un poco nerviosa. —Su voz sonaba ronca, y mientras hablaba recurría a sus pestañas, cuidadosamente retocadas con rímel—. Y con razón. Porque hoy en día celebramos la coronación de este edificio, algo nuevo en Berlín. ¡Arquitectónicamente es-pec-ta-cu-lar, caballeros! Se convencerán de ello cuando vean la maqueta con sus propios ojos, si quieren seguirme...

A petición de Rike, Lüthi había hecho una maqueta de los almacenes, que se había instalado sobre un gran tablero en la planta baja de la estructura del edificio. No tenía ni punto de comparación con la original, trabajada con todo detalle, pero Silvie presentó la miniatura como si fuera la joya de la Corona británica. Se oyeron los clics de las cámaras, los flashes centellearon, y Silvie permitió que la fotografiaran desde todos los ángulos junto a la versión reducida de los almacenes, y se la veía tan

satisfecha como una gata que acabase de lamer hasta la última gota de leche de un plato.

—Tiene algo, así de simple —le susurró Miri a Rike—. Tres frases, dos parpadeos, y todos le besan los pies. ¡Yo nunca aprenderé!

—Yo tampoco —apuntó Rike—. ¿Y para qué? Sandro me quiere como soy, y Ben te ha escrito a ti desde Israel, no a ella.

—Quiere que vaya a verlo —musitó Miri—. Viven allí todos juntos, judíos de más de veinte naciones distintas. Se reparten el trabajo, riegan y hacen fértil la tierra, crían juntos a los hijos y las mujeres tienen los mismos derechos en todos los niveles. Ya no existe lo mío y lo tuyo, sino un enorme nuestro. ¿A que es maravilloso?

—Parece muy atractivo —dijo Rike con cierta reserva porque recordaba haber oído algo al respecto en el SED—. Pero ¿tú como pionera en medio del desierto? ¿Miri Sternberg, la auténtica berlinesa? Lo siento, pero ni siquiera logro imaginármelo.

—Allí todos los judíos son bienvenidos. —Era como si Miriam no la hubiera oído—. Vengan de donde vengan. Así lo ha decidido el gobierno de Israel. Ahora ese es nuestro país, Rike. ¡Y nunca jamás podrá nadie echarnos!

—Estoy segura de que los vecinos árabes son de otra opinión. —No quería ofender a su amiga, pero tenía que decirle lo que había leído y oído—. Lucharán por cada metro cuadrado de suelo que Israel reclame, incluso haciendo uso de las armas si es necesario. ¿Quieres exponerte a ello después de todo lo que has pasado?

—¿Por qué no? —Miriam tenía un deje de terquedad—. El que no arriesga, no gana, ¿no lo dijiste tú misma?

Su voz volvió a suavizarse.

—Ben cree que podría ser muy útil a la comunidad, enseñando a coser y a manejar las telas. Tal como está mi espalda, no tendré que ir a trabajar en el campo, me lo ha prometido. Seré maestra. Es algo con lo que soñaba a menudo de niña.

«¿Y qué será de nosotros? Te necesitamos, te queremos como a una hermana.» Todas estas palabras urgían por salir de la boca de Rike, que no las pronunció.

¿Quiénes eran los Thalheim para oponerse al sueño de Miri, que tanto había soportado?

Nunca había dejado de amar a Ben y ahora, por primera vez, él le tendía la mano. Rike solo podía esperar que fuera consciente de lo que hacía. La mujer a la que trataba de reclutar no era una joven decidida a ir a la Tierra Prometida por razones religiosas o políticas, sino una joven que iría allí por él. En caso de que la rechazara, Miriam sufriría un enorme disgusto.

—No seas tan crítica —dijo Miri—. Primero solo quiero echar un vistazo en el kibutz de Ben. Allí ya decidiré si realmente es para mí. Además, no me iría enseguida. Por supuesto, antes tengo que acabar lo que estoy haciendo aquí para vosotros...

Ambas enmudecieron con la llegada de Brahm al edificio. A Miriam todavía le gustaba menos que a Rike. No se negaba a trabajar con él, pero cada vez que se reunían marcaba una clara distancia entre ambos.

¿Era tan fresco que trataba de coquetear también con ella?

En el caso de Rike, ni siquiera el anillo de prometida se lo impedía.

En último lugar aparecieron Urs Lüthi y Hans Weigend, arquitecto y encargado de obra, que se sumaron a los otros trabajadores ya presentes. La extravagante construcción no permitía situarse encima de la cubierta tal como exigía la costumbre, pero al menos habían colocado un árbol decorado con flores entre los puntales de hierro. Aun así, Weigend escaló audazmente hasta lo alto. Por medio de un cable le hicieron llegar una jarra de cerveza llena.

—¡Que haya suerte! —gritó con su potente voz—. ¡Que Dios proteja y guarde esta casa, y a todos los que transiten por ella!

Arrojó la jarra desde la cubierta. Esta se estrelló contra el suelo en incontables esquirlas, un buen presagio para la obra. Naturalmente, Claire había preparado canapés, croquetas con mostaza y cerveza en abundancia para la fiesta, que iban a servirse a continuación. Pero antes, el mismo Friedrich volvió a tomar la palabra.

—Este es un gran día para la familia Thalheim —empezó diciendo mientras Rike fruncía el entrecejo porque se temía un discurso larguísimo.

De repente, Rike vio a un hombre acercándose a la estructura del edificio. En su interior vibró una cuerda que hacía tiempo ella había silenciado.

Tenía una forma de caminar elástica, como si estuviera a punto de saltar. Seguía siendo delgado e iba tieso como una vela, pero los rizos antes de color castaño oscuro se habían vuelto blancos.

¿La estaba mirando?

Se estremeció, pero luego distinguió que esa mirada no se dirigía a ella, sino al orador.

Friedrich, que hasta ese momento se deshacía en elogios hablando del nuevo concepto de la Casa de Modas Thalheim, se interrumpió en mitad de la frase.

—Hola, Fritz —dijo el del cabello blanco—. Veo que celebras la coronación de la estructura. —Esbozó una sonrisa que no parecía franca—. Así que hay nuevos almacenes. ¡Me alegro mucho!

—Cómo sabes... quiero decir cómo...

Friedrich Thalheim se quedó literalmente sin palabras, algo muy raro en él.

—Conservo vínculos con mi antiguo hogar, Fritz. Los he conservado durante todos estos años. Y veo que has cambiado, has envejecido, estás más delgado y con el cabello gris. Dieciocho años no son una tontería. Los Ángeles fue una experiencia muy interesante. Por un pelo no me convertí en un auténtico estadounidense, pero había llegado el momento de volver a casa.

—¿Qué es lo que quieres? —susurró Friedrich—. Siempre fui honesto contigo.

—Ah, ¿lo fuiste?

El hombre del cabello ondulado blanco se volvió hacia los reporteros, que contemplaban la escena fascinados.

—Me llamo Markus Weisgerber —anunció—. Tuve que dejar Alemania en 1933 porque, siendo judío, mi presencia en este país ya no era deseada. Friedrich Thalheim y yo éramos socios. Thalheim & Weisgerber, así se llamaban nuestros almacenes. Y ahora he llegado para reclamar la parte que me corresponde.

No podía meterse enseguida en casa, ni con Silvie en la Bleibtreustrasse ni en la villa de la Branitzer Platz, donde seguramente Friedrich caminaba arriba y abajo como un tigre inquieto. No cabía la menor duda de que al día siguiente los periódicos llevarían unos titulares que promocionarían un gran volumen de ventas. Director de grandes almacenes pone a un judío de patitas en la calle, había que contar con titulares de ese tipo o todavía peores. Desde la reforma monetaria ya no quedaban nazis en Alemania occidental, sino ciudadanos sin tacha que ni sospechaban los horrores que habían padecido sus vecinos judíos. De repente, la fiesta de la coronación del edificio pasó a un segundo plano. Y que Friedrich afirmara haber pagado correctamente al matrimonio Weisgerber antes de que este emigrara a Estados Unidos en realidad no le interesaba a nadie. Por el contrario, los periodistas se arracimaron en torno a Markus Weisgerber, sedientos de escándalos que publicar.

—¿Se quedará en Berlín?

—¿Volverán a llevar los nuevos almacenes los dos apellidos?

—¿Le estafó conscientemente Friedrich Thalheim en aquel entonces?

Joder... ¡Rike no podía seguir escuchando esas preguntas ávidas de sensacionalismo!

Poco podía decir ella al respecto, pues en 1933 todavía era una niña. Hasta ese día había creído todo lo que Friedrich había dicho sobre aquellos infaustos acontecimientos. ¿Y acaso no había jurado también su supuesta inocencia al comparecer ante el tribunal de desnazificación?

Pero ¿qué ocurriría si la verdad había sido otra completamente distinta?

A esas alturas, consideraba que en esa familia en la que coexistían tantas «verdades» diferentes era posible cualquier cosa.

No obstante, ese día Rike quería y tenía que conocer la verdad, y no iba a moverse de su sitio hasta saberlo todo.

El tren rápido la llevó a Potsdam sin pasar por ningún control pese a que ingresaba en la zona ocupada por los soviéticos. Era casi como antes, cuando Carl y Lydia vivían en las afueras de Berlín

en una bonita casa que Siegfried, el padre ya fallecido de Lydia, había financiado. Entonces iban a visitarlos regularmente, aunque la mayoría de las veces Friedrich los llevaba en coche a la vieja plaza militar. En algunas ocasiones, sin embargo, Alma también había ido a ver a los parientes de Potsdam en el tren rápido entre semana con sus tres retoños y sin su marido. Con qué alegría alborotaban entonces los gemelos en el Glienicke, el puente sobre el Havel que las bombas destruyeron poco antes del fin de la guerra. ¡Oskar siempre a la cabeza, impaciente por hacer travesuras!

A Rike se le hizo un nudo en la garganta cuando pisó el puente recién construido y no pudo evitar pensar en el juguetón niño rubio. No regresaría nunca, aunque Friedrich y Silvie se aferraran a la esperanza de verlo llegar algún día. «Otra persona de quien debo desprenderme interiormente», pensó abatida.

Deslizó la mirada hacia arriba. «Puente de la Unidad», leyó.

¡Qué sarcasmo ahora que Alemania estaba dividida en dos!

Del antaño tan majestuoso Palacio de la Ciudad de Potsdam, a su izquierda, no quedaban más que unos tristes restos. En cambio, en la zona que antes ocupaban unos jardines de recreo se había construido un gran estadio con una cabida de hasta veinte mil espectadores, cuya inauguración se había celebrado el año anterior. Llevaba el nombre de Ernst Thälmann, quien fuera presidente del KPD, asesinado en el campo de concentración de Buchenwald en 1944. Seguro que el nuevo edificio procuraría diversión y alegría a mucha gente, pero para la fisonomía de la ciudad de Potsdam, que había sido tan armoniosa, era una auténtica catástrofe.

La situación no mejoraba a medida que avanzaba. El Mercado Viejo, un conjunto barroco espléndido, estaba totalmente destruido. Pese a que recorrió a paso ligero la Hohewegstrasse, la visión de tantas ruinas a derecha e izquierda la deprimió. También el hotel Zum Einsiedler, en el que Carl había trabajado de portero de noche después de renunciar a ser funcionario del gobierno nazi, no era más que un montón de escombros. Los demás edificios no presentaban mejor aspecto, aunque, siempre que era viable, un enorme retrato de Stalin colgaba de las paredes destruidas. Era obvio que en el casco antiguo de Potsdam habían limpiado y puesto orden, pero no llegó a constatar que hubiera comenzado una reconstrucción como la que se llevaba a cabo en Berlín Oeste desde la reforma monetaria.

Aliviada, vio que las casas rojas con frontón del Barrio Holandés se iban acercando por fin. En aquellos edificios, construidos en el siglo XVIII, habían vivido sobre todo artistas y artesanos; también el escritor Theodor Storm se había instalado en el vecindario un siglo más tarde. A esas alturas, las antes magníficas casas estaban ligeramente deslucidas, pero hacía unos años Carl se había alegrado muchísimo de haber podido alquilar una.

Gutenbergstrasse, número 47.

La moto no estaba delante de la puerta, así que tendría que esperar. Pero algo la llevó a pulsar el timbre... y Carl abrió la puerta.

—¿Tú? —preguntó perplejo.

—¿Puedo entrar? ¡Tengo que hablar contigo!

Él se retiró a un lado para dejarle paso.

Salvo por los dos marcos de madera sencillos, colocados sobre una pequeña cómoda y girados hacia la ventana, no había ni un objeto superfluo. La casa de Carl encajaba con él, espartana pero con estilo: una antigua estufa de leña, un aparador azul, una mesa de cocina con cuatro sillas. Una estantería con libros de lomos de distintos colores y bien apretados.

Ninguna alfombra cubriendo el suelo de baldosas blancas y negras.

—Acabo de preparar té —dijo—. Siéntate, Rike. ¿Qué ha ocurrido? Pareces preocupada.

—Ya hablaremos de eso más tarde —respondió, siguiendo sus indicaciones.

Carl colocó en la mesa la tetera, un azucarero y dos tazas.

—Dispara entonces —la apremió—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Ella inspiró hondo.

—¿Desde cuándo sabes que eres mi padre?

Rike había sostenido miles de veces esta conversación en su mente. ¿Qué palabras debía elegir? ¿Cómo reaccionaría Carl? Ahora por fin lo había dicho, pero no como había previsto.

Él la miró todavía con más cariño.

—¿Cómo se te ocurre, Rike? —preguntó.

—¡Pues porque sé sacar mis conclusiones! —Estaba tan excitada que casi gritó—. Tú mismo me dijiste lo mucho que habías querido a mamá. Y después de la muerte del abuelo Schubert, con el testamento y el diario de mamá, había una carta para mí.

Rike había leído aquellas líneas tantas veces que podía citarlas de memoria.

Anhelo profundamente que tú lo hagas mejor y encuentres una pareja que sea merecedora de ti. Para eso confío en el hombre inteligente que es tu auténtico padre. Si te pareces a él, no debo preocuparme.

Carl estaba ahí sentado, tan sereno y concentrado que ella habría querido sacudirlo.

—¿Se refiere a ti, está claro! ¿Cómo es que no dices nada? ¿Tienes miedo de la verdad?

Carl se había puesto en pie y se acercó. Tiró de ella para levantarla, la estrechó contra su pecho y ella se sintió segura y protegida.

—¿Tú mi hija? Habría dado mi alma por ello —dijo en voz baja—, pero no es cierto, Rike. Es pura y llanamente imposible.

—¡No puede ser! Me contaste que antes de que estuviera con papá, estuvo contigo...

Rike sintió que una gran debilidad se extendía por todo su cuerpo. Se alegró de que Carl la sujetara, o de lo contrario el suelo de baldosas no habría podido sostenerla.

—Sí, anímica e intelectualmente. En eso estábamos muy compenetrados. Pero por desgracia no físicamente. Yo estaba enamorado con locura de Alma, pero ella no me deseó. Nunca me acosté con ella, por mucho que lo quisiera. Durante un montón de tiempo me dio largas y, por supuesto, me hice ilusiones. Aun así, no pasé de compartir con ella poemas y veladas románticas. Su cama la compartía con otro hombre.

—¿Papá? —susurró Rike. ¿Era Friedrich Thalheim su verdadero padre?

—A Fritz le tocó el turno más tarde. Creo que ya estaba embarazada de ti, lo que mi vanidoso hermano, como es natural, no sospechaba.

—¿Por qué no se casó entonces con ese otro hombre?

—Sus razones tendría, Rike. —Su tono era concluyente.

—¿Seguiste amándola a pesar de todo? —Se separó de él y volvió a sentarse.

—No podía evitarlo. Y sí, yo también me habría casado con una Alma en otras condiciones. Pero ella eligió a Fritz.

Rike cogió su taza y bebió.

—¿Sabes quién era? —preguntó.

Carl se encogió de hombros.

—No tengo ni la menor idea. Cuando quería, Alma podía ser muy hermética.

—El abuelo Schubert tuvo que conocer a ese hombre y apreciarlo, o no habría formulado de esa manera... —Rike se sentía tan confusa que ya no encontraba las palabras que necesitaba.

—Alma y su padre están muertos los dos. Deberías dejar descansar el pasado. —Casi parecía suplicarle.

—¿Crees que puedo? —preguntó Rike, meneando la cabeza—. Tengo que saber quién soy. ¿Lo entiendes?

Carl asintió.

—Y a pesar de todo, voy a romper, excepcionalmente, una lanza por mi hermano —dijo—. Como marido de Alma, Friedrich fracasó; pero en lo que a ti respecta no tengo nada que reprocharle. Te ha educado de forma consciente y valiente, está muy orgulloso de que seas tan lista y te quiere mucho, lo sé. Enterarse de que tu padre es otro le partiría el corazón. ¿De verdad quieres llegar tan lejos?

Rike se levantó y empezó a caminar por la cocina.

—Hasta eso has heredado de él —observó Carl con una sonrisa triste—. Os parecéis más de lo que tú piensas.

Había llegado junto a las fotografías enmarcadas.

—¿Puedo? —preguntó.

Él asintió después de dudar un instante, y Rike cogió el primer marco.

La mujer de la foto era su madre, un retrato de medio cuerpo en el que Alma debía encontrarse en los primeros años de la veintena. Llevaba una sencilla blusa blanca, se había recogido el cabello oscuro en la nuca en un moño flojo y miraba meditabunda, casi soñadora.

—Es así como más me gustaba —explicó Carl a media voz—. A lo mejor porque me permitía pensar que mis sueños un día se harían realidad.

La mujer de la foto de la derecha era rubia, hacía un *spagat* y mostraba una sonrisa reluciente con la que parecía abrazar el mundo entero.

—Katharina —dijo Carl—. Pero todos la llamaban solo Kitty. Antes de las Olimpiadas, los nazis querían a toda costa convertirla en una estrella del atletismo porque era muy buena en el salto de longitud, pero a ella no le interesó. Se negó a entrenar y prefirió ganarse el pan como figurante en Babelsberg, donde nos conocimos. Era joven, guapa y con un enorme talento. Al final incluso se le ofreció la oportunidad de interpretar un papel aceptable en una película, que por desgracia al final no se rodó.

Rike lo miró inquisitiva.

—Un día Kitty desapareció, como si se la hubiera tragado la tierra. La busqué, lamentablemente en vano. Desde entonces no he vuelto a verla nunca más. —Cogió las manos de Rike—. Y ahora volvamos a ti —dijo—. ¿Por qué estás tan preocupada, qué sucedió en la celebración?

—Markus Weisgerber ha vuelto a Berlín, esto es lo que pasó —contestó Rike—. Y además armando mucho ruido. Se colocó delante del edificio haciendo acusaciones, ¡qué entrada! Mañana la prensa de Berlín Oeste no hablará más que de eso. Me imagino que hasta aquí en el Este se os informará al respecto. —Se pasó la mano por la cara—. ¡Nos habíamos imaginado la fiesta de la coronación de otro modo!

Carl se acercó una silla.

—Ahora cuéntamelo todo desde el principio —le pidió—. ¡Soy todo oídos!

Cuando bastante después de medianoche se bajó en la Bleibtreustrasse de la moto de Carl, que él había prestado durante el día a un vecino, y miró hacia arriba, había luz en su habitación. Carl se despidió cariñosamente, se subió a la moto y volvió a marcharse.

También a él le esperaban unos días complicados. En la Audiencia Territorial estaba pasando cada vez por más dificultades a causa de lo que sus superiores calificaban de peticiones de penas demasiado laxas. Por segunda vez en su vida, Carl sopesaba la posibilidad de finalizar su carrera en

el Estado y dedicarse a trabajar de abogado. Además, Lydia había pedido el divorcio porque quería casarse con el pastor Grothe. Carl llevaba muchos años viviendo separado de ella, y, sin embargo, esa ruptura matrimonial definitiva parecía afectarlo más de lo que Rike nunca habría pensado.

«Todo está cambiando —pensó mientras subía las escaleras—. ¡Y tanto que esperaba yo que encontráramos por fin cada uno de nosotros un poco de paz interior!»

—¿Silvie? —llamó cuando llegó al pasillo—. ¿Cómo es que todavía estás despierta? ¿Que haces en mi habitación?

—Yo también tengo una pregunta —se oyó que respondía con voz ahogada—. Pero ¿tú qué te has pensado? —Estaba sentada en el suelo, delante de la cama, con el diario de Alma en el regazo, y miraba indignada a Rike—. ¿Cuánto tiempo hace que me tienes esto escondido? —farfulló—. ¡Y no me digas que desde 1946!

—Pero cómo has llegado a...

—Los tacones de mis zapatos negros están hechos polvo e iba a coger prestados los tuyos. Para ir a tomar una copa con los compañeros después de este día de locos. Pero al parecer la locura todavía no había terminado...

—¿Y has estado hurgando a escondidas en mi armario?

—¡No te vayas por las ramas, Ulrike! ¡Que me hayas escondido el diario de nuestra madre es una guarrada!

—No sabía qué hacer con él cuando regresé de Zurich. —Hasta Rike sentía lo banal que sonaba ese pretexto—. ¿Lo has leído?

—¡Claro que lo he leído! ¿Tú no? —preguntó Silvie.

—No he podido, simplemente.

—Tal vez no sea mala idea, con lo pudibunda que eres. Mamá no ha omitido nada. Debía de estar loca por ese tipo. Escucha.

El hombre carnal, fuego en mis venas, ascuas bajo mi piel, no puedo dormir, no puedo comer, solo puedo ansiar. ¡Tú, tú, tú! Haz de mí un ser entero, lléname con tu deseo, dame vida, hazme sentir, hazme amar. Sin ti no soy nada. Sin ti pierdo la poca razón que me queda.

Levantó la vista.

—Bastante fuerte, ¿no? ¡Y todo esto poco después de la Gran Guerra, en una época en que las mujeres alemanas todavía tenían que ser castas!

Rike contuvo el aliento.

—¿Has encontrado algún nombre?

—Todavía no he acabado del todo, pero hasta ahora lo llama «amor». A lo mejor tenía miedo de

que alguien llegara a leer estas líneas, cosa muy comprensible. Imagínate que lo hubiera leído papá... Aun sin mencionar ningún nombre habrían surgido problemas, ¡incluso para ti, querida!

Silvie dirigió una penetrante mirada a su hermana.

—Ya que fuera quien fuese, ese hombre... es tu padre. Está aquí, negro sobre blanco.

Silvie pasó hacia atrás las páginas del diario.

Estoy embarazada. ¡Dios mío, estoy embarazada y no llevo anillo en el dedo! ¿Qué he de hacer? Mi amor tiene ataduras indisolubles. Carl me aceptaría, incluso así, pero no me imagino pasando con él el resto de mi vida ¿Y Friedrich? Es fuerte, tiene proyectos, se hará cargo de mí, pero tiene que ser deprisa...

—Me endosó fríamente a él. —Rike parecía entristecida.

—¿Fríamente? —replicó Silvie—. ¡Al contrario! Amaba con locura, con un frenesí que llevaba a la autodestrucción. A lo mejor he heredado de ella mi capacidad para experimentar sentimientos profundos.

—¡Fuego de paja! Sin soporte ni continuidad.

—¡De eso nada! Se aferró a ese amor, incluso cuando pasaron años sin poder vivirlo, pero en un momento dado sus defensas se resquebrajaron. Mira aquí, años después, enero de 1933, Hitler ya había llegado al poder.

Vuelvo a sentirme débil. No puedo, no quiero evitarlo. Tú tan cerca de mí, inaccesible, firmemente atado, no me dejas conciliar el sueño. Quiero morir entre tus brazos, quiero volver a sentir ese deseo sin límites que solo tú puedes regalarme, mi amor infinito. Nuestros cuerpos se funden en una boda alquímica. Te lo suplico, no vuelvas a venir a casa, donde nos acechan tantos ojos y oídos curiosos. Busquemos un lugar que solo nos pertenezca a nosotros, un hotelito en la Ku'damm, nuestra habitación ya nos espera.

Y de repente fue como si alguien hubiera descorrido ante los ojos de Rike una venda que ella misma había sujetado con todas sus fuerzas durante años.

Lo había sabido. Lo había sabido todo.

Las inesperadas visitas por la tarde a la villa.

La habitación cerrada en el segundo piso.

La tímida tosecilla de mamá cuando más tarde tenía que enderezarse el vestido.

Las llamadas en las que colgaban al instante cuando uno de los niños respondía.

Al final, la hoja de papel que se le había caído a su madre del bolsillo. «17 de febrero, a las 12, Hotel Mira, Ku'damm, 40.»

Rike había fingido que se encontraba mal y se había marchado antes de la escuela, en teoría directa a casa, pero en realidad a ese hotel. Mamá había llegado tarde, como la mayoría de las veces, se había precipitado en el vestíbulo casi media hora después de lo acordado y había subido de

inmediato en el ascensor.

¿Qué debía hacer? ¿Esperar? ¿Irse?

En realidad, Rike había visto todo lo que tenía que ver.

Al cabo de unos minutos, su madre había vuelto a aparecer en el vestíbulo, llorosa, manifiestamente desorientada, como fuera de sí.

Rike, que ya estaba a punto de marcharse, se apretó contra una columna.

Pero su madre no la miró, Rike lo recordó de repente con toda exactitud, sino que salió corriendo del hotel como una sonámbula en dirección a la calzada.

El hombre llegó después, cuando ya estaba muerta.

Su rostro estaba como petrificado, incluso el hoyito de la barbilla había desaparecido de repente. Movi6 la cabeza una y otra vez, como si no pudiera creer lo que veían sus ojos, y coloc6 la mano sobre el coraz6n de la mujer, que ahora ya no palpitaba por 6l.

Llorando amargamente...

«Markus —pens6 Rike—, y yo no tengo la menor culpa de lo que ocurri6. Y mamá no reaccion6 con un ataque de pánico porque me hubiera visto y tuviese miedo de que se descubriera su relaci6n, como yo creí durante tantos ańos.»

Sinti6 como si despertara de un sueńo eterno. La certidumbre la paraliz6.

«Markus Weisgerber. 6l es mi padre.»

Berlín, verano de 1951

La ciudad estaba abarrotada de estrellas alemanas. Con *Rebecca*, la película de suspense de Alfred Hitchcock, se inauguraba al día siguiente el primer Festival Internacional de Cine de Berlín, conocido como la Berlinale. Gustav Knuth, Adrian Hoven, Maria Schell, Dieter Borsche, Olga Tschechowa y el rompecorazones rubio Curt Jürgens habían hecho acto de presencia. Todos los periódicos hablaban del tema, los cazadores de autógrafos aguardaban al acecho delante de los grandes hoteles. Berlín Oeste en pleno delirio cinematográfico; unos grandes carteles de colores colgaban de las salas de cine y se habían organizado numerosos actos festivos complementarios. La ciudad hacía un gran esfuerzo para entroncar con la grandeza cultural anterior al régimen nazi, pese a que los solares de ruinas y escombros daban testimonio de lo que había sufrido durante la guerra. «Mostrar al Este de qué es capaz el mundo libre, incluso en el ámbito del cine», tal era la reivindicación, un potente lema con motivo de la guerra de Corea, que ya duraba más de un año y que hacía tiempo que se había convertido en internacional, infundiendo en muchos países el temor a una tercera guerra mundial.

La réplica política del Este de Alemania no se hizo esperar. El gobierno de la RDA había criticado duramente la decisión de no permitir ninguna contribución del bloque del Este al festival. Además, al anuncio de que se proyectarían películas en los cines cercanos a las fronteras entre sectores que se pagarían con la moneda del Este se respondió adoptando severas medidas en esas zonas. Ya se estaban formando colas cada vez más largas delante de las barreras, y se controlaban con rigor tanto los documentos de identidad como los contenidos de los bolsos. Un fastidio diario para los casi cien mil berlineses del Este que trabajaban en Berlín Oeste y viceversa, aunque el número de berlineses occidentales con puestos de trabajo en el Este era algo inferior.

Sin embargo, el día siguiente se celebraría otro evento que para Rike era mucho más importante que la Berlinale: la reapertura oficial de la Casa de Modas Thalheim. En realidad debería haberse celebrado varias semanas antes, pero algunos problemas técnicos con la peculiar estructura de la cubierta habían obligado a aplazar la fecha en dos ocasiones. No obstante, ahora por fin estaba todo como tenía que estar, por fuera y por dentro. El edificio había quedado magnífico y llamativo, el rótulo luminoso funcionaba y el panel de la fachada resplandecería durante toda la noche. Hasta el tiempo puso de su parte y un cielo sin nubes y de un azul intenso, propio de una tarde de junio, se extendió sobre la ciudad.

Unos globos de color verde menta, azul y lila flotaban en el interior de las plantas del nuevo edificio. El brandemburgués Hans Schlehvogel, que había pasado la guerra en Uruguay con unos parientes, era responsable del concepto, también peculiar, de la iluminación, que solo a primera vista parecía sencillo: desde un «corte» perimetral que corría por debajo del techo se proyectaba una luz indirecta sobre el espacio de ventas que obraba un efecto como de luz de día, con la ayuda de unos focos regulables que puntualmente resaltaban algunas zonas. Los suelos eran de un gris claro y las paredes, de un blanco roto, sereno, y además estaban los colores preferidos de Claire, aplicados como pinceladas de verde menta, azul y lila claro en los mostradores, las estanterías y los espaciosos probadores, en los que ninguna clienta debía sentirse agobiada.

En todas partes olía un poco a pintura, pero los nuevos modelos femeninos de abrigos, vestidos, trajes, faldas y blusas, incluida la fenomenal colección de punto, y los accesorios, como pañuelos, cinturones y bolsos de mano, estaban colgados en el lugar que les correspondía. Ahora que era posible comprarlo todo sin cupones, a las clientas no podía faltarles nada. El efecto general era puramente impresionante: un espacio claro, amplio y modernísimo.

Simplemente sen-sa-cio-nal, como siempre reiteraba Silvie.

Aunque la prensa ya lo había nombrado previamente arquitecto del año, Lüthi se mostró tan parco en palabras como de costumbre, pero se le notaba que también él estaba contento. Dado el escándalo de la fiesta de coronación de la estructura del edificio, Friedrich y Rike habían renunciado a una celebración por todo lo alto y, tras consultar a Silvie, habían invitado en la víspera a un círculo selecto de periodistas.

—Queremos que sea la calidad la que convenza —dijo Rike después de pronunciar unas palabras de bienvenida a los periodistas y fotógrafos que se habían reunido en el vestíbulo. Cada uno de ellos tenía una copa de champán en la mano para relajar un poco el ambiente. Era consciente de que la iban a estar observando con atención. No solo Silvie, totalmente vestida de azul claro y revoloteando diligente de un lado a otro para que todo el mundo estuviera servido, llamaba la atención. También Rike, con su vestido de verano de color coral, cuyo escote barco le dejaba los hombros al descubierto, era un deleite para la vista. Las miradas de reconocimiento de los hombres se lo confirmaban, pero también las miradas ansiosas de las jóvenes que se encontraban entre los periodistas—. Y no los escándalos. Por eso nosotros, los Thalheim, nos enfrentamos al pasado sin peros ni condiciones.

Rike levantó la vista a la suntuosa cubierta de cristal. Automáticamente pensó en aquel día del año 1932 en que la familia se había reunido en un ambiente festivo en ese mismo lugar. Hoy echaba de menos a muchos de los que habían acudido entonces, sobre todo a su madre, quien un año más tarde había muerto en la Ku'damm; al igual que a Ruth Sternberg, asesinada en 1942 en el campo de

concentración de Sachsenhausen. A Oskar, a quien la guerra les había arrebatado. A Lydia, prometida con el padre Grothe, que casi no mantenía contacto con ellos. A la abuela Frida, que vivía en su propio mundo. A Carl, quien con su proyectado cambio de profesión se planteaba en ese momento cuestiones existenciales. A Paul, que justamente ese día actuaba con el Rosenquartett en un local de moda. A Gregor, que estaba estudiando para un importante examen. A Flori, que tenía pendiente unos deberes de inglés. Tampoco Miri estaba allí, pero no había que preocuparse ahora por ella. Al menos las cartas que recibía desde el kibutz seguían teniendo un tono eufórico. En cambio, Claire estaba sonriente y encantadora junto a su marido Friedrich, un cariñoso apoyo tanto en los buenos como en los malos momentos. En su muñeca centelleaba la pulsera de brillantes de Alma. Todos los de la familia estaban de acuerdo en que ahora le pertenecía a ella.

Por aquel entonces, Rike todavía era una niña. Hoy en día, diecinueve años después, la responsabilidad de los almacenes recaía sobre sus hombros. Había invertido en ellos la herencia del abuelo Schubert y lo había arriesgado todo; si el plan no funcionaba, no les quedaba ninguna reserva. Tenía las manos húmedas por los nervios, pero diría lo que debía decir. Desafortunadamente, Sandro no estaba a su lado, el único que habría sabido tranquilizarla. Tras un período de mejoría, su madre había empeorado otra vez, eso lo había preocupado y había tenido que aplazar el planeado viaje a Berlín. Aun así, había prometido ir en agosto y quedarse entonces más tiempo.

Rike habló sin tener que leer el discurso escrito en una hoja de papel. Las prácticas en la Universidad Libre, donde ya había pasado los últimos exámenes y obtenido el diploma en Administración de Empresas, le habían sido de gran ayuda.

—La familia Thalheim lamenta infinitamente las horribles experiencias que Markus y Lilo Weisgerber tuvieron que vivir a causa del criminal sistema nacionalsocialista. La intervención activa de las autoridades de entonces, en este caso especialmente de la delegación de Hacienda competente en Berlín Charlottenburg, clama al cielo. Las represalias contra los conciudadanos judíos, como el llamado «impuesto sobre la fuga de capitales» y la congelación de las fortunas en cuentas bloqueadas, constituyeron una gran injusticia que, por desgracia, no solo los Weisgerber sino muchos otros también tuvieron que padecer.

Inspiró y espiró profundamente. Ahora venía la parte más importante de su discurso.

—Una comisión germanobritánica de juristas ha declarado sin ambigüedades que, en este caso específico, mi padre, Friedrich Thalheim, queda eximido de cualquier culpa. Pagó correctamente al que era su socio antes de que este se viera forzado por el nazismo a emigrar a Estados Unidos. ¿Cómo habría podido sospechar que un alto cargo del banco, al parecer con exceso de celo, iba a manipular la cuenta por propia iniciativa?

Rike hizo una pausa efectista, exactamente como le había aconsejado Silvie, y deslizó la mirada por los presentes, que estaban pendientes de sus palabras.

—Con ello, todo el dinero acabó en una cuenta bloqueada y Markus Weisgerber y su esposa solo pudieron emigrar a Estados Unidos con una pequeña cantidad de dinero líquido. Más tarde se les volvió a negar el acceso a su fortuna. Debe de haber sido para ellos de una dureza extrema comenzar una nueva vida, y aún más en un idioma que ambos apenas hablaban. A esto se añadió la profunda decepción causada por el que había sido su amigo y socio en Alemania, quien, desde su punto de vista, se había confabulado contra ellos y no solo había traicionado su confianza, sino que había herido en lo más hondo su orgullo. Gracias al regreso de ambos a Berlín, muchos años más tarde, se ha aclarado por fin el conflicto. Ahora depende de los organismos oficiales proceder con rapidez a la indemnización pendiente. La República Federal de Alemania y el Estado de Berlín no deberían hacer esperar por más tiempo a estas víctimas judías.

Su mirada se posó en Markus, que la contestó sereno, mientras que Lilo, a su lado, mantenía los ojos cerrados. Desde que Rike conocía la verdad sobre su origen, no se explicaba cómo no se había dado cuenta nunca de su parecido: ella tenía sus ojos, su frente y su cabello ondulado, estaba claro. Tras su retorno, Rike siempre que lo veía vacilaba entre si amarlo u odiarlo. De niña lo había adorado en secreto. Luego ocurrió el accidente mortal de su madre, que lo cambió todo y la distanció abismalmente de él. Entretanto sabía de qué forma tan intensa estaba, a pesar de todo, unida a él.

Pero ¿qué ocurría con Markus?

¿Sospechaba que ella era carne de su carne, sangre de su sangre?

Ni siquiera Silvie sabía que Markus era el amante secreto de su madre. Solo Miri estaba al corriente, pero se encontraba muy lejos. Y Sandro, por supuesto, su prometido, que le había aconsejado prudencia. «Una familia en la que se cambia a una persona tan importante como el padre puede convertirse en una casa sin cimientos. *Una casa senza fondamento? Molto pericoloso...* ¡Muy peligroso! Tienes que encontrar el momento oportuno, *amore*. De lo contrario todo se desmoronará.»

«El momento oportuno.» Qué fácil decirlo.

¿Cuándo llegaría exactamente?

—Les hemos resumido, damas y caballeros, los hechos más importantes en un comunicado para la prensa. —Había tomado la palabra Friedrich, que carraspeó varias veces, como si hubiera estado callado demasiado tiempo—. Todos los malentendidos entre las familias Thalheim y Weisgerber se han disipado y espero de verdad que en sus artículos dejen constancia de este hecho como es debido. Pero vayamos ahora al motivo real de nuestro encuentro actual: la novísima Casa de Modas Thalheim, que a partir de mañana se abrirá a todas nuestras clientas y nuestros clientes. En 1943 fue presa de los bombardeos y el fuego la destruyó hasta los cimientos. Ahora vuelve a erigirse en la Ku'damm, bonita y atenta a las últimas tendencias como nunca. Si bien estamos afligidos porque nuestro querido hijo y hermano Oskar, que no ha vuelto de la prisión de guerra ruso-soviética, no

puede acompañarnos en este día festivo, sentimos una enorme alegría por este nuevo comienzo. ¡Compártanla con nosotros! Paseen por aquí, exploren por su propia cuenta y luego planteen sus preguntas al arquitecto de fama internacional Urs Lüthi, a mi esposa, a mi hija Ulrike, nuestra nueva jefa de personal, y a mí. Mi hija Silvie, a la que seguramente todos conocen por su trabajo en la RIAS, también está a su disposición. ¡Todos estamos listos para atenderlos!

—Ya les gusta ahora —le dijo Markus a Rike a media voz mientras periodistas y fotógrafos examinaban con avidez las plantas superiores—. Y el hecho de que hayáis contratado a tantos vendedores del Este no solo os ahorra dinero sino que será especialmente bien visto por los medios de comunicación occidentales. Por otra parte, que la inauguración coincida con el festival ha sido una jugada inteligente. Casi podría haber sido mía. —Le guiñó el ojo—. Incluso quien nunca en la vida podrá permitirse un vestido de cóctel, al menos podrá soñar con él estos días. A partir de mañana no dejará de pasar gente por aquí...

—Somos modestos y no hemos acabado antes, así de sencillo —respondió Rike—, pero si vendemos más gracias a la Berlinale, ya me está bien.

—¿No eres nunca insensata, Rike? —preguntó de repente Markus—. Ya de niña me recordabas a veces a un soldadito valiente.

También Miri le había dicho eso. Aunque la había comparado con Carl.

—¿Me quedaba otro remedio? —respondió ella—. Ya os preocupasteis vosotros los adultos de sembrar el caos, y a conciencia.

Sus miradas se cruzaron. En el aire flotaban demasiadas cosas sin decir.

—Deberíamos hablar con calma —murmuró Markus—. Tú y yo a solas. En cuanto todo esto esté en marcha.

—Naturalmente —contestó Rike mientras se le desbocaba el corazón.

—Pero antes tengo una sugerencia: da la casualidad de que conozco bastante bien a Oscar Martay, el estadounidense creador del festival de cine.

—¿Conoces personalmente a Martay?

Markus asintió.

—Lo del catering para los estudios de cine con lo que al principio me mantuve a flote en Hollywood enseguida me resultó demasiado aburrido. Aunque Lilo cada vez recibía más encargos como maquilladora, porque entre las actrices se corrió la voz de lo bien que lo hacía, una familia no habría podido vivir solo de eso.

La mirada de Rike todavía se hizo más inquisitiva.

—Sí, volvía a estar embarazada, como tanto había deseado, pero otra vez Lilo perdió al niño demasiado pronto. Tardó mucho en recuperarse, y solo a medias. Una parte de ella todavía está en duelo. Cuatro abortos en tan pocos años es más de lo que una mujer puede soportar. Para distraer sus

pensamientos y los míos me metí al final en la publicidad cinematográfica. Como bien sabes, siempre se me dio bien vender. Martay ganó mucho dinero con eso en Estados Unidos. Y de este modo nos conocimos.

Cogió la mano de Rike, y ella solo aguantó unos segundos antes de retirarla. De niña la hacía girar en el aire a menudo, uno de los juegos que más le gustaban, pero en aquellos tiempos sin preocupaciones para ella él era el tío Markus, el mejor amigo de la familia, y siempre se había comportado con toda naturalidad con él.

—Lo podría traer mañana a la inauguración —prosiguió él. No dejó entrever si el hecho de que ella hubiese apartado la mano lo había afectado—. Junto con una mujer preciosa. No, por desgracia no será Joan Fontaine, la ovacionada protagonista de *Rebecca* —añadió al ver los ojos llenos de expectación de Rike—. Mi influencia no llega tan lejos. Las estrellas de Hollywood se compran la ropa en modistos y no en unos almacenes de Berlín, por muy elegantes que sean. Pero Martay tiene una amiga alemana, también actriz, aunque no tan famosa todavía. La traerá. A lo mejor se entusiasma con vosotros.

—¿Lo harías? —preguntó ella.

La prensa, fascinada y de nuevo presente, aprovechó a fondo la presencia de Oscar Martay y su amiga en la Casa de Modas Thalheim. Renate Barte, ese era el nombre artístico de la joven, se compró por propia iniciativa dos vestidos y un traje, con los que se dejó fotografiar y atrajo la atención de muchos mirones. Así que no podían quejarse de que no hubieran acudido clientes, aunque algunos protestaron porque los precios eran demasiado altos y el volumen de ventas de ese primer día quedó, pese a todo, por debajo de las expectativas.

—Mucha gente todavía tiene que pensárselo dos veces antes de comprarse algo —señaló Silvie cuando Rike refunfuñó por la noche.

Rike se ocupaba de los aproximadamente veinte empleados, así como de la publicidad y las relaciones públicas, mientras que Friedrich, junto con la nueva directora, Eva Kukschinski, que también dirigía el sumamente reducido taller de confección a medida, controlaba el stock y se encargaba de los nuevos pedidos. Con el tiempo habían restringido al mínimo la colaboración con Brahm. Tanto por sus gustos como por la imagen que tenía de la mujer, ese hombre no parecía haberse adaptado a los nuevos tiempos. A ninguna de las jóvenes dependientas, a las que se dirigía con un divertido «jovencita», le gustaba la forma empalagosa en que les tiraba los tejos. Rike proyectaba separarse de él, en el terreno laboral, en breve.

—Con la de tiempo que ha tenido que pasar hambre, mucha gente prefiere invertir en comida

decente, en lugar de comprarse trapos nuevos —prosiguió Silvie—. Pero lo harán, ya verás, ¡en cuanto estén saciados!

—Solo espero que superemos esta fase —dijo Rike—. En realidad pensaba que todos ardían en deseos de comprarse enseguida un vestido nuevo o una blusa bonita. Miriam siempre decía que después de una guerra las mujeres quieren volver a estar guapas. ¡Ay, Miri, cuánto la echo de menos!

—¿Crees que será feliz con Ben? —preguntó Silvie en voz baja—. ¿Y que conseguirá lo que yo no logré?

Era la primera vez en mucho tiempo que hablaba abiertamente de ello. Rike meditó sobre cada una de las palabras que iba a pronunciar.

—Escribe sobre todo acerca del kibutz —dijo—. La gente, los niños, su trabajo, los muchos proyectos que la comunidad quiere emprender. Se siente calurosamente acogida, lo que es evidente que le sienta de maravilla. Ben aparece más bien al margen. Yo diría que se mantiene a una prudente distancia de él.

—Pero ¿durante cuánto tiempo más? Ben puede ser muy convincente si se lo propone, de eso todavía me acuerdo bastante bien. —La risa de Silvie tenía un deje doloroso—. A lo mejor la decepcionará igual que a mí, aunque ella es judía.

—Nuestra amiga Miriam no tiene ni un pelo de tonta —respondió Rike—. Ha visto bien de cerca que los sentimientos de Ben pueden oscilar mucho. Creo que él debería dar un gran paso hacia ella para que Miri confiara en él. —Dudó, pero luego siguió hablando—: Y, además, en aquella época Ben no era, desde hacía mucho tiempo, el único hombre de tu vida, ¿o me equivoco?

—Si no hubiera sido tan cobarde, ahora tendría un hijo —siguió Silvie—. En realidad da igual quién hubiera sido el padre. Una madre la hubiera tenido en cualquier caso. Me encuentro tan sola...

—¿Qué estás diciendo? ¡Nos tienes a nosotros, a tu familia!

—Sabes perfectamente a qué me refiero. —El tono de voz de Silvie era más agudo—. Papá y Claire se tienen el uno al otro, Flori acabará el bachillerato y emprenderá su propio camino, y tú pronto serás la *signora* Lombardi. ¿Qué va a ser de mí? Salvo el trabajo y nada más que el trabajo, no tengo nada en mi vida. A veces me parece como si estuviera enterrada viva. No solo han metido a Ralf en chirona, ¡sino también a mí!

Hacía meses que Ralf no había podido escribir desde la prisión, pero Carl le había hecho llegar a Rike que no le iba bien. A causa del descalabro que le habían causado instalándolo en el «submarino», como los presos llamaban a las celdas subterráneas sin ventanas de Weissensee, sufría ahora de insuficiencia cardíaca y arritmias.

—Allí la atención médica es muy escasa —le había contado Carl con preocupación—. Y para la dirección de la cárcel cada recluso muerto representa un problema menos, sobre todo cuando ya están demasiado enfermos para realizar trabajos forzados no remunerados.

—¿Y pese a ello quieres permanecer fiel a la jurisprudencia? —le había preguntado Rike, quien pocas veces lo había visto tan abatido—. ¿Aunque en vuestra nueva y supuestamente mucho mejor Alemania se trate tan mal a las personas?

—¡Precisamente por eso! ¿He de convertirme en repartidor de carbón, lo que de todos modos no podría hacer teniendo la pierna como la tengo? ¿A quién le sería útil? —De repente su actitud era realmente combativa, como hacía tiempo que ella no lo veía—. No se desharán tan deprisa de mí. Me pegaré a su piel como una garrapata.

—¿Un fiscal dispuesto a cambiar de campo? ¿No te harán la vida todavía más difícil como abogado defensor?

—¡No te preocupes por mí, Rike! Yo ya sé defenderme. Además, la gente también necesita un apoyo jurídico inteligente en las querellas civiles. Aún estoy esperando la contestación del colegio de abogados de Friedrichshain, donde podría colaborar. Es mejor pertenecer a algo, como luchador solitario se tienen pocas posibilidades. Y me han hecho saber bajo mano que la admisión está al caer.

—¿Dejarías entonces tu querido Potsdam?

—Solo para ir a trabajar. Seguiré viviendo en el Barrio Holandés.

Se había acordado de esa conversación mientras Silvie parecía estar esperando todavía una contestación.

—Pues sal de una vez de tu tumba —la exhortó Rike—. Estoy segura de que Ralf nunca te hubiera exigido algo así. Sé cómo eres, ¡una criatura sedienta de vida!

—¡Qué fácil es decirlo! ¿Debo salir a la caza de hombres, entonces?

—No, tienes que volver a estar llena de vida, divertirte, estar con gente, ver películas interesantes que nunca puedes ver. ¡Esta es tu mejor oportunidad! Mira a nuestra Peque: Flori va cada tarde a un cine distinto. Por lo visto ha conocido de este modo a una chica muy simpática de Berlín Este con la que se entiende de maravilla. Lo mejor es que está tan encantada que se ha olvidado por completo de rebelarse contra todo y todos; es lo que llamo un entretenimiento provechoso.

—Estoy sorprendida, Ulrike Thalheim —dijo Silvie en un ligero tono burlón—. Lo siguiente que vas a sugerirme será que lleve perfume de almizcle para atraer a desconocidos.

Rike sonrió satisfecha.

—¿Y por qué no? —preguntó—. Si ayuda...

—¡Bien! —Silvie se levantó con tanto brío que la silla de la cocina se volcó dando un estallido—. ¿Por qué no nos ponemos colorete y salimos esta noche las dos?

—Por desgracia no puede ser. —Hasta la misma Rike notó que volvía a adoptar un tono formal.

—¡Bah, no me vengas con esas! Ya hace tiempo que te han dado el diploma y trabajar todo el rato

tampoco es una solución.

—De verdad que no puedo.

—Mírala ella, conque tiene sus secretos —dijo Silvie, mordaz—. ¡Sí, a veces en la vida pasan estas cosas, Rike!

Rike recorrió el breve trayecto desde Charlottenburg hasta Lichterfelde, en el sector estadounidense, en menos de media hora. No se encontró con obstáculos por el camino. Las últimas barreras en medio de la Trizona occidental se habían desmontado en 1948. Al comienzo de la Limonenstrasse, con sus vetustos árboles, donde los Weisgerber habían encontrado su nueva vivienda, se bajó de la bicicleta y la empujó los últimos metros.

Markus parecía haber estado esperándola. Estaba fumando tranquilamente en la puerta de la casa.

—¡Qué bien que hayas llegado! —Apagó el cigarrillo. Por un momento hizo el gesto de ir a abrazarla, pero se contentó con estrecharle la mano—. Entra. Lo mejor es que nos instalemos en la sala de estar.

Los muebles oscuros, tremendamente pasados de moda, casi aplastaban la habitación, lo que todavía se veía reforzado por la pesada alfombra oriental de recargados motivos. No era un lugar en el que se pudiera respirar con libertad. Por fortuna entraba luz y verdor a través de las ventanas que daban al jardín.

Él pareció intuir lo que Rike estaba pensando.

—En realidad no deberíamos vivir aquí —dijo encogiéndose de hombros—. Todo el barrio es un baluarte nazi, y todavía se percibe en cada esquina. Pero ¿qué se le va a hacer? En Berlín hay muchas zonas destruidas. Nuestros amigos estadounidenses fueron muy amables al poner esta casa provisionalmente a nuestra disposición. En cuanto hayamos encontrado un lugar adecuado, nos iremos de aquí. De todos modos, estoy buscando un local para mi nueva compañía. Voy a hacerme autónomo como productor de cine con un amigo estadounidense. Ponte tan cómoda como puedas.

—¿De verdad no quieres trabajar con nosotros? Brahm está a punto de marcharse, ya me he ocupado yo de ello. Necesitaríamos a un socio inteligente como tú, Markus. Alguien que conozca este ramo a fondo. ¡Y que además haya observado cómo es en Estados Unidos! Vaya, cuentas con mi voto...

—¡Muy amable por tu parte, Rike! Pero lo de la ropa ya ha pasado, ¿entiendes? Me quedo con el cine, un sector con un gran porvenir, según mi opinión. ¡Ahí será donde invertiré todas mis energías en el futuro!

Ella se sentó con prudencia en el rígido sofá granate.

—¿Qué quieres beber? ¿Un whisky *sour* a lo mejor? ¡Es muy popular en Hollywood!

—¿Por qué no? —contestó Rike. Si no le gustaba daría un par de sorbitos—. ¿Dónde está Lilo? ¿Arriba?

—En el cine con una amiga. Estoy muy contento de que al menos haya podido restablecer un par de contactos. Ya no nos quedan muchos.

Fue a la cocina, en la estancia contigua, y regresó al cabo de unos minutos con dos vasos en los que tintineaban unos cubitos de hielo.

—Whisky, zumo de limón y jarabe de azúcar, tan sencillo como divino. Espero que no te parezca demasiado fuerte. —Alzó su copa—. ¡*Cheers*, Rike!

Esta tomó un sorbo diminuto y tuvo que hacer un esfuerzo para no contraer el rostro en una mueca. No le gustó, pero a pesar de todo sonrió con educación. A continuación cogió el bolso y sacó el diario de Alma, de repente, sin pensar, porque si volvía a pensar dudaría de nuevo.

—¿Lo conoces? —preguntó—. Era de mi madre y escribió en él sus pensamientos más íntimos. Entre otros, unos sobre un hombre al que ella amó tan apasionadamente que se quemó.

—¿De dónde lo has sacado? —Había empalidecido—. Era exclusivamente de Alma, jamás estuvo destinado a otros ojos.

—Lo tenía el abuelo Schubert —respondió Rike—. Precisamente por esta razón se lo quedó cuando ella murió, y luego me lo dejó en herencia junto con una fortuna considerable, que he invertido entera en los almacenes. Hay además una carta dirigida a mí que lleva años preocupándome.

Cerró los ojos y citó de memoria.

Anhelo profundamente que tú lo hagas mejor y encuentres una pareja que sea merecedora de ti. Para eso confío en el hombre inteligente que es tu auténtico padre. Si te pareces a él, no debo preocuparme.

Rike volvió a abrir los ojos. Miró fijamente a Markus.

—¿Eres tú ese hombre, Markus? ¿Eres tú mi padre?

Él se levantó de un salto.

—El viejo Schubert y yo nos caíamos muy bien. Mantuvimos durante muchos años una relación epistolar cuando Lilo y yo ya vivíamos en Estados Unidos. Incluso nos prestó una ayuda económica considerable al principio, cuando todo aún era tan difícil.

—¡Esto no responde a mi pregunta, Markus! —insistió Rike.

—A veces me recuerdas a tu madre, ¿sabes?

Su sonrisa se desvaneció. Volvió a ponerse serio.

—Me preguntas por nuestra relación y voy a responderte honestamente. Sí, lo que había entre Alma y yo era, en efecto, especial. La conocí en un baile y cuando más tarde la tuve por vez primera

entre mis brazos me enamoré perdidamente. Había un ardor, una pasión y una entrega ilimitada que nunca había experimentado. Yo estaba cautivado, enteramente hechizado por Alma. Entre dos personas se da a veces esa atracción química, que no ha de tener a la fuerza nada que ver con el amor. Yo estaba flotando, estaba en las nubes, durante semanas no pude pensar nada más que en ella. Pero esa locura de amor que se da entre dos sábanas y no en el día a día me asustó.

Encendió un cigarrillo y le ofreció otro a Rike, que ella rechazó con un gesto de la cabeza.

—Además acababa de prometerme con Lilo, la serena y siempre equilibrada Lilo, que había perdido pronto a sus padres y no había nada que deseara más que una familia. Carl Thalheim, tu tío, también se consumía por Alma, pero ella nunca se tomó en serio sus insinuaciones. El panorama cambió del todo cuando mi camarada de guerra Friedrich intervino, acostumbrado a conquistar y vencer...

—Todo eso ya lo sé —lo interrumpió Rike, impaciente—. ¿Eres tú mi padre? ¡Tengo que saber la verdad, Markus!

—¿Quieres saber la verdad? —repitió él—. Me temo que tu madre se la llevó para siempre a la tumba.

—¿Qué significa eso?

—Me dijo que esperaba un hijo mío. Pocas horas más tarde, Fritz me contó, radiante de alegría, que Alma estaba embarazada de él.

—Sí, por lo visto esto es lo que le dijo, pero solo porque no sabía qué hacer. —Rike abrió el diario—. ¡Mira, léelo tú mismo!

Estoy embarazada. ¡Dios mío, estoy embarazada y no llevo anillo en el dedo! ¿Qué he de hacer? Mi amor tiene ataduras insolubles. Carl me aceptaría, incluso así, pero no me imagino pasando con él el resto de mi vida ¿Y Friedrich? Es fuerte, tiene proyectos, se hará cargo de mí, pero tiene que ser deprisa...

Markus cerró el diario, como si ya hubiera visto demasiado, y movió negativamente la cabeza.

—Estuvo con los dos en la misma época, lo que, por supuesto, no nos contó a ninguno de nosotros. A lo mejor ni ella sabía quién te engendró. A lo mejor Alma sí tenía idea de quién había sido, pero se lo guardó para ella. Hoy en día ya no se puede comprobar. El destino ha querido que Fritz y yo seamos del mismo grupo sanguíneo, el cero negativo, y con ello compatibles con todos. Lo sé perfectamente porque le doné sangre en el hospital de campaña.

Sonrió.

—Para mis adentros, sin embargo, he deseado con frecuencia ser tu padre. En especial cuando con el transcurso de los años resultó que Lilo y yo no tuvimos hijos. Pero en aquel entonces Alma se decidió por Fritz. Y a partir de ese momento, no volví a tocarla.

De repente, Rike se sintió totalmente vacía.

Había esperado tanto obtener una respuesta precisa. Y ahora las dudas no se disiparían en toda la vida. Aun así, había algo más que tenía que aclarar de una vez.

—Durante unos pocos años no —apuntó—. Hasta que luego volvisteis a empezar, cuando yo tenía aproximadamente once años.

El rostro de Markus se ensombreció.

—Sí, tienes razón —respondió—. Por desgracia. No deberíamos haberlo hecho jamás. Pero fue una situación excepcional, atiborrada tanto de belleza como de horror: la reforma de los almacenes; el ascenso de los nazis; los primeros brotes antisemitas; Lilo, que acababa de perder a su tercer hijo. Todos estábamos como embriagados, lo que nos llevó a ser imprudentes...

—¿Por qué murió mamá ese día? —preguntó Rike—. Estabais juntos en el hotel. Lo sé porque leí su nota y la seguí a escondidas. ¿Qué ocurrió? ¿Por qué estaba tan afectada?

Markus parecía pugnar consigo mismo para saber si debía o no contestar, pero al final lo hizo.

—Alma volvía a estar embarazada. Se había enterado ese mismo día, y esta vez estaba claro que Fritz era el padre, pues hacía mucho que no nos encontrábamos. No quería volver a tener ningún hijo más después del complicado embarazo de los gemelos, y menos aún de él. En cambio, me quería a mí, a toda costa. Se habría marchado conmigo en ese mismo instante. Cuando le dije que yo nunca podría abandonar a Lilo y menos aún entonces, cuando Alemania se había vuelto tan difícil para los judíos, Alma enloqueció de repente. «Entonces no quiero seguir viviendo...», gritó. En aquel momento lo consideré una exageración absurda, pero ella lo decía totalmente en serio. Se levantó de un salto y salió corriendo de la habitación, directa a la muerte...

—Tendrías que habérselo impedido —dijo Rike—. ¡Retenerla o salir corriendo tras ella!

—Lo sé.

Se ocultó el rostro entre las manos.

—Me he torturado miles de veces pensando en cómo podría haberlo evitado —confesó con voz ronca—. Pero no lo hice. Tengo que vivir cargando con esta culpa y, hazme caso, Rike, no es fácil vivir con ella.

—¿Sabe algo de esto Lilo?

Negó con la cabeza.

—La heriría intensamente, y la vida ya le ha hecho suficiente daño. —Titubeó—. ¿Y Fritz?

—¿Papá? —Por primera vez en muchos años le salió así—. No. Todavía hoy piensa que fue un horrible accidente. De lo contrario, no tendría a mamá en un pedestal tan alto. Para Claire no fue nada sencillo empezar así una relación. Pero no se acobardó. Dicho sea de paso, deseaba tener otro hijo después de Flori. Pero, como ya sabemos, no todos nuestros deseos se hacen realidad.

—¿Me perdonas? —preguntó en voz baja.

—Todavía no lo sé.

—Por favor, Rike, inténtalo. Significaría muchísimo para mí.

Ella se levantó, abrió la puerta del jardín y salió a la terraza. Después de un buen rato, durante el cual él no se movió de dentro, volvió a la habitación.

—Quizá —dijo Rike con una sonrisa torcida—. Dame tiempo.

—Por supuesto, todo el que necesites.

—No queda excluido que, en efecto, seas mi padre, a pesar de todo.

A mediados de agosto, Rike y Sandro por fin volvieron a reunirse. Estaban tan contentos por el reencuentro que no salieron de la cama durante las primeras veinticuatro horas. Olerse, sentirse, gustarse, besarse, amarse: ¡fantástico!

—Ya no podía resistirlo más —suspiró Rike mientras él cubría de diminutos besos cada centímetro de su acalorada piel—. Tener que dormir sola noche tras noche era una auténtica tortura.

—*E io?* —se lamentó él sin interrumpir sus caricias—. Estaba tan *solo*...

A Rike se le escapó una risita. Pocas veces tenía Sandro dificultades con la lengua, pero encontró ese error encantador.

—En cualquier caso, esto no puede seguir así —dijo ella, decidida—. No quiero estar continuamente sin ti.

—Ni yo *senza di te*, Rica! Tenemos que casarnos lo antes posible. Ahora que mi *mamma* por fin está mejor quiero acostarme contigo y volver a despertarme contigo *ogni giorno*. Cada día.

—Yo también lo quiero. Pero ¿dónde, Sandro? —preguntó Rike—. ¿En Milán? Ya sabes lo bien que me siento allí, el problema es que me necesitan aquí, en los almacenes.

—*Senti, amore*: amo *Berlino* y amo este idioma vuestro tan difícil. ¿Podrías imaginarte viviendo aquí conmigo?

—¿Los dos juntos en Berlín? —Se movió con tal ímpetu de la emoción que le dio con el pie en toda la cara—. ¡*Scusa*, Sandro, lo siento mucho, de verdad que no quería!

—*Tutto bene*... —dijo él riendo.

—Pues claro que me encantaría vivir contigo aquí en Berlín, sería maravilloso. Podríamos trabajar juntos en los almacenes Thalheim... Pero tu *mamma* y tu hermano y el negocio...

—¡Basta! —Prosiguió la exploración de su amada tan seguro de su objetivo como cariñoso—. Primero *l'amore*, luego la *famiglia*.

Cuando más tarde, ya duchados y recién cambiados, devoraron con avidez el puñado de

albóndigas que Silvie les había preparado para que recuperasen fuerzas, retomaron el tema.

—No tengo ni idea de cómo reaccionará papá ante nuestra sugerencia —dijo Rike—. Seguro que se asombra, está claro.

—¿Te refieres a papá Friedrich?

—Claro. —Lo amenazó juguetona—. Ni te atrevas... ¡Como te vayas de la lengua! Este asunto es demasiado delicado.

Le había contado de cabo a rabo su encuentro con Markus, y Sandro había prometido solemnemente no mencionar nada, como había hecho durante todo ese tiempo. Pero de vez en cuando, y siempre a solas, le tomaba el pelo. «*Una donna con tre padri* —decía—. La única mujer con tres padres que conozco, ¡un *miracolo!*»

—Lo sé —dijo—. Es que me gusta cuando te enfadas. Todavía te pones más guapa. ¿Crees que tendrá algo en contra de que trabaje con vosotros? No para de decir que faltan hombres en la familia Thalheim. Y a fin de cuentas me desenvuelvo bien en el oficio.

—Es cierto, eres un profesional, si no lo eres tú, ¡quién lo va a ser! A lo mejor lo tranquiliza tener a su yerno al lado. —Le dio un cariñoso puñetazo—. Por supuesto yo no te cederé ninguna de mis competencias, *niente*, ¡que te quede claro!

Todavía riéndose, subieron al Alfa Romeo de Antonia, aparcado delante de la casa, en el que Sandro había llegado en esta ocasión desde Milán. En la ciudad destruida, el elegante diseño llamaba tanto la atención como el extravagante color rojo sangre de buey. No había nadie que no los hubiera seguido con la mirada, y los niños de la casa vecina ya habían acariciado con avidez la resplandeciente laca.

Ese día, sin embargo, avanzaban lentamente por el trayecto a la Branitzer Platz, donde Friedrich y Claire los esperaban para comer, porque la Ku'damm estaba abarrotada, aunque no de coches sino de hordas de jóvenes, muchos de ellos con el uniforme azul eléctrico de los Pioneros de Alemania oriental, que marchaban por en medio de la calzada.

—¿Qué es esto? —quiso saber Sandro—. *Una manifestazione?* En Italia estamos hartos de ellas. La gente sale a la calle por todo...

—No, es el Festival Mundial de la Juventud en Berlín Este, que empezó hace unos días. Dicen que han venido de todas partes de Europa cientos de miles de muchachos, y a la vista está que esta afirmación no es pura propaganda.

Entretanto el coche se había detenido completamente.

—Pero ¿cómo Berlín Este? —Sandro parecía desconcertado—. Estamos en el Oeste...

—¡Exacto! Por lo visto las masas hambrientas no consiguen saciarse allí o a las chicas y los chicos ya no les gusta la insípida comida oficial. Nuestro alcalde Ernst Reuter los ha invitado a Berlín Oeste para que vean lo bien que vivimos aquí, e incluso ha montado unas carpas donde se

reparte comida. Al SED no es que le haya convencido mucho, hoy en día, cuando de cualquier rebanada de pan se saca ventaja política. Algo así ha explicado Flori. A pesar de todo, va cada día allí, no se separa de su nueva amiga de Alemania oriental, Franzi, a la que conoció en el festival de cine.

Sandro se iba impacientando poco a poco y tocó la bocina. La señal sonora no impresionó demasiado a los jóvenes. Uno de ellos incluso sonrió con insolencia y golpeó con la palma de la mano el radiador del coche.

—*Stronzo!* —gritó Sandro, enfadado y ya dispuesto a bajarse del coche, pero Rike logró retenerlo.

—¡Nada de provocaciones! —advirtió—. A lo mejor han salido precisamente para eso. Todo esto me parece bastante organizado. Flori no ha dicho nada respecto a que fueran a desfilar...

Oyeron a sus espaldas el ruido de los cascos de unos caballos.

—¡Habla la policía! —resonó por unos altavoces—. ¡Esta manifestación no está autorizada! ¡Despejen la calzada y dispérsense pacíficamente!

Entretanto los jóvenes habían empezado a cantar. No se entendía gran parte de la letra, solo algo de unas rosas que florecían en agosto.

—Conozco un atajo —indicó Rike cuando el coche comenzó a avanzar lentamente—. Aquí a la derecha, por la Schlüterstrasse. Así saldremos del pelotón.

El resto del camino transcurrió sin inconvenientes. No obstante, Silvie estaba en la valla cuando se bajaron.

—El ambiente está caldeado —murmuró—. Otra vez Flori, ¿quién si no? Los compañeros de la RIAS acaban de informar de que ese Honecker ha hecho pasar al Oeste a diez mil individuos de su organización juvenil. A lo mejor nos arman la revolución aquí, ¿quién sabe? En cualquier caso, papá se ha puesto como un basilisco. Claire ya está sufriendo por su estómago...

—¿Y qué tiene esto que ver con Flori? —preguntó Rike.

—¿Qué va a ser? Nuestra Peque vuelve a estar en el meollo, por supuesto. ¡Así que cuidado! ¡Ni una palabra de más, queridos míos!

Rike le hizo una breve seña con la cabeza a Sandro, pero este ya había entendido la situación y asintió con un gesto de aprobación. Ya llegaría el día adecuado para comunicar sus planes a la familia, ambos estaban de acuerdo en ello.

Claire los saludó efusivamente, mientras que Friedrich farfulló algo y enseguida se retiró a su «sala de caballeros», que había instalado en el anterior chiringuito de Silvie. Muebles pesados, una contundente mesa de cristal, el humidificador para la colección de cigarros, que no dejaba de ampliar. De algo había de disfrutar el hombre, ya que tenía rotundamente prohibido el alcohol.

En la villa se apreciaba por todas partes la huella de las amorosas manos de Claire. Había encargado cortinas nuevas, habían relleno el sofá y los sillones y los habían tapizado con una tela de lana azul claro, que resplandecía recién estrenada. También la lámpara de pie era nueva, tres tulipas amarillas a distintas alturas que, como aseguró la señora de la casa, daban una luz especialmente acogedora.

Un ramo de claveles rosas adornaba la mesa del comedor dispuesta para seis personas, pero ni rastro de Flori, tampoco cuando Claire sirvió el *ragout fin* como entrante.

—En la tienda todo el mundo lo pone por las nubes —dijo cuando probó el primer bocado. Arrugó su delicada nariz con disgusto—. Tanto vendedoras como clientas. Afirman que es de lo mejorcito, pero yo no estoy tan segura. Sabe un poco a esa insípida comida de viejo, ¿no os parece? ¡En cualquier caso, no tiene nada que ver con la cocina francesa!

Todos rieron. El primer momento distendido de la velada.

—Espero que mi asado de ternera haya salido mejor. Y de postre, peras Bella Helena, que a todos os gustan...

El timbre de la puerta de la casa dejó la frase a medias.

—Ve, papá —dijo Silvie sonriendo—. La hija pródiga llega casi puntualmente. ¡Tu benjamina no es todavía una causa perdida y sin remedio!

—Voy a abrir. —Rike se levantó decidida.

No le haría daño a nadie que le susurrara al oído un par de palabras de amonestación a su hermana menor antes de que se sentara con todos a la mesa.

Pero no era Flori quien cruzó tambaleante el jardín delantero hasta la puerta, sino una figura huesuda y con la cabeza baja, muy parecido a un espantapájaros: el abrigo hecho jirones, el cabello revuelto, una barba llena de un gris polvoriento, bolsas de tela en bandolera. Los zapatos eran unos harapos que se caían a pedazos.

¿Qué estaría buscando ahí esa alma en pena?

Y, sin embargo, había algo en ella que a Rike la iba dejando sin aire.

Al principio no tuvo fuerzas para llevar hasta el final lo que estaba pensando, le parecía absurdo, pero luego una palabra pugnó con tanta fuerza por salir de sus labios que no fue capaz de contenerla.

—¿Oskar? —susurró—. Oskar... ¡Estás vivo!

La figura levantó la cabeza. Asintió lentamente. La miró en silencio.

Y ahí estaban de nuevo los ojos azul brillante de los Thalheim, los mismos que lucía su hermana gemela Silvie.

Berlín 1945-1951

1945

30 de abril de 1945: Poco después de contraer matrimonio, Adolf Hitler y Eva Braun se suicidan envenenándose en la cancillería del Reich. Ese mismo día, los soldados soviéticos izan la bandera roja en el edificio del Reichstag, el Parlamento alemán.

2 de mayo de 1945: Berlín capitula ante el ejército soviético. Con ello concluye la guerra en la capital del Reich. Más de una tercera parte de la red viaria está destruida y un tercio de las viviendas no son habitables.

7 de mayo de 1945: La central de gas es la primera de ocho centrales que vuelve a ponerse en marcha.

8 de mayo de 1945: La capitulación sin condiciones de la Wehrmacht, las fuerzas armadas de la Alemania nazi, entra en vigor. La Segunda Guerra Mundial concluye oficialmente en toda Europa.

13 de mayo de 1945: En Berlín comienza el reparto de las primeras cartillas de racionamiento desde el final de la contienda.

13 de mayo de 1945: La Berliner Rundfunk, la radio de Berlín, comienza a transmitir. Ese mismo día la actividad musical irrumpe de nuevo en la ciudad con un concierto público de la orquesta de cámara de Berlín en el Ayuntamiento de Schöneberg.

15 de mayo de 1945: Por primera vez desde la capitulación de Alemania vuelven a aparecer periódicos en Berlín, el primero de ellos, publicado por los soviéticos, es el *Tägliche Rundschau*, el «periódico del frente para la población alemana».

17 de mayo de 1945: Arthur Werner, el nuevo alcalde de Berlín, presenta su gobierno municipal; de los dieciocho miembros del Consejo siete pertenecen al Partido Comunista de Alemania (KPD).

1 de junio de 1945: Las mujeres entre quince y cincuenta años están obligadas a trabajar y a realizar tareas de desescombro. Las Trümmerfrauen, «mujeres de los escombros», se convierten en el símbolo de la reconstrucción.

9 de junio de 1945: El comandante en jefe de las tropas de ocupación soviéticas, el mariscal Gueorgui K. Zhukov, decreta mediante la orden número 1 el establecimiento de la Administración Militar Soviética en Alemania (SMAD).

10 de junio de 1945: Mediante la orden número 2 de las fuerzas de ocupación soviéticas vuelven a permitirse en Berlín los partidos democráticos antifascistas, así como los sindicatos libres.

15 de junio de 1945: Se forma en Berlín un comité central socialdemócrata que prepara la

refundación del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD).

16 de junio de 1945: El primer comandante soviético de la ciudad, coronel general Nikolai E. Bersarin, muere en un accidente de motocicleta.

26 de junio de 1945: Se funda en Berlín la Unión Demócrata Cristiana (CDU).

1 de julio de 1945: Las tropas estadounidenses y británicas se retiran a los sectores de Berlín que les han sido asignados.

14 de julio de 1945: El KPD insiste en unirse con el SPD, la CDU y el Partido Liberal Democrático (LDP) en un bloque unitario de los partidos democráticos antifascistas.

30 de julio de 1945: En un primer encuentro de los comandantes en jefe de los ejércitos de ocupación —el mariscal Zhukov, el general Dwight D. Eisenhower, el mariscal de campo Bernard L. Montgomery y el general Louis Koletz—, se determina el establecimiento de un sector francés en Berlín.

4 de agosto de 1945: Los estadounidenses inauguran su emisora de radio militar, la American Forces Network (AFN).

1 de octubre de 1945: Vuelven a empezar los cursos escolares en Berlín. Todos los anteriores miembros del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán son despedidos del cuerpo docente.

20 de noviembre de 1945: Empiezan en Nuremberg los procesos contra los criminales de guerra. Entre los acusados se encuentran los altos cargos nacionalsocialistas Hermann Göring, Baldur von Schirach y Rudolf Hess.

1946

29 de enero de 1946: Se reabre la Universidad Friedrich Wilhelm (más tarde Universidad Humboldt). El 9 de abril le toca el turno a la Escuela Superior Técnica.

7 de febrero de 1946: La DIAS Berlin (radio por cable en el sector estadounidense, más tarde RIAS Berlin) empieza a emitir.

7 de marzo de 1946: Se funda la Freie Deutsche Jugend (FDJ, Juventud Libre Alemana), cuyo primer presidente es Erich Honecker.

22 de abril de 1946: El KPD y el SPD de las zonas soviéticas comunican la formación del Sozialistischen Einheitspartei Deutschland (SED, Partido Socialista Unificado de Alemania), bajo la presión de las fuerzas de ocupación soviéticas y contra la voluntad de muchos socialdemócratas. Otto Grotewohl (SPD) y Wilhelm Pieck (KPD) son elegidos presidentes del partido.

23 de abril de 1946: Aparece por primera vez el nuevo órgano central del SED: el diario *Neues Deutschland*.

14 de agosto de 1946: Se distribuyen por todos los sectores de Berlín los primeros paquetes de alimentos de CARE.

20 de octubre de 1946: En Berlín se celebran las primeras elecciones libres desde 1933. Con una participación de más del 90 por ciento, el SPD casi gana por mayoría absoluta y el SED queda en tercer lugar.

29 de octubre de 1946: Por orden de los aliados se realiza en Berlín un censo nacional. En ese momento viven en la ciudad más de tres millones de personas.

6 de noviembre de 1946: Debido a la crítica situación de abastecimiento se establecen las «horas de luz». Los berlineses disponen de corriente dos horas y media al día como mucho.

5 de diciembre de 1946: Otto Ostrowski (SPD) pasa a ser alcalde de Berlín, puesto que ocupa, sin embargo, solo unos pocos meses, pues es cesado por el consejo municipal a través de una moción de censura.

Diciembre de 1946: Berlín es víctima de una ola de frío que dura un mes. En el Tiergarten se talan los árboles para hacer leña con ellos.

1947

Enero de 1947: Debido a la permanente ola de frío en Berlín, las autoridades solo trabajan medio día. Se cierran más de mil empresas y con ello 150.000 personas se convierten en desempleados.

Febrero de 1947: Desde comienzos de la ola de frío, han muerto por congelación 134 personas, 60.000 berlineses se encuentran en atención ambulatoria.

8 de febrero de 1947: En el salón de baile Karlslust, en el sector británico de Berlín, se celebra el primer baile de disfraces tras el final de la guerra. En un incendio que se produce durante los festejos mueren 81 personas.

28 de febrero de 1947: La comandancia aliada prepara salas de acogida contra el frío y aumenta las raciones de alimentos, a pesar de ello muchos berlineses pasan hambre. El mercado negro prospera.

27 de abril de 1947: Dos años después del final de la guerra, el metro berlinés vuelve a funcionar en toda la red.

24 de junio de 1947: Ernst Reuter, concejal del SPD, es elegido alcalde de Berlín, pero la comandancia soviética le recrimina su postura anticomunista e impide que ocupe el cargo.

18 de julio de 1947: Se internan en la prisión de Spandau, en Berlín, los criminales de guerra sentenciados en los procesos de Nuremberg. Entre ellos se encuentran Rudolf Hess, Albert Speer,

Baldur von Schirach y Karl Dönitz.

30 de septiembre de 1947: Yehudi Menuhin, virtuoso violinista judío, da un concierto con la Orquesta Filarmónica de Berlín.

1948

Febrero de 1948: Según las listas de la policía, un pan cuesta en el mercado negro hasta 35 marcos.

14 de mayo de 1948: David Ben Gurion proclama el Estado independiente de Israel. Muchos supervivientes del holocausto y judíos europeos emigran allí en los siguientes meses y años.

6 de junio 1948: La Rundfunk im amerikanischen Sektor (RIAS, Radiodifusión en el Sector Estadounidense) ocupa un edificio propio en Schöneberg.

20 de junio de 1948: Entra en vigor la reforma monetaria: en las zonas occidentales de Alemania se introduce el D-Mark, el marco alemán, y, tres días más tarde se implanta también en los sectores occidentales de Berlín. De la noche a la mañana las tiendas vuelven a estar llenas de artículos que los comerciantes han almacenado previsoramente. La Sowjetische Militäradministration (SMAD, Administración Militar Soviética de Alemania) introduce también en sus zonas unos marcos nuevos porque teme que la inunde el devaluado marco imperial procedente del Oeste.

24 de junio de 1948: La SMAD cierra las vías por tierra y agua entre Berlín y las zonas ocupadas del Oeste, al mismo tiempo se corta el suministro de corriente eléctrica en la parte occidental de Berlín. Ha empezado el bloqueo.

25 de junio de 1948: Los aliados occidentales comienzan a abastecer a Berlín por el aire; los llamados «bombardeos de pasas» distribuyen comestibles y carbón para los berlineses.

1 de julio de 1948: Como reacción a la reforma monetaria, la Unión Soviética abandona la comandancia aliada, lo que tiene como consecuencia el fin de la administración de las cuatro potencias en Berlín.

9 de septiembre de 1948: Se convoca una concentración en la plaza de la República que reúne a 350.000 personas, la mayor desde el final de la guerra. Ernst Reuter pronuncia su inflamada llamada a la comunidad internacional pidiendo ayuda durante el bloqueo de Berlín: «¡Pueblos del mundo, pueblos de Estados Unidos, de Inglaterra, de Francia y de Italia! Miren esta ciudad y vean que no deben, no pueden abandonar esta ciudad y a este pueblo».

4 de diciembre de 1948: Tras la detención de estudiantes con tendencias políticas no deseadas en el sector oriental de Berlín, se funda en Steglitz la Freie Universität (FU, Universidad Libre).

5 de diciembre de 1948: En los sectores occidentales de Berlín se elige otro gobierno municipal,

el SPD gana por mayoría absoluta. En el sector oriental, el SMAD ha prohibido las elecciones, la división política de Berlín se ha sellado. Ernst Reuter es elegido por segunda vez alcalde de Berlín, y en esta ocasión sí puede ocupar su puesto.

1949

11 de enero de 1949: Se representa por vez primera en Alemania *Madre Coraje y sus hijos*, de Bertolt Brecht, obra que el mismo autor pone personalmente en escena en el Deutschen Theater de Berlín.

16 de abril de 1949: En el punto culminante del puente aéreo, cada 62 segundos cae un «bombardeo de pasas» en Berlín.

8 de mayo de 1949: En el cuarto aniversario de la capitulación de Alemania se inaugura un monumento soviético en Treptow en memoria de los 20.000 soldados soviéticos que cayeron en la lucha por Berlín.

12 de mayo de 1949: Tras largas negociaciones entre los aliados occidentales, la ONU y la Unión Soviética, concluye el bloqueo de Berlín. No obstante, el puente aéreo permanece activo hasta el 30 de septiembre.

21 de mayo de 1949: Los 14.000 berlineses occidentales empleados en los ferrocarriles alemanes, la Deutsche Reichsbahn, administrada por los soviéticos, hacen huelga reclamando el pago en marcos occidentales. Se producen altercados y tiroteos con la policía.

23 de mayo de 1949: Se funda la República Federal Alemana, entra en vigor la Ley Fundamental.

21 de septiembre de 1949: En los sectores occidentales de Berlín entra en vigencia el Pequeño Estatuto de Ocupación, que devuelve a la ciudad «el completo poder legislativo, ejecutivo y judicial».

7 de octubre de 1949: Se funda la República Democrática Alemana (RDA) y se designa capital Berlín Este. Con ello, Berlín Oeste queda totalmente aislado en el territorio nacional de la RDA y depende de la ayuda permanente de Occidente.

29 de noviembre de 1949: Bonn es elegida sede provisional del gobierno de la República Federal Alemana.

1950

28 de febrero de 1950: El número de desempleados en Berlín es de 306.460, una nueva cifra récord.

14 de marzo de 1950: El gobierno federal, en Bonn, declara Berlín zona catastrófica, de este modo se introducen en la parte occidental de la ciudad amplias medidas para promover el desarrollo económico.

24 de marzo de 1950: Se funda la Academia de las Artes de Berlín Este, de la que es nombrado presidente el escritor Arnold Zweig, miembros de esta institución son también Bertolt Brecht y Anna Seghers.

16 de abril de 1950: Konrad Adenauer visita Berlín por primera vez en su calidad de canciller federal.

1 de mayo de 1950: Durante la fiesta del primero de mayo se reúnen medio millón de berlineses de las dos partes de la ciudad y se manifiestan en favor de la reunificación de Berlín.

27 de mayo de 1950: Se inaugura el encuentro de la Juventud Libre Alemana en Berlín Este. Participan en él 700.000 jóvenes de la RDA y 30.000 de la RFA y otros muchos países distintos.

25 de junio de 1950: Por primera vez desde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial se vuelve a celebrar en el Estadio Olímpico de Berlín una final de la Liga de Fútbol Alemana.

3 de julio de 1950: Vuelve a abrir sus puertas la Kaufhaus des Westens (KaDeWe, los Almacenes del Oeste).

Septiembre de 1950: Pese a las numerosas protestas internacionales, las autoridades del sector oriental dinamitan las ruinas del Palacio Real de Berlín, que durante más de quinientos años ha sido residencia de los margraves de Brandeburgo, así como de los reyes prusianos y los emperadores alemanes.

19 de septiembre de 1950: En una conferencia celebrada en Nueva York, los aliados occidentales emiten una garantía de seguridad para la RFA y en especial para Berlín Oeste.

1 de octubre de 1950: Berlín Oeste adopta una nueva Constitución que le otorga el estatus de ciudad y Estado federado a un mismo tiempo (al igual que Hamburgo).

1 de octubre de 1950: El presidente de la RFA, Theodor Heuss, inaugura la Exposición Industrial Alemana en Berlín.

16 de octubre de 1950: Para poder hacer frente el enorme flujo de refugiados de la RDA, el gobierno municipal de Berlín Oeste pide ayuda a la Cruz Roja. Durante el año 1950 huyen 60.000 personas de la RDA a Berlín Oeste.

24 de octubre de 1950: La Campana de la Libertad, donación de Estados Unidos, suena por primera vez desde la torre del Ayuntamiento de Schöneberg.

1951

18 de enero de 1951: Después de ser alcalde, Ernst Reuter es elegido alcalde gobernador de Berlín.

27 de marzo de 1951: Se dinamita la ruina de la ópera Kroll, en la que se reunió el Reichstag en 1933.

6 de junio de 1951: Se inauguran los primeros festivales internacionales de cine de Berlín (Berlinale) en Steglitz. La producción suiza *Cuatro en un jeep* gana el primer Oso de Oro.

11-15 de julio de 1951: Más de 300.000 personas de ambos Estados alemanes participan en el Tercer Día de la Iglesia Evangélica alemana en Berlín.

5 de agosto 1951: En Berlín Este se celebra el tercer Festival Mundial de la Juventud. Según datos de los organizadores, acuden dos millones de jóvenes de 104 países diferentes. Las actividades son, para los observadores occidentales, propaganda comunista, y se producen repetidos altercados en Berlín Oeste y en los pasos fronterizos. Se encarcela a 115 jóvenes.

5 de septiembre de 1951: Se celebran en Berlín Oeste las Berliner Festwochen, las semanas dedicadas a acontecimientos culturales.

20 de septiembre de 1951: La RFA y la RDA cierran el acuerdo de Berlín sobre el comercio entre las dos zonas monetarias.

18 de noviembre 1951: El alcalde Ernst Reuter comienza la popular serie *Dónde nos aprieta el zapato* en la RIAS.

Agradecimientos

Agradezco de todo corazón a mi editora Friederike Ney, de la editorial Rowohlt, sus inteligentes sugerencias, que han dado más profundidad, viveza y brillo al texto. ¡Una colaboración tan fructífera es todo lo que puede desear una autora!

Doy las gracias con un reconocimiento inmenso a la doctora Anke Fromme, que con sus visitas guiadas me hizo comprender el Charlottenburg de los años cincuenta del siglo pasado y siguió ayudándome en las complicadas investigaciones con su experimentado conocimiento.

www.ankefromme.de

Me he divertido mucho recorriendo Potsdam de la mano de Heike Kleinert, quien lo sabe simplemente todo de esa maravillosa ciudad. También tuve que contactar con ella para resolver problemas específicos. ¡Muchas gracias!

www.stadtfuehlung.de

Los versados comentarios acerca del texto de la periodista e historiadora Lilly Maier me han sido de gran ayuda. ¡Gracias, querida Lilly!

Doy las gracias a la joven germanista Sophie Bichon, que tan enérgicamente me ha apoyado en la recopilación de las —¡inagotables!— fuentes secundarias en torno al tema de Berlín entre los años 1945 y 1951.

Gracias a Agnes Kulik por las correcciones del polaco.

Y *last, but not least*, quiero expresar mi agradecimiento a mis maravillosas primeras lectoras Brigitte, Gesine, Babsi, Moni, Sabih y Julia. ¿Qué haría yo sin vosotras?

Tres hermanas en Berlín. Unas galerías de moda. Una promesa de futuro.

Berlín, mayo de 1945: es la hora cero, la ciudad está en ruinas, así como las almas de sus gentes. Los grandes almacenes Thalheim am Ku'damm también han quedado completamente destruidos. Rike, Silvie y Florentine, las tres hermanas herederas del negocio, contemplan aterradas y petrificadas las ruinas del orgullo familiar.

Pero Rike no está dispuesta a que su vida transcurra entre los escombros. Ella tiene un proyecto y está dispuesta a dejarse la piel para llevarlo adelante: reconstruir los

grandes almacenes y darle color al triste Berlín de la posguerra con telas refinadas, colores pastel y las últimas creaciones de moda.

Después de la reforma monetaria, la gente empieza a tener ganas de consumir, de participar de lo que parece un nuevo milagro económico, de olvidar la guerra y la miseria. Sin embargo, los nuevos tiempos arrastran problemas del pasado y cuando un oscuro secreto parece arrojar una luz nada gloriosa sobre las galerías de moda y su historia, las tres hermanas se darán cuenta de que el pasado sigue muy vivo.



Brigitte Riebe estudió Historia y trabajó muchos años como editora. Publicó su primera novela en 1994 y desde entonces ha escrito tanto novelas históricas como de género negro. Con la trilogía de las hermanas de Ku'damm ha logrado un gran éxito en Alemania.

Título original: *Die Schwestern vom Ku'damm: Jahre des Aufbaus*

Edición en formato digital: mayo de 2020

© 2018, by Rowohlt Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2020, Susana Andrés, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6817-0

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

[1] «Frente al cuartel, delante del portón, había una farola y todavía está./Allí volveremos a vernos, junto a la farola nos encontraremos, como antes Lili Marlen.»

Índice

Las hijas de la guerra

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Berlín 1945-1951

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Brigitte Riebe

Créditos

Nota